

# Relatos de Madrid

(Siglos XVII-XIX)

*Edición de*

Francisco Gutiérrez Carbajo



# **Relatos de Madrid**

(Siglos XVII-XIX)

# **Relatos de Madrid** (Siglos XVII-XIX)

**Edición de**  
**FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO**



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

**Comunidad de Madrid**



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN  
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)

Ilustración de cubierta: *"La puerta de Alcalá y la fuente de Cibeles"*  
Autor: *Ginés Andrés de Aguirre*

Madrid, mayo de 1999

Consejería de Educación y Cultura

I.S.B.N. 84-451-1599-5

Depósito Legal: M-00-000-1999

Imprime: Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid

Fotocomposición: Grupo Industrial de Artes Gráficas.

Ibersaf Industrial, S. L.

Tirada: 2.000

Coste unitario: 1.200 ptas.

Edición: 5/99

## INTRODUCCIÓN

Madrid adquiere verdadera importancia como ciudad cuando Felipe II traslada aquí la corte de los Austrias en 1561 y la convierte en capital de un inmenso imperio. En la decisión del monarca sin duda influyen las condiciones naturales de la urbe y su privilegiada situación geográfica en el centro de la Península. Los límites de la ciudad en estos años eran «hacia Poniente el *Real Alcázar*, por el mediodía la *Puerta de Toledo* y la de *Atocha* que estaba situada en las cercanías de Antón Martín, hacia Levante la *Puerta del Sol*, la *Red de San Luis* y la *Plaza de Santo Domingo*. Los lugares que acabamos de señalar constituían el perímetro cercado de la villa, pero el corazón de Madrid era mucho más reducido y comprendía: el Alcázar - la iglesia de Santa María - la puerta de Guadalajara - la calle Mayor - la plaza de Santa Cruz - Concepción Jerónima - Puerta Cerrada y calle Sacramento. / Los viajeros que visitaban Madrid hablaban de unos prados cubiertos de variados árboles y abundantes riachuelos y fuentes que estaban situados a Levante y Mediodía (se referían al Prado de Atocha y al Prado de San Jerónimo) y también de los hermosos jardines de la Casa de Campo y de los montes del Pardo»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> SAGARÓ FACI, M. (Dir.), *Biografía literaria de Madrid*, Madrid, El Avapiés y Luis Cossío, 1993, p. 24.

El rango de capitalidad que le confiere a Madrid Felipe II se afianzará en el reinado de Felipe III, y ya nunca lo va a perder, salvo en el período de 1601-1606, durante el cual se traslada la corte a Valladolid.

La instalación definitiva de los organismos centrales y político-administrativos en Madrid convierte a la ciudad en el centro de la vida artística y literaria del país. Aquí acuden multitud de pintores, arquitectos y escritores de otros puntos de la península y del extranjero, que conviven y desarrollan su actividad con los madrileños de nacimiento. Nos encontramos, así, en nuestra ciudad, en los denominados Siglos de Oro, con Zurbarán, Alonso Cano, Velázquez, Carreño de Miranda, Herrera el Mozo, Nardi, Colonna, Mitelli, Lucas Jordán. En Madrid nacen y publican sus obras más importantes Lope de Vega, Francisco de Quevedo, María de Zayas y Sotomayor, Pedro Calderón de la Barca, Juan Pérez de Montalbán, Castillo Solórzano, Francisco de Lugo y Ávila, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. En Madrid conocen algunos de sus momentos más importantes Miguel de Cervantes, nacido en el pueblo madrileño de Alcalá de Henares, y el cordobés don Luis de Góngora, que se instala en la capital en el año 1617.

El hispanista Jean Canavaggio, en su magistral obra sobre Cervantes, nos describe de forma muy gráfica la situación de nuestra ciudad cuando el autor del Quijote y su familia se traslada a ella: «La instalación del soberano y su casa en el viejo Alcázar, el traslado de los Consejos y oficina de que va acompañada, provocaron la llegada de una masa de cortesanos, funcionarios y solicitantes, flanqueados en la mayoría de los casos de una abundante servidumbre que se las ve y se las desea para encontrar alojamiento. La afluencia de todo un mundo de parásitos, desde los aventureros de alto vuelo hasta la tropa del hampa, plantea agudos problemas a los magistrados encargados de la seguridad pública. Para afrontar el reto de un crecimiento espectacular, la ciudad devora los bosques que la rodean, a fin de disponer de la madera indis-

pensable. De ellos sólo subsiste en nuestros días la Casa de Campo, cuyas verdes encinas quiebran por un instante la monotonía grandiosa de la llanura castellana. Estos materiales reunidos sirvieron para la construcción de nuevos barrios, en los solares que permanecían englobados en el recinto medieval. Las *casas a la malicia* proliferan: sus tejados inclinados ocultan con habilidad, por el lado de la calle, los pisos dispuestos por el lado del patio; de este modo permitirán a sus dueños escapar a la obligación de albergar a los innumerables funcionarios de un rey burócrata. Madrid conservará durante mucho tiempo los signos de este urbanismo a la diablo: la red de callejas, la suciedad de los barrios bajos, el magro curso del Manzanares excitarán más de una vez la verba de sus detractores»<sup>2</sup>.

Militares, clérigos, altos funcionarios y cortesanos, coexistían con servidores, criados, desocupados y mendicantes en un contraste determinado por las evidentes desigualdades sociales. Los diversos gobiernos de la monarquía de los Austrias arbitraron ya medidas para intentar solucionar estas diferencias, aunque sin la radicalidad que hubiese sido necesaria. Las *Nuevas de Madrid* señalan que en abril de 1637 había en la corte 1.300 pobres «legítimos e impedidos» y 3.300 que pedían limosna. Este contingente estaba formado en buena parte por extranjeros, antiguos peregrinos de Santiago y ex soldados. Constituían, junto con los pícaros y rufianes, la base de la pirámide social. Los estratos superiores estaban formados por los servidores de la nobleza, artesanos, burócratas, clérigos y nobles de muy diverso grado.

Los personajes de algunos relatos del siglo xvii incluidos en esta selección pertenecen a estos tipos.

---

<sup>2</sup> CANAVAGGIO, J., *Cervantes*, trad. esp., Madrid, 1987, p. 38. (Citado por GARCÍA GUAL, C., en «Prólogo», a *Madrid en la novela, I*, estudio y selección de Julia Barella, Madrid, Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, 1992, p. XII).

Sobre la base de este entramado social, y con una política que reflejaba ya la decadencia de las antiguas glorias imperiales, se empiezan a construir en la capital del reino notables edificaciones religiosas y civiles. Entre las primeras resaltan las Descalzas Reales y el convento de la Encarnación, el de las Carmelitas, la iglesia de San Andrés con su aneja capilla de San Isidro, la iglesia de las Benedictinas de San Plácido, la de San Ginés, la catedral de San Isidro, etc. En las construcciones civiles conviene destacar la Plaza Mayor, cuya traza se debe a Juan Gómez de Mora, con la casa de la Panadería de J. Ximénez Donoso y la escultura ecuestre de Felipe III por Pietro Tacca, la cárcel de Corte, hoy Ministerio de Asuntos Exteriores, el Casón del Buen Retiro, etc. Los contrastes también se producen en las manifestaciones artísticas, sobre todo en la etapa barroca. Como ha explicado el marqués de Lozoya, el barroco lusohispánico «es el resultado de la síntesis de dos factores contradictorios: la pobreza y el anhelo de magnificencia; las fábricas se construyen de mampostería, ladrillo o tapia de barro, pero esta pobreza constructiva desaparece bajo la abrumadora decoración».

Algunos escritores nos han legado claros testimonios de estos contrastes —sobre todo de los sociales—, proclamando que para algunos no había pascuas, mientras que para otros no existían cuaresmas. El mismo Quevedo no duda en escribir que «un ministro en paz se come de gajes más que en la guerra se pueden gastar diez linajes».

Con esta situación social y política y en estos espacios, reestructurados en buena parte por el hecho de la capitalidad, se empieza a cultivar un tipo de relato breve que ha sido denominado «novela cortesana» y que tiene en los cuentos de Boccaccio y de algunos autores orientales a sus más ilustres antecedentes.

Este tipo de relato, del que se incluyen varias muestras en nuestra selección, se ha analizado tanto desde el punto de

vista del formalismo inmanentista como desde la perspectiva sociológica y pragmática. La profesora María del Pilar Palomo, aun concediéndole la trascendencia que merecen los aspectos temáticos, se ha fijado fundamentalmente en los rasgos determinantes de la estructura narrativa<sup>3</sup>.

Sin olvidar los rasgos formalizadores del género, los primeros estudiosos prestan singular atención a las posibles fuentes e influencias. Así, Ticknor destaca la corriente boccacciana y oriental junto a las de las formas tradicionales de la narrativa española<sup>4</sup>. En un sentido semejante se manifiesta Menéndez Pelayo, según el cual Antonio de Torquemada, en sus *Coloquios Satíricos* (1553) y Juan de Timoneda, en su *Patrañuelo* (1566), serían «los primeros cuentistas del siglo xvi que empiezan a explotar la mina de Boccaccio»<sup>5</sup>. Después de ellos, y sobre todo después del triunfo de Cervantes, que nunca imita a Boccaccio directamente, pero que recibe de él una influencia formal y estilística muy honda, los seguidores son legión. Cultivan, así, este tipo de novela corta Pérez de Montalbán, Castillo Solórzano, Ágreda y Vargas, Salas Barbadillo, María de Zayas, Mariana de Carvajal, Andrés de Prado, etc. Algunos de los relatos de estos autores tienen a Madrid como escenario.

Pero, como observa Evangelina Rodríguez Cuadros, ya Edwin B. Place en 1926 cuestiona por primera vez la absoluta vinculación de la narrativa breve española con la italiana, mientras que los trabajos posteriores de Caroline B. Bourland contextualizan este género dentro de la narrativa nacional hispánica<sup>6</sup>.

---

<sup>3</sup> PALOMO, M. del P., *La novela cortesana (forma y estructura)*, Barcelona-Málaga, Planeta-Universidad de Málaga, 1976.

<sup>4</sup> TICKNOR, G. M., *History of Spanish Literature*, Londres, Murray, 1849. Traducción española con adiciones y notas críticas de GAYANGOS, P. y VEDIA, E. Madrid, 1851, t. III, cap. XXXVI, pp. 330-358.

<sup>5</sup> MENÉNDEZ PELAYO, M., *Orígenes de la novela*, Madrid, CSIC, 1943, vol. III, pág. 27.

<sup>6</sup> RODRÍGUEZ CUADROS, E., *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo xvii* (edición, introducción y notas), Madrid, Castalia, 1988, p. 11.

Para Agustín González de Amezúa, a cuyo cargo corrió la edición de buena parte de estas novelitas, el «germen lejano y perdido» de las mismas se encontraría en *La Celestina*.

Los investigadores posteriores, si bien no suscriben en su totalidad la función que le atribuye González de Amezúa a la Corte como ancho mar de tinta «donde los inquisidores de almas, los novelistas ávidos de realismo y de verdad, mojarán sus plumas»<sup>7</sup>, reconocen, no obstante, que el citado estudioso intuye «el concepto de Corte como eje o condicionamiento de una propuesta de literatura eminentemente ciudadana, en un momento de progresivo deterioro del medio rural»<sup>8</sup>.

Desde finales del siglo xvii hasta casi mediados del xviii no sólo el relato breve, sino la narrativa española en general, sufre una grave crisis. Como ha escrito el profesor Fernández Montesinos «en España, país de esplendores y decaimientos igualmente imprevisibles y vertiginosos, ningún fenómeno tan sorprendente como la desaparición de la novela en el siglo xviii»<sup>9</sup>. Las investigaciones de Reginal F. Brown, J. I. Ferreras y Joaquín Álvarez Barrientos, entre otros, han puesto de manifiesto que el vacío novelesco en estos años no es total, y que «el setecientos, especialmente su segunda mitad, es un siglo en el que la novela resurge del olvido en que había caído a finales del siglo xviii»<sup>10</sup>.

Por lo que se refiere al relato corto situado en Madrid en esta centuria, los ejemplos que hemos encontrado no son abundantes, y desde luego, son poco significativos.

Para esta antología se ha seleccionado uno de los incluidos en *La Leandra* de Antonio Valladares de Sotomayor, obra

---

<sup>7</sup> GONZÁLEZ DE AMEZÚA, A., «Formación y elementos de la novela cortesana», en *Opúsculos histórico-literarios*, Madrid, CSIC, 1951, t. I, p. 217 (reimpresión de un discurso de 1929).

<sup>8</sup> RODRÍGUEZ CUADROS, E., *op. cit.*, p. 12.

<sup>9</sup> FERNÁNDEZ MONTESINOS, R., *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo xviii*, Madrid, Castalia, 1980, p. 1.

<sup>10</sup> ÁLVAREZ BARRIENTOS, J., *La novela del siglo xviii*, en DE LA FUENTE, R. (Ed.), *Historia de la literatura española*, 28, Madrid, Júcar, 1991, p. 11.

que, según consta en el subtítulo, es una «novela original que comprende muchas». Reginal. F Brown, cuyo prestigio entre los investigadores de la narrativa del setecientos es, con todo merecimiento, muy reconocido, observa que *La Leandra* es una colección de anécdotas, novelas cortas «entrelazadas por la continuidad de personajes y la forma epistolar»<sup>11</sup>.

Álvarez Barrientos explica que aunque *La Leandra* se nos presenta «como un conjunto de cartas, es decir, bajo la forma epistolar, lo cierto es que son más bien relatos en primera persona. (...) Estos relatos pueden tener, a su vez, otros relatos dentro de ellos mismos, que serán también narrados por otro personaje. Valladares utiliza continuamente esta técnica, haciendo que sean los propios personajes quienes narren sus peripecias y tejan una enredada tela de araña en la que unos y otros se entrecruzan, se reconocen y dan cuenta de sus respectivos pasados. Generalmente las historias contadas tienen un regusto antiguo, como si estuvieran inspiradas en novelas cortesanías italianas y españolas del Siglo de Oro»<sup>12</sup>.

En el relato epistolar seleccionado para esta antología, Aniceta le refiere a Leandra algunas de las costumbres de Madrid: «En la Corte, amiga mía, por lo regular apenas tiene una niña seis años, la enseñan a bailar, cantar y tocar: a presentarse con aire en las tertulias, y a saber tratar con los hombres con despejo. Por lo mismo salen diestrisimas en esto; pero ignoran la doctrina cristiana. A nosotras nos imponen en ella primero que en otra cosa: seguidamente nos hacen aprender, por más riquezas que tengamos que heredar, los primores de la aguja y las haciendas de la casa».

El relato corto alcanza su esplendor en los siglos XIX y XX.

---

<sup>11</sup> BROWN, R. F., *La novela en España de 1700 a 1850*, Madrid, Dirección General de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1953, p. 13.

<sup>12</sup> ÁLVAREZ BARRIENTOS, J., *La novela del siglo XVIII*, en DE LA FUENTE, R. (Ed.), *Historia de la literatura española*, 28, Madrid, Júcar, 1991, pp. 275-276.

En el ochocientos muchas de estas narraciones aparecieron publicadas en las revistas y en los periódicos de la época y se cultivan todas sus variedades: el cuadro costumbrista, el relato lírico, el cuento fantástico, el relato ensayístico, el relato teatral.

El trasvase —en cuanto a asuntos e incluso a recursos formales— de la narrativa al teatro y a la inversa es un fenómeno ya conocido en nuestros Siglos de Oro y alcanza en el siglo XIX, con Pérez Galdós y otros autores, algunas de sus cimas. Los incisos, aclaraciones, llamadas al lector, recurriendo de ordinario a la forma parentética, presentan una clara analogía con los apartes y las acotaciones teatrales. La forma dialogada es heredada en muchos casos de los códigos dramáticos.

El cuento del siglo XIX ha sido relacionado también con el cuadro de costumbres por los diversos investigadores que han abordado su estudio. Bien es verdad que el término y el mismo concepto de *cuento* todavía en la época de Mariano José de Larra, Mesonero Romanos, Estébanez Calderón y otros autores de la literatura costumbrista, se habían especializado y se empleaban casi exclusivamente, como observa J. F. Montesinos, en el terreno del *folclore*<sup>13</sup>. Mariano Baquero Goyanes observa, por ejemplo, que artículos de Mesonero Romanos como *El amante corto de vista* o *De tejas arriba* se habrían llamado cuentos en épocas posteriores, y asegura, con J. F. Montesinos, que algunas de las *Escenas andaluzas*, de Estébanez Calderón, podrían figurar «con pleno derecho en una historia de la novela corta y del cuento españoles»<sup>14</sup>.

El cuadro de costumbres y el cuento se siguen poniendo en estrecha relación en investigaciones más recientes, argumentando que algunas de las señas identificadoras de uno y otro género derivan del medio periodístico<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> MONTESINOS, J. F., *Costumbrismo y novela*, Valencia, Castalia, 1960, p. 60.

<sup>14</sup> MONTESINOS, J. F., *op. cit.*, p. 22.

<sup>15</sup> Véase EZAMA, GIL, Á., *El cuento de la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1992, pp. 59-62.

Si el costumbrismo y, sobre todo, el movimiento romántico llevan a cabo una dignificación del relato, su mayor auge lo consigue en la etapa realista. El mismo Baquero Goyanes, que considera los cuentos de Fernán Caballero como punto de arranque para el estudio del género en el siglo XIX, argumenta que éste alcanza una mayor altura en un período que va de 1870 a 1900, aproximadamente. Tal esplendor del relato en los últimos años del siglo XIX se prolonga en el XX, en cuyas primeras décadas se publican algunas de las mejores creaciones de los autores incluidos en la centuria decimonónica, como doña Emilia Pardo Bazán.

Pero si establecer una periodización siempre parece un asunto complicado y resulta difícil deslindar cuándo termina un período y cuándo aparece otro, el mismo problema surge a la hora de encuadrar —siguiendo los moldes canónicos— la trayectoria literaria de algunos escritores.

Así, Pedro Antonio de Alarcón, del que se recogen tres relatos en esta antología, estaría situado fuera de su tiempo —algunos afirman que realmente lo está—, ya que varias de sus obras se desenvuelven en una atmósfera claramente romántica, cuando ya este movimiento es casi un recuerdo y triunfan en nuestra literatura los asuntos y recursos expresivos de los movimientos realista y naturalista.

Montesinos observa que Pedro Antonio de Alarcón fue un novelista romántico y considera su narración *El niño de la bola* como «la mejor novela romántica de nuestra literatura». Este mismo crítico llega a afirmar que Alarcón parece «mucho más seguro» que Valera en los géneros literarios que cultiva. En un sentido análogo, Baquero Goyanes estima que el autor de *El sombrero de tres picos* fue uno de los pocos escritores de su tiempo que intentó diferenciar con claridad sus *novelas cortas* de sus *artículos de costumbres*. Admite, sin embargo, que existe una enorme distancia entre los mundos literarios de Valera y de Alarcón: «El primero poseyó siempre el secreto

del buen decir, de la elegancia expresiva, de eso que dio en llamarse *aticismo*. Alarcón es, por el contrario, el narrador intuitivo y apasionado, capaz de excesos y aun de extravagancias, pero poseedor de otro secreto: el del saber dar con los temas adecuados para su buen desarrollo en forma de cuento. Algunos de los que salen de su pluma figuran entre los mejores del siglo pasado, y así lo ha reconocido y sigue reconociéndolo la crítica»<sup>16</sup>.

Entre estas manifestaciones que alcanzan la más positiva valoración, se encuentran los relatos seleccionados en esta antología.

Alarcón, que llamó al naturalismo «mano sucia de la literatura» —afirmación merecedora de una sagaz réplica de Leopoldo Alas— y que mantenía en sus años maduros ideas radicalmente opuestas no sólo a las de Alas y a las de Valera sino también a las de la condesa de Pardo Bazán, escribió relatos magistrales, que el mismo autor fue distribuyendo en distintas series.

Los divide, así, en *Cuentos amatorios* (1881), *Historietas nacionales* ((1881) y *Narraciones inverosímiles* (1882). La primera serie fue dedicada a don Mariano Catalina y don Nazario de Calonje; la segunda a don Juan Valera; y la tercera a Dióscuro Pueblo.

Los relatos incluidos en estas series no se atienen estrictamente a la modalidad señalada en el título. Así en las *Narraciones inverosímiles* se incluyen cuentos, como *Los seis velos*, que deberían figurar en las narraciones *amatorias*, mientras que otros como *Moros y cristianos* podrían ser clasificados dentro de las *Historietas nacionales*.

Entre sus cuentos *amatorios* se recoge *El clavo*, con el que Alarcón inaugura en nuestra literatura el relato de corte policíaco o de misterio, que consolidarían en otras latitudes autores tan importantes como Edgar Allan Poe y Wilkie

---

<sup>16</sup> BAQUERO GOYANES, M., *op. cit.*, pp. 199-200.

Collins, y en cuya vertiente maravillosa o fantástica la Condesa de Pardo Bazán nos legó importantes ejemplos. La trayectoria sería continuada por Gilbert K. Chesterton, Robert L. Stevenson y Georges Simenon, y en nuestra lengua por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, por citar sólo algunos de los más significativos.

Cuentos fantásticos escribe también Pérez Galdós —y a esa modalidad pertenece el recogido en esta antología—, cuya vasta y espléndida obra narrativa ha oscurecido sus relatos breves. En la última década del siglo XIX, algunos autores relacionados de forma muy estrecha con Galdós, como la Condesa de Pardo Bazán, llegaron a afirmar que esta relegación del cuento en favor de la novela se debía a que no estaba especialmente dotado para el relato breve: «El artista, a no ser un prodigio de la naturaleza, no está condicionado para desempeñar todos los géneros con igual maestría, y casi siempre descuella en uno, que es su especialidad, su reino. A Pérez Galdós, por ejemplo, le es difícil redondear y encerrarse en un espacio reducido; no maneja el cuento, la *nouvelle* ni la narración corta; necesita desahogo, páginas y más páginas, y, como el novelista ruso Dostoyevski, domina la pintura urbana y no la rural»<sup>17</sup>.

Dentro de la inmensa producción de Pérez Galdós, Baquero Goyanes considera propiamente cuentos los diez que fueron reunidos en 1890 en el volumen *La sombra y otras narraciones*, a los que agrega *La novela del tranvía*, cuyas dimensiones, según el citado crítico, «tal vez rebasen ya las propias del cuento para alcanzar las de la novela corta».

Clarín, sin embargo, es considerado el renovador del relato breve: «Rompiendo las formas demasiado rígidas del género, lo convierte en un taller de experimentación de un nuevo

---

<sup>17</sup> PARDO BAZÁN, E., *Nuevo Teatro Crítico*, núm. de marzo de 1891, p. 38. (Citado por BAQUERO GOYANES, M., *El cuento español del Romanticismo al Realismo*, ed. revisada por Ana L. Baquero Escudero, Madrid, CSIC, 1992, pp. 231-132.)

estilo narrativo. (...) En la obra de Clarín se evidencian, más que en cualquier otro narrador español de su tiempo, las posibilidades expresivas del cuento, esa sorprendente modernidad que se manifiesta en una permeabilidad insólita a temas, formas y estilos que en principio le son ajenos<sup>18</sup>.

Clarín ya en su época fue considerado uno de los verdaderos maestros de la novela corta y del cuento, esas dos modalidades narrativas, cuyas fronteras nunca han estado claramente delimitadas. Clarín además propicia la convivencia e interrelación —dentro de su universo narrativo— entre la novela larga y el relato. Así, por ejemplo, el tema de su cuento *El diablo en Semana Santa*, en el que el personaje demoníaco tienta a un magistral, haciendo que el elemento provocador de la tentación tome la forma de la atractiva mujer de un juez que está en el templo para confesarse, es una versión de un episodio de *La Regenta*.

Nadie en la literatura española, según González López, ha llegado como Clarín en sus relatos breves a las zonas más delicadas de la ternura, de la honda simpatía por las criaturas más humildes, de amor por sus semejantes más pobres e infortunados<sup>19</sup>. Como obras maestras del arte narrativo de Alas vienen siendo consideradas *Pipá* y *Doña Berta*. En *Pipá* se nos relata la historia de un pilluelo que en Carnaval se viste de muerto, y con su disfraz alegra primero a una niña rica y aburrída, y más tarde a unos borrachos, quienes, para divertirse, causan la muerte por asfixia al que estaba ya vestido de muerto. Leopoldo Alas combina de forma magistral la ternura y el tono trágico, el ambiente lujoso de la casa rica y la sordidez de la taberna, consiguiendo una obra que ha sido relacionada con los *Caprichos* de Francisco de Goya y con los esperpentos de Valle-Inclán.

---

<sup>18</sup> EBEREN, R., *Semiótica y morfología textual del cuento naturalista. Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas «Clarín». Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid Gredos, 1988, p. 27.

<sup>19</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, E., *op. cit.*, p. 511.

En *Doña Berta*, tanto la protagonista —una anciana simpática, patética y digna de admiración— como su gato, aparecen tratados con una actitud a la vez distanciada y poética. La historia narra la juventud de doña Berta con sus hermanos carlistas, sus amores con un capitán liberal del que nacerá un hijo que le arrebatan sus hermanos, su encuentro en la vejez con un pintor, su creciente obsesión por ver el último cuadro de éste que cree ser un retrato del hijo perdido, su búsqueda del cuadro en Madrid y, finalmente, su muerte accidental atropellada por un tranvía. Doña Berta pasea por la Puerta del Sol, por la calle del Carmen, por la de Alcalá, por la Red de San Luis y por otros lugares de Madrid, de un Madrid que «tenía en la cabeza la imagen de aquella viejecilla sonriente, vivaracha» y que asistirá sobrecogido a los últimos momentos de su vida.

La Carrera de San Jerónimo, la calle de la Montera, el Café Suizo y el Ateneo protagonizarán también las páginas de *Una medianía*, novela destinada a ser la continuación de *Su único hijo*.

La capital de España es igualmente el escenario de los textos clarinianos *Reflejo*, *Un viejo verde*, *León Benavides* y *Azotacalles de Madrid (La procesión por fuera.- La beata)*, seleccionados en esta antología.

Un modelo de relato breve de Leopoldo Alas es *¡Adiós, «Cordera»!*, en el que el autor vuelve a utilizar con sabiduría el arte de los contrastes en el marco idílico del paisaje asturiano.

Igual maestría muestran los relatos de doña Emilia Pardo Bazán, la narradora más prolífica de las letras españolas en este género durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX. La producción cuentística de la autora de *Los Pazos de Ulloa* sobrepasa con mucho la de todos los autores juntos de su generación. Nelly Clémessy registra el número de 566 obras, aunque recuerda la afirmación de V. Díaz de Tejada, en 1912, de que

---

<sup>20</sup> CLÉMESSY, N., *Emilia Pardo Bazán, contes perdus et retrouvés*. Thèse de doctorat, Montpellier, 1967-1968. Citado por EBEREN, R., *Semiótica y morfología del cuento naturalista*, p. 24.

éstas pasarían del millar<sup>20</sup>. El grueso de estos relatos está escrito entre 1890 y 1919; sólo nueve fueron compuestos antes de 1890. Sus colecciones de relatos aparecen, por tanto, cuando intenta superar el código del movimiento naturalista y está más próxima al impresionismo y al simbolismo. Este carácter impresionista es el rasgo dominante en sus cuentos *Sacro-profanos*, su última colección del siglo XIX, en la que los críticos encuentran cierto parentesco con Valle-Inclán. Antes había publicado *Cuentos de Marineda* (1892), que tienen por escenario La Coruña, *Cuentos nuevos* (1894) y *Cuentos de amor* (1896).

La nota impresionista y simbolista vuelve a estar presente en sus *Cuentos de Navidad y reyes* (1902), *Cuentos trágicos* (1912) y *Cuentos de mi tierra* (1922), publicados póstumamente. En estas colecciones son más claras las analogías de los relatos de doña Emilia con los de Valle-Inclán, imbuidos ambos de una misteriosa atmósfera galaica. La condesa de Pardo Bazán mostró su admiración por el arte narrativo de Guy de Maupassant, uno de los más grandes autores de relatos de todos los tiempos.

Las investigaciones ya clásicas de Baquero Goyanes y las posteriores de Paredes Núñez<sup>21</sup>, Rolf Eberenz<sup>22</sup> y de otros autores han demostrado de forma palpable que con doña Emilia alcanzó el relato su «máxima jerarquía artística».

Algunas novelas de Pardo Bazán, como *Morriña e Insolación*, tienen por escenario la ciudad de Madrid. En *Insolación*, la Pradera de San Isidro, con su romería y sus merenderos, será el lugar elegido para que el impulso erótico que invade a los protagonistas cobre carácter de fuerza de la Naturaleza, ayudado, sin duda, por el calor del vino y la ale-

---

<sup>21</sup> PAREDES NÚÑEZ, J., *Los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Granada, Universidad de Granada, 1979.

— *La realidad gallega en los cuentos de Emilia Pardo Bazán (1851-1921)*, Sada, Edición do Castro, 1983.

— (Ed.), *Emilia Pardo Bazán. Cuentos completos*, La Coruña, Fundación «Pedro Barrie de la Maza, Conde de Fenosa», 1990.

<sup>22</sup> EBERENZ, R., *op. cit.*

gría de la fiesta. Si la protagonista de *Insolación* es una aristócrata, la marquesa de Andrade, la de *Morriña* es una humilde muchacha, Esclavitud Lamas, hija sacrílega de un sacerdote, huida de su tierra que, para borrar el recuerdo de su tara familiar, se viene a servir a Madrid.

Nuestra ciudad proporciona también el marco de la acción a los cuentos *El árbol rosa*, *Solución* y *Los ramilletes*, seleccionados en esta antología.

El Madrid que sirve de marco o de fondo a los relatos del siglo XIX, es la ciudad que había recuperado su ritmo en la tercera década de la centuria, la urbe que, después de los esfuerzos realizados por los Borbones para impulsar su desarrollo económico, urbanístico y cultural, había visto truncada su evolución por las consecuencias de las guerras napoleónicas. La estructura socioeconómica de la ciudad continuaba girando en torno a su condición de centro administrativo y político del país, residencia de nobles en una situación próspera o de decadencia, de una burguesía ascendente que disputaba sus privilegios a la nobleza, y a veces se cruzaba con ella, y de un alto número de funcionarios, que a partir de entonces serán algunos de los tipos más novelables de nuestra sociedad. Completaban este cuadro los empleados de la industria y sobre todo de la construcción, y un número importante dedicado al servicio doméstico, como la protagonista de *Morriña*, Esclavitud Lamas.

Madrid se afirma, por lo tanto, en estas décadas del siglo XIX, como el gran centro burocrático y residencial del país. La construcción de la red de ferrocarriles y de carreteras en forma radial refuerza la capitalidad de la urbe y estimula las actividades comerciales. Asimismo, la creación de las compañías ferroviarias y el desarrollo de la banca y de la bolsa constituyen nuevos elementos que terminan por configurar esta ciudad como la primera plaza financiera del país.

Por lo que se refiere a los aspectos urbanísticos, el antiguo perímetro de la ciudad se ve desbordado a partir de la segun-

da mitad del siglo XIX, y el plan de Castro de 1860 se erige en el primer intento de ordenación urbana del nuevo ensanche. Pero los sucesivos desaciertos urbanísticos, que se prolongan hasta nuestros días, provocan un crecimiento anárquico de la ciudad y constituyen unas de sus señas más características, con las excepciones de algunos intentos de ordenación racional del urbanismo como el de Arturo Soria. El ensanche que se produce en los años citados del siglo XIX tiene sus consecuencias más inmediatas en la construcción de los barrios de Salamanca, de Argüelles y de Pozas, y la edificación de los de Delicias, Pacífico y Prosperidad.

Por estos barrios circulan los tranvías de tracción animal, que habían sido establecidos hacia 1870 —los primeros tranvías eléctricos se inaugurarían en Barcelona y en Madrid a principios del siglo XX—, y estos nuevos vehículos que cruzaban el paisaje urbano son protagonistas de algunos de los relatos de la época. Un tranvía causó, como se ha dicho, la muerte de doña Berta en el relato de Clarín, y el que circulaba del barrio de Salamanca al de Pozas es el escenario ambulante de *La novela del tranvía*, de Pérez Galdós, incluida en esta antología.

Dejando el espacio geográfico donde se desarrollan las narraciones incluidas en esta selección, y atendiendo a su estructura formal, interesa apuntar que ante las dificultades de delimitación precisa entre las fronteras del cuento y de la novela corta, en este libro se ha optado por la denominación de relato. Se podría llamar *novelitas* a las narraciones del siglo XVII y *cuentos* a las pertenecientes al XIX. Con el objetivo de encontrar un término unificador, se ha elegido el de *relato breve* o simplemente el de *relato*, cuyo empleo, con este significado, no es la primera vez que aparece en la historia literaria.

Por otra parte, el problema de la delimitación entre novela corta y cuento es una cuestión ya debatida desde los Siglos de Oro de nuestra literatura, como lo testimonian las palabras

de Lope de Vega en sus *Novelas a Marcia Leonarda*, según las cuales «en tiempos menos cultos que los de ahora llamaban a las novelas cuentos»<sup>23</sup>.

Miguel de Cervantes, en la carta dedicatoria al Conde de Lemos, aplica el nombre de *cuentos* a lo que en otro lugar define como *novelas*, es decir, a su *Novelas ejemplares*<sup>24</sup>.

La polémica continúa entre los teóricos de la literatura de nuestros días. Genette ha elaborado una retórica de la novela —la narratología— que sirve igualmente para el cuento.

Elsa Dehennim, en la dificultad de diferenciar estilísticamente el relato breve del largo, opta por la denominación de *relato literario*, siguiendo un enfoque metodológico muy acertado, y estudiando, a partir del discurso, el funcionamiento interno de este género<sup>25</sup>.

Georges Günter, por su parte, considera que «las novelas —cualesquiera que sean, largas o cortas, moralizantes o libertinas, burguesas o postmodernas— no dejan de ser cuentos literarios, de mayor o menor complejidad»<sup>26</sup>.

Las novelas cortas y los cuentos —esto es, los relatos— incluidos en esta antología constituyen «sistemas organizados y complejos»<sup>27</sup>, que se erigen en una escritura esencialmente urbana. Así se pone de manifiesto en las estrategias discursi-

---

<sup>23</sup> Citado en *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII*, edición, introducción y notas de EVANGELINA RODRÍGUEZ CUADROS, Madrid, Castalia, 1988, p. 20.

<sup>24</sup> GÜNTER, G., «Tipología narrativa y coherencia discursiva de las *Novelas Ejemplares*», en FRÖHLICHER, P. y GÜNTER, G. (Eds.), *Teoría e interpretación del cuento*, Bern, Berlin, Frankfurt am M, New York, Paris, Wien, 1997, p. 127.

<sup>25</sup> DEHENNIM, E., «Narratología estilística aplicada al cuento», en P. FRÖHLICHER y G. GÜNTER (Eds.), *Teoría e interpretación del cuento*, pp. 67-86.

<sup>26</sup> FRÖHLICHER, P. y GÜNTER, G., *op. cit.*, p. 132.

<sup>27</sup> PEÑATE RIVERO, J. «El cuento literario y la teoría de los sistemas: propuestas para una posible articulación», en FRÖHLICHER, P. y GÜNTER, G., *op. cit.*, p. 63.

vas de los relatos de Castillo Solórzano, Pérez de Montalbán, Alarcón, Clarín, Pardo Bazán, y del resto de los incluidos en este libro.

El carácter urbano de las novelitas del siglo xvii y de los cuentos del siglo xix se ha acentuado en las creaciones del siglo xx y llega a constituir uno de los rasgos más característicos de los relatos de nuestros días. No podía ser de otra forma: la ciudad es el escenario moderno de los más afortunados encuentros y también de los más desgraciados desencontros. Y esta es la cara y la cruz de la novela y de la vida.

*Francisco Gutiérrez Carbajo*

## Siglo XVII

## ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

*Nació en Tordesillas, de familia acomodada, en el año 1584. Sus padres fueron Francisco del Castillo, camarero de los Duques de Alba, y Ana Griján. Son escasos los datos sobre sus años de niñez y juventud, durante los cuales parece que realizó estudios en Salamanca. Estos estudios serían interrumpidos por la crisis familiar, tras la muerte de su padre, ocurrida en 1597.*

*En 1619 llega a la Corte y entabla relación con los círculos literarios e intelectuales, como la Academia de Madrid, encabezada por Francisco de Medrano, y en la que se reúnen Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Tirso de Molina, Guillén de Castro, Luis Vélez de Guevara, López de Zárate, Salas Barbadillo, Hurtado de Mendoza, Pérez de Montalbán y otros importantes escritores. Su entrada en el mundo cortesano tiene lugar en el año 1620, cuando ocupa primero el cargo de gentilhombre de cámara del conde de Benavente, y más tarde el mismo puesto con el marqués de Villar, don Juan de Zúñiga.*

*En 1622 gana con un romance el tercer premio literario del certamen poético celebrado con motivo de la canonización*

*de San Isidro, premio que no recibe por haberlo firmado con seudónimo.*

*En 1623 tiene que vender un título nobiliario concedido por el rey, debido a sus estrecheces económicas. Fue maestra-sala del marqués de los Vélez, con quien estuvo en Valencia durante su virreinato (1628). Al morir el marqués, pasa al servicio de su hijo, Pedro Fajardo, a quien acompaña a Zaragoza, cuando es nombrado virrey de Aragón. En Zaragoza, conoce a María de Zayas, a quien alaba en La garduña de Sevilla, y allí publica Las aventuras del Bachiller Trapaza (1637) y Sala de Recreación (1649). Acompaña a Roma a don Pedro Fajardo al ser designado embajador en esta ciudad (1642). No se conocen a ciencia cierta el lugar y la fecha exactos de su muerte, pero en el año 1648 ya consta que había fallecido.*

*Castillo Solórzano, que fue elogiado por Juan Pérez de Montalbán en su Orfeo en lengua castellana y por Lope de Vega en su Laurel de Apolo, cultivó todos los géneros literarios, y de forma muy especial el narrativo.*

*En su obra poética domina el carácter satírico y jocoso, del que es una buena muestra Donaire del Parnaso (1624).*

*En el género dramático publicó entremeses, comedias como El marqués de Cigarral, traducida por Scarron (Don Japhet d'Armenie), y autos como El fuego dado al cielo (1667).*

*En la narrativa recorrió todas sus variedades desde la picaresca a lo cortesano.*

*En la línea de la picaresca hay que destacar Las harpías de Madrid y coche de las estafas (1631), La niña de los embustes, Teresa de Manzanares (1632), Aventuras del bachiller Trapaza (1637) y La garduña de Sevilla (1642).*

*En el género de la novela corta sobresalen Tardes entretenidas (1625), Jornadas alegres (1626) y Tiempo de regocijo y Carnestolendas de Madrid (1627).*

*En estas colecciones de novelas cortas, Castillo Solórzano, adopta y consolida la modalidad narrativa italiana, especialmente la de Boccaccio, a la que se ha hecho referencia en la introducción.*

*En Las tardes entretenidas —una de cuyas novelitas, El Proteo de Madrid se incluye en este libro—, Castillo Solórzano sigue la estructura adoptada en el Decamerón del autor italiano. El marco que une las seis novelas toma como pretexto el entretenimiento de unos personajes que pasan el mes de mayo en una quinta madrileña a las orillas del Manzanares: en ella se reúnen dos señoras viudas, con dos hijas jóvenes cada una, dos criadas, dos ancianos escuderos, dos pajes, y un amigo de gran ingenio, Octavio, que es el encargado de organizar los divertimientos: contar historias, cantar, hacer versos y proponer enigmas, que sirven de engarce de unas novelas con otras.*

*A los lectores actuales les puede resultar llamativa la intromisión de poemas en estas narraciones o la presencia de enigmas, que no tienen relación con lo tratado en las novelas pero que sirven para articular unas con otras. El público cortesano de esta época parecía disfrutar con tales artificios, si tenemos en cuenta que Castillo Solórzano no es el único que los practica.*

*El Proteo de Madrid se cierra con dos enigmas cuyo sentido han de descifrar los contertulios. El primero de ellos es planteado por doña Laura y se ilustra con una mujer vestida de pluma y con las alas extendidas. En los versos que le siguen se aportan datos para desentrañar su contenido. Ninguna de las damas lo consigue y es la misma doña Laura la que se encarga de explicar su sentido.*

*El segundo enigma lo plantea doña Lucrecia y se representa gráficamente por un hombre monstruoso con orejas de asno y con una nariz desmesurada; viste como labrador y lleva un azadón en la mano.*

*Don Octavio, que no quiere que nadie «le gane por la mano», se apresura a explicar los conceptos representados*

*desde el punto de vista óptico por el emblema y conceptualmente por el contenido de los versos.*

*Ambos aspectos le parecen suficientemente claros y no tiene dificultad en encontrar la solución.*

*Esta sesión vespertina, representada por la novela II de las Tardes entretenidas, termina con unas endechas que canta Octavio acompañándose de la guitarra.*

*En este marco, la historia que se nos relata en El Proteo de Madrid, participa de los rasgos de las novelas picaresca y cortesana.*

*Aunque no se relata en primera persona —uno de los rasgos estructurales básicos del género picaresco—, la narración comienza refiriéndonos acontecimientos de la prehistoria del protagonista. Sus padres son de origen humilde, pertenecen a la «jerarquía más ínfima de aquella provincia» y el personaje ocupa una buena parte de sus días en el servicio de sus amos. El viaje, otro de los motivos recurrentes en este género narrativo, también está presente, así como las tretas que el protagonista inventa para sacar provecho de aquellos a quienes sirve.*

*El diminutivo Dominguillo se ha interpretado también como una influencia o un homenaje al Lazarrillo de Tormes.*

*Por otra parte, los rasgos que González de Amezúa y otros autores señalan para la novela cortesana están presentes en El Proteo de Madrid. El protagonista desarrolla la mayor parte de su actividad en la Corte y conoce los entresijos de la misma. Las burlas que lleva a cabo Dominguillo sirven de pretexto a Castillo Solórzano para poner de manifiesto los defectos y las debilidades de los «lindos» y de otros tipos cortesanos.*

*Pero la Corte está poblada no sólo por los que dirigen la política y la economía, sino por otros que han llegado a ella «a valerse por su pico».*

*El espacio madrileño es, por tanto, el escenario de buena parte de las intrigas que se desarrollan en esta novela de*

*Castillo Solórzano así como en El defensor contra sí, incluida igualmente en esta antología.*

*El en Proteo de Madrid, nada más nacer el protagonista, es «expuesto» por sus padres en la céntrica calle de San Bernardo. Allí es recogido por un soldado de la guardia tudésca, que se ocupará de su primera formación y lo llevará para que curse estudios en el colegio de los padres de la Compañía de Jesús. Cuando muere su «arrimo y amparo, dejándole huérfano», determina abandonar sus estudios, y gracias a un hermano del tudesco, al que llamaba tío, «se acomodó en servicio del conde de Oñate». Aquí se especializará Dominguillo en el arte de las burlas, dirigidas primero contra un vizcaíno llamado Cortabarria que viene a servir de paje al conde de Oñate, y más tarde, contra don Cosme, el maestresala. Del palacio del conde tendremos ocasión de trasladarnos a otros lugares de Madrid y de asistir a algunas de sus fiestas, como la de San Juan, muy celebrada en la Corte. Así, don Cosme, Domingo y dos criados del Conde acudirán en esta festividad de San Juan, el 24 de junio, a almorzar con unas cortesanas a las orillas del Manzanares, tradición recogida, entre otros, por Lope de Vega, en su comedia La noche de San Juan.*

*Tampoco faltan las referencias, muy recurrentes a lo largo de nuestra historia literaria, al escaso caudal del famoso río madrileño:*

*Al cristal que Manzanares  
lleva en escasa matriz,  
no le permite que bañe  
el verónico marfil.*

*Cuando el maestresala descubre algunas de las burlas más atrevidas de Domingo, éste ha de abandonar la Corte, y dirigirse a Portugal, donde visita Lisboa, Évora y otras ciudades. De nuevo en Madrid, lo vemos transitar por la calle de Toledo, la plazuela*

*de la Cebada y los barrios de Antón Martín y San Francisco. En Madrid se fragua también lo que será el desenlace de la obra.*

*Alonso de Castillo Solórzano ha elegido bien el título de su obra. Como Proteo, el dios marino, Domingo es aficionado a los disfraces y transformaciones. La movilidad y los cambios son elementos esenciales en su vida. Aparte del trasfondo ideológico de la metamorfosis, la dialéctica del ser y el parecer es bastante frecuente en la novela cortesana de la época, y no debe ser ajena al travestismo y al disfraz, utilizados igualmente por el teatro. Con el teatro se ha relacionado este género novelístico, pudiéndose afirmar que la comedia áurea y la novela cortesana son dos de las manifestaciones literarias más cultivadas en nuestro país, y de forma especial en la ciudad que ejerce su capitalidad.*

*El defensor contra sí es otro interesante relato cortesano incluido por Castillo Solórzano en el libro Huerta de Valencia, prosas y versos.*

*La novela se inicia con el juego de unos tabúres cuando «a maitines tocaban las campanas de los monasterios de Madrid, insigne Villa de España y Corte de su poderoso Rey».*

*Con un procedimiento de gran modernidad, que podría denominarse metafictivo o metaliterario, Castillo Solórzano intercala, dentro del marco narrativo general, otras narraciones o «relaciones» entre las cuales ocupa un papel destacado la que doña Brianda refiere a don Carlos. El marco geográfico es el madrileño y los lugares más transitados los barrios de Antón Martín, de Leganitos, la calle Mayor y el Paseo del Prado. De este paseo se afirma que, en los días de fiesta «todo lo bizarro de la Corte ocupaba aquel ameno y frecuentado sitio». En estos escenarios y en varios interiores se desarrolla la intriga con el ritmo trepidante de una auténtica comedia de enredo. Los paréntesis ocupan el papel de los apartes teatrales. La acción principal se encadena con varias acciones secundarias, y, cuando los personajes van descubriendo su verdadera identidad, se prepara el desenlace.*

*La novelita El Proteo de Madrid ha sido extraída de las Tardes entretenidas, publicadas en Madrid en el año 1625 por Alonso de Castillo Solórzano. Esta edición lleva la siguiente dedicatoria: «Al Excelentissimo Se. / ñor don Francisco Gómez de Sandoual, Padilla y Acu- / ña, duque de Uzeda y Cea, Adelantado mayor de Cas- / tilla; Conde de Santa-Gadea y Buendía, Marqués de / Belmonte, señor de las villas de Dueñas, Ezcurai, Cal- / atañazor, Corroquin, Balgañón y sus partidos, Comen- / dador de la Clavería de Calatraua, y Gentilhombre / de la Cámara del Rey nuestro / señor. / Por don Alonso de Castillo Solórzano. / Año 1625. / Con Privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martín».*

*Se han tenido también en cuenta las ediciones de las Tardes entretenidas de don Emilio Cotarelo y Mori, Madrid, Real Academia Española, 1908, y la de Patricia Campana, Barcelona, Montesinos, 1992.*

*El defensor contra sí se ha tomado del libro Huerta de Valencia, prosas y versos, publicado en Valencia por Julián Sorolla en el año 1629. El libro contiene además, las novelitas El amor por la piedad, El soberbio castigado y La duquesa de Mantua. Todas ellas fueron incluidas en el tomo VII de la Colección de novelas escogidas, compuestas por los mejores ingenios españoles, Madrid, Imprenta de González, 1789. En este mismo volumen aparecen Nadie crea de ligero, del Alférez don Baltasar Mateo Velázquez, y La muerte del avariento y Guzmán de Juan de Dios y Pagar con la misma prenda, de Andrés del Castillo. Se ha tenido también en cuenta la edición realizada por Eduardo Juliá y Martínez en Madrid, Tip. Aldus, 1944.*

*En los textos que reproducimos se han modernizado la ortografía y la acentuación, escribiendo, por ejemplo, monstruoso en lugar de monstrroso, o extremo, extremado o extendidas en vez de estremo, estremado o estendidas. Se han*

*desbecho igualmente las contracciones desto, del, escribiéndose de esto, de él. Se mantiene esotro, a en algún caso para no variar el sentido de la frase.*

*Se han preferido las formas verbales modernas decía, veía o recibido a día, vía o recibido, empleadas en el texto del siglo XVII.*

*Se ha sustituido la «x» por la «j» en palabras como dexaste, traxese, o la «q» por «c» en quanto, etc.*

*El discurso dialogado se ha separado gráficamente con guiones, para darle mayor agilidad.*

## EL PROTEO DE MADRID

Paréceme, hermosas damas y discreto auditorio, que conociendo mi alegre sujeto os habréis prometido de él más donaires que moralidades, pues lo poco devoto que en mí habéis visto os tiene con seguridad de que me empeñaré más en lo deleitoso que en lo moral, por tener tanto de almendro<sup>1</sup>. Si sabemos que de la ponzoña se hace la triaca<sup>2</sup> y que no hay animal que por nocivo que sea, que no encierre en sí alguna virtud, razón será que hoy, desdiciendo de mi natural, veáis que no altero vuestra costumbre, antes la observo con más rectitud y cuidado.

El discurso que tengo prevenido para deciros es de la vida de un mozo libre, que por no ser castigado en sus pueriles años la vino a hacer la justicia con afrenta suya; amonesto a los padres a la corrección y castigo de sus hijos y a los superiores al de sus súbditos, para que con él no vengan a lucírseles mal sus enseñanzas, como al sujeto de mi novela, que entre tan floridos y agudos ingenios me atrevo a comenzar así.

---

<sup>1</sup> *Almendro*: exageración.

<sup>2</sup> *Triaca*: medicamento.

Al servicio de un frecuentado mesón de la antigua Ponferrada, villa del Bierzo, que está a la raya de Galicia, asistía Dominga Pérez, moza de diez y ocho años, alta de cuerpo, baja de linaje, menguada de narices, crecida de pechos y caderas, doncella en posesión y hermosa en esperanza, tan puntual en satisfacer con su servicio el miserable estipendio de su soldada que con igual rostro subía al monte cada día por un haz de leña que traía en sus espaldas, como bajaba al claro Sil con un cántaro por el agua necesaria para el gasto de su casa.

Sus padres fueron gallegos, de la jerarquía que en Galicia llaman maragatos, que es la más ínfima de aquella provincia, cumpliendo tan bien con la mitad del nombre que nunca se ha oído que degeneren de esta profesión. Dejaron a la tal Dominga sus padres huérfana de diez años, y desde esta edad a la que referí que tenía sirvió continuamente en el acreditado mesón, por estarlo ella cuando se llegase su remedio, de que no era de aquellas que mudan casa cada mes, pues para la profesión de mujer de bien no eran pocas las caravanas<sup>3</sup> que hacía de fidelidad.

En todo este tiempo, no se le conoció a la buena Dominga asomo de flaqueza, que aunque su cara era freno de cualquier lascivo impulso, tal caminante viene por esos caminos, ni el paraje a que llega, la cara que mira, ni la mala prosa que oye le son inconvenientes a su apetito. Por llevar adelante sus buenos deseos, nuestra Dominga huía siempre de tales huéspedes.

Entre los muchos que a su posada acudían vino un caballero de Madrid del hábito de Santiago, que iba a hacer unas informaciones para dárselas a otro caballero, a Monforte de Lemos. Éste hacía poco que era casado con una señora de mucha calidad y hacienda, y portábase en la corte con mucho lucimiento; no menor le llevaba a estas informaciones, gastan-

---

<sup>3</sup> *Caravanas*: diligencias.

do en ellas mucho más que el corto salario que les señala el Consejo, de que otros suelen hacer caso.

Entre la gente que consigo sacó de Madrid a su servicio, traía por lacayo suyo un mozo natural de Ponferrada, que saliera descalzo de su patria a la de tantas naciones, y en ella de mozo de caballos había ascendido al puesto de lacayo.

Venía muy galán, con el vestido de una lucida librea que su amo había dado cuando se casó; a éste conocía muy bien Dominga, que había sido su requiebro un tiempo; holgóse mucho con él, abrazóle y agasajóle cuanto supo, muy pagada de su buen garbo y talle, sin dejar por registrarle nada de cuanto traía vestido. Lucas, que así se llamaba el recién venido mozo, no mostró menos contento con Dominga que ella había recibido en verle; preguntáronse por sus saludes, y para darle cuenta de su buen cómodo, dicha y tierra en que había estado, le señaló tiempo menos ocupado que aquél, pues era en el que había de acudir a dar cebada y el diligente lacayo a ayudar al mozo de mulas, con quien profesaba desde este viaje estrecha amistad.

Después que les acudió a dar lo necesario, cenó el caballero y religioso que le acompañaba con todos sus criados, la señora Dominga, su recién venido mozo y otro que servía en el ministerio de dar paja en aquel mesón, su conocido, se apartaron a un aposento remoto del comercio de la casa, donde el cortesano Lucas les dio cuenta de su vida, del buen amo que servía, de los gajes que en su servicio ganaba, de la apacible vida de la corte, y de cuán bien se hallaban en ella los que desamparaban aquella miserable tierra, nombrándole algunos de aquel lugar que estaban bien medrados.

Tantas cosquillas les hicieron las cosas que Lucas dijo a Dominga y a Marcos, que les dio deseo de dejar a Ponferrada, y así lo comunicaron el otro día a Lucas, el cual lo aprobó, aunque al parecer de Dominga con alguna frialdad, que ella atribuyó a pocas ganas de que se fuesen con él; y así, por estar de partida, dejó la resolución para la vuelta de las informaciones.

No aguardó Dominga a que volviese Lucas de su viaje, tanto era el deseo que tenía de verse en Madrid, y así, comunicando su intento con Marcos, se ofreció acompañarla, con buenas ganas de verse presto en la corte tan galán como su amigo Lucas.

Dominga habló a su ama sobre el caso, y aunque ella procuró cuanto pudo disuadirla de su intento, así por no pagarla su soldada como por no perder tan buen servicio, no pudo acabar con ella que dejase su partida; hizo cuenta con el mesonero, a quien alcanzó en diez ducados, y Marcos en seis, por hacer menos tiempo que estaba en su casa. Pagados, pues, lo que se les debía y despedidos de sus amos, con los zapatos en la pretina y los pies en el camino, tomaron el de Castilla.

Marcos era algo vergonzoso, y aunque le tenía a Dominga bastante cariño, no osaba darla parte de sus pensamientos, temiendo como fino amante, su enojo. Dominga, como doncella, no se acordaba de otra cosa que de caminar con cuidado, no viendo la hora que llegar al fin de su viaje y hallarse en Madrid con la medra que Lucas le había significado que estaban otras de su tierra.

Ellos, que habían subido la cumbre del áspero puerto del Rabanal, topáronse en el primero llano con la Cruz de Ferro, tan nombrada de los que caminan por aquella tierra, y hallando buena ocasión Marcos, que la había visto otra vez que se le ofreció ir a Astorga, dijo a su compañía:

—Dominga: esta es aquella Cruz de Ferro tan conocida de todos los de nuestra tierra, a quien las doncellas de allá que pasan por aquí hacen su oración, pero no el voto que dicen, de no volver como pasaron.

—¿Esta es, Marcos? —dijo Dominga—. Huélgome de verla, mas no pienso prometer lo que malas lenguas dicen: hagamos oración, que es lo que nos importa, para que Dios nos dé buen viaje.

Hiciéronlo así, y prosiguiendo su camino, las soledades, el trato de los dos y el acomodado albergue que buscaban las

noches juntos, ocasionaron atrevimiento en Marcos y apacibilidad en Dominga, para que él saliese de empacho y ella no le tuviese en darle audiencias. Esto se deslizó a más, de suerte que la oración de la doncella gallega pareció haber sido proposición del voto, pues antes de dos jornadas le cumplió puntualísimamente, facilidad del natural, donde en las de su estofa padece la honestidad violencias.

Por sus limitadas jornadas, llegaron al eminente puerto de Guadarrama, llevando la señora Dominga pocas ganas de andar y menos de comer, quedándole sola la del beber, que como paladeada del vientre de su madre con el sabroso licor de Noé, nunca le dio en rostro.

Al fin, la ninfa gallega iba encinta, y como primeriza en aquellas pesadumbres, no advertía que le iban creciendo nuevos huesecillos en el vientre y más bulto en los pechos, pero nuestro Marcos, que aunque mozo de mesón era algo entendido y no poco estimado entre los maragatos de su tierra, sospechó luego lo que podía ser, si bien aniquilamos su ingenio, pues habiendo pasado por él y su gallega dama los lances referidos que ocasionaron el galiciano embrión, no era mucho adivinar que lo fuese, por los accidentes de su desganaada señora. Proveyó la alforja y basteció la bota en el Espinar por darla alientos, y continuando su viaje comenzaron a emprender la subida del escabroso puerto, descansando a ratos, comiendo por minutos y bebiendo por instantes.

Llegaron pues en espacio de hora y media a la cumbre del empinado puerto, donde vieron la cruz de piedra que divide los términos de las dos Castillas, y mirándola con atención Dominga, le dijo:

—¿Aquí hay otro voto que hacer, Marcos? Porque aunque no hice expresamente el pasado, le cumplí por no tener escrúpulos.

—El voto que yo querría que hicieses —dijo Marcos— es de guardarme lealtad en el lugar adonde enderezamos nues-

tro viaje, pues sabes cuánto te quiero y cuánto te la merece mi voluntad, que según las nuevas que me dan los que de la corte vienen, son pocas las que guardáis en viéndoos entre su confusión con razonable cara.

Dominga le prometió no ser una Porcia ni una Penélope, porque no sabía de historias: pero hallándose el ejemplo de paleta en las firmes peñas del encumbrado puerto, le dijo que en su amor sería más constante que ellas. Esto dijo para satisfacción de su Marcos, que en lo secreto dejó su derecho a salvo para hacer lo que más bien le estuviese, como todas lo hacen sin ser gallegas.

Llegaron al lugar de Guadarrama, donde descansaron medio día, y en el siguiente y otro se pusieron en Madrid; Dominga se fue a la casa de una madre de mozas para que la acomodase con un amo, y Marcos compró una espuerta, industriado por otro mozo de su tierra que halló en aquel ejercicio de esportillero, en el cual comenzó a ser hombre ocupado en cargos, y Dominga, hallando casa, a servir a sus amos.

Pasó el tiempo de los nueve meses de su preñado, en el cual siempre fue visitada y regalada de su gallego esportillero. Los amos de la moza bien echaban de ver por las sobras de lo abultado la falta de los meses que tendría, y como la veían tan buena sirviente, disimulaban con ella porque no se les fuese. Llegó pues la hora de los dolores del parto, a tiempo que la cogió a nuestra Dominga fuera de casa, habiendo salido por lo que era necesario para ella, y hallándose cerca de la plaza donde asistía su Marcos, le buscó y dio cuenta del grande aprieto en que se hallaba. Él la animó cuanto pudo, y los dos se fueron a casa de una comadre, donde en breve tiempo nuestra fecunda gallega arrojó de la humana barjuleta<sup>4</sup> un infante que salió dando muy buenos gritos.

Trató la comadre de fajarla para que se volviese a su casa sin hacer falta en ella, y el buen Marcos quedó a satisfacerla de su

---

<sup>4</sup> *Barjuleta*: bolsa.

trabajo, que lo hizo no como se podía esperar de un esportillero, sino de un lucido hidalgo. Quedóle agradecida la comadre y esto animó a Marcos para pedirle afectuosamente le tuviese por dos noches aquella criatura, dándola en rehenes ocho ducados que traía consigo en plata. Hízolo la buena mujer, encargándose de darla a una ama por el tiempo que decía, y así se partió de su presencia Dominga más aliviada y menos animosa. Llegó a casa de sus amos y, fingiéndose indispuesta, pidió a su ama licencia para acostarse, y ella se la dio acariciándola mucho, porque había cobrado amor, sospechando de su tardanza algo de su alivio, de que no poco se mostró contenta.

Nuestro Marcos se vio cuidadoso de lo que había de hacer de su nuevo hijo, y comunicándolo con el amigo esportillero, le aconsejó le echase a las puertas de algún caballero rico, que él se le criaría como hacían muchos, que con poco amor de sus padres les aventuraban a la clemencia ajena.

Cuadróle al gallego el consejo, y dando parte de esto a su Dominga, lo hubo de aprobar, aunque lo sintió en extremo, con advertimiento de que tuviese cuidado en la casa que le echaba, para que si en algún tiempo se viese en mayor fortuna, pudiese conocerle y admitirle por hijo, y en el ínterin que se criaba pensaba acomodarse a servir de ama donde ganase más salario y fuese regalada.

No echó en olvido Marcos el consejo del amigo, y así, yéndose con él a casa de la comadre, la pagó lo que le había tenido allí a su hijo de manera que la dejó satisfecha, y llevándosele a su posada encubierto, a las once de la noche los dos gallegos se fueron con él acercándose a las casas de un conde que vivía en la calle de San Bernardo, para dejársele allí; mas un poco antes de llegar a ellas vieron venir una luz que enderezaba a la parte donde estaban, parecióles que sería la ronda, y temiendo que no los reconociesen, desampararon medrosos el chiquillo, dejándole a la primera puerta que se hallaron más cerca, partiéndose de allí con mucha prisa.

Quien traía la luz era un soldado de la guarda tudésca que a aquella hora venía de palacio, y era su casa donde habían los gallegos dejado el niño. Llegando pues a llamar a su puerta, oyó llorar la expósita criatura, y bajando la luz reconoció lo que era, y alzóla del suelo tomándola en brazos, y habiéndole abierto en su casa entró en ella muy gozoso y contento, porque hacía algunos años que era casado y no tenía hijos en su mujer, a la cual le mostró el niño, que ella recibió con poco gusto, sospechando no fuesen travesuras de su marido, aunque era hombre que frisaba con los sesenta.

Desenvolvieron el niño, y hallaron en la faja cosida una cédula que decía: «No tiene agua de bautismo: llámese Domingo que es día de holgar». Mucha risa causó al tudesco la simpleza de la cédula, pareciéndole que sus padres ignoraban que hubiese Santo Domingo de Guzmán y Silos, pues le daban por abogado al domingo, principio de la semana.

Aquella noche paladearon al pequeño infante con miel, y otro día le buscaron una ama de una aldea que le llevó a ella a criar, adonde el tudesco fue a los ocho días, que se le entregó a bautizarle, y él y su mujer fueron los padrinos, haciendo gran fiesta el día de su bautismo, llamándole Domingo Alberto Estranquier, como el tudesco, por cuya cuenta se crió hasta tener tres años. En este tiempo, muriendo su mujer, se le llevó a su casa, donde se crió hasta la edad de los ocho.

Era el muchacho de buena cara, alegre, juguetón y gracioso, hechizos con que el tudesco le quería más que si fuera su hijo legítimo; púsole a la escuela, donde mostró buena habilidad, aprendiendo más en un mes que otros en un año; pero salió tan travieso y amigo de tomar a los muchachos cuanto llevaban, que ni azotes de maestro ni de su adoptivo padre bastaron a remediar esta mala inclinación.

Luego que supo leer, escribir y contar todas las reglas muy diestramente, quiso el buen tudesco que supiese un poco de gramática, y así le dio estudio en el colegio de los padres de Compañía, adonde con su buena doctrina, que en esto se la

ganan a todos, le reformaron algo de sus traviesos impulsos, si bien en la ocasión no perdonara una burla y una estafa a su mismo padre, y hacíalas muy graciosas.

En dos años acabó la gramática, en el cual tiempo murió su arrimo y amparo, dejándole huérfano, con lo cual determinó dejar sus estudios, por no tener quien le sustentase, y servir a un señor de paje; y para esto se valió de un hermano del tudesco, a quien llamaba tío, el cual le acomodó en servicio del conde de Oñate; allí supo hacer una golosina tan bien como otro, echar un libramiento a un dormido, dar una matraca a un paje nuevo y cortar una hacha por la mitad para tener qué jugar.

Vínole a servir al conde un paje de la villa de Oñate, hijo de un vasallo suyo; venía el vizcaíno como los suelen enviar sus padres a esta corte a valerse por su pico: con un sayo azul, unos calzones negros, un sombrero puntiagudo, una capa muy vieja y muy corta de *contray*<sup>5</sup>, medias de paño, zapatos de ramplón, cuellecico muy grueso y muy pequeño y las escribanías en la pretina, que estas son en lo más su remedio, y por ellas vienen a ocupar grandes lugares; a éste se le vistió luego de la librea que a los demás pajes, mas estaba tan bozal<sup>6</sup> que daba a reír a todos con sus ignorancias. Acudía a regalarle y a dar lo que había menester un tío suyo, si bien no declarado en el parentesco por estar en una grande ocupación de papeles, proveyéndole de ropa blanca y dineros, que en esto nos hace esta nación grandes ventajas, pues son siempre muy puntuales en agasajar y favorecer a los de su tierra.

Dióle pues este un cofre para tener sus vestidos, pero era el cantabrio tan torpe que el primero día, como poco acostumbrado a tener tal alhaja, rompió la cerradura, y aconsejándose con Dominguillo sobre lo que haría, le dijo que la aderezase con cola. Envió luego el vizcaíno por ella y derreti-

---

<sup>5</sup> *Contray*: paño muy fino.

<sup>6</sup> *Bozal*: poco pulido.

do el cocimiento puso en ejecución el aderezo, que no consiguió, con que hicieron los demás pajes burla de su simplicidad.

Seis años hacía que estaba en el palacio el vizcaíno en compañía de Domingullo, sufriendo no pocas burlas suyas y de todos, y de su edad tendría diez y ocho, cuando viendo que los demás pajes que eran mayores metían en su aposentos tal vez algunas mujeres, se determinó a lo mismo y dio parte de su propósito a nuestro Domingo, el cual, como era de vivo ingenio, previniéndole una burla de repente, le dijo que las mujeres cortesananas eran muy interesables, que primero recibían que daban y que así era menester, puesto que se determinaba a gozar alguna, tener algún dinero que la dar, que en cuanto a buscársela le dejase a él el cuidado, que se la traería muy a su gusto.

El vizcaíno le agradeció mucho el placer que le hacía, y así le dijo que un doblón tenía que darla de dos que su tío le había dado para sus necesidades. Crecióle el ojo a Domingo, y desde luego contó por suyo el dicho doblón, y aun los dos, y así le previno que para prima noche le aguardase en su aposento, que él se la enviaría a él tan buena y aun mejor que se la había prometido, pero que era necesario darla de antemano el doblón para tenerla grata; así se lo prometió el vizcaíno.

Con esto, Domingo se partió de su presencia a procurar haber unos vestidos de mujer, que halló para hacer la burla, los cuales se vistió para la hora que había concertado con el vizcaíno, y se puso un manto, descubriendo con mucho donaire un ojo, formando tal brío en el andar que engañara a otro más advertido que al que iba a estafar.

Acudió pues con este disfraz a la hora dicha a casa del conde, acompañado solamente de un picarillo que le servía, a quien llevaba industriado en lo que había de hacer. Llegaron los dos cerca del aposento del vizcaíno, al cual hallaron muy puntual en aguardar a la prometida hembra, a quien el

muchacho dijo que el señor Domingo le había mandado encaminar aquella señora a su aposento, con quien no subía por estar el maestresala en el corredor paseándose y temer que le viese.

El vizcaíno, todo derretido, aun sin ver la cara de la fingida y embozada damisela, la dijo que entrase en su aposento. A lo cual respondió, fingiendo nueva voz, que el que allí la había encaminado, por cuyo respeto venía, la dijo que se le había de dar un doblón y de cenar por quedarse allí aquella noche, el cual si no le veía en sus manos, no había de entrar en su aposento, porque ya tenía experiencia de lo que eran pajes y cuán mal cumplían sus promesas. El vizcaíno, picado de la mala reputación que por paje se le imputaba, la dijo:

—No le haces al caso que paje le seas, hombre honrado y vizcaíno le eres, juras a Dios más que otra, doblón tómale, y dentro le puedes ir.

Diósele luego con mucha liberalidad, y apenas Dominguillo le vio en su poder y guardó, cuando el muchacho que le venía acompañando dijo al vizcaíno, haciendo muy del alterado y medroso:

—Ay, señor Cortabarría —que así se llamaba—, que el señor maestresala siento subir, y creo que viene siguiéndome, porque me vio subir con esta señora.

Mostró alborotarse la fingida ninfa, y que se quería ir, mas el vizcaíno que vio esto, y que su doblón estaba a peligro de llevarsele sin haberle merecido, por no perderlo todo quiso cobrarle, y asiendo a la fingida dama de una mano porfiaba que se le diese, y Dominguillo se resistía, con que el vizcaíno, queriendo más su doblón rescatado que una vuelta de azotes que se le aparejaba si el maestresala subía como le habían avisado, hacía fuerza en querer sacársele de las mangas, dando voces que se le volviese, a las cuales lo que habían fingido del maestresala salió verdadero, porque al ruido que hacían subió donde estaban.

Entráronse el vizcaíno y el disfrazado Domingo en su aposento, huyendo de su presencia, mas el maestresala se entró tras ellos, y asiendo del vizcaíno averiguó el caso, y sacándole de allí le encerró en otro aposento, y volviendo adonde había dejado a Domingo, no poco temeroso de que llegase a conocerle, le dijo:

—Vuesa merced, señora mía, debe de andar falta de empleos, pues busca pajes que no la pueden dar sino bubas y mala ventura: sírvase de irse con Dios, y agradézcame que se lo digo con tanta cortesía, mas por ser la vez primera quiero ser comedido con vuesa merced.

Hizo luego traer una luz para que la alumbrasen hasta salir al corredor, y tuvo tan mala suerte nuestro Domingo que se le prendió el manto en un clavo, de modo que hubo de descubrir la cabeza y la cara, en quien luego puso los ojos el maestresala con atención, y como conociese al travieso paje, embistió con él asiéndole por un brazo. Allí fue la risa de los demás pajes, viéndole en aquel disfraz.

Averiguó el caso el maestresala y perdonó al vizcaíno, mas él pedía su doblón, negando Domingo haberle recibido, y el otro afirmaba tenerle con mil juramentos, por lo cual, dándole crédito el maestresala, le buscó las faltriqueras con cuidado, mas como no se le hallase en ellas, le condenó a una vuelta de azotes, que recibió luego.

Publicóse la burla por toda la casa, y aun por la corte, cayéndole al conde muy en gracia el donaire que Dominiguillo había tenido en ella, guardándose los demás compañeros de allí adelante de él.

Mucho sintió Domingo, en la edad que tenía, los azotes del maestresala, y propuso vengarse de ellos, pena de perder el crédito de burlón que hasta allí había cobrado con tanta reputación.

Era el maestresala un hombre de los que llama lindos la corte, personas cuya compostura cansa y cuyo afecto ofende,

muy presumido de andar puntual en el uso, de traer gran cuidado con sus manos, de hacer todos los actos positivos que le pudiesen poner en el astillero de la caballería, y sobre todo confiadísimo, como muchos necios, de que no había dama que mirando su talle y gala no quedase sumamente aficionada.

En esto último fundó Domingo la máquina de una burla que le trazó, para la cual se valió de la criada de una señora heredera de un rico mayorazgo, cuyo padre estaba sirviendo a Su Majestad en un honroso cargo en la guerra, y ella estaba en compañía de una tía hermana de su difunta madre.

A esta, como digo, servía una moza a quien nuestro Domingo enamoraba y visitaba con nombre de primo suyo, sobornando a una dueña que la guardaba para que le diese lugar de verla más a menudo que el recato de la casa pedía. Concertando pues con ella lo que había de hacer, un día que halló al maestresala acabándose de vestir un vestido nuevo que había hecho por capricho suyo, parecióle con ocasión de alabársele entablar el principio de su cautelosa burla, y así le dijo:

—Por cierto, señor don Cosme —que así se llamaba, habiéndose añadido el «don» al Cosme Díez que sacó de su patria—, que es excelentísimo el capricho que vuesa merced tiene en vestirse, de modo que aunque veo por esa corte muchos vestidos costosos, no me parece que lucen tanto como vuesa merced, o yo le miro con ojos de apasionado servidor suyo, pero lo cierto es que en su buen talle a ninguno deja de parecer extremado.

—Dios te guarde, Dominguito —dijo el maestresala—, por la buena voluntad que me muestras, que no estás engañado, pues te aseguro te la pago en quererte mucho, y de aquí adelante me tengo de preciar más de mi buen gusto en vestirme, pues tu aprobación y el bueno que tienes me le califica.

—Él se está tan calificado —dijo el socarrón Domingo—, que hay muy pocos que dejen de conocer que no me muevo

de la pasión en esto: ayer lo había vuesa merced de oír de boca de una deuda mía, criada de una señora vecina nuestra, que me significó cuánto alababa su ama el talle, gala y buen aire de vuesa merced, a quien todas las veces que por su calle pasa sale a ver con mucho gusto, y agradece que la avisen de su venida para gozar de su presencia todas las veces que halla ocasión de verle por la calle.

—¿Dama y vecina nuestra, Domingo? —dijo el confiado maestresala—. ¿Quién puede ser?

—La hija del maestre de campo don Fernando, que vive tres casas más arriba de la del conde, mi señor —dijo Domingo—. ¿Es posible que no ha oído decir de ella vuesa merced, y cuán grande dote tiene su padre que darla?

—Ya he oído alabar esa dama —dijo don Cosme—, y gustaría mucho estar con la criada deuda tuya para informarme más en particular de sus partes, y ver si habrá lugar de entablar una pretensión, que te aseguro me estaría bien casar con ella.

—Eso juro yo —dijo Domingo—, y si como me significa Teodora, que así se llama mi prima, a ella le ha parecido vuesa merced también, está lo más hecho.

—Dices bien —dijo el maestresala.

—Pues déjelo vuesa merced a mi cuidado —dijo Domingo—, que yo le hablaré en el caso, y sabré cuándo podrá vuesa merced verla.

Encargóselo mucho el maestresala, y comenzóle desde luego a sobornar haciendo que le trujesen de almorzar, y de allí adelante dio en favorecerle y reservarle de todas las asistencias a que acudían los pajes, no con poca envidia de los demás.

De esta suerte entabló Domingo su burla, escocido de los azotes recibidos por el bozal vizcaíno, y para que el nuevo empleo que intentaba no le saliese barato determinó en cuanto pudiese estafarle, que era el maestresala mayorazgo de

cuatrocientos ducados de renta, y eso le hacía andar con el lucimiento que he dicho.

No sosegó Domingo hasta verse con la fingida prima, y comunicándola el intento y principio que había dado a su burla, la instruyó en lo que había de hacer adelante, sin ser menester muchos preceptos, por ser no menos bellaca que el supuesto pariente. Concertó que hablase al maestresala y le significase cuánto a su señora le habían satisfecho las partes que en él veía, y para dentro de cuatro días dijo Domingo a don Cosme que podrían ir a estar con su parienta, que ya le tenía llana la entrada, aunque no le había costado poco el acabarlo con la dueña, que era de asperísima condición.

A esto se ofreció don Cosme acudir con regalos y dádivas, que todo lo vencen, juzgando cuánto le importaba salir con esta pretensión, aunque desigual a las partes de la señora doña Luciana, que así se llamaba la dama, que con la merced que le significaban le hacía no sería la primera ni postrera que había casádose por amores, aun más bajamente, pues él era hijodalgo y bien nacido.

Venido el día señalado para verse con la criada, se vistió nuestro don Cosme con algo más cuidado que el mejor vestido que tenía, yendo muy oloroso y el más jarifo<sup>7</sup> y galán, a su parecer, que había en la corte. Acompañóle Domingo, y con ocasión de haber ido la señora doña Luciana a una visita con su tía, hubo lugar de hablar a Teodora con el beneplácito de la dueña, a quien ofreció regalar don Cosme.

Allí supo el engañado galán de la socarrona sirvienta cuán afecto era a su señora, fingiendo la astuta Teodora que ya se había informado de sus partes y calidad, cosa que le parecía era todo cuidado. Estimó don Cosme el favor, y como era tan vano y confiado fue fácil en él creerla cuanto le quiso encarecer, y así la pidió que en todo lo que de su parte fuese posible le ayudase a favorecer sus partes, que él la ofrecía

---

<sup>7</sup> *Jarifo*: vistoso.

servírselo; agradecióselo Teodora mucho, y para muestras de su magnificencia diole don Cosme una sortijilla de un diamante, diciéndola que aquella le daba para que le sirviese de memoria en lo que le tenía encargado, pues para dádiva era de poco valor, que con cosa de mayor consideración la pretendía servir.

Estimó Teodora la dádiva y mucho más el ofrecimiento, prometiendo servirle en cuanto pudiese, como lo vería cuando experimentase con obras su voluntad. Despidióse con esto don Cosme, muy contento de dejar a su parecer tan bien entablado su negocio, y agradeció de nuevo a Domingo el buen aviso que le había dado, prometiendo favorecerle y ayudarle en cuanto pudiese.

No se olvidó el astuto paje de volver donde estaba su Teodora, celebrando entre los dos la presunción del maestra-sala, la dádiva, y cuán creído tenía que era bien mirado de doña Luciana; trataron de lo que se había de hacer adelante, con ánimo de procurar estafarle en cuanto pudiesen.

Esa noche, retirado don Cosme a su aposento, pidió recado de escribir, y borrando algunos pliegos sacó en limpio este papel, muy sentencioso y significativo a su parecer, que le leyó a Domingo, y decía así:

«Nunca entendí de mi corta suerte que mereciera, hermosa señora, los favores que me han significado me hacéis, ni me juzgué tan favorecido de la naturaleza que pudiese llegar a ser cuidadoso empleo de vuestra graciosa vista; lo que siento no haber correspondido con las muestras de amor que piden vuestras partes os significara mejor a boca que por escrito: si permitís que el tiempo que he perdido restaure en el futuro, dadme licencia para que sirviéndoos haga esto a menudo, para merecer, conociendo las finezas de mi voluntad, que la vuestra se incline a favorecerme más de veras. El cielo os guarde como este vuestro amante desea.

Don Cosme».

Este papel llevó Domingo a Teodora para solenizar con ella cómo nuestro derretido don Cosme iba empeñándose en la voluntad. Rieron los dos mucho con él, y Domingo la rogó que, pues sabía escribir, le respondiese. Diole en esto gusto Teodora, y luciósele la bachillería en lo escrito, muy a costa del pobre maestresala que estaba aguardando con mil deseos la respuesta del papel, el cual recibió el otro día, y abriéndole leyó en él estas razones:

«Podiera muy bien excusarlo, señor don Cosme, quien os fue a decir que yo os miraba con más afecto que a otros galanes que pasan por esta calle, que si algo tengo bueno, es ser señora de mis acciones, pues cuando la sobra de afición me llevara tras el objeto supiera ocultarla sin demostraciones tan claras como os han dicho. Vuestras partes y nobleza merecen mucho, y aunque en su inclinación tuviera su disculpa mi ligereza, quiero que conozcáis de mí que he de ver muchas muestras de voluntad antes que se conozca la mía; la que me significáis tener agradezco, y al tiempo remito la experiencia más dilatada, y que conozcáis que no soy desagradecida a cuidados y desvelos. Guárdeos Dios como puede».

Recibió el enamorado don Cosme este papel con el mayor gusto del mundo, juzgando de la última razón suya que doña Luciana estaba rematada por él. Diole a Domingo en porte unas medias y ligas nogueradas, que se había puesto sólo un día con vestido del mismo color.

Díjole Domingo que Teodora le había dicho que gustaría su señora de oír una música aquella noche: holgóse en extremo don Cosme de oír esto, teniéndose por muy favorecido en que ya le comenzase a mandar cosas de su gusto; previno músicos, coche, colación y dineros que darles, que sin esto no se mueve esta sonora república a comunicar sus gracias, y estando Teodora avisada de esto por Dominguillo, le dijo a su ama que si se holgaría de tener aquella noche un buen rato de gusto. Ella le preguntó en qué le podría tener, y la sirvienta entonces, hallando buena ocasión, la dio cuenta cómo don

Cosme era tan aficionado suyo y deseaba que lo supiese queriendo comenzar a servirla desde esa noche con una música.

Cayóle muy en gracia a la hermosa dama el martelo del vecino maestresala, cosa bien desigual a su calidad, y por lo cortesana y esparcida no quiso despreciarle sus buenos deseos, sino llevarle adelante el humor, por reírse y hacer burla de su desvanecimiento, y así se lo dijo a su criada y que se holgaría mucho de oír la música que estaba prevenida. Mucho gusto dio a Teodora el ver cuán bien había recibido su ama lo que le había dicho, que por aquel camino pensaba desvanecer al pobre escudero.

La una sería de la noche, haciéndola clara la luz de la hermana del cuarto planeta, cuando salieron de la posada de don Cosme seis músicos en un coche, y él y Dominguillo con ellos a dar la prevenida música. Llegados pues a la calle, cantaron en ella media docena de tonos, los más nuevos y más validos de la corte, y despedidos los músicos, y mejor pagados, los llevó el coche a sus posadas.

Don Cosme y Dominguillo se quedaron en la calle, aguardando a que la gente de ella que había estádoles oyendo se recogiese; hízose así, y sólo en el balcón de doña Luciana se sentía haber gente, que una cerrada celosía impedía poderse ver, y era así que doña Luciana y Teodora se habían quedado en él, así por gozar del fresco de la noche como por hacer un poco de mofa y burla del pobre matachín, que andaba penando por quien no se acordaba de él. Llegó el tal señor a ponerse debajo del balcón, y Teodora, con licencia de su ama, abriendo una ventanilla de la celosía y poniéndose a ella dijo:

—¿Es el señor don Cosme?

A cuya voz nuestro Macías, más derretido que todo Portugal, dijo:

—¿Quién lo pregunta?

Volvióle a decir la sirvienta:

—Teodora es que desea saber si sois el dueño de esta música.

Reconoció don Cosme la voz mejor, y dijo:

—Yo soy, señora Teodora, el que he hecho este pequeño servicio a mi señora doña Luciana, por principio de muchos que deseo hacer a su merced, dignándose de recibirlos de esta voluntad sacrificada en las aras de su hermosura.

Por poco estuvo doña Luciana de no manifestar la risa que causó el afectado lenguaje del pobre penante; pero, disimulando, se puso a la ventana diciéndole:

—Señor don Cosme: de vos pueden aprender todos los galanes a ser finos en sus empleos; yo estoy muy agradecida de vuestro cuidado, y en cuanto fuere de mi parte creed que tendréis en mí una muy verdadera apasionada vuestra, y porque es tarde y nos ha sentido la gente de casa, quedad con Dios, que otro día habrá más lugar para hablar.

Cerró con esto la celosía al tiempo que don Cosme iba a responderla, el cual quedó rematado del todo su juicio, con tan impensado y súbito favor. Domingullo estaba absorto, no dando en lo que aquello fuese, porque no sabía el modo que Teodora había tenido para decir a su señora el amor de don Cosme. Fuéronse de allí los dos, celebrando el pobre penante su dicha y Domingo el ver cuán bien se iba trazando su burla.

Llegóse la noche de San Juan, tan celebrada en Madrid, y sabiendo Domingo que había de salir Teodora y otras criadas de su casa al Sotillo, quiso que su Teodora no saliese sin llevar muy bien que almorzar, y así le dijo a don Cosme que entendía que doña Luciana salía a gozar por la mañana la fiesta del Sotillo, que sería bien llevarle algo que almorzasen ella y sus criadas.

Agradecióle don Cosme el aviso, y no fue corto en disponer el almuerzo, antes con prodigalidad gastó mucho en él,

haciendo que dos esclavos del conde, su amo, se le llevasen, yéndose con ellos Domingo para ofrecérsele en su nombre. Hallaron a las damas a la orilla del Manzanares, que no se holgaron poco con el almuerzo, y con ellas la dueña, que a vueltas de estos amores participaba de los regalos, con los cuales nuestro Domingo tenía a su moza contenta a costa de don Cosme.

Estando pues todos con grande alegría almorzando, llegó el señor maestresala en una haca de la caballeriza de su amo, con un vestido de color muy lucido; recibieronle todas con mucho gusto, dándole las gracias del regalo.

Teodora, apartándose de las demás, dijo a don Cosme que por haberse sentido su señora mala no pudo venir a gozar de la fiesta. Mucho lo sintió don Cosme, preguntándole la causa de su nuevo accidente, a que respondió Teodora que le procedió por haber estado desvelada toda aquella noche haciendo la oración de San Juan, si bien había sacado de hacerla un feliz agüero en haber oído decir su nombre en la calle, de que estaba contentísima. Con esto quedó el pobre hidalgo casi sin juicio, que no faltaba sino besarle los pies de contento, tornando a encargarla fuese buena intercesora en sus amores; ella lo prometió servir, con que le traía embelecado.

Tuvo don Cosme una herencia en Sevilla de un tío suyo, y remitiéronle de allá en una letra mil escudos, de los cuales era dueño Domingo, porque él se los cobró de casa de un genovés y hizo llevar a su aposento: aquí el buen hidalgo mostró con Teodora su liberalidad, dándola un vestido, y otro a Domingo.

Con esto se le levantaron los pensamientos al mozuelo, y trató con Teodora que ella dejase la casa de sus amos y se fuese con él, que él tendría modo para coger a don Cosme los dineros que pudiese. Poco hubo menester la enamorada moza, que quería bien al paje, para convenir en su determinación, y concertando para el día que había de ser su partida, Domingo aguardó a que don Cosme se pusiese a escribir un

papel a su dama, que era ocupación en que deseaba que nadie le divirtiese, y así se encerraba en un aposento más adentro del en que dormía.

Esto era a prima noche, cuando el poco lerdo Domingo le abrió el cofre en que tenía el dinero y de él le sacó más de quinientos escudos en oro, y se fue con ellos a casa de Teodora, a quien avisó de su venida con cierta seña, con la cual sin hacerle aguardar mucho, como estaba avisada, bajó, dejando la casa de sus amos donde la estimaban y querían, y llevada de la afición de un paje se fue en su compañía.

No quiso Domingo partirse de Madrid sin hacer sabedor del autor del robo a don Cosme y a los demás criados del conde, y así le envió este romance que le había hecho, cansado de su afectada compostura:

Quien ha dicho que Narciso  
se convirtió en flor de lis,  
engáñese, que hoy le vemos  
ser cortesano en Madrid.  
Dejar su querida patria  
por la corte fue con fin  
de escaparse de las ninfas  
pesadas en persuadir.  
Al fin, por no ser rogado  
de aquel gremio femenil,  
que otro pudiera estimar  
una ocasión tan feliz,  
con su necia confianza  
se vino a aqueste país,  
[que el que peca en majadero  
no se puede desdecir.  
No vino aquí por la posta,  
que aunque defiende el cojín,  
temiera ver del galope  
el postrifaz carmesí.

Ni en mula de paso llano  
tampoco quiso venir  
que tanto como el veneno  
teme al sol en el cenit.  
Y por los golpes del coche  
menos le quiso elegir,  
que tiene cosas de vidrio  
y puede quebrarse a un tris.  
En una angosta litera  
se entró el necio matachín,  
adonde vino guardado  
como reliquia en viril.  
Tomó posada en los barrios  
que llaman de Antón Martín,  
por el hospital que cura  
todo desmán juvenil.  
Y distando treinta casas  
de la suya, huyó de allí,  
temiendo que el mal francés  
se apoderara de sí.  
Yace en Madrid una calle,  
que no sé yo con qué fin  
se llamó de Majaderos<sup>8</sup>  
y hoy día se llama así.  
Aquí concertó mansión  
nuestro joven serafín,  
y la elige por su centro  
como a la mar el delfín.  
Escuela puso de lindos,  
adonde todo aprendiz  
aborreciendo las hembras  
de sí viene a presumir.  
El de los tufos rizados  
en rubio pelo y sutil

---

<sup>8</sup> En la actualidad es la calle de Cádiz, que sale de Carretas, junto a la Puerta del Sol.

fue Colón, sin ser Cortés  
en sus Indias descubrir.  
Porque siempre su sombrero  
en fijo asiento le vi,  
desde que una vez le pone  
hasta que se va a dormir.  
Salvo al entrar de la iglesia,  
que aunque parece gentil  
en idolatrar su forma  
tiene cristiano matiz.  
El cuidado de su adorno  
no es de joven varonil  
que en prenderse y entallarse  
puede ser doña Beatriz.  
Al cristal que Manzanares  
lleva en escasa matriz,  
no le permite que bañe  
el verónico marfil.  
Con agua del Tajo mezcla  
zumo de limón ceutí,  
y solimán que esto sólo  
le da lustroso telliz.  
En cuanto a inventar vestidos  
con caprichoso magín  
a todos los aventaja  
como al claveque<sup>9</sup>, el zafir.  
En el cristal de un espejo  
busca modos sin fingir  
para decirse requiebros  
enamorado de sí.  
Y porque este no le falte  
para poderlo decir,  
le trae consigo en un cerco  
del metal del Potosí.

---

<sup>9</sup> *Claveque*: cristal de roca, en cantos rodados, que se talla imitando el diamante.

Con este cuidado eterno  
le aficionó el dios Machín<sup>10</sup>  
al interés de un gran dote  
y a un rostro de gracias mil.  
Dos socarrones terceros  
le engañaron, con ardid  
de estafar al pobre hidalgo  
en muchos maravedís.  
Uno de ellos agraviado  
de una azotina infeliz,  
porque anduvo algo burlón  
con un ingenio cerril,  
la injuria de su castigo  
la quiso en bronce esculpir,  
porque el tiempo no borrarse  
lo que gravó con buril.  
Las finezas de su amor  
quiso el galán descubrir,  
entretenido en la burla  
con el agudo fingir.  
Dio copete la ocasión  
a quien le fue luego a asir,  
y dando araño en la bolsa  
le dejó sin un florín.  
Adiós, señor estafado,  
engañado malandrín,  
«no me verán más en Francia  
ojos que me vieron ir».

Notablemente sintió don Cosme la burla que de él había hecho Domingullo, no tanto por el dinero, aunque era la cantidad considerable, como por la vaya<sup>11</sup> que daban los demás

---

<sup>10</sup> *Dios Machín*: Cupido. Se le denomina así por haber nacido en la herrería de Vulcano.

<sup>11</sup> *Vaya*: vejación, burla.

criados, a quien él había revelado parte de sus amores y desvanecidos pensamientos.

Hizo las diligencias posibles por hallar al ladroncillo, mas fueron en vano, porque él caminaba la vuelta de Lisboa con su Teodora, que iba contentísima en su compañía, sin haber tratado al principio de su jornada de matrimonio: cosa cuerda entre amantes de su estofa, porque el honor no obligue en caso que la topase en algún peso falso a alguna barrabasada, y no fue esto sin particular razón de estado de parte de la moza, que no sabía menos que el galán.

Llegaron pues a una venta a seis jornadas de Madrid, donde sobre cosa de poca consideración, los flamantes enamorados vinieron a reñir, y llegaron las palabras a tanto que quiso Domingo darse a conocer a la hembra por sus obras comenzando a hombrear, dándola ciertas bofetadas de que diéronse sus carrillos; hubo tierno llanto, con su poquito de desmayo fingido, cosa que lo saben hacer todas; compúsose la pesadumbre al parecer de Domingo, mas la astuta Teodora guárdosela para su tiempo.

Aquella noche hubo división de ranchos en el aposento, fingiéndose indispuesta, y al otro no fue posible acabar con ella que se pusiese a caballo para proseguir el viaje; quedáronse en la venta, a pesar del mozo de mulas que renegaba, bien así como solía.

Había llegado aquella noche a la venta un hombre de buen talle en un cuartago andador, y hallóse presente a la pendencia de Domingo con Teodora, y aun fue en componerlos con los demás que se metieron a hacer las paces; éste se aficionó a la moza, que era de buena cara, y aguardando ocasión para hablarla sin que estuviese allí Domingo, la dio a entender cuánto le pesaba de que una mujer de su porte con tan buenas partes se emplease en un mozuelo de tan pocas, que él bien sabía que no era su marido, por lo que les había oído hablar aquella noche, estando su aposento

cerca del suyo; y de aquí se vino a deslizar su plática a persuadirla que dejase su amistad y que, si gustaba de irse en su compañía, la ofrecía servir toda su vida y regalarla con más estimación que el que la había maltratado de obra y de palabra delante de tantos testigos.

Agradeció Teodora la voluntad que le mostraba, y con el reciente agravio de las bofetadas, que una mujer olvidase tarde de él, declaróse con el forastero, diciéndole que Domingo no era su marido, sino que la había engañado y sacado de una casa en que estaba sirviendo, donde la querían y estimaban, y de aquí le fue diciendo la causa de su salida y robo de Domingo, y hasta en la parte donde traía la moneda en oro.

No se lo dijo a tonto ni a lerdo, sino a uno de los mayores bellacos de aquella tierra, el cual la embelecó de modo que aquella noche concertó con ella que procurase coger el dinero de la maletilla a su mozo y que él la llevaría, como se lo había prometido, donde más gustase, queriéndola y estimándola con muchas veras.

Determinóse Teodora, llevada de su persuasión, y esa noche, aguardando a que Domingo se durmiese, sacó la maletilla y con ella toda su ropa, y con todo se salió del aposento adonde estaba su nuevo aficionado, el cual tenía ya ensillado su rocín y pagada la posada; puso en él la maleta y a Teodora a las ancas, y caminó con ella la vuelta de Sevilla por extraordinario camino.

Despertó nuestro Domingo, y echando menos a Teodora la llamó, mas como no respondiese, juzgó que habría salido a alguna precisa necesidad fuera del aposento; salió de él en su busca, llamándola segunda vez, y como no la sintiese comenzó a darla tantas voces que alborotó la venta. Levantóse el ventero, encendió luz, y comenzaron con ella a buscar a Teodora por toda la casa, y no la hallando, ni menos la maletilla ni su ropa, presumió Domingo que se había acogido con

todo. Aquí fue el perder la paciencia y el echarse mil maldiciones, culpando su mucha cólera; todos le consolaban, pero de poco le servían sus consuelos, cuando le afligía más la falta de la moneda que la de la moza.

Llegó en esto a la posada un forastero, y preguntándole por ella dándole las señas de su rostro y vestidos, le dijo como la había topado en compañía de aquel hombre; quiso Domingo, llevado de la cólera, seguirlos, mas avisóle el ventero que mirase bien lo que hacía, porque aquel era un grande rufián, conocido por tal en aquella tierra y temido por su insolente modo de vivir, que lo que le podía asegurar era que había hecho más de diez muertes, sin haber justicia que se averiguase con él. No era muy alentado Domingo, o no le daba alientos la poca edad que tenía, y así se reportó de su ímpetu y siguió el seguro consejo del ventero.

Dábale el mozo de mulas priesa que partiese, pidiéndole dineros a cuenta, porque dudó que le hubiesen dejado algunos del infeliz robo, y quería certificarse de esto antes de empeñarse más en la jornada, donde viese después dificultosa la paga. Domingo se los dio, que algunos le quedaron en la faltriquera, sin los que llevaba cosidos al jubón.

Pusiéronse a caballo, y por sus jornadas llegaron a aquella insigne ciudad, metrópoli de Lusitania, adonde Domingo dentro de quince días que hubo llegado asentó plaza de soldado en la compañía de un capitán, su conocido; allí tuvo en pocos días muchos soldados que se le ofrecieron por amigos, entre los cuales lo fue uno más en particular que otros, llamado Carranza. Era éste muy conforme a su condición; tenía fama, entre los que asistían en aquel presidio, que era hombre de malas manos, y pocos gustaban de tener familiar amistad con él.

Con éste, pues, hacía, la camarada Domingo, sin manifestarse el uno al otro sus inclinaciones, que eran bien iguales; hasta que un día, después de cuatro meses que había llegado, le dijo Carranza:

—Amigo Domingo de Estrianquer, nuestra amistad está ya tan asentada y con tantos vínculos, que haría yo mal si no os comunicase mis pensamientos, seguro de que en cualquier suceso me habéis de ser fiel amigo y guardar secreto.

En ninguna cosa me podéis agraviar más —dijo Domingo— que en celar de mí el más mínimo de vuestros pensamientos, y así estimaré me comunicuéis lo que os da cuidado, que valiendo yo algo para el remedio de él, estad cierto no os faltaré jamás.

—Dios os guarde, amigo —dijo Carranza—, que, seguro de vuestra buena voluntad, me atreveré a declararme con vos. La vida de los soldados donde no hay guerra es trabajosísima, y mucho más donde tanto se olvidan de socorrer los dados, como en este presidio, pues ha ocho meses que si no es una porción limitada, con que casi no podemos pasar, no se nos ha dado otra cosa: con esto es fuerza valerse un hombre de su ingenio, y quien no ha aprendido oficio, como vos y yo, ¿qué industria puede valer, sino aquella de saber dónde haya dinero o alhaja para enajenarlo de la parte donde está y trasladarlo a nuestro poder? De cuando en cuando me valgo de esto, si bien me pongo a peligro de que tal vez se llegue a saber, con que puedo infamar mi linaje y la profesión de soldado, que se debe estimar en más; pero con ser bien nacido y soldado no hallo en la plaza pan, ni en la carnicería carne. Vamos pues al caso; yo he sabido que a un clérigo rico, que vive cerca de aquí, le han traído esta tarde cantidad de dineros en linda moneda de oro; estos los tiene en el aposento donde duerme con mucho recato guardados. El modo para entrar en su casa y quitarle la llave que trae siempre consigo, no le hallo; aquí entra vuestra habilidad, dando en esto el parecer que más importe.

Mucho se holgó Domingo de haber elegido por camarada a quien tanto simbolizase con su condición, y para dar traza a lo que le había propuesto le preguntó si el tal clérigo era cura de almas.

No, hermano —dijo Carranza—, no es cura ni tiene prebenda que le obligue a asistencia, sino beneficios simples.

—¿Tiene amigos? —dijo Domingo.

—Pocos le conozco —respondió Carranza.

—¿Tiene —replicó el otro— algún entretenimiento de caza a que sea aficionado?

—Tampoco se le conoce —dijo Carranza—, aunque para su divertimento, si bien impertinente, tiene seis o siete perrillos de falda, a quien regala sumamente y quiere tanto que no se halla sin ellos, teniendo, siempre que está sentado, dos o tres en los brazos, y cuenta a todos sus habilidades como si fueran de hijos suyos, cosa con que cansa a los que le oyen.

—Mucho me huelgo de saber eso —dijo Domingo—, y si él trae la llave del escritorio consigo, como decís, y tiene esos perrillos, con fingir que uno o dos se le han olvidado al ama en la calle de noche, llevándolos nosotros para que le aúllen a la puerta, saldrá por ellos sin duda y, abriéndola, es fácil quitarle la llave y entrar dentro.

—Bien decís —dijo Carranza—: dichoso puedo llamar el día que os elegí por camarada, que por vos me prometo felicísima suerte.

—Dejaos de eso —dijo Domingo—, prevengámonos esta noche, que en ella hemos de hacer este hurto.

Con esto se fueron a buscar dos perrillos que hallaron, y aguardando a que fuese tarde y las calles estuviesen sin gente, se fueron con silencio a la casa del recatado sacerdote. Él dormía en un aposento bajo que salía a la reja de él, cerca de la puerta de la calle, a la cual ataron los dos perrillos, los cuales, viéndose así, comenzaron a hacer el rumor para que fueron traídos, a cuyos aullidos despertó el clérigo muy alborotado, y llamando al ama le dijo:

—Madalena, ¿cuántos perrillos están con vos?

Ella le respondió que no sabía.

—Pues encended luz —dijo el clérigo—, que creo os habéis dejado alguno en la calle, porque siento que aúllan en ella.

Levantóse la ama a encender una luz, y fue tanta la ventura de los dos ladrones que no halló lumbre en la chimenea. Esto dijo a su amo, el cual, congojándose mucho, comenzó a llamar a los perros por sus nombres: Clavelillo, Azucena, Florinda, Rugerico, Marfisa, etc.; y como aunque allí pareciesen todos no los podía contar por no haber luz, salió a la reja y vio los dos perrillos que estaban aullando, haciéndolo de modo que parecía que iban a la parte del hurto con los que allí los trujeron. Desesperóse el clérigo de pensar que eran sus perros los que oía en la calle y dijo, colérico, al ama:

—¡Noramala para vos y para vuestro descuido! Bien deseáis darme gusto dejando al sereno dos perrillos, que apostaré que son los que más estimo. ¡Buenos estarán, los pobrecitos! Yo aseguro que mañana se me muere alguno de camarillas con la humedad de la noche y el sereno.

Con esto tomó una ropa, y abriendo la puerta de su casa para meterlos dentro tiraron a este tiempo los dos bellacos, que le estaban acechando de una cuerda, y lleváronse para sí los perrillos, rompiendo un débil cordel con que estaban ligados a la puerta.

El clérigo comenzó a reiterar la letanía perruna llamándolos a todos por sus nombres, por no saber cuáles eran los que le faltaban, y visto que se alejaban salió de carrera a ellos para traerlos a casa. Aquí le asió por detrás Carranza y, tapándole la boca y los ojos con un lienzo, le volvió en brazos a su casa sin que pudiese dar voces, entraron los dos con él, y sacando una lanterna que traían escondida le quitaron la llave del cuello con que siempre dormía, y abriendo con ella un escritorio que tenía a la cabecera de su cama sacaron de él más de seiscientos escudos en oro.

Dejáronle así encerrado en su aposento y a su ama en otro, y fuéronse a su posada muy contentos de haber hecho a su salvo la herida en la bolsa del abad; el cual, a la mañana, alborotó todo el barrio: dio cuenta a la justicia, hízose averiguación apretadamente, pero todo fue en balde, que no se pudo hallar rastro de nada.

Los dos amigos, con gran prudencia, sin que nadie sintiese tanta prosperidad, fueron pasando su vida vistiéndose y pagando sus trampas, diciendo, para dar color a su lucimiento, que de sus tierras habían sido socorridos, y asimismo que estaban de ganancia en el juego, aunque no satisfizo esto a algunos que sabían las malas mañas de Carranza. Bien pudieran los dos, con el buen suceso de su hurto, campear y pasar su vida: mas cuando se hace costumbre este mal vicio de hurtar es difícil desarraigarla.

Para cierta fiesta que tenían los soldados, en que salían todos muy lucidos, quisieron estos camaradas vestirse de paño fino, y haciendo la cuenta de lo que les habían de costar dos vestidos vieron que llegarían a más de cincuenta escudos cada uno y, aunque tenían dineros para comprarlos, Domingo no quiso que se gastasen mientras él no careciese de industria, y también porque los vestidos no conociesen al pagarlos por la moneda, que eran doblones de a cuatro, ser los autores del hurto del clérigo, y así tomó a su cargo dar traza para sacar de la tienda los vestidos sin que les costasen blanca.

Ayudóles a esta traza el hacer muy poco tiempo que era introducida la Santa Inquisición en Lisboa por el nuncio falso, si bien ya él estaba en galeras, y en el tribunal puestas personas beneméritas de aquellas honrosas e importantes plazas, y en espacio de un año habían hecho dos autos generales en que castigaron muchos delincuentes y confiscándoles muy gruesas haciendas, de manera que hoy se veía un mercader con tienda muy bastecida de mercaderías y el día siguiente la hallaban cerrada y su dueño preso por el Santo Oficio, y los sospechosos de linaje estaban temerosos no viniese esta desdicha por sus casas.

A uno de estos, pariente de algunos penitenciados en estos autos, mercader riquísimo, fue a quien embistieron nuestros soldados, y para esto se valieron de una traza que salió del vivo ingenio de Domingo, la cual fue escribir ciertos caracteres de extraordinaria forma en unos pergaminos blancos, de quien colgaban algunos sellos de plomo en los cuales se imprimieron otros caracteres que no se daban a entender, porque los hicieron si bien conformes a los que le dictó el albedrío.

Estos pergaminos, que fueron cuatro, pusieron en otras tantas bolsillas de tafetán pajizo, y encima de cada bolsa una señal de estrella pasada con una flecha, y todo ello estaba pintado con sangre.

Con esto se fueron a casa del rico mercader, procurando hallarle solo en la tienda a la hora que sus criados estaban comiendo y no parecía nadie por allí. Pidiéronle que les mostrase piezas de paño fino en que escoger dos cortes para dos vestidos; hízolo luego el mercader, y mientras dejaba una en el mostrador para volver por otra, metía Domingo las bolsillas entre los dobleces primeros de las piezas del paño que allí dejaba. Hizo esto en tres, reservando la última para meterla en la pieza que más le contentase, y habiéndola escogido entre las muchas que les sacó, no obstante que les contentó, dijeron que querían ver otra que se veía desde allí; fue el mercader por ella, y en el ínterin que la traía metieron en la escogida la bolsa o nomina que les quedaba a dos dobleces de ella.

Traída la que había pedido el mercader, no les contentó diciéndole que de la penúltima pieza que les había mostrado querían sacar los dos cortes; de esta pues concertaron a cómo había de ser la vara, regateándolo sumamente como si los hubieran de pagar luego de contado, por disimular mejor su cautela, y al tiempo de medirse el paño les rogó el mercader tuviese uno de ellos de la tela para poderla varear. Hízolo Domingo, y a los tres dobleces que descogieron de ella saltó la bolsa, la cual vista del mercader, espantado de la novedad, quiso ver lo que era, y así dejó de medir el paño por abrirla.

Los soldados advertidos, estuvieron asimismo atentos a ver lo que era, y sacando el inocente portugués de la bolsa el pergamino con sus cuatro sellos, le descogió y comenzó a querer leer sus caracteres [in]inteligibles escritos con sangre. Los soldados comenzaron a decir que aquello era cosa de hechizo, y grande maldad y bellaquería tenerlo allí, que no en balde con aquellos embelecocos se llevaba a su tienda todo el concurso de Lisboa a comprarle lo que tenía en ella, que habían de ir a dar cuenta a la Santa Inquisición para que castigase tan grande insolencia. El mercader se asustó del suceso, y comenzó a jurar con mil juramentos que él no era sabedor de aquello, ni pensaba que en otra pieza alguna tal cosa estuviese.

—Presto se verá eso —dijo Domingo—, y desdoblándolo de en las que habían puesto las bolsas, las hallaron y vieron ser como la que habían visto.

Con esto, dejando la compra los dos camaradas, dijeron que resueltamente iban a dar cuenta al Santo Oficio; pero nuestro portugués los comenzó a detener y rogar casi de rodillas que por amor de Dios no quisiesen destruirle, que él les daría el paño que quisiesen y la mitad de su tienda, y aun toda de balde. Los soldados, todavía rebeldes, no querían desistir de su propósito, porfiando en querer ir a dar noticia de lo que habían visto, y el portugués con sumisiones a detenerlos, hasta que ya fingiendo vencerse de sus importunos ruegos le dieron palabra de que no hablarían en aquello; y con esto el pobre mercader les dio de aquella pieza, y otra que ello escogieron, a cada dos vestidos, con todos los adherentes necesarios, que no eran pocos, según ellos le fueron pidiendo, y de todo esto no les llevó blanca, dando por bien empleado lo que les daba, y aun más que quisieran, a trueque de no verse otra vez en la Inquisición, ofreciéndoles servir en cuanto hubiesen menester de su tienda con mucha voluntad.

Salieron de ella los ingeniosos ladrones, muy contentos del buen suceso que había tenido su cautelosa traza, estando

Carranza admirado del ingenio de su nuevo camarada, pareciéndole ser él muy torpe en su comparación.

Hicieron sus vestidos, con que lucieron el día de la fiesta, mas Carranza, como poco cauto, no anduvo tan callado en la burla, o hurto por mejor decir, que no diese cuenta de ello a un tan antiguo camarada suyo, que no estaba poco celoso de que le hubiese dejado por Domingo.

Éste, sabiendo de Carranza el hurto con fundamento, hasta quién era el mercader burlado, se lo fue a decir; el cual, sentido de la estafa, no por lo que fue, sino por lo que pudiera resultar a hallarse gente en su tienda, trató de vengarse, y anduvo con ocho o diez parientes suyos buscando a los dos amigos hasta entrar en sus mismas posadas, los cuales, avisados de esto, por no hallarse seguros, pusieron tierra en medio dejando la milicia y a Lisboa, y tomando la vuelta de Castilla quisieron primero ver a Évora<sup>12</sup>, ciudad adonde Carranza tenía noticia de que había un mercader riquísimo que trataba de por junto<sup>13</sup> y tenía gran correspondencia en la India; éste era de linaje muy conocido, aunque no por nobleza.

Dio cuenta de esto a Domingo, y díjole que por qué camino podrían hacer un buen hurto a este mercader. Domingo le pidió de término para pensarlo aquella noche y, habiendo forjado el modo, el otro día llegaron a Évora y secretamente sacó Domingo de una tienda un vestido de clérigo de camino, compró unas escribanías de cinta para Carranza y le dio la instrucción de lo que habían de hacer. Iba en su compañía un mancebo que se les había juntado en el camino, y fue fuerza darle cuenta del caso, por ser su ayuda importante para lo que intentaban.

Hecho pues el vestido para Domingo, se le puso, haciendo a un barbero que le rapase la barba como sacerdote y le abriese corona, y en este hábito se salieron de Évora ocho

---

<sup>12</sup> *Évora*: ciudad portuguesa situada en el Alemtejo.

<sup>13</sup> *De por junto*: al por mayor.

leguas a un lugar donde tomaron tres mulas, en que volvieron a la ciudad con la autoridad que requería el caso.

Posaron en una posada que caía a las espaldas de las casas del mercader rico, cuyas ventanas estaban enfrente de las de la posada; luego que llegaron a Évora hubo algunos curiosos que quisieron saber quiénes eran los forasteros, y el mancebo que iba con ellos les dijo que un comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Lisboa, que venía a hacer allí ciertas informaciones con que todos entendieron que serían para alguna familiatura.

A cuatro días que eran llegados, quiso informarse Domingo del huésped en primer lugar, y tomándole su dicho en forma de quién era el mercader, su descendencia, qué trato tenía, sus costumbres, los criados que le servían y otras muchas cosas más menudas, hasta saber los nombres de los criados, y después de sabido todo le encargó, pena de excomunión, no dijese a nadie lo que se le había preguntado.

El mercader contra quien se fulminaba el hurto era sumamente miserable y mal quisto del pueblo, hasta sus mismos criados no le querían bien.

Otro día que se informó el fingido comisario de su huésped, hizo al mancebo que les acompañaba, que hacía oficio de alguacil, aunque sin vara, que le llamase dos criados del mercader. Vino brevemente con ellos a la posada y, de la misma manera que había hecho Domingo con su huésped, les tomó juramento y hizo varias preguntas si sabían que su amo guardaba ritos y ceremonias de otra ley, a que ninguno de estos, ni otros que después juraron en la fingida información, dijo en contra del mercader, si bien el cauteloso comisario les decía que era cosa muy averiguada y dicha por todos los criados que su amo judaizaba; y después de tomados los dichos les ponía el gravamen de la excomunión para que no declarasen a nadie lo que les había preguntado, previniéndoles que si en algún tiempo fue[r]le menester su ayuda y favor se la darían.

Con esto los dejaba temerosos, y ninguno osaba mover los labios para decir nada de lo que le habían preguntado, haciendo en esta información oficio de notario Carranza, admirado, sin saber en qué había de parar esta máquina.

Después de haber hecho esta diligencia con los criados del mercader, una noche, a cosa de las doce, fue a su casa acompañado de dos amigos, y llamando a ella al tiempo que se querían acostar, dijo que era un comisario del Santo Oficio, con que le abrieron luego, dudoso el mercader de lo que podía querer en su casa a tal hora.

Entró dentro y luego tomó al criado que le abrió, que era uno de los testigos examinados, las llaves de la puerta, que él le dio buena gana por haberle prometido su ayuda y favor al tiempo que la tuviese necesidad. Subió Domingo donde estaba el mercader, y habiéndole saludado le dijo que se diese a prisión para ser llevado a Lisboa.

Alborotóse en extremo el portugués, ignorando la causa por que se le prendía, no sabiendo por dónde le venía aquella desdicha, y de pesadumbre que recibió no pudo replicarle palabra. Pidióle tras esto Domingo las llaves de los cofres, porque quería hacer *secresto*<sup>14</sup> de sus bienes, y aquí fue cuando perdió del todo la paciencia, resistiéndolas y diciéndole que en sus cofres no había más que vestidos y algunas piezas de tela.

—Todo se ha de ver lo que es —dijo el comisario—, para que se ponga por memoria: y no hay que replicarme a esto, que si me contradice haré que se descerrajen los cofres.

Tan perdido de miedo estaba el mercader que no quiso contradecirle, antes luego le entregó las llaves de cofres y escritorios. Informóse de los criados nuestro Domingo dónde estaba el dinero, y abriendo un escritorio fuerte de nogal, donde le habían revelado que estaba, halló en él cosa de mil escudos en oro, y haciendo escrutinio de los demás no halló

---

<sup>14</sup> *Secresto*: secuestro, embargo.

más moneda, porque la semana antes había empleado la que tenía en mercaderías para embarcar a la India.

En los cofres halló algunas piezas de sedas y telas que dejó en ellos, poniéndolas por memoria con los demás muebles que había en su casa, y haciendo al mercader que se entrase en un retrete<sup>15</sup>, el más escondido de ella, le mandó meter una cama en él y cerró por fuera, diciendo que en amaneciendo le había de llevar a Lisboa. Puso a los criados por sus guardas, encargándoles tuviesen cuidado con su amo, poniéndoles grandes penas si desistían de su custodia y guarda.

Con esto se fue a su posada, y concertando con un mozo de mulas que le diese tres para llegarse hasta la raya de Castilla a hacer cierta diligencia que le faltaba, se partió aquella noche con grande priesa, dejando al mercader encerrado todo el otro día sin comer, hasta que fatigándole la hambre fueron los criados a la posada a pedir al fingido comisario que mandase abrir para darle de comer, y como no le hallasen en ella y supiesen que se había partido aquella noche a Castilla, dieron luego en que era ladrón que con aquella traza no había querido más que coger la moneda, y así se lo dijeron a su amo, el cual lo dio todo por bien empleado, y más que fuera, a trueque de verse libre de la Inquisición, tanto era el miedo con que estaba.

Llegaron pues los tres amigos a la raya de Castilla hasta Badajoz, y allí se dividió de ellos el mancebo que había hecho oficio de alguacil con lo que le quisieron dar el hurto, que serían hasta cien escudos, y no paró hasta llegar a su tierra, que era en Extremadura.

Domingo y Carranza, con muy buena moneda, llegaron a Toledo, donde levantaba gente un capitán; acudieron al cuerpo de guardia a jugar donde, como les vieses perder cada día y siempre moneda en oro, dieron cuenta a la justicia para que averiguase de dónde tenían tanto dinero, y queriendo pren-

---

<sup>15</sup> *Retrete*: cuarto pequeño.

derles tuvieron aviso de ello, con que les fue fuerza tomar el camino de Madrid a pie, habiendo perdido cada uno al juego más de trescientos escudos.

Domingo iba muy satisfecho en que, por estar ya muy barbado, no le conocería don Cosme, mas fue su desdicha tal que a la entrada de la calle de Toledo, antes de llegar a la plazuela de la Cebada, fue el primer hombre con quien topó, y poniendo los ojos en él con mucho cuidado, le conoció, llamándole por su nombre. No se dio por entendido Domingo, antes a mucha priesa alargó el paso con su compañero, y en doblando una esquina él y Carranza se fueron a todo correr desmintiendo calles, hasta dar en los barrios de Antón Martín, adonde Carranza tenía un conocido.

Hospedóles allí aquella noche y otras dos, no osando salir de día Domingo por temor de don Cosme, que le parecía había de toparse luego con él; el cual no se descuidaba, haciendo diligencias por hallarle.

No andaba menos cuidadoso y recatado Carranza que su amigo, por hacer tres años que había hecho en Madrid una muerte por escalar una casa, y pareciéndole que no era cordura asistir donde tanto peligro corría su garganta quiso irse de la corte, pero de manera que su amigo Domingo sintiese con veras su ausencia por muchos días.

Pues como durmiesen juntos, una noche que a costa del mercader de Évora habían cenado y brindádose larga y bastante, cargó Domingo más delantero<sup>16</sup> que otras veces, y esto le sazonó el sueño de modo que cayó en la cama como un tronco. Con esta buena ocasión pudo Carranza cogerle el jubón donde traía cosidos los escudos del hurto de Évora, y aun algunos del clérigo de Lisboa, que eran doblas de a dos caras; así lo fue Carranza para con su camarada, dejándole, como dicen, «a la luna de Valencia», y él tomando a la de Madrid el camino para Pamplona.

---

<sup>16</sup> *Cargar delantero*: beber en exceso.

Despertó a la mañana Domingo y hallando menos al amigo juzgó que habría madrugado a alguna cosa forzosa, y queriéndose vestir pudo la falta de su jubón informarle con más certidumbre de la fuga de Carranza con lo que llevaba en él. El sentimiento que tuvo fue grande, pues le quedó casi *in puribus*, solamente con veinte escudos que tenía en la faltriquera, y así no había consuelo alguno para él.

Mudó con esto de posada, yéndose a los barrios de San Francisco a otra de una vieja conocida suya desde el tiempo que fue paje; aquí supo cómo el conde de Oñate estaba de partida para sus estados, y juzgando que don Cosme iría con él quiso aguardar a que partiese retirado sin salir de la posada si no era de noche, y eso con mucho recato, y para hacerlo libremente sin ser notado dio en una traza notable, que fue comprar un manto grueso y una basquiña vieja, y con este disfraz al anochecer se iba a la puerta del monasterio de la Merced, y en ella se ponía como pobre vergonzante a pedir limosna, fingiendo una delicada voz hasta que se cerraban las puertas de la iglesia, y luego se iba de allí por las calles con dolorosas voces y fingidos suspiros, pidiendo limosna a todos cuantos topaba, con que sacaba muy buen dinero, que hay mucha gente en la corte compasiva y amiga de hacer bien.

Una noche entre otra que usó el hacer esto se topó con la ronda, adonde iba un alcalde de corte, cuatro o seis alguaciles, un escribano y una turba de corchetes. Enfadóse el alcalde de que cerca de las once de la noche anduviese una mujer por las calles pidiendo limosna, significando con afectuosas voces tantas lástimas y necesidades, y llegando a ella la dijo:

—Hermana, ¿tanta es vuestra necesidad que os obliga a pedir por las calles a hora tan extraordinaria, pudiendo hacerlo de día, donde anda más gente por ellas? ¿Sois vos acaso la que pide en la Merced a la puerta de la capilla de los Remedios, que me parece haberos visto allí?

Turbóse Domingo de suerte que, olvidándose totalmente de hablar con la voz fingida, respondió con la natural que

ella era la que su merced decía. Al alcalde le pareció no ser voz de mujer aquella, y haciendo llegar más cerca de él la luz de una lanterna descubrió el barbado bellacón y, espantado de la estratagema con que pedía limosna, le hizo llevar a la cárcel, donde le tuvo algunos días preso.

Sucedió pues que saliéndose a visitar un día con los demás presos, acaeció estar preso don Cosme por una penencia que había tenido y salirse también a visitar, y viéndose con Domingo en la sala en presencia de todos dio cuenta a los alcaldes de su hurto que le había hecho. Averiguóse con testigos que presentó, y poniéndole en el potro confesó luego, y fue mucho no confesar los demás.

Condenáronle en doscientos azotes y seis años de galeras, y por abreviar con él se los dieron el día que le notificaron la sentencia, y dentro de seis salió con la cadena que iba a Toledo, de donde le llevaron a bogar a las galeras de España, y allí he tenido nuevas que está en el banco haciendo mil estafas y burlas a sus mismos compañeros, porque quede por memoria para los futuros siglos el nombre de Domingo Alberto Estrianquer, expósito por Marcos y Dominga, naturales de Ponferrada, sus honrados padres.

Con grande risa solemnizaron las hermosas y discretas damas la donairosa novela de Octavio, y el haberla referido con tan buen despejo, y desenfado, dándole todas las gracias de lo bien que las había entretenido con ella.

—Démosle mejor remate que ha tenido —dijo Otavio— con que mi señora doña Laura nos diga su enigma, que de su buen ingenio podemos esperar una gran cosa, si no ha pedido los versos de limosna, como muchos que, socorridos de esta caridad, se hacen poetas.

—La inventiva —dijo doña Laura— es mía, mas los versos no, porque me he valido de lo que estas señoras, buscando quien me los hiciese.

—¿Y cuánto se le pagó al poeta por su trabajo? —dijo Otavio.

—Téngole concertado por año —respondió doña Laura—, y por sus tercios le acudo con el salario.

—Poeta aprovechado me parece —dijo Otavio—, aunque más envidio a su espíritu que a su cuerpo, pues que no duda que vuestros gajes serán más favores que dineros.

—Sea lo que fuera —dijo doña Laura—, mi enigma es este.

Aquí sacó un papel donde traían una bien colorida tarjeta, y en su blanco pintada una mujer vestida de pluma y con alas extendidas, los pies negros y muy juntos, y decían los versos:

### ENIGMA



Del solar que ensalza a muchos  
hasta el frígido elemento

nací para ser del mundo  
intérprete de conceptos.  
Para tener nueva traza  
pasé insufribles tormentos,  
y aunque entonces los sentí  
lloro cuando no los siento.  
Casáronme con un hombre  
etíope por lo negro,  
y si no es negro de allá,  
al menos parece de ellos.  
Llégame a buenos y malos,  
revélanme sus secretos,  
sus voluntades declaro,  
publico sus pensamientos.  
Tal vez soy de enamorados  
la tercera en sus martelos,  
tal vez soy descomedida,  
tal virtuosa me muestro.  
Simbolizo con las nubes  
los vapores recogiendo,  
y en diferentes lugares  
lo que he recogido vierto.  
¡A cuántos he remediado,  
a cuántos quito el remedio!  
Que con aquello que amparo  
con aquello mismo ofendo.  
Favorécenme monarcas,  
títulos y caballeros,  
que no lo fueran sin mí,  
tan grande valor encierro.  
Y con esto me declaro  
al confuso entendimiento,  
que soy mala con el malo  
y soy buena con el bueno.

—No tengo por mal pagado al poeta —dijo Otavio—, pues tanto se cerró en los versos, aunque las gracias se deben dar al dueño de los conceptos, pues él purgó lo que le dieron digerido. Por mí, señora doña Laura, estad segura que os acierte vuestro enigma; estas señoras le den su declaración.

Ninguna de aquellas damas dio en lo que podía ser, y dándose por vencidas rogaron a doña Laura le declarase, a las cuales dijo:

—Mi enigma, dudosas y confusas señoras, es la pluma, y para que veáis que sus propiedades concuerdan bien con su pintura y versos la vuelvo a referir.

Hízolo así, y vieron todas ser lo que les había dicho, y que estaba dispuesto con grande agudeza de ingenio.

En segundo lugar sacó doña Lucrecia su papel, donde en otra no menos lucida tarjeta traía pintado un monstruoso hombre con las orejas de asno y la nariz de excesiva grandeza; estaba vestido como labrador y con un azadón en la mano:

#### ENIGMA



Monstruo parezco a la vista  
compuesto de dos metales,  
el uno de ellos es fuerte,  
el otro débil y frágil.  
Y es tanta mi fortaleza  
que abrazado con mi madre  
para poderme mover  
es con fuerza de animales.  
Mi oficio es sepulturero,  
y este vengo a ejercitarle  
haciendo más sepulturas  
que en años de peste o hambre.  
A los que entierro oprimidos,  
forzando sus voluntades  
ellos mismos resucitan  
aumentando su linaje.  
A varias gentes sepulto  
sin pompa ni acompañantes,  
y en sepulcros y en exequias  
a todos les hago iguales.  
Es poca mi caridad,  
pues siempre para enterrarles,  
con ser aqúeste mi oficio,  
con fuerzas dobles me traen.  
Y aunque mi ejercicio luce  
por los que mueren y nacen,  
jamás escapar podrá  
de que arrastrado no ande.  
Si quieren saber quién soy  
los discretos e ignorantes,  
sobre el medio nombre mío  
se hace un sacrificio grande.

—No quiero que nadie me gane por la mano —dijo Otavio—, por si hubiere dado en el pensamiento que yo: este enigma es el arado, y perdone mi señora doña Lucrecia

si tan presto mi rudo ingenio dio en lo cierto, que su enigma está bien dispuesto como significativo en los versos, y agradézcalo a mi atención, que esta vez por atento he salido victorioso.

—Tú has dado la verdadera solución del enigma —dijo doña Lucrecia—; lo que importa es dar el remate a la tarde con alguna buena letra, para dejarnos sazoadas.

—Unas endechas que hice al desdén de una dama por gusto de un caballero que le sufría —dijo Otavio— quiero cantaros, y en verdad que me valieron una sortija.

Tomó con esto la guitarra y cantó así:

Fugitiva Laura  
ya que me desprecias  
oigan tus agravios  
cielo, luna, estrellas.  
Cebo de mi vista,  
del alma cadenas  
fue el considerarte  
dulce, hermosa y bella.  
Fue mi pecho el blanco  
donde amor emplea  
para cautivarme  
jara, arpón, saeta.  
De mi libertad  
te hice la entrega,  
pues te di en mi alma  
don, presente ofrenda.  
Poco hizo en rendirse  
con las tres potencias,  
si a pechos rebeldes  
prendes, ligas, fuerzas.  
Fueros de tu gusto  
siguió mi obediencia  
mostrando en servirte  
gusto, amor, terneza.

De mi fe constante,  
y de mis finezas  
son fieles testigos  
valles, montes, sierras.  
En cuyos espacios  
repetir me vieran  
el nombre de Laura  
hombres, aves, fieras.  
Ganando de firme  
fama que exagera  
quien por centro elige  
aire, campo, aldea.  
A tiernos suspiros  
y a lágrimas tiernas  
fue tu pecho duro  
bronce, mármol, peña.  
Siempre que escuchabas  
mis versos en letras  
causaban en ti  
ira, saña, guerra.  
Tu altiva arrogancia,  
tu altivez soberbia,  
libres la murmuran  
río, fuentes, selvas.  
Vivo ejemplo soy  
del que fue tragedia  
a ojos de Anaxarte  
dura, esquiva, necia.  
Que al fin atajó  
con su muerte acerba  
de su ingrata dama  
pena, agravio, ofensa.  
No la imites Laura,  
estima experiencias,  
en que has conocido  
fe, trato, firmeza.

Aquesto cantaba  
Castalio<sup>17</sup> a sus puertas,  
por si escucha afable  
lira, voz y endechas.

Granjeó aplausos y acrecentó ponderaciones el gracioso Otavio en aquellas damas con las ingeniosas endechas que cantó, pareciéndoles que para la agudeza que tenían había sido poco premio la sortija que le habían dado y él les mostró, y viendo que ya la madre del tiempo comenzaba a descoger sus nocturnos velos bordados de lucientes estrellas, dio la sustitución del novelar Otavio a doña Lucrecia para el siguiente día, y él quiso traer el primero enigma, y el segundo le tocó a doña Ángela, y con esto, retirándose al cuarto aquellas damas, encargaron a Otavio no las hiciese aguardar el día siguiente.

---

<sup>17</sup> *Castalio*: seudónimo que adoptó Castillo Solórzano.

## EL DEFENSOR CONTRA SÍ

A maitines tocaban las campanas de los monasterios de Madrid, insigne villa de España y Corte de su poderoso Rey, cuando su rumor más vario que armonioso percibieron los oídos de seis encarnizados tahures que desde primera noche habían estado jugando al juego que llaman pintas, siéndolo contagiosas contra la hacienda y las opiniones de los que la pierden. Acabóse el juego, más por voluntad del garitero que por gusto de los congregantes de su garito, que como se hallase sin barajas de que sacar provecho, y poco ganoso de salir a buscarlas a deshora, y en noche de las más lluviosas del invierno, solicitó su despedida. Entre los que se hallaron en esta junta fue uno el capitán don Carlos Coronel, valentísimo soldado que en las ocasiones de las guerras de Flandes contra los rebeldes de las Islas, había mostrado bien el valor de su persona, desde que terciando una pica salió a empuñar una gineta<sup>18</sup>; y ahora, en madura edad, pretendía ser castellano del Castillo de Amberes, cargo importante que siempre se da a soldados de tanta satisfacción como lo era don Carlos.

Salió, pues, este caballero de la casa del juego, a que era inclinado mucho, sin compañía alguna, y tomando el camino

---

<sup>18</sup> *Gineta* o *jineta*: lanza corta.

de su posada, que era a los barrios de Antón Martín, yendo él desde los de Leganitos, al emparejar con una estrecha calle cerca del Carmen, vio salir de una casa un tropel de gente, que unos tras de otros con espadas en blanco iban corriendo por la calle abajo. Esto pudo ver el capitán con la luz de una pequeña linterna que llevaba. Paróse hasta que vio la calle desembarazada de aquella gente, que no tuvo por cordura meterse en la brega a poner paz, donde vio tanta confusión; y esto vino a ser frontero de la casa donde habían salido los de la pendencia. Vínole deseo de entrar en ella, por ver su puerta abierta, y púsole en ejecución. Pasó el zaguán, y hallóse en un pequeño patio, de donde vio salir luz de una sala baja que había en él. Entró en ella, y ofreciósele a la vista el más horrendo espectáculo que sus ojos habían visto en su vida. En el suelo estaba una hacha ardiendo, y cerca de ella, en medio de un lago de sangre, un joven de edad de veinte años, que había rendido la vida a manos de quien con cruel intento le había dado muchas puñaladas que tenía por el cuerpo, de que había salido aquella sangre. Cerca de este cadáver estaba un estrado, y en él una mujer echada, atadas las manos, falto el rostro del rosado color. De suerte que a la vista parecía estar falta del vital aliento. Absorto se quedó el capitán de tener tan extraño objeto delante de sus ojos, y maravillábase mucho la singular hermosura de la dama, que aun falta de la vida (a su parecer) no había acabado la muerte de hacer sus destrozos en ella. En esto estaba, cuando con un penoso suspiro advirtió la dama al capitán que aún no había el alma desamparado la corpórea cárcel. Alegróse de esto grandemente el valiente soldado, viendo con vida a quien tanto le había enternecido con su imaginada muerte, y llegóse a quitarle las ligaduras de las manos. La dama, que le sintió venir, comenzó (vertiendo copiosas lágrimas de sus hermosos ojos) a decirle:

—Señor y hermano mío, pues la piedad vive ausente de vuestro pecho, y es gusto vuestro, no razón, que yo muera, no le contradigo. Sólo os suplico deis lugar a que con más

veras haga otro acto de contrición de mis graves culpas, ya que me negáis que las oiga mi padre espiritual.

Quiso don Carlos desengañarla con manifestarle bien su rostro, y alzó la hacha que estaba en el suelo, dejándose ver de ella a su luz; y entonces la dijo enternecido:

—No soy yo, afligida señora, quien habéis pensado y temido, sino quien se compadece de veros en esa aflicción, y quien se ofrece a sacaros de ella, si no consiste en más que ausentaros del rigor de vuestro hermano.

Más atenta miró la dama el rostro de quien esto la decía, y como se asegurase no ser su hermano, con algún aliento que cobró de esto le dijo:

—Señor mío (que algún ángel debéis de ser), no puedo dejar de aceptar tal ofrecimiento, pues me importa no menos que la vida salir de aquí huyendo del rigor de dos hermanos míos que han de volver a quitármela, como lo han hecho a este inocente caballero que ha pagado lo que no debía. Más despacio sabréis mi larga historia y corta dicha. Ahora importa salir de aquí, fiando de esa honrada presencia me amparará en esta desdicha.

Así se lo volvió a prometer el capitán; y habiéndola desligado, la tomó de una mano para llevarla, mas ella le rogó que la dejase tomar un cofrecillo que estaba allí a la vista. No dio lugar a esto el capitán, porque se anticipó a tomarle antes que ella. Con esto, pues, salieron de allí con no poco recelo de la afligida dama, por temerse que les habían de ir siguiendo sus dos hermanos. Mas este se le aseguraba el capitán, diciéndola que aunque le veía de aquella edad, tenía aún valor para defenderse de ellos bastantemente. Llegaron, pues, adonde el capitán vivía, que era en una principal casa, en quien tenía un honrado cuarto, siendo él servido de una ama de mayor edad y de dos criados. Novedad se les hizo a todos no el venir tarde su dueño, que esto era ya costumbre suya, por ser aficionado al juego, sino con la compañía que traía; cosa que no le habían conocido hasta allí flaqueza alguna.

Dejóla el anciano don Carlos su cama, y en otro aposento separado de aquel mandó que le hicieran para él otra, encargando mucho a la ama el regalo de aquella señora, la cual se acostó luego a ruego del capitán, y allí la llevaron una conserva para que cobrase algún esfuerzo, que no admitió la cena por haber aquella noche cenado antes de su desgracia. Con esto la dejó la ama porque reposase lo que restaba de la noche, aunque no pudo dormir nada, por permitirlo así la causa de su pena. Tampoco el capitán la pasó bien con el deseo de saber a la mañana qué se habría hecho de aquel hombre que dejó muerto, y de la gente de aquella casa. Levantóse con este cuidado, e informándose de la ama qué hacía su nueva huésped, díjole que reposaba un poco, porque toda la noche la había sentido desde su aposento llorar y suspirar. Encargóla que la diese en despertando algo con que se reparase de su desvelo; y con esto salió de casa algo más de mañana que acostumbraba acompañado de sus criados. Quiso pasar por la calle donde le había sucedido el fracaso de la noche pasada; y reconociendo la casa de la dama, vio estar en ella mucha gente. Llegó a informarse qué había allí, y un anciano, que a todo había estado presente, le dijo:

—Señor mío, habiéndose descuidado anoche el alcalde y alguaciles, a quien tocaba hacer ronda en este cuartel del Carmen, han hallado esta mañana a un hombre muerto en esta casa de muchas heridas. Son los dueños de ella dos caballeros hermanos, y una hermana doncella. Ninguno de ellos parece, y los vecinos más cercanos están presos, por hallar un tabique que dividía las dos casas roto. Ellos dicen que le rompieron los criados por pedir favor, y que salieron por allí a pedirle por tenerlos cerrados; y que por la misma rotura se le entraron a dar el dueño de la casa y un hijo suyo, los cuales dicen haber salido en seguimiento de los homicidas, pero por más ligeros de pies se les escaparon. Está aquí el alcalde a quien estos barrios le tocan; y después de haber puesto en la cárcel a los que por ventura no tienen culpa, embárgales los bienes, así los de la casa donde sucedió esta

desdicha, como los de la vecina a ella. El difunto dicen que es un caballero mozo, y no el que galanteaba en esta casa, sino un amigo suyo íntimo que le acompañaba siempre. Esto es lo que puedo deciros acerca de lo que me preguntáis.

Agradeció el capitán que le hubiese dado cuenta de lo que deseaba saber, y asistió allí a ver con la demás gente qué había el embargo, por ser su conocido del alcalde, y advirtió de él las cosas que se tomaban por inventario de más valor. Hecha, pues, esta diligencia por el alcalde, fue a dar cuenta de todo al presidente, y nuestro capitán a la dama que tenía en su casa. No estaba levantada, que la ama no se lo había consentido porque se reparase algo del desvelo de la noche pasada. Díjole don Carlos lo que había visto, y cómo sus hermanos se habían ausentado; y de nuevo comenzó a renovar su llanto la hermosa dama. El capitán la consoló, animándola y esforzándola, con que no la había de desamparar mientras Dios le diese vida; y en pago de esta voluntad la suplicó le cumpliese el deseo que tenía de saber con fundamento el origen de aquella muerte. Corresponder quiso la dama al favor que a su huésped debía con darle cuenta de lo que deseaba saber; y así, incorporada en la cama, le rogó que la prestase atención, y comenzó su historia de esta suerte:

A la pretensión de un hábito para mi hermano mayor vino don Fadrique, mi padre, desde Málaga, de donde somos naturales, a esta Corte, no gustando que mis dos hermanos le acompañasen, por saber cuán peligrosa estancia sea para la juventud, pues sus divertimientos y ostentaciones siempre son polilla de las saludes y haciendas. Y así, aunque en anciana edad, quiso más asistir sin su compañía que dar ocasiones con ella a lances tan forzosos. Duró su pretensión algunos días más de los que pensó, respecto de los muchos servicios que en su mocedad tenía hechos en tiempo de Filipo Segundo, prudentísimo y santo Monarca. En este tiempo, permitió el Cielo disponer el fin de su vida con un largo mal, con que fue forzoso por consuelo suyo, pues le faltó el de mi

madre, que era viudo, que viniésemos mis hermanos y yo a asistirle a su enfermedad aquí. Pocos días fueron los que le gozamos con vida, que el Cielo fue servido de que la perdiese porque hoy la tenga mejor, que esto nos pudo prometer su grande cristiandad. Hechas las exequias conforme a su calidad, mi hermano mayor, que se llama don Antonio, prosiguió con su pretensión, mas no con tal puntual asistencia como debiera; porque el ser demasiado de galán le divertía de lo que más le importaba, tratando más de servir a damas que de cortejar a las personas de quien pendía su buen despacho. Yo me hallaba muy extraña en la Corte, y aunque en ella tenía amigas, como me hubiese criado en el encogimiento de mi patria, parecíame mal su desenfado y despejo, su continuo paseo de Calle Mayor y Prado, su frecuencia de visitas en sus casas de caballeros mozos, que aunque se hagan con el honesto fin que se hacen (que así lo creí siempre), dan ocasión a las mordaces lenguas que digan más de lo que ven y piensen lo que no hay.

Por fiestas de aquel glorioso Santo Patrón de Alcalá de Henares, mílite glorioso en la Seráfica Religión Franciscana (de San Diego, digo), se corrieron toros en aquella insigne villa a que acudió toda la Corte. Fueron allá mis hermanos con determinación de no volver hasta el siguiente día. El mismo que partieron (poco antes de medio día) me puse al balcón, al tiempo que vi entrar en mi casa un caballero acompañando a dos mujeres embozadas. Como en mi posada no había otro vecino, por vivirla toda mis hermanos, presumí que vendrían a buscar a alguno de ellos aquel hombre y mujeres; y así hice a una criada que se pusiese a un corredor que caía al patio a ver a quién buscaba. Tardóse un rato, y vino a decirme que en el zaguán estaban hablando los dos a solas. Había una escalera falsa que bajaba a unos entresuelos del cuarto principal, y de ellos salía una ventana con una celosía al mismo zaguán, por donde quise curiosamente escuchar lo que los dos hablaban. ¡Oh, cuántos daños han venido a las mujeres por esta impertinente curiosidad de desear ver y

saber novedades! Mil desdichas que han sucedido por esto nos pudieran ser escarmientos a estar advertidas de ellos.

Volviendo a mi relación, señor don Carlos, yo me puse a escuchar al galán y a la dama. Lo que él la decía, que me acuerdo, eran unas razones como estas: «Señora mía, en otras ocasiones con más cortesía os he suplicado excuséis ponerme en lances donde agravie la amistad de un amigo a quien debo tanto. Presumí que el habéroslo dicho con algún despejo y desamor os hubiera avergonzado, para que no reiteráredes persuasiones que no han de ser de algún efecto. El verme ausentar de vuestra casa, huir de la de mi amigo cuando estáis en ella, veo que no ha sido de provecho para que dejéis de ofenderle con un tema impertinente. Esto me mueve a huir de vos con tanto cuidado, el cual no hubiera en mí a veros libre del amante que tenéis, porque nadie conoce vuestras partes ni las supiera estimar como yo. Oblígame mucho que digáis ser amor el que me tenéis, mas desoblígame al pagarle la ofensa que, aun en oíroslo hago al ausente. Considerad esto mejor y ved si fuérades vos don Juan, vuestro dueño, si gustáredes que amigo vuestro solicitara cosa de su gusto. Hoy he escusado en la Iglesia el ponerme cerca de vos, y aun la cortesía al fin de la misa, por no tener ocasión de hablaros. Paréceme que no me ha valido esto, ni el entrarme en esta casa para no ser seguido de vos. ¿Qué es lo que ahora me queréis después de este desengaño?». Tierna le escuchaba estas cosas la mujer (cuya hermosura hay pocas que la excedan en esta Corte), y con algunas lágrimas que derramaba de cuando en cuando, le dijo: «¡Ay, don Enrique! ¿Es posible que tan mal pagues una fe, un amor y una voluntad tan pronta en amarte como te tengo? Dos años ha que acompañado de tu amigo don Juan te vi la primera vez; plugiera al Cielo no te viera, que desde entonces ni mi memoria se ocupa sino en acordarse de ti, ni mi deseo es otro que de ver pagada esta voluntad, ni mis ojos quieren otro objeto que el de tu persona. Si he favorecido desde entonces a don Juan con lícita correspondencia, no ha sido con gusto mío, sino

con el fin de que en su compañía me viese. Sufrí, padecí, procuré vencerme a mí misma, pero amor que se apoderó de veras de mi pecho por borrar de él a tu amigo, me obligó a manifestarte mis cuidados, a decirte mis penas y querer obligarte a corresponder a lo que debes. Conozco que habiendo favorecido a tu amigo es trato doble el que uso con él; pero, a una pasión tan grande, a un afecto tan incorregible, ¿quién le ha de poder resistir? Confieso que una mujer principal como yo (con el cuantioso dote que sabes tengo, a cuyo casamiento aspiran tantos caballeros en esta Corte) hace mal en abatirse a rogar que la quiera quien no la estima; hace mal en solicitar a quien no la admite y, finalmente, desdora su opinión en seguir a quien le huye. Pero acaba tú con esta loca pasión; que me deje y veráste libre de mí. Mas, ¿para qué quiero yo vivir sin ti?, ¿hallar ausente el gusto de tu memoria?, ¿y estos ojos de tu vista? Vuelve, Enrique mío, a considerar cuánto me debes, a advertir cuántas lágrimas me cuestas, y da lugar a que por un resquicio entre la piedad en tu pecho, que como yo sepa que me tienes alguna, me engañaré juzgándola por amor, para consuelo de tantas penas como padezco por tus rigores».

Íbasele acercando con estas razones, y hallándose el leal don Enrique atajado, y aun con alguna turbación (según conocí de su semblante, que le miré con más atención que debía), lo que pudo hacer por librarse de la persuasión de la dama fue subirse por la escalera, dejándola sin respuesta. Viendo este desprecio la desengañada señora, embozóse y fuele siguiendo desatinadamente. Él apresuró los pasos (según supe después) y viendo que subía tras él, cerró tras de sí la puerta de la escalera, que era de golpe. Ya yo había con presteza subido arriba, al tiempo que pude oír decir a la dama: «¡Ah, ingrato y desconocido de tanto amor, el Cielo castigue tus rigores, y a mí me quite la vida, para que no vea en tu pecho la dura roca del mar, un helado mármol y un fuerte bronce, rebelde a los pesados martillos del artífice!». Con esto se salió de la casa, bañada en lágrimas, y el caballero se estu-

vo paseando por el corredor. Sucedió esto en ocasión que nadie lo pudo ver, porque los criados habían ido con mis hermanos a Alcalá, y un escudero anciano que vivía fuera de casa con un pajecillo no estaba en ella.

Con esto mandé a la criada (que me avisó primero del coloquio del caballero y la dama) que saliese como que iba a otra cosa y buscase ocasión de hacer entrar al caballero donde estaba; porque os aseguro, señor capitán, que así la persona de don Enrique como su acción me parecieron tan bien, que desde aquel punto me aficioné a él. Salió la criada y preguntóle que a quién buscaba; él la dijo que a nadie, sino que el escusar ser visto de cierta persona le había obligado a entrarse hasta allí y cerrar la puerta, no entendiendo que fuese de golpe. «Pues si gustáis —dijo la criada— de estar en parte más decente, aquí en esta pieza podéis entraros.» Hízolo el caballero por dar lugar a que la agraviada dama se alejase de allí; y hallóme a mí, que con cuidadoso descuido salía de mi aposento a aquella pieza. Saludóme cortésmente, y yo a él, diciéndome después de esto:

—Hame obligado, hermosa señora, el querer escusar un lance de pesar haberme valido del refugio de esta casa, y he sido venturoso, pues me le ha ofrecido mi buena suerte de gusto con vuestra vista.

—Yo me huelgo, señor mío —respondí yo—, que esta casa haya sido quien os haya escusado esa pesadumbre, y por la cortesía de lo segundo os beso las manos, aunque conozco de mí que no soy para lo que decís. Pero deseo saber si era cosa de pendencia con algún caballero igual vuestro sobre la pretensión de alguna dama, porque vi salir de aquí una no muy gustosa.

—Con ella, si he de deciros verdad —dijo él— me ha sucedido la pendencia.

—Pediríaos celos —dije yo.

—De la lealtad a un amigo —replicó él.

—No entiendo lo que me decís —le dije.

—Obligación a ser buen correspondiente me ha hecho parecer mal a esa señora que va disgustada —me replicó don Enrique.

—Ya os miro con más atención —dije—, y como a un prodigio de estos tiempos, pues en ellos hay quien guarde en este particular decoro a su amigo, sin forzarle una hermosura (que sé que la tiene aquella dama) a decir de este buen término.

—Yo me precio de salir bien de mis obligaciones —me respondió—, que hago poco caso de las en que me ha querido poner esa señora tan a peligro de mi reputación; y así en este caso he innovado, desdiciendo de mi cortesía, y perdiéndosela en hablarla tan libremente.

—Todo lo he visto —dije yo—, y quisiera conocer a vuestro amigo para decirle cuán seguro puede estar de vuestra amistad y cuán receloso del amor de aquella dama.

—Huélgome —dijo don Enrique— que hayáis sido testigo de mi valor, conociendo las partes de la quejosa dama. A faltarle la correspondencia de quien la sirve (aunque engañado), hallara en mí gusto de estimar los favores que ahora pierden quilates con su doble trato.

—Y aun sin eso, le dije, os estaba mal servir para casamiento a quien tiene tan mudable condición, pues acordándoos de esto habíades de vivir receloso marido.

—Ella ha tenido mal gusto —dijo él— conocidas las partes de quien tanto vale como mi amigo.

—En esto no sé qué os diga —le repliqué—, que si alguna disculpa tiene su yerro es esa.

Esta razón se me vino tan prontamente a la boca, que quisiera ahora antes morir que haberla dicho, porque más atento en mí don Enrique, mudó de plática y comenzó a alabar mi rostro con las exageraciones con que lo hacen todos los que

quieren obligar. Prometió servirme desde aquel día con beneplácito mío. En mi semblante echó de ver que aunque con razones lo rehusé, no me pesaba de su oferta. Con esto se despidió, diciéndome:

—Más despacio quiero que os informéis de quién soy, dándome licencia para que os visite.

Dije la dificultad que en esto había, así por tener dos hermanos, como por el recato de mi casa, con que se fue diciendo:

—Yo me buscaré ocasiones en que veáis que os deseo servir con veras, para dejarla menos esperanza a aquella dama.

Dejándome con esta razón no poco contenta, que como os digo le había cobrado afición.

Aquella tarde vinieron unas amigas por mí para llevarme al Prado en su coche. Fui con ellas, más por ver a don Enrique que por acostumbrar yo estos paseos. Era día de fiesta, cuando todo lo bizarro de la Corte ocupaba aquel ameno y frecuentado sitio. Entre algunos caballeros que andaban por el Prado, pude ver a don Enrique, que iba en un brioso caballo hablando con otros dos amigos suyos. Pasaron por donde estaba nuestro coche sin habernos visto; y yo que atentamente había puesto los ojos en él, pregunté a aquellas señoras que si conocían aquel caballero, dándoles las señas de él. Una de ellas me dijo ser amigo de su esposo, y llamarse don Enrique; del apellido no me dijo, porque no le sabía. Mas de que estaba informada ser extranjero y que se portaba lúcida-mente en la Corte, teniendo amistad con los más calificados caballeros de ella. Contentáronme las nuevas que de él me daban, y siguiendo nuestro coche la carrera que los otros, discurriendo por el Prado, di lugar a que don Enrique me pudiese ver; con que llegó al estribo a hablar con la dama que me había hecho relación de él, tomando aquello por achaque para verme de más cerca. Allí la preguntó quién era yo, dando lugar a esto el ir conmigo, y con otra señora hablando

otros dos caballeros que le acompañaban. Después de esto se pasó al estribo donde yo estaba, y habló conmigo toda la tarde, quedando muy conformes los dos de vernos en aquel puesto.

Finalmente, por no cansaros más, yo le di licencia (ya con más asentada afición) para que me hablase de noche a una reja baja de casa, y de esto se extendió a darle entrada en un jardín, pero con pretexto de que me había de dar palabra de esposo. Así lo prometió, y fiándome de ella, dio lugar la continua comunicación, y sobre todo el continuo amor que le tenía, a que él tomase la posesión que le pudiera dilatar hasta que los santos vínculos de la Iglesia nos ligaran.

Vino en este tiempo a esta Corte un caballero de mi patria, de quien mi padre fue tutor por muerte del suyo que lo dejó así ordenado en su testamento; y desde la edad de doce años se fue criando en compañía de mis hermanos y mía, queriéndole como si él lo fuera nuestro. Este en mayor edad tuvo una pendencia con un caballero a quien quitó la vida, y esto le obligó a ausentarse de Málaga yéndose a Sevilla. Y como fuese esto a tiempo que la flota se partía para Nueva España, pasóse allá, por dar lugar a que la muerte se compusiese, y los ánimos de los parientes del difunto se aquietasen. Hízolo esto mi padre con el amor que si fuera por uno de nosotros; y sacando el perdón del Rey, le avisó que se viniese a su patria, con intento de casarle conmigo, porque le vio inclinado a esto, y a mí no desdeñosa de las partes de don Félix, que así se llama. Llegó, pues, como digo a Madrid, y sabiendo la muerte de mi padre no quiso posar en casa por venir con un primo suyo, mas acudía cada día a ella. De saber que comunicaba este caballero tan familiarmente conmigo tenía don Enrique tan grandes celos, que no había satisfacción que le asegurase con tener de mí la que le bastaba para vivir sin temores. Halló don Félix novedad en mi semblante, y algún retiro en la comunicación, cuando él se pensó tener de mí algunos favores, y sintió esto entrañablemente, por parecerle

habría puesto la afición en persona que fuese de mi gusto, olvidando servicios pasados con la larga ausencia. De esto me dio algunas quejas por una criada que antes fue tercera de nuestros amores, y esta no sabía los de don Enrique y míos. La cual, enamorándose de don Félix, quiso engañarle por un modo extraño; y fue haciéndole entender que yo le amaba, pero que disimulaba en la presencia de mis hermanos esto, por verles inclinados más a que yo fuese monja que casada. Llevóle algunos favores de cintas y trenzas de cabellos, que ella le daba fingiendo que eran míos para entablar mejor lo que tenía pensado; y con esto se atrevió a escribirle amorosamente, y pudo engañarle con facilidad por no haber tenido papel mío. Porque como don Félix estaba en casa, no había necesidad de escribirle en nuestros primeros amores, y él se acordaba muy poco de la letra que hacía. Con esto le trajo engañado unos días, hasta que le avisó una noche que por el jardín le daría entrada con una llave maestra que mandó hacer para este propósito, todo fingiendo que era por orden mía. Acudió don Félix a la hora que le avisaron, y fue al tiempo que don Enrique venía a verme, como lo hacía las más de las noches, y esta fue anticipándose de la hora señalada. Vio, pues, venir a don Félix, y retirándose a una parte secreta, cerca de la puerta del jardín, pudo con la oscuridad de la noche estar allí sin que le viese el que llegaba. Tocó don Félix a la puerta, y como estuviese cuidadosa la criada aguardándole, abrió luego y díjole: «Señor don Félix, tanto os habéis tardado, que mi señora se ha retirado a su cuarto y dudo que pueda salir a este jardín, pero mandóme que aguardádes en él hasta que por mí os avisase lo que habéis de hacer». Entró con esto don Félix, dejando a don Enrique en la calle loco de celos, y aguardó a que se sosegasen los de dentro, y con la llave que también tenía maestra entró en el jardín; y como quien le sabía bien, fuese por otra calle, dejando la principal que iba a mi cuarto, para escuchar lo que pasaba. Y desde una mesa de murta que le ocultaba, pudo ver a la criada salir y decir al galán: «Señor don Félix, seguidme y

entrad con silencio donde os aguarda mi señora». Siguióla el engañado caballero; y vio don Enrique que después de haberse entrado cerraron la puerta que salía al jardín. Llegó a ella el celoso caballero, y teníamos entre los dos hecho concierto que si había ocupación forzosa que estorbase el poder entrar en mi cuarto, pondría un lienzo atado a la reja para que no tocase con la espada a ella. Pues esta noche quiso mi corta fortuna que yo estuviese indispuesta, y así puse el lienzo en el lugar que os he dicho. Advirtió en esto don Enrique, y con lo que había visto presumió que el lienzo se ponía por escusarle que entrase cuando yo tenía otro galán conmigo. Mil veces, según me dijo, estuvo por romper la puerta y entrar a quitar la vida al que juzgaba tirano de su esposa y ofensor suyo. Mas quiso aguardar ocasión para la futura noche y vengarse más a su salvo; con esto se fue a su casa. Venida esotra noche, anticipóse a entrar en el jardín, por parecerle que allí escondido aguardaría al galán esperado; pero estuvo hasta más de media hora sin sentir nada. Visto esto, llegó a la reja, y no halló en ella el lienzo, que era señal de tener franca la entrada; de esto se ofendió de nuevo don Enrique, pues consideró que le quería complacer aquella noche, ya que no lo hice la pasada. Tocó a la reja y yo, que estaba desvelada aguardándole, bajé al punto a abrirle. Entró en mi aposento, y todo turbado, que apenas acertaba a hablar, me dijo: «Ingrata, vil mujer, indigna de la noble sangre que tienes pues tanto degeneras de ella, ¿es posible que en tanta hermosura haya tal facilidad?, ¿que no mirando a lo que te debes y me debes admita nuevo empleo tu gusto? Bien me recelaba yo de este don Félix tan mal venido a esta Corte para mí. Yo nunca tuve intento de cumplirte la palabra que te di de esposo, que si le tuviera, hoy con tu muerte, dando fin a tus días, le diera a mi agravio». Tras de estas razones prosiguió con hacerme extensamente relación de cuanto había visto la noche anterior; y después de haberme hecho con ella el cargo de culpada, sin admitirme disculpa se fue, dejándome hecha un mar de lágrimas, considerando (por verme sin la culpa que me imputaba)

que nuevo empleo le había obligado a fingir aquella quimera para olvidarme. Aquí entraron los celos con tanto afecto, que no había sosiego en mí; y así pasé lo que restaba de la noche en continuo desvelo y llanto. Entre varios discursos que hice, pasóme por el pensamiento si alguna de mis criadas había engañado a don Félix, porque en sus ojos hallaba aquellos días novedad, haciéndome (a hurto de mis hermanos) señas sin haberle dado causa para esto después que había venido a esta Corte. Con este pensamiento pasé aquel día bien afligida, que se me hizo un siglo. Llegada la noche, retiréme a mi cuarto algo temprano, fingiéndome indispueta, y en él me encerré con luz que tuve secretamente encubierta para lo que pretendía hacer. Cerca de la media noche era cuando, sintiendo rumor en el jardín, me puse a la reja que caía a él, de donde pude divisar dos bultos, que con la oscuridad de la noche no pude bien distinguir de quién fuesen. Mas de que sentí que se entraban en mi cuarto por la misma puerta que daba entrada a don Enrique, dejélos asegurar cosa de media hora, y poniendo la luz en una linterna (dejados los chapines por no ser sentida), me fui al aposento de Marcela, que así se llamaba la criada de quien tenía la sospecha por verla muy familiar con don Félix. Abrí la puerta, y descubriendo la luz hallé a Marcela y a este caballero muy conformes; alborotáronse con la novedad de la luz y mi presencia, y mucho más don Félix viéndome, por hallarse engañado de la traidora Marcela, que en mi nombre le favorecía. Yo le dije: «Por cierto, señor don Félix, que no creyera de vuestras partes tal flaqueza como la que veo, pues juzgaba de ellas no faltarles en esta Corte, donde hay tan bizarras damas, quien las estimara y pudiera merecer mejor que una criada. Bajezas vuestra ha sido entraros en su aposento, y asimismo guardar poco el decoro a esta casa, donde tenéis experiencia de lo que os han estimado sus dueños. Quien os ha visto entrar aquí juzgará no ser por esta mujer el desvelo, sino por mí, y a mi opinión le ha estado muy mal. Yo atajaré esto con despedir esa criada, y quitando la causa evitaré la ocasión de tales atrevimientos. Salid

fuera con el mayor secreto que pudiéredes, y estimad que no llamo a mis hermanos para que vieran cuán mal pagáis lo que os desean servir». Tal estaba don Félix de corrido y avergonzado, que no acertó con su turbación a responderme palabra. Y así luego me obedeció, saliéndose por donde había entrado con la llave que le dio la traidora Marcela. Después de haber salido del jardín y arrojado la llave por encima de las paredes, encerré a Marcela en su aposento llevándome la llave de él, que no quise castigarla entonces por no alborotar la casa. Con esto que vi aquella noche, estaba algo más consolada de la pena que tenía, presumiendo que don Enrique volvería a que le diera satisfacción con la verdad a costa de mi reputación.

Llegó la mañana, y luego que vi a mis hermanos salir de casa, fuime al aposento de la libre Marcela, a quien hallé muy llorosa y afligida. Llevaba una daga de uno de mis hermanos, que había sacado de su aposento, y con ella desnuda en la mano la dije: «Este acero, atrevida Marcela, ha de quitarte la vida si no me confiesas cómo has dado entrada aquí a don Félix; dime la verdad de bueno a bueno, antes que mi enojo tenga causa para ser mayor negándomelo y te cueste caro». Lloraba la falsa criada, y después de haberlo regateado mucho, me confesó enteramente todo lo que en este caso había. Yo, ofendida con tal agravio, no tuve sufrimiento para reportarme, y así, en presencia de otras dos criadas, la maltraté, de manera que a no quitármela de las manos, la privara de la vida. Con esto la despedí luego de casa sin aguardar a la venida de mis hermanos, porque no quisiesen averiguar la causa y sabida se encontrasen con su amigo don Félix.

En esta ocasión, aquella dama que solicitaba a don Enrique y él huía de ella por respeto de su amigo don Juan, como lo fue tanto de don Enrique, dióle cuenta de él, que me servía y era favorecido de mí. Y don Juan reveló este secreto a su dama, que tuvo maña para saberlo de él. Sintió en extremo la despreciada señora que don Enrique tuviese amores, y

más con persona de prendas, y todo cuanto amor le tenía se convirtió en odio y deseo de vengar tantos desprecios como había hecho de ella. Y así, sin aguardar a mirar lo que había determinado con más acuerdo, escribió un papel a don Antonio, mi hermano mayor, dándole cuenta de todo lo que había. Este papel comunicó mi hermano con una tía mía; y queriendo ponerme en un monasterio, que este era su deseo, no se lo consintió mi tía, antes le aconsejó que viviese con cuidado para asegurar si esto era verdad, que quizá podía ser enojo con el caballero, y haber levantado aquel testimonio para vengarse de alguna ofensa por mano ajena. Vino en esto mi hermano, y anduvo de allí adelante con cuidado. Mi tía díjome esto, y persuadióme que le dijese lo que había en aquel caso. Yo, que conocía su rigurosa condición, se lo negué totalmente, asegurándola ser malicia de quien pretendió revolver a mi hermano con aquel caballero, a quien no conocía por no haberle visto jamás. En este tiempo, fue tan de veras el enojo de don Enrique, que no puso los pies en mi calle. Lo primero que hicieron mis hermanos fue mudar de casa; y así nos fuimos a la que vistes, de donde he salido a esta con tanta pena y aflicción. Es la casa algo menor que la otra, y entre más vecindad, a propósito para estar más guardada, que era lo que pretendían. Pasáronse más de quince días que no vi a don Enrique, con que estaba tal que perdía el juicio, considerándome imposibilitada de poderle ver, y que le tenía justamente enojado con lo que había visto. Fingieron mis hermanos una jornada a Toledo, por ver si con su ausencia podían cogerme en el lance con mi galán; y el día que partieron para volverse de secreto, esa misma noche quiso mi corta suerte que don Juan, el amigo de don Enrique, pasase por mi calle, y atentamente mirase a mis ventanas. Yo, que estaba a una baja de celosía, alcéla e hícele señas que se llegase. Hízolo, y habiéndole preguntado por su amigo, me respondió haber estado fuera de la Corte, que había salido a recibir a su madre, y que estaba bueno. Dile cuenta de su olvido y mal pago; díjome que le había él dicho la causa de

uno y otro, mas que no podía creer de mí tal facilidad. Yo, que deseaba satisfacerle despacio, le rogué afectuosamente que viniese aquella noche algo tarde a verme, que lo podía hacer seguramente por estar mis hermanos en Toledo, y no habían de venir hasta de ahí a ocho días, que tenía que le satisfacer bastantemente acerca de aquel particular en que tanta reputación había perdido. Prometiómé que vendría sin duda alguna, y aun haría todo lo posible por traer consigo a don Enrique. Yo se lo estimé en mucho, y con esto se despidió de mí. Largo se me hizo aquel día y hasta la media noche, que era la hora en que aguardaba a don Juan y a don Enrique. Vino don Juan solo, por no poder acabar con su amigo que viniese, tal enojo había concebido en su pecho contra mí. Entró don Juan en casa, saliendo a abrirle la criada, tercera de mis amores. Mas apenas había entrado en una sala baja donde le aguardaba a oscuras, cuando con la luz de una hacha salieron mis dos hermanos de una caballeriza que estaba enfrente; y dejando la hacha en el suelo se abrazaron con don Juan sin poderse valer de su espada. Tapáronle la cara con un lienzo, y la boca con otro, de suerte que no pudiese dar voces, y le ataron las manos fuertemente. Yo me hallé tan cortada de pies con esto que vi, que no los podía mover para huir de su presencia. Lo mismo hicieron conmigo que con don Juan, salvo que no me taparon los ojos para que con ellos viese dar al pobre e inocente caballero muchas puñaladas con que rindió allí la vida. Atáronme luego contra una silla, amenazándome que no diese voces; mas yo, no pudiendo sufrir tan horrenda crueldad, di tantas voces que alboroté a los vecinos de la pared enmedio. Los criados los habían dejado fuera de la casa, y sólo había dos criadas, porque un escudero anciano que me acompañaba vivía fuera de ella en el mismo barrio. Pues como los vecinos oyesen quejarme con tal afecto, para venir a socorrerme, puesto que estaba la puerta cerrada, no hallaron otro modo sino romper un tabique que confinaba con unos entresuelos a aquella sala donde estaba. Y por allí salieron cuatro hombres de la casa vecina a la mía, con sus

espadas y broqueles. Mis hermanos, que vieron tanta gente, no se hallaron seguros y así, abriendo la puerta de la calle, se fueron ellos y la gente que había salido en mi socorro en su seguimiento, por si podían castigar la rigurosa muerte que vieron hecha en aquel caballero conmigo. Tanta fue la pena que recibí en ver esto, que afligiéndoseme el corazón me quedé fuera de mí, y de esta suerte me halló vuestra piedad, a cuyo favor debo estar agradecida y obligada mientras el Cielo me diere vida. Este es el suceso de mis amores bien desdichados, pues me veo olvidada de quien prometía ser mi esposo, en cuya seguridad le entregué lo más precioso de mi honor. Véome fuera de la gracia de mis hermanos, y ellos ausentes por esta muerte, y finalmente con celosas sospechas de que don Enrique ha mudado el gusto en este empleo. Tiéneme asimismo afligida en verme con sospecha de tener prendas animadas del engañado caballero. Sólo en vuestro amparo, señor don Carlos, es el consuelo que tengo con muy ciertas esperanzas que por vos me ha de venir mi remedio.

Acabó su relación doña Brianda, que así se llamaba esta dama, con tantas lágrimas que enterneció a don Carlos viéndola tan afligida, y así la dijo muchas razones cuerdas en orden a su consuelo, ofreciéndose de nuevo a no la faltar mientras Dios le diese vida, y de hacer cuanto fuere posible porque don Enrique se satisficiera de su engaño. Hora era ya de comer, y haciendo llegar la mesa a la cama, comieron juntos, procurando el capitán con grande cuidado el regalo de doña Brianda. Aquella tarde, salió a ver qué había en aquel negocio del caballero difunto, y acudiendo a la plaza de Santa Cruz a saber qué escribano era el de aquella causa. Cuando llegó a emparejar con la cárcel de Corte, que está en aquel sitio, vio pararse a su puerta un coche a quien cercaban muchos alguaciles y gente. Preguntó don Carlos al primero que se le ofreció qué era aquello, y díjole traer un alcalde preso a un caballero amigo del que habían muerto la noche pasada, por decirse que habían estado aquella noche juntos, y

salido este en compañía del que mataron de su casa; y que de él quería saber de raíz este negocio. Acercóse el capitán al coche, y de él vio salir al alcalde y tras él al caballero preso, que era don Enrique. Era un joven de edad de veinte años, de buen rostro, de gentil disposición y muy fornido de miembros, cuya persona le agradó sumamente al capitán, con particular afición que le cobró. Informóse en estando en la cárcel la parte que le señalaban para alojamiento, y esotro día quiso verse con él. Entró donde estaba, y saludándole cortésmente, halló en don Enrique la misma cortesía con mucho agrado, si bien le vio con tristeza en cuanto duró su plática. En ella no le trató el capitán del negocio, sino sólo de pesarle mucho de verle preso, ofreciéndose a servirle por habersele inclinado desde que le había visto traer el día antes preso. Esto le agradeció don Enrique, estimando en mucho la merced que le hacía en visitarle. Esta visita le hizo el capitán para sólo conocerle mejor, y que él le conociese. Despidióse de él y fuese a dar cuenta a doña Brianda de lo que pasaba, con que de nuevo se afligió la hermosa dama, porque amaba tiernamente a don Enrique. Mas el capitán la dijo que él sabía, de amigos con quien había estado después que salió de visitarle, que al tiempo que la muerte se hizo estaba en una casa de juego, de que tenía muchos testigos para probar bastante-mente la coartada, por haber estado allí casi hasta la mañana.

Bien se pasaría un mes que don Enrique estuvo en la cárcel; mas al fin de este tiempo con el descargo que hizo con seis testigos, hombres principales, probando su coartada, salió libre de su prisión. Esto supo nuestro capitán, yendo luego a dar las alegres nuevas a doña Brianda, con que se holgó mucho. Informóse don Carlos aquel día de la posada de don Enrique, y supo ser cerca del Prado de San Gerónimo. Y porque no se pasase tiempo en el negocio de doña Brianda, aquella tarde, que era de verano, cuando lo lucido de la Corte bajaba al Prado, pidió el capitán un caballo a un amigo y acudió a él. Halló allí a don Enrique con otro y llegó a darle la enhorabuena de su libertad, que recibió con muy alegre ros-

tro. De camino le dijo el capitán que tenía un negocio que comunicar a solas, y si era servido de dejar la compañía lo estimaría en mucho. Era cortés don Enrique, y sin presumir nada de lo que podía querer el capitán, se despidió de los dos caballeros con quien venía, y los dos solos se fueron por detrás del Monasterio Real de San Gerónimo, cerca de unos olivares del convento. Así a caballo como iban, le dijo el capitán estas razones:

—Señor don Enrique, siendo quien sois, bien presumo que no ignoráis las obligaciones que tiene un hombre tan bien nacido como vos para corresponder a su calidad, y en particular cuando hay de por medio honor de mujer principal y casamiento. Esto le debéis a mi señora doña Brianda, y os habéis olvidado de ella injustamente. Porque si bien os disculpan las premisas que tuviste de su poco recato, adonde había entre los dos las dos prendas que sabéis, era menester más cierta y apretada información que la de los oídos; pues aunque las vuestras os aseguraron de su poca fe, y los ojos comenzaron a ver de esto indicios, en caso como este, ya empeñado en ser marido de esta señora y deberle su honor, había vuestra prudencia de hacer apretada pesquisa por saber de esto con más fundamento. Pues si otra noche continuárais, bien creo que sacárais a luz la verdad, como lo hizo vuestra esposa, de quien oyérais bastante satisfacción. Esta señora ha estado a pique de perder la vida por vuestra causa, y lo mismo la perdió vuestro íntimo amigo don Juan, como vos sabéis. Yo fui quien la libré de este peligro y saqué de su casa, trayéndola a la mía, donde con la decencia que a quien es se debe la tengo oculta. Lo que le costáis de lágrimas y desvelos no tiene ponderación. Os he suplicado que saliésemos a esta soledad para que en ella me digáis lo que pensáis hacer, que en cuanto fuere de mi parte para servirlos, yo ofrezco mi persona, hacienda y cuanto valiere, así por merecerlo vos como porque de vuestra esposa me ha obligado su desamparo a que la sirva.

Turbósele el semblante a don Enrique desde que comenzó la plática el capitán, y titubeando en las razones le respondió así:

—Señor capitán, bien sé a todo lo que está obligado un caballero de mi calidad y partes; y de la misma suerte no ignoro que con las prendas que decís haber de por medio en este empleo había de tener más memoria de esa señora. La información que vos tenéis por su parte os la ha hecho muy en su favor, pero la que yo os haré no lo será, diciéndoos la verdad del caso sin engaño.

Aquí le hizo la relación de todo lo que había visto la penúltima noche que iba al jardín, y prosiguió diciendo:

—En esto, señor capitán, ¿puede haber engaño? ¿Aquí, qué tiene que replicar doña Brianda si la he hallado culpada en cosa tan contra su honor? Pues, ¿por qué me pide que yo haga el empleo tan sospechoso contra el mío?

Sosególe el capitán, y con prudentes razones le dijo la verdad del caso, culpando a la criada que fue la autora de este daño, y rogando afectuosamente a don Enrique se sirviese de oírlo de boca de doña Brianda. Mas él estaba con tanta pasión, que lo que le había de satisfacer le dejó con más sospecha, presumiendo que esto lo había fingido doña Brianda para disculparse, acordándose bien don Enrique de las circunstancias que pasaron aquella noche para estar cierto de su ofensa, y así le dijo:

—Señor capitán, mucho me pesa apasionadamente queráis volver por esta señora, cuando ella misma sabe que está tan culpada. Yo no tengo que oír satisfacción suya en cosa que tengo tanta certeza. A mí no me está bien verla, ni menos cumplirle nada de lo que me pide, y quisiera que no fuera de tanta calidad para ofrecerla dote para entrarse religiosa en un convento. A mí me pesa de lo que ha sucedido, y no os doy las gracias de lo que habéis hecho por ella, pues al ser quien sois, le era debida tal acción. En cuanto yo fuere bueno para

serviros, siempre me hallaréis pronto a vuestro servicio, como no me tratéis más de este negocio, porque me resuelvo en no satisfacer a nada de lo que me pedís.

—De esta suerte —replicó el capitán— en balde hubiera hecho la diligencia de sacaros a esta soledad. Yo os he suplicado que oigáis la satisfacción de esta dama no más, y os he dicho a lo que estáis obligado, siendo quien sois, y a todo hallo desabrida respuesta. Pues una de dos, señor don Enrique, o disponeros a ver a doña Brianda para oír sus disculpas, y si os satisficere cumplirle la palabra de esposo, o reñir conmigo en este campo, que yo también vengo con esta resolución.

Era alentado don Enrique, y en esta última razón miró atentamente el rostro del capitán que, con la cólera que tenía, estaba falto de color, y díjole:

—Mucho me pesa, señor, que instéis en cosa que sé cono- cidamente no haber razón de vuestra parte. Yo os certifico que después que os he visto aquí os he cobrado un natural amor, que me obliga a excusar que lleguemos a rompimiento. Considerad mejor lo que os he asegurado que vi, y poned el caso en vuestra cabeza, y ved si pasando esto por vos no hiciérades lo mismo.

Cuando el capitán llegaba a enojarse, habían de preceder muchas razones para obligarle a esto, y así estaba ya tan colérico, que sin atender a ninguna respuesta de las que le dio, le dijo:

—Señor don Enrique, lo que saco de todo lo que hemos hablado los dos, es resolveros a no oír a la señora doña Brianda, que es lo mismo que negarle la palabra de esposo que le habéis dado, pues excusando el admitir su satisfacción (que sé que la dará buena, como es el mismo don Félix, de quien vos temíades, y su criada) es querer eximiros de la obligación que tenéis. Yo he venido a suplicároslo, mas pues mi cortesía y la razón que tengo de mi parte no acaban nada con

vos, estoy resuelto a que por fuerza de armas se acabe lo que no pueden ruegos ni súplicas. Los caballos podemos dar a los lacayos que se los lleven, y en esta soledad (pues ya se acerca la noche) podemos echar esto aparte, que viniendo yo de la de aquella dama no le está bien a mi reputación (sabiendo en esta Corte quién soy y lo que por mi persona he grangeado de fama en Flandes tantos años) que volviera sin acabar esto por ruego o castigo vuestro.

—Pues estáis con esta determinación —dijo don Enrique— y no puedo excusar que riñamos, no lo rehusaré más, viéndoos empeñado en volver por esta señora, y así convengo en que dados nuestros caballos se haga lo que determináis.

Llamaron a sus lacayos, y disimulando con ellos les dieron los caballos (sin dejarles sospechosos de su desafío) para que los llevasen a sus casas, diciendo querer quedarse allí a pie por gozar un rato del fresco de la noche en el Prado.

Ya la hermosa Zinthia (sustituyendo a su rubio hermano) salía a dar luz a la tierra, cuando viendo ser tiempo de mostrar cada uno de los dos caballeros el valor de sus brazos sacaron las espadas. Era diestro don Enrique, y así se mantuvo contra el capitán espacio de un cuarto de hora alentadamente. Pero como la razón estuviese de parte de don Carlos, y asimismo le aventajase en destreza y valor (acostumbrado a verse muchas veces en tales casos), pudo herir a don Enrique con una punta en el brazo izquierdo, pasándosele de una a otra parte, con que le obligó a dejar la daga. Asegundó el capitán con un tajo, hallándole desabrigado de ella, y alcanzóle en la cabeza una mala herida, de que se le cubrieron los ojos de sangre; y como no podía acudir a limpiársela con la mano izquierda, por estar herido en el brazo, hallábase ciego de ella, de suerte que, tropezando en un hoyo, vino a caer a los pies del capitán, el cual llegó a quitarle la espada diciéndole:

—A mí me pesa, señor don Enrique, haber llegado a este punto con vos. No estáis en el estado que os veo para menos

que concederme lo que os he pedido. Si así lo hacéis, me obligaréis a ser un servidor vuestro toda mi vida, y si no acabaré con la vuestra.

Tal se veía don Enrique, que le prometió hacer lo que le pedía, como él oyese primero la disculpa de doña Brianda a lo que había visto en el jardín. Ofrecióse el capitán a que le satisfaría de todo; y porque no había orden de poderse ir a pie, por hallarse sin fuerzas don Enrique y flaco de la sangre que le salía de las dos heridas, se las ató el capitán y, cargándosele en sus hombros, le llevó hasta su casa, a cuya puerta le quiso dejar, por temerse del peligro que le podría venir si le hallasen los criados con el herido. Don Enrique, que conoció esto, le rogó entrase en su casa, asegurándole como caballero que no le sería hecho engaño alguno, que en ella no había más personas que su madre y criadas, y un paje de poca edad. Llamó el capitán fiado en esta palabra a la puerta, y salió a abrirle el paje, que viendo herido a su señor subió a decírselo a su madre, la cual, como no tuviese otro hijo más que a don Enrique, oyendo estas tristes nuevas dejó los chapines y bajó al zaguán (siguiéndola sus criadas), a certificarse de lo que la decía el paje; donde con una luz vieron a don Enrique cubierto el rostro de sangre, y al capitán también, no por herida que tuviese, sino por haberle traído en sus hombros. Con este espectáculo, comenzó la buena señora y sus criadas a llorar tiernamente; mas don Enrique la suplicó que no recibiese pena, porque aunque venía herido en dos partes, no creía que eran de peligro las heridas, que a aquel caballero agradeciese mucho el haberle traído hasta allí. Dióle las gracias al capitán de haber favorecido a su hijo, y con esto subieron arriba, para que don Enrique se acostase; y el capitán, viendo lo que don Enrique había dicho a su madre, asegurado de que iba cumpliendo su palabra como caballero, fue él mismo a buscar un cirujano para que le viniese a curar con presteza. Volvió con él, habiéndose primero en su casa lavado el rostro de la sangre de don Enrique. Mas apenas fue visto de su madre entrar por la puerta, cuando dijo en alta voz:

—¿Quién si no vos, señor don Carlos, había de ser la persona de quien recibiese este favor y merced?

Reparó don Carlos más en el rostro de aquella señora, y conociéndola dijo:

—¿Es posible que tanto bien tengo presente en mi señora doña Laura, y que sea madre del señor don Enrique?

Esto decía cuando ella llegó a abrazarse con el capitán diciéndole:

—Vos, señor don Carlos, me habéis traído a España; el cómo, para más espacio dejo la relación. Cúrese ahora mi hijo, y advertid que sepáis del cirujano qué siente de las heridas, y sea con cuidado.

Esta última razón se la dijo en secreto; conque el capitán, entendiendo por qué se lo decía, quedó con mayor sentimiento de las heridas de don Enrique. Curóle el cirujano y dijo no ser peligrosa ninguna herida, aunque tardarían en sanarse; conque se fue, dejando sosegado a don Enrique, y a su madre y el capitán consolados. Dejaron al herido solo porque reposase un rato (que lo dejara de hacer por saber de dónde se conocían su madre y el capitán), y saliéronse a la sala de afuera, donde tomando asientos mandó doña Laura a sus criadas que los dejasen a solas. Ella fue quien comenzó la plática diciendo:

—¿Es posible, señor don Carlos, que al cabo de veinte años nos hayamos vuelto a ver en Madrid? ¿Quién me dijera que había de verme en la Corte del Rey de España, y que vos habíades de ser causa de mi venida?

—Dicha ha sido mía —dijo él— muy grande, en que yo os haya venido a ver a vuestra casa, y más por tan extraño camino.

—Decidme —dijo ella— qué ha sido la pendencia de don Enrique, y si sabéis quién le hirió.

—Muy cerca de vos está —dijo el capitán— quien hizo el daño que habéis visto, porque os hago saber que fui yo.

—¿Vos, señor —replicó ella—, habéis sido? ¿Es posible que sangre vuestra habéis derramado sin que la que tenéis no os repugnase a ser tan cruel contra vuestro hijo?

—¿Luego eslo mío? —dijo el capitán.

—Vuestro hijo es —dijo doña Laura— que, como ya os avisé, me pasé a Alemania desde Flandes, donde me serviste, y le llevé conmigo, pasando plaza de sobrino mío, con Lamberto, mi esposo, hasta que Dios le llevó. Con su muerte (que hará cuatro años que sucedió) volví a Amberes, de donde ya faltábad vos. Y como Enrique fuese ya hombre y oyese decir tantas cosas de España, quiso venir a ella, mas considerando que si me pedía licencia se la había de negar, se ausentó de Amberes sin decirme nada, llevándome el dinero que pudo. Yo me atreví a escribirle (después que llegó a esta Corte) que os viese por tener intento de venir muy presto en seguimiento suyo, mas esto no pudo ser, porque lo estorbó una larga enfermedad que tuve, de que llegué a estar en lo último de mi vida. Ella y su convalecencia me duró más de un año, sin querer en todo este tiempo escribir a mi hijo, tan enojada me tenía el haberle avisado como estaba y no haber partido de aquí a verme. Luego que me vi restituida de salud, dispuse mis cosas, y ofreciéndoseme buena compañía en una señora vizcaína, mujer que había sido de un capitán, vine con ella hasta Pamplona, su patria. Desde aquella ciudad avisé a Enrique que viniese por mí; no lo pudo hacer, pero salió dos jornadas de aquí a recibirme. A pocos días que llegué a esta Corte prendieron a mi hijo por la muerte de un amigo suyo, que se dice le hallaron unos caballeros a deshora hablando con una hermana suya, y estuvo un mes en la cárcel; mas al fin salió de ella como estaba sin culpa. Esto es lo que ha pasado por mí desde que no nos hemos visto. Don Enrique es vuestro hijo y mío, pues de él me dejaste preñada cuando partiste de Flandes a esta Corte por la primera vez. Con esto podéis estar más pesaroso de sus heridas, mas pues vos se las diste, yo creo habrá dado bastante causa; suplicoos me la digáis, que la deseo mucho saber.

No quiso don Carlos ocultar a doña Laura nada de cuanto pasaba, y así en breves razones le dio cuenta de los amores de su hijo y de doña Brianda, hasta haberle sacado al campo. Justamente dio por condenado a su hijo doña Laura, según lo informado por el capitán, y viéndole tan de parte de la dama, le dijo que en aquel caso dispusiese a su gusto, pues a él tocaba tanto como a ella los aumentos y reputación de su hijo. Tomó a su cargo don Carlos esto, diciéndola que en satisfacer don Enrique esto le importaba su reputación y descargaba su conciencia. Con esto volvieron a donde estaba el herido, a quien dio cuenta doña Laura de cómo era hijo de don Carlos, aventurando el salirle colores al rostro de confesar su flaqueza, cuando tal padre le daba en el capitán. Besóle la mano don Enrique, y el capitán le abrazó con grande contento. Trataron allí de lo que habían resuelto en lo del empleo de doña Brianda, asegurándole don Carlos ya como padre, a quien debía creer como hijo, que estaba la dama inocente de lo que la culpaba, refiriendo todo el caso a doña Laura más por extenso. Ella no quiso dilatar un punto el verla, sabiendo estar en casa del capitán; y así le rogó afectuosamente que se la trajese allí. Fue el capitán a obedecerla, y llegando a su posada halló a la hermosa doña Brianda y a su ama muy afligidas, porque habían preguntado por él al lacayo que había vuelto con el caballo, y había dicho de la suerte que le dejó a pie y apartado del Prado con un caballero, que por las señas que dio de él a doña Brianda conoció ser don Enrique. Y presumiendo haber salido a desafío, enviaron allá los dos criados del capitán, y no habían vuelto. Por esta causa las halló con esta pena llorosas el capitán. El cual, con rostro alegre dijo a la dama:

—Señora e hija mía, que así os puedo llamar de aquí adelante, aguardemos a que llegue alguno de mis criados para que pida el coche a un caballero vecino mío, y en tanto sentaos en esta silla, que quiero brevemente daros cuenta de lo que me ha sucedido, aunque primero de mis mocedades, por ser origen de lo que os tengo de venir a decir después.

Sentáronse, y el capitán dijo así:

—Habiendo treguas entre el Archiduque de Flandes, Alberto, con los rebeldes de las Islas, de quien era General el Conde Mauricio, aquel valentísimo soldado, se retiró el ejército católico a sus alojamientos, y los capitanes acudimos a Bruselas, Corte de sus Altezas. Allí se pasaba ociosamente en juegos, entretenimientos y festines. Era yo entonces de veinte y seis años de edad, muypreciado de la gala, de servir damas y de danzarín en todos los festines que había. Pues como se hiciese uno en casa del Conde de Agamón, acudimos a él todo lo más lucido de la milicia española y de las más naciones que había en Flandes. Allí se me ofreció danzar con madama Laura, una señora flamenca hermosísima, que en esto del danzar (entre muchas gracias que tenía) era la primera en aquellos Estados. Aficionéme a ella tanto, que desde entonces no pude tener sosiego ni quietud sin estar en la presencia de esta señora. Supo mi amor por un papel que la escribí, y respondiómeme estar imposibilitada de responder a él, por tenerla sus padres tratado un casamiento con un caballero alemán que había de venir allí presto. Tan empeñado me vi en amarla, que no me hizo estorbo este desengaño (aunque lo sentí sumamente) para dejar de acudir adonde se hallase. Dilatóse la venida del alemán por tener guerras el Emperador con el Rey de Dinamarca; aquí acudió este caballero, de suerte que se pasaron dos años sin venir al concertado casamiento. En este tiempo, tanto pude obligar a madama Laura con finezas, asistencias y desvelos, que pude merecer que me admitiese en su casa de noche por otro jardín como el vuestro; donde con los muchos ruegos y persuasiones alcancé lo que esperaba el caballero alemán. Resultó de esto el haber prenda de los dos pariendo a su tiempo un hermoso niño, encubriendo el preñado y parto de su madre con mucha sagacidad y recato. Dilató la venida el alemán otro año más por durar las guerras, y al cabo de él vino a Bruselas. Y yo, que asistía en Flandes por consuelo de madama sin acudir a mis pretensiones a España, cuando supe su venida no quise

aumentar sentimientos con su presencia; y así pedí licencia a mi general para venirme a esta Corte con deseo de traerme el niño (que se llamaba entonces Carlos) conmigo, pero no fue posible acabar con su madre que me lo diese. Despedíme de ella con no poco sentimiento de los dos, que nos queríamos tiernamente, y pasé a España. Supe después que madama había pasado a Alemania con su esposo, donde vivió algunos años, hasta que él murió, y en su casa tuvo siempre a Carlos con nombre de sobrino suyo. La muerte de su esposo la obligó a volverse a su patria al tiempo que yo estaba ausente de ella, que por haber vacado la Tenencia del Castillo de Amberes vine a pretenderla. En este tiempo, siendo ya hombre Carlos, que ahora se llama Enrique, vínose a esta Corte, y en su seguimiento su madre, a los cuales he hoy conocido, habiendo desafiado a Enrique y dándole dos heridas porque os cumpliese la palabra. Y llevándole a su casa a curar, he tenido tan buena suerte que le he conocido por hijo. Él está deseoso de veros ya, y su madre también. Esto es lo que puedo deciros que ha pasado para que veáis cuán bien se han hecho vuestras cosas.

Notable fue el contento que recibió doña Brianda con las nuevas del que ya conocía por suegro. Llegó a besarle la mano como a padre y defensor suyo, y él la abrazó muchas veces. En este tiempo habían ya llegado los dos criados, hizo pedir el coche en que todos fueron a casa de doña Laura, de quien fue recibida doña Brianda con mucho gusto, y asimismo de don Enrique Carlos, que así se llamaba. Con el contento de haber conocido tal padre y el de su empleo, cobró presto su salud don Enrique, con que se celebraron las bodas de los dos amantes, y asimismo las del capitán y doña Laura, que en el ínterin que mejoraba el herido lo trataron entre los dos. Pasóse un año, y en este tiempo el capitán procuró componer la muerte del amigo de don Enrique, su hijo, con que los hermanos de doña Brianda volvieron a Madrid alcanzando perdón del Rey; y estimaron en mucho que su hermana estuviese tan bien empleada. Don Antonio salió con su hábito; y

a don Enrique se le dieron por los servicios de su padre con una Encomienda, asistiendo en Madrid con su esposa, donde vivieron con mucho gusto. Al capitán hicieron Castellano de Amberes, donde volvió con doña Laura contento y honrado con estas mercedes de la Majestad de Felipe Tercero.

## DIEGO DE ÁGREDA Y VARGAS

*Diego de Ágreda y Vargas nació en Madrid a finales del siglo XVI. Fueron sus padres Alonso de Ágreda, del Consejo y Cámara de Castilla, Caballero de la Orden de Santiago y Luisa de Vargas y Guevara. Los primeros datos sobre el autor, como observa Begoña Ripoll, nos los proporciona su amigo Matías de los Reyes en el prólogo a la comedia Dar al tiempo lo que es suyo<sup>19</sup>. Juan Pérez de Montalbán en el Índice de los ingenios de Madrid lo caracteriza como «estudioso y erudito».*

*Ágreda y Vargas desarrolla su actividad literaria en Madrid y concurre a los más importantes círculos literarios de la Corte.*

*Felipe IV le otorgó el hábito de Santiago, por su participación en las guerras de 1640 en Italia, como capitán de Infantería.*

*Tradujo la obra Lugares comunes de letras amenas que contiene, como dice en el título, historias y fábulas, y habla de provincias, ciudades, montes y ríos famosos.*

---

<sup>19</sup> RIPOLL, B., *La novela barroca. Catálogo bio-bibliográfico (1620- 1700)*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1991, p. 31.

Los más fieles amantes, Leucipe y Clitofonte, es una *paráfrasis libre de la obra de Aquiles Tacio, a través de la traducción italiana de Francesco Angelo Coccio, publicada en Venecia en 1550.*

*La novelita La ocasión desdichada, seleccionada para esta antología, fue impresa en Madrid con otras once por Tomás Iunti, impresor del Rey, en el año 1620. La colección llevaba el título de Novelas morales útiles por sus documentos. La obra fue traducida al año siguiente al francés por I. Bavdoin.*

*Ocho de los once relatos que integran la colección fueron incluidos en los volúmenes V y VI de la Colección de novelas escogidas compuestas por los mejores ingenios españoles, Madrid, Imprenta de González, 1785. La ocasión desdichada está recogida en el volumen VI de esta colección, y es la que reproducimos, modernizando la ortografía y la acentuación y separando los fragmentos dialogados con guiones.*

*El relato tiene como marco Madrid, «la más insigne y noble villa de España, por sus muchas excelencias, saludables aires, abundancia y comodidades que para la vida humana posee».*

*Los protagonistas recorren los espacios madrileños del Prado y la calle Mayor y visitan monasterios como el de la Santísima Trinidad.*

*La estructura narrativa se sustenta sobre las acciones de doña Luisa, don Pedro y don Francisco, que como en una comedia de capa y espada irán tejiendo, destejiendo y recomponiendo la red de la intriga.*

*No faltan en la obra las críticas a la justicia y a la autoridad, así como una recriminación de los pretendidos matrimonios por conveniencia.*

*El barroquismo del lenguaje viene dado no por la utilización de un léxico culto y rebuscado sino por el de una sintaxis compleja y zigzagueante, con períodos de una desmesurada longitud.*

*El diálogo, no obstante, es de una gran vivacidad y, en muchas ocasiones, alcanza momentos de intensidad dramática.*

## LA OCASIÓN DESDICHADA

En Madrid, la más insigne y noble villa de España, por sus muchas excelencias, saludables aires, abundancia y comodidades que para la vida humana posee, gozando de animados serafines, cuyo donaire, brío y hermosura es general hechizo de todas las naciones, vivía un hidalgo de mediana hacienda y bastantes años, para temer la más olvidada carrera de los mortales. Éste tenía una hija única, consuelo de su vejez y alivio de las pesadumbres que causa semejante edad, más alabada de todos por su honesto recato y entendimiento que por su hermosura. Poseía lo referido con grandísima ventaja en la común opinión de todos los que en el lugar tenían noticia de ella. Esta virtuosísima señora, cuyo nombre era doña Luisa, atendía a sólo el regalo de su padre, cuidando de las cosas y gobierno de su casa. Vivía una vida contenta, sosegada, no del todo libre del tributo que los mortales pagan a la ciega deidad, disculpa de tantos yerros, sin que ella tenga culpa de infinitos que se le aplican. Tenía puestos los ojos, guiados de su voluntad, en un caballero cuyo nombre era don Pedro, que gozaba de muchos favores de la fortuna, que desde su infancia se habían criado juntos, y la comunicación y trato de los padres había en ellos causado la amorosa corresponden-

cia; de modo que ya sus designios estaban tan adelante, que sólo los impedía que él no era muy rico, ni tan pobre que le faltase una honrosa medianía, bastante para un honrado ciudadano. Mas el padre, que, como es ordinario en todos los hombres, amaba a la hija, y queriendo gozar del privilegio de su hermosura, procuraba adelantarla en riquezas, falta común en los de esta edad. Y así, no obstante que de él le había sido diversas veces pedida, poniéndole delante lo que por la amistad de su padre debía favorecerle, no habiendo sido, por el impedimento que digo, posible que condescendiese con su voluntad, le atajaba siempre con honrosos agradecimientos—como lo deben hacer los que son cuerdos aunque de parte del que pide haya desigualdad, que no se debe mirar a ella, sino a lo que propone, que es modo en que reconoce con semejante acción superioridad al que ruega—. Disculpábase con el impedimento que había en la poca edad de su hija, asegurándole que al tiempo de su disposición no se mostraría ingrato a las veras con que mostraba honrarle. Afligíanse los dos amantes, proponiendo firmemente de perder primero las vidas que enajenar sus albedríos, sino es con la conformidad del lazo, tan igualmente de los dos deseado. Proseguían en su intento, aunque con grandísimo recato, porque por lo sucedido el viejo andaba cuidadoso; y como las amorosas pasiones sean tan difíciles de disimular por más cuidado con que se procure, en el hablar de don Pedro, cuando se ofrecía; en el mirarle en las ocasiones forzosas, parece que ya en doña Luisa se habían conocido evidentes muestras de voluntad; y así procuraba que no llegasen a ejecución las suyas por falta de su diligencia. Guiábase esta correspondencia por una antigua criada, cuyo nombre era Damiana, de quien se tenía tanto crédito y confianza, que sus palabras eran leyes inviolables y su fidelidad el gobierno de toda esta máquina. Y aunque ella manejaba estos negocios por su cuenta, no era con la voluntad y cuidado que pedían, sino con una lenta disposición, hasta este tiempo de ningún contrario impedida, cuya causa debía de ser que don Pedro, como favorecido, no tan

cuidadoso como debiera, lo debía de andar poco en su regalo, remitiéndolo todo a largas promesas, para cuando a la causa siguiese el efecto.

En este tiempo, cierto vecino suyo, cuyo nombre era don Francisco, hombre mozo, sin padres y libre, así por esta causa como por haberse criado, hasta que le faltaron, sirviendo en la milicia, a que ellos le habían guiado cansados del modo libre de su vida; y en efecto, aunque dejó el ejercicio para venir a gozar de una grandiosa herencia en que sucedió por su muerte, trajo consigo un criado, que era su nombre Martín, a quien llevó de España, porque fue siempre fiel compañero en sus mocedades, mozo de buen ingenio, en lo que a un hombre sin letras ni buena educación puede concederse, libre y arrojado para todo peligroso atrevimiento, sin mirar su peligro, cosa que si él empleara en cosas justas y honestas, pudiera ser en él de alabanza y acrecentamiento. Como, por el contrario, por ser el instrumento de sus desórdenes, le era su fidelidad, cerca de los que bien sienten las cosas, de mucho vituperio. Pues este don Francisco se enamoró de modo de doña Luisa, que al punto que carecía de su vista juzgaba su vida por más penosa que la más rigurosa muerte. Comenzó como es ordinario a los que desean, sin que Martín le faltase un punto del lado, a quien en toda ocasión hacía archivo de los más escondidos secretos. Seguía la en los lugares forzosos, como eran en los templos y en las fiestas y comedias, procurando con su continua asistencia acompañada de dádivas, conquistar el agradecimiento y aceptación de sus servicios. Ella usando de su prudencia, en ninguna ocasión se daba por entendida, haciéndole en las no escusables el acogimiento forzoso, cosa que no se puede negar al más extraño, de que él vivía con notable descontento. Al fin, viendo su rigor, nombró por su abogado y procurador a Damiana, sabiendo que era el gobierno de la casa y voluntad de sus dueños; y señalándose por el presente el salario de una cadena de oro, a quien ella interpuso una risueña y amigable resistencia, al modo de la que hacen los médicos cuanto

extienden la mano a recoger lo que se les ofrece, cumplen con muchas y suaves palabras, significando el agravio que se les hace con semejante modo de regalo. Con que el pretendiente, visto que se admitía el cohecho, empezó a confiar que su pleito no se perdería por falta de diligencia, y dejándosela en sus manos se fue por entonces sin hablar ni darla respuesta a la frialdad con que ella le rogaba que se la llevase, y volviendo de allí a tres o cuatro días con otro tercio en escudos, ella, con no pocos melindres y encarecimientos, le señaló audiencia, cuyo tiempo llegado, y propuesta su pretensión le desengañó Damiana, que no fue poco, habiendo interés de por medio, advirtiéndole que se cansaba, y que no sacaría de ella ningún fruto; que lo que podía hacer por servirle era que él la pidiese a su padre, y que ella lo facilitaría lo posible, ofreciéndose ocasión, sabiendo muy cierto que había de tener la misma dificultad. Mas quiso como todos, viendo que era de provecho el enfermo, alargar la cura, y que no se desengañase tan presto el pleiteante porque durase la ofrenda: ofrecióle, como es ordinario a los que pretenden, montes de oro; y Martín a ella su voluntad, pareciéndole que por este camino facilitaba la pretensión, a quien ella no menos astuta que agradecida, ninguno daba lugar para que del todo perdiese las esperanzas. Despidiéronse, y don Francisco, determinado a seguir el parecer recibido, sin un punto de sosiego le puso en ejecución, enviando al padre de doña Luisa a proponerle su deseo por medio de un deudo suyo de mucha autoridad, que pareciéndole que por ser rico, y tantas las ventajas que ofrecía, era negocio que les estaba bien. Lo trató con él, y después que entre los dos se hubo conferido, aunque le halló del mismo parecer, no queriendo, como cuerdo, prometer lo que el cumplimiento no estaba en su mano, le dijo que le diese buenas palabras, porque aunque él lo deseaba, quería primero que lo asegurase saber la voluntad de su hija, de cuya prudencia y buenos respetos confiaba que un punto no saldría de su voluntad, cuando lo que él le propusiese fuese contra la suya; y que así siendo esto tan a propósito, no sólo

tenía la prometida esperanza por infalible, sino certeza del cumplimiento de lo que decía; pero que en ninguna ocasión era la prevención de lo que podía suceder dañosa. Con esto se despidieron, quedando entre los dos concertado que dentro de dos días volviese por la respuesta. Él se fue a don Francisco, y contándole lo que había pasado, le dio de parte del padre de doña Luisa muchos agradecimientos, estimando la elección con que le honraba, prometiéndole con mucha brevedad el cumplimiento de su pretensión, y él le rogó que no se descuidase hasta que dejase acabado este negocio como se deseaba. Prometiolo así el otro, y apartáronse, don Francisco juzgó por concluido su deseo viendo lo bien que le estaba su parentesco; y pareciéndole la presente detención nacida del recato que les es lícito a las damas, no le fue penosa. El deudo, habiendo dado lugar al tiempo, volvió por la prometida resolución, en cuyo medio el padre había propuesto a doña Luisa el referido casamiento, encareciéndole las ventajas de más de su gusto con que en esta ocasión podría disponer de sus muchos merecimientos, y que así la rogaba que dispusiese su voluntad para que tuviese el deseado fin este negocio. Ella, temiendo que las palabras del padre no fuesen de cumplimiento, y que con alguna violencia no se diese que decir en el lugar, donde tenía tan buena opinión, pensando en sí, con determinada deliberación de morir mil veces antes que malograr su empleo, y que en el tiempo que se difiriese podría trazar el poder conseguir su intento sin que quedase defraudado su pensamiento, respondió que siempre había sido hija obediente a sus mandamientos, y que en esta ocasión no pensaba salir de lo que tenía propuesto en su ánimo, que era obedecerle sin hacer más examen de lo que se le mandase que el que tendría hecho quien llevado del amor paternal y deseo de su acrecentamiento se lo mandaba. Y que para esta elección sabía cuán excusadas eran sus diligencias, que sólo le suplicaba sin tener por blanco al interés, causa por donde tantas mujeres viven en el poder de sus enemigos, hiciese riguroso examen de las costumbres de don

Francisco, para que en lugar de hijo no metiese en su casa un tirano injusto de su libertad, y en vez del alivio de sus cuidados, un verdugo de los cortos años de su vida. Él alabó su determinación, como sus consejos, prometiéndola que la suya no sería por sólo su parecer, ni el menos estimable y ponderado el suyo en la última resolución. Salió el padre muy contento habiéndole avisado que su deudo le aguardaba, y alabándole primero la obediencia y cordura de su hija, se declaró con él, contándole lo que pasaba, cosa que el otro aprobó por muy cuerda, y loando su advertencia, dijo que en toda ocasión tendría por más a propósito un mozo cuerdo y de buenas costumbres con una honrosa medianía, que la más poderosa hacienda con otro al contrario. Porque, si este la gasta en sus vicios, ¿qué importa que la tenga? Y si el otro en sus obligaciones, por poca que sea, lucirá más que la que se disipa; y hoy y siempre fue la necesidad el mayor peligro de la honra depositada en el frágil barro de una belleza.

Despidiéronse, ofreciendo él por su parte que también haría su diligencia, deseoso de que cosa que corriese por su mano tuviese el fin que deseaba; y dándole a don Francisco una muy honrosa respuesta, le dejó con nuevas esperanzas, y se despidió de él, ofreciéndole que no dejaría la comenza da solicitud hasta que se consiguiese el pretendido intento. Y él entonces, con más tibios agradecimientos que pedía tanta voluntad, le volvió las gracias, quedando con grandísima confusión, vacilando qué podría ser la causa de semejante detención. Mirábase rico, noble, a su parecer con bastantes servicios para fundar grandes acrecentamientos; pero cuantas veces se miró, jamás se hallaba de malas costumbres, que la desdicha de los que las tienen no es otra sino que ciegos de sus pasiones no se ven, que huirían de sí mismos, porque es cierto que las más depravadas no hay ninguno que siendo propias se lo parezcan. En fin, disimuló su enojo hasta que el padre del engaño le sacase del laberinto de sus dudas.

No se descuidaba doña Luisa del remedio de sus desdichas. Envió a llamar a don Pedro, y entre los dos se resolvió que llegase el último fin de sus deseos, que ella, fiándose de la que habían alcanzado parte de ellos, como de su palabra, pondría por su orden en estado las cosas que fuesen irremediables. Él, sumamente agradecido, se la dio de esposo, confir-mándola con mil juramentos, recibiendo en cambio el deseado sí de su hermosa boca; y haciendo la debida estimación de su lealtad, como disgustado del no esperado casamiento de don Francisco, ofreció que dispusiese de él en el modo que le pareciese conveniente. Despidiéronse, y ella muy contenta de la recibida seguridad, comunicó con Damiana su intento junto con lo que había pasado, y entre las dos determinaron, supuesto que la más estimable prenda que era el honor estaba segura, que entrase don Pedro con el posible recato a gozar la posesión que por su palabra se le debía, cuya ejecución les era fácil, por ser ellas dueñas de la puerta de su casa. Y así Damiana avisó a don Pedro de la determinación de su señora, y le advirtió que a las dos de la noche llegase a su casa, y arri-mándose a un postigo que hallaría abierto, se dejase guiar de su próspera fortuna. Fue tanto el contento de don Pedro, que casi dudaba lo que se le decía, y agradecido satisfizo la men-sajera con cierta cadenilla de oro acompañada del mismo metal acreditado con las Reales armas, y ofreciéndose a ser la misma puntualidad. Ella se despidió, quedando él con la ale-gría que de la certidumbre del próspero fin de una deseada pretensión se alcanza; y aunque se dé lugar a las de los ambi-ciosos, no llega ninguna al contento de conseguir una amoro-sa. Empezó a hacer notables prevenciones para ir bizarro a los ojos de su dama. Pasóse el día, para él largo y pesado, como estorbo del cumplimiento del mayor de sus deseos. En fin llegó la noche, y él sin sosegar un momento preguntaba a todos, «¿qué hora es?». Y no fiándose de nadie, no se apartó un punto de a donde pudiese oír el reloj, y así como oyó la una, fue a hallarse puntual en el puesto que le habían señalado, donde estando aguardando el deseado fin que esperaba, pre-

mio de sus trabajos, oyó ruido de cuchilladas, con una dolorosa voz que decía: «¡Confesión, que me han muerto!». Y vio pasar por delante de sí dos hombres con las espadas en las manos huyendo, y él, prevenido como lo deben hacer en toda ocasión los que son cuerdos, como no le acometieron no los siguió, no teniendo deseo sino de quietud. A este ruido acudió un alcalde que venía de ronda retirándose a su casa, y como vio aquel hombre herido, preguntó, como es ordinario, la causa. Él respondió que casualmente había trabado cuestión con unos hombres, que así como le hirieron echaron por aquella calle arriba, señalándole la misma en que don Pedro estaba. Ya sosegado, viendo que parecía que todo gozaba de quietud, dijo el alcalde a los ministros que reconociesen, y él poco a poco se fue en su seguimiento, llevando consigo al herido. Pues así como don Pedro los vio, quiso retirarse, porque la tropa y linterna le avisó de lo que podía ser, y siendo seguido y alcanzado, fue forzoso que llegase a la obediencia del alcalde, que le preguntó quién era y qué hacía allí. Dijo su nombre, y que había salido a pasear, a que replicaron los que le reconocieron que le hallaron parado, y que se retiraba cuando los vio, acriminando, como ellos suelen, todas las cosas, porque son enemigos del género humano, y parecen otra especie de hombres; y con ser tan virtuosos y vivir tan ajustadamente como viven, jamás se les conoce delito, propio efecto de la virtud; y si por desdicha se sabe alguno, porque su inocencia no deja que se oculte, con qué suave piedad se castiga, con qué brevedad se despacha, qué a poca cosa se compone. Dejémoslo así, que sólo alabar lo bueno es lícito. Dijo el alcalde:

—Lo que me dicen no es salir a pasearse, sino a buscar ocasiones excusadas.

Preguntóle la referida, a que él respondió lo que había visto; hizo al herido que le reconociese, y él dijo:

—Ya digo que no conozco a nadie; pero así de su cuerpo me parecieron los que me han escalabrado.

Prosiguió entonces el alcalde muy severo:

—Yo no conozco al señor don Pedro, hallo este hombre como se ve, y bastantes indicios en las dos confesiones para hacer las diligencias que convienen. Esta herida podría ser de muerte; y así, hasta la averiguación que se pretende, ponedle en la cárcel.

Aprobó la escuadra su resolución por caída del Cielo, y alabando su rectitud y prudencia decían:

—Si tuviera su Majestad una docena de ropas como esta, ¿qué bien gobernada estuviera la Corte?

Sintiólo el pobre caballero lo que puede creerse; suplicábase con humildes ruegos que ya que su prisión no podía excusarse, fuese conforme a su calidad. Él le respondió:

—Yo deseo proceder con el recato y acierto que es justo. Por la mañana mirará la Sala lo que conviene, y es esta la resolución que debe tomarse hasta tener conocimiento de las personas, porque en esto se usa de un modo de grande agravio a la nobleza, pues por aprovechar un ministro inferior, no hay hombre bajo que no tenga la casa por cárcel. Modos hay de castigarlos en el dinero, sin que la gente común se iguale con los nobles.

Sucedió a este propósito que riñó un caballero con otro hombre ordinario y rico; llegóse a un juez y mandó: «Pónganlos en sus casas con dos guardas», cosa que el rico aceptó con muchas gracias de tanta merced. Replicó el caballero: «Yo no he menester hacer actos de tal, quiero ir a la cárcel». Dijo el juez entonces así: «Yo sé cómo ha de ser esto, váyanse ellos cuatro por guardias con fulano»; y así como le llevaron dijo al caballero: «Y vuesa merced, señor don Fulano, váyase con Dios, y tenga la Villa por cárcel». Ejecutóse la orden.

Procuró don Pedro tratar con el alcalde de redimir la vejación en que le había puesto su desgracia; hizo diligencia para verle, no fue posible, porque él ni el teniente no se hallaron

allí; los ministros no se atrevieron, aunque lo deseaban, a dispensar en el caso. Como oyeron a los que le habían traído que el otro quedaba con peligro de la vida, y él viendo que no tenía remedio su desgracia, desesperado del suceso, lo restante de la noche lo pasó cargando de culpas a la fortuna.

En el tiempo que sucedió lo que digo dieron las dos, a cuya hora don Francisco se retiraba a acostarse, que en los hombres mozos de la Corte no es tarde, y pareciéndole que cometía una traición en irse a recoger sin ver las paredes que ocultaban su adorado serafín, despidiendo la compañía, solo se fue, acercando a la puerta para consolarse con sólo tocar sus umbrales. Doña Luisa, que no estaba descuidada de la promesa, y había tiempo que aguardaba el cumplimiento de la concertada ocasión, apenas sintió tocarla cuando, abriendo con mucho recato, le metió dentro, dándole grandes disculpas de su determinación, cargando toda la culpa de ella a las veras con que don Francisco solicitaba sus bodas. Aquí acabó él de conocer que su propicia fortuna le había concedido ajeno lugar, y condescendiendo con lo que decía, sin dar respuesta, procuraba apartarse de la puerta. Aquí prosiguió ella, diciendo que la siguiese; y él, considerando que habiendo sido tenido por otro no aventuraba nada, dejándose guiar, entró por tres o cuatro aposentos hasta que llegó a uno donde ella dormía, y allí con sumisa voz le dijo que se acostase, porque en el de más adelante dormía su padre. Él, viendo ocasión tan a su propósito como se le ofrecía, sirviéndose de las manos en lugar de las palabras, con mil amorosas caricias acreditaba sus deseos. Acostóse, y ella, aunque temerosa con la libertad y obligaciones del nuevo estado, y el poco lugar de valerse de los ordinarios melindres que semejante ocasión pide, hizo lo mismo, a quien el venturoso amante recibió en sus brazos. Y como en tal ocasión era fuerza disimular los más forzosos sentimientos antes que valerse de honestas intenciones, en breve espacio cogió el galán el último desengaño de los más afectuosos deseos, y hallándose los dos en diferente estado, ella más libre, con desenvueltas cari-

cias acreditaba sus bien logradas resoluciones. Y, como es ordinario en los que gozan el fin que se desea referir las pasadas diligencias, los favores, celos y dificultades, juzgando los que fueron a tiempo, los que sin él, borrascas en efecto pasadas que ya en el seguro puerto del matrimonio se cuentan con gusto, ella le entretenía con muchas de estas cosas. A quien él, como ignoraba lo que le decían, tal vez acaso respondía a propósito; pero fueron tantas las que respondió fuera de él, que así el desacierto de sus palabras, como de las pocas que decía, temeroso de no ser descubierto, vino a causar sospecha en doña Luisa de que no tenía la gustosa correspondencia que habían prometido sus deseos. Fue de modo lo que deseaba satisfacer su sospecha, que fue forzoso reconocer su engaño, y como celosa tigre que viendo robados los amables hijuelos hace furiosa pequeñas piezas los más robustos troncos, viendo robada la más preciosa e inestimable prenda de su alma, representándosele el peligro que podía tener la desigualdad del atrevido amante, la pérdida de su gusto, como de su opinión tan justamente adquirida —que efectos semejantes salen de disponer las mujeres de las propias voluntades contra el gusto de quien ha de gozar los buenos o malos sucesos de su disposición—. Furiosa y fuera de juicio sin ponérsele delante humano respeto, sino sólo su agravio, le dijo:

—Ingrato y villano dueño, que tal puedo justamente llamarte. Seas quien fueres, pues contra toda razón, violando el derecho de los humanos, pretendiste de mí tan cruel venganza, señoreándote tiránicamente de lo menos importante, como lo es el fugitivo deleite que tan injustamente usurpaste, que del alma será imposible, por más que con la posible satisfacción recuperes, digo procures, que recuperar tan grande injuria no puede ser. Dime tu nombre, no dudes, porque si mi desgracia permitiere que no iguales mi calidad, haciendo que antes que pases los umbrales de la casa que tan injustamente ofendiste llegues a los de la muerte hecho pedazos, haré que pagues alguna pequeña parte de tanto atrevimiento,

pues para toda el mayor caudal es imposible. Mas supliré yo la satisfacción que faltare con el sacrificio de mi inocente sangre, tan justamente debido a tanta desventura.

Don Francisco entonces, considerando el caso presente, oprimido del temor de su peligro, que acobarda los pechos más animosos una ofensa injusta, una sinrazón conocida, asiéndola el blanco marfil de sus manos procuraba sosegarla. Y siendo tan imposible como intentar mover la más inmóvil roca, ya sólo con afectuosas palabras la rogaba que le oyese, y que luego dispusiese de su vida, diciendo que aunque su culpa había sido tan grave como a ella le parecía, él quería que lo fuese. Pero que no había delincuente tan indigno de la vida que siquiera para cumplir los jueces con un acto de piedad no mereciese ser oído. Y que la aseguraba que cuando la suya no estuviera en la ocasión presente tan a peligro, cada y cuando que fuese su gusto la pondría él en sus manos, sólo para que dispusiese ella a su voluntad, tomando satisfacción de los que sin haberle oído juzgaba por tan grandes agravios, y que a él no se lo parecían, y más estando cometidos debajo del honroso título de matrimonio, que tanto había que deseaba. Y que no dudase que el suyo lo había sido, porque aunque ella le había desconocido, creyese que él no la desconoció jamás, y que de su misma voluntad fue siempre con el intento, que tenía al presente más deseo de cumplirle que al principio. Que aunque es verdad que la fortuna le había ofrecido la presente ocasión con que poder satisfacerse de tantos desprecios y sinrazones como por su causa había padecido, creyese que un amor verdadero como el suyo jamás deseaba venganza, sino sólo el cumplimiento de sus deseos.

Ella entonces, más sosegada, le dijo que le dijese su nombre, advirtiéndole que si de ella no fuese conocido, antes que de allí saliese haría, aunque a costa de su honor, que pagase tan injusta correspondencia.

Él entonces le dijo el propio, de que ella quedó de nuevo confusa y con determinado intento de tomar venganza; y pro-

siguiendo le rogó que le declarase qué ocasión le había dado para semejante resolución. A que él, valiéndose de la cortesía, viéndose en el estado que se veía, no obstante que tenía determinado satisfacerse del agravio que a su parecer había recibido en verse despreciado, cuando con humildes ruegos pidió lo que ahora era forzoso que por el no pensado suceso se le rogase, que tal vez en los más nobles suele convertirse un desprecio en deseo tan apretado de venganza que no perdonan la más pequeña ocasión que se les ofrezca. Dijo:

—La causa que tuve fue veros, y como era forzoso que de ella naciese el adoraros, guardando el decoro a la que con afectuosos cariños deseé para mujer propia, puse los medios decentes para que tuviese el efecto de mí tan deseado. Y cuando de vos y de vuestro padre me vi despreciado por ocultas causas, si ya no dijese mejor por mis pocos merecimientos como por los muchos que alcanzáis, entretenido con frívolas palabras, mas con deseo de ofrecerme con ellas una cortés respuesta que no de efectuar lo que nunca dudé que tuviera efecto. Cuando desesperado temía un fin desastrado de mi vida; cuando ya me daba por respondido y sujeto a mi contraria suerte, y como inútiles despreciaba las más afectuosas diligencias, arrastrado, sin poder imaginar el cómo, me metieron en vuestra casa, y con la misma facilidad en vuestros brazos. Cesen los pasados disgustos y las iras tan injustamente contra mí concebidas. Yo confieso que no os merezco, que pudierais estar más bien empleada con la elección de vuestro gusto, y cuando no fuera como digo, más gustosa. Pero también quiero que confeséis que no soy tan digno bárbaro que no conozca vuestros merecimientos. No podréis quejaros que de mí fuiste por indigno modo solicitada como os lo ofrecí primero. Os doy de nuevo la palabra de esposo, porque es razón que de todo corazón os ame quien es más partícipe de vuestros merecimientos.

Ella entonces, perdiendo parte de su furor, se mostraba en lo exterior agradecida a las fingidas palabras del amante, sin

que en lo interior pudiese un punto aplacar el concebido enojo con la memoria del bien perdido de la violada voluntad; y disimulando para mejor ocasión, después de infinitos agradecimientos, le dijo:

—Don Francisco, ya sabes que en calidad te soy igual, si no es que el atrevimiento presente haya por leyes del mundo quitado alguna de mi nacimiento. El no haberte recibido por esposo cuando arrastrado de tus deseos gustabas de favorecerme con el honroso título que hoy por mi culpa no merezco, aunque sólo confieso la del quererme casar por mi elección, si esta lo es, que el no conformarse las voluntades, supuesto que sean iguales los nacimientos, no es causa de que pueda nacer agravio. Confieso que puse los ojos en un caballero igual mío, y que nos habíamos criado juntos, causa que parece que facilita más mi determinación. Mi padre la hubiera aprobado, si yo, como debía, le diera cuentas; pero luego vi el castigo de tanto yerro como has visto, si ya puedo decir mejor que merced inestimable de mí no merecida. Corren ya tantas causas en tu favor, que si prosigues en el que me prometes, gozarás del amor más firme que puede ofrecerte un pecho noble obligado de tantas causas, y acreditado de tu mucha cortesía. Que cuando yo sumamente te aborreciera, que nunca tal me pasó por el pensamiento, sino que siempre tuviste en mi alma la correspondencia que puede ofrecer una noble doncella de mis obligaciones. Ella sola bastará a deshelar la más fría voluntad; y yo fiada de ella digo que de mí dispondrá la tuya, que espero conseguir, de quien por sus obligaciones y nacimiento sabrá también acudir a lo que debe.

Él, con nuevas promesas y juramentos acreditó su amor y el deseo que tenía de mostrar con obras lo que significaban sus palabras; y así, de común acuerdo, quedó concertado que este suceso quedase oculto, y que él prosiguiese en el tratado casamiento, que pues tenía el favor de su padre, su voluntad no la hallaría contraria a lo que tanto deseaba.

Con esto, con mucho recato e infinitas caricias se despidieron. Él se fue contento del suceso como de lo bien que de él había salido, cosa que al principio le pareció imposible, y que le había obligado a proceder con la blandura y caricias referidas. Y como se halló en posesión juzgando injustamente de los humanos acaecimientos, se hallaba digno de mayor empleo, pareciéndole que el galán que se aguardaba, como el que había sido escogido, había de ser forzoso y eterno dueño de la mejor prenda del alma, y él sólo una cubierta del infeliz suceso que la fortuna había trazado.

Ella quedó con la pena posible culpando su desdicha como la tardanza de don Pedro, de quien alguna vez se atrevía a sospechar no hubiese tenido trato doble; y juzgando siglos los momentos que tardaba de verse con él, determinó de ponerlo en ejecución lo más presto que le fuese posible.

En este tiempo, en el refulgente carro venía el despreciado amante, cuando doña Luisa acudiendo al gobierno de su familia, solicitaba lo que para ello convenía. Y don Pedro, que con la consideración de su suceso estaba fuera de todo sentido, pensando qué se podría haber juzgado de su descuido —que en todas las ocasiones, los que son cuerdos temen más el juicio del vulgo que la principal salida que ellas piden—. Pues llegando la hora en que se juntan aquellos jueces para el despacho de la República, se juntaron, y conocida la causa de don Pedro ser de muy poca consideración, junto con el debido decoro y respeto que se debía a su calidad, y también llegando con certidumbre a sus oídos la verdad de la herida, que era de poca importancia, mandaron aquellos señores que tuviese la Villa por cárcel. Trató de desembarazarla, y así fue de ello, porque todos cuantos hasta allí no le habían querido mirar a la cara se presentaron delante de él, alegando de su derecho y del buen despacho de su negocio, sumaron las partidas siguientes: treinta y seis maravedís de carcelaje, treinta y cuatro para el alguacil que hizo la prisión, dos reales de procurador, del mandamiento y de lo demás

que quisieron aplicarle las dejaron en blanco. Llegó don Pedro a su casa falto de sueño, comodidad y dineros, como si el haber encontrado a la justicia fuera encontrar algún corsario, y así se acostó luego, no le pareciendo hora decente de ir a saber lo que había sucedido; creyendo que con haber él faltado se estarían las cosas en el estado que las dejó para efectuarlas con las venideras tinieblas. Cuán precioso y cuán irreparable de restaurar sea un punto de tiempo perdido en ocasión, por lo referido puede colegirse.

Vino Damiana, y con zurdo semblante muestra evidente su enojo, aunque ella no entendió lo que había sucedido, sin quererle oír palabra en su disculpa, que nunca viene una desdicha sola, culpaba su poca estimación, su descuido. En efecto, después que más por fuerza que porque quisiese escucharle, él dio cuenta del suceso y prisión. Ella muy admirada e incrédula le refirió un largo recado de su señora, que vino a rematarse en que la fuese a ver de día, y que esto se podía hacer así, porque ella con mucho recato le tendría escondido en su aposento hasta que hubiese comodidad de poderla hablar. Quedó esto concertado, con que se despidió, y después que él hubo pagado el debido tributo al más quieto de los dioses que iguala los cetros con los humildes cayados, suspendiendo generalmente las desdichas como las felicidades, se vistió y fue a misa al Monasterio de la Santísima Trinidad. Y al entrar por su vistosa lonja, vio algunos de sus amigos que esperaban a las once misa, hora propia de los que, haciendo de la noche día, son sus más virtuosas ocupaciones comedias, Calle Mayor y Prado, frecuentando las iglesias (cosa indigna de decirse y lastimosa de que no tenga el debido remedio de quien puede) más por entretenimiento que por el fin que se debe; donde oyendo en conversación los divinos oficios, hacen siempre más daño que provecho.

Llegóse a ellos, tratóse de las novedades, gobernóse el mundo contrapesando y midiendo el poder y fuerzas de los

príncipes, ordenaron la república, proveyendo cada uno a su gusto los magistrados de ella, repartiendo entre ellos como entre otros particulares ciudadanos premios y castigos, según a los unos se tenía afición como a los otros odio. Llegaron a los teatros, que hay pocas conversaciones de mozos que no lleguen a ellos, donde primero discurriendo por las comedias, vituperan su poca inventiva, la frialdad de lo jocoso, la falta del argumento y suspensión más ocasionada del corto trabajo y de cortedad de ingenio, diciendo que parecía que se acertaban acaso, pues los que más había que las poseían hacían más conocidos yerros.

A este tiempo llegó don Francisco a la rueda, y con notable admiración de todos los que allí estaban, contó el referido suceso; y don Pedro que así como le oyó juzgó su desventura, aunque procuró disimularlo, no fue posible que el rostro no diese algunas muestras de la inquietud de su ánimo. El otro ya arrepentido de haberle contado, que es forzoso que se arrepienta el que habla sin meditarlo primero, y considerar el lugar y los que le oyen, que de hacer lo contrario han sucedido notables dificultades; y así el mejor modo de atajarlas es en todas las ocasiones hablar bien y con buena intención de todas las cosas. Pues pareciéndole a don Francisco por las exteriores señales que había reconocido el dueño de su aventura, y que don Pedro era el aguardado galán, procuró con otras diferentes pláticas que la que estaba comenzada se atajase. Pero no fue posible, porque de la suerte que en una junta de hombres mozos, sacando uno de ellos la espada, si alaba y encarece lo que la estima, es imposible que ninguno de los circunstantes no saque la suya, y haga la propia acción del mismo modo. Así, como se oyó el cuento, sacó cada uno el suyo de diversos sucesos amorosos, porque no hay nadie que en ninguna ocasión quiera quedar inferior; que cuando se entiende que es mentira lo que otro cuenta, pagarle con otra mayor es razón de estado, y no admirarse de lo que dice. Estaban ya tan adelante las cosas, que sólo pudieron meter paz diversas damas que venían a misa, cuyas cróni-

cas interrumpieron las propias, ya verdaderas o fingidas, discurrendo por sus dotes, condición, hermosura y pensamientos, que hasta esto no perdona la ociosa juventud. No digo en las mujeres libres y que no importan, mas en las doncellas honestas y recatadas, de quien siempre es lo mejor dejarlas; pero ya que no sea posible en toda ocasión, a las más indignas se les debe mucho respeto y cortesía. Y alabando en una los ojos, en otras la boca, cabellos, bizarría, donaire, desenvoltura, manos, discreción y desenfado, sin perdonar tal vez lo que es más digno de considerarse que de referirse, aunque sea con su alabanza.

Vino en esto doña Luisa acompañada de dos escuderos y sus criados, con el manto cubierto el rostro, a cuya vista generalmente todos haciéndole la debida sumisión, privilegio que se debe a la hermosura, la dijeron mil alabanzas y encarecimientos, que ella agradeció con una cortesana correspondencia, sin enojarse como otras, que jamás fue desestimable la cortesía. Pero no hay que espantarse de las que no la admiten, que hay unos mozuelos libres, necios y caballerosos, que sola su vista ofende, porque les falta todo lo que ellos piensan que les sobra. Allí se vieron nuevos accidentes, porque a doña Luisa de nuevo se le representó su agravio; temió si tenía publicidad su desdicha, porque juzgó, y con razón, que en las conversaciones de hombres mozos no muy entendidos, que hacen profesión de libres, cuando les falta qué hablar tienen mucho peligro las honras que llegan a sus manos, y aun las que no llegan. Con la vista de don Pedro se le representaron tantos años de amor perdidos, tantos deseos tan justos como mal logrados, y por no dar qué decir procuró refrenar los mares que acudían a sus ojos, general alivio de los mujerieles desconsuelos.

A don Pedro le ofrecía su imaginación la sospecha que ya juzgaba por cierta; tantos trabajos y disgustos como le había costado la solicitud de su adorada prenda que hallaba por contraria fortuna perdida. Y viendo delante de sí la causa de

su daño, ya le miraba como a mortal enemigo, proponiendo en su pecho la venganza del que juzgaba por el mayor de sus agravios.

A don Francisco ya no le parecía tan hermosa la que algún tiempo con sus rigores y desprecios afligió tanto su encendido deseo y su abrasada voluntad. Representábale el mayor enemigo de los hombres, la memoria, todo el suceso y el atrevimiento pasado. Resistía la voluntad la debida paga por ser tan diferente la hermosura que retrata la idea, pintándola en la tabla de la deseada posesión, o el desengaño que la vista ofrece después de la adquirida propiedad; causa de que muchos que se casaron muy enamorados y gustosos gocen de poco contento, menos gusto, y ninguna conformidad, porque como cesa la causa es forzoso que falte el efecto, aunque en algunos suele ser al contrario. Decía consigo mismo: «¿Cómo podré ser tan inhumano que dé tanto castigo a quien carece de culpa, desengañándome siempre de la imposibilidad de mis pretensiones, que es el mayor bien que recibe el que no ha de tener buen suceso de ellas, pues no se le impide el tiempo para que pueda disponer en lo más conveniente?». Consideraba la calidad de doña Luisa, junto con las obligaciones de don Pedro, a quien ya no sólo en ley de amante, sino de cortesía, tocaba acudir a la venganza. Y entre tantas dificultades juzgaba por la mayor el pago de la debida deuda; y combatido de varios pensamientos, como fluctuante bajel que acometido de las inconstantes olas se mueve, ya a una y a otra parte, esperando el último trance de su perdición, así él, fluctuando entre varias determinaciones, de todas esperaba su daño, en todas temía su ruina. Y algo más consolado le alentaba el propio amor, cruel enemigo de los que no alcanzan superior inteligencia, diciendo en su favor: «No será la primera a quien haya sucedido semejante desacierto, ni ya que sucedió ha de ser uno solo el camino de su remedio, ni ese ha de ser tan a costa de mi vida que yo la aventure por satisfacer a quien sólo debo desprecios y malas correspondencias. Sólo el Cielo, ella y yo alcanzamos el suceso; por el

Cielo yo aseguro que no se entienda; por mí también puedo prometer la misma seguridad. Si ella descubriera semejante secreto, no tendrá de quien quejarse, pues es a quien más le importa. Además, que yo no era el aguardado, y si lo miro con desapasionados ojos, ¿qué seguridad podré tener de voluntad tan bien correspondida? Cuando con más agrado gozare el tributo de su hermosura, como si tuviera libre el juicio mientras me durare la memoria, cruel verdugo en los hombres de indignas acciones, ¿podré tener la debida satisfacción de quien sin el lazo del matrimonio entregó las más importantes prendas? Si las promesas hechas con furor o peligro no obligan, ¿quién duda que por las que prometí no quedo obligado a su cumplimiento, pues fueron las más hechas con el temor de la justicia junto con la evidencia del peligro? En la verdadera elección del alma no cupo jamás sino un sujeto, y ese fue siempre el de la primera determinación, que en los pechos nobles dura eterna, sin haber obligación por fuerte que sea que haga en ellos mudanza. Pues siendo esto así, ¿cómo estando en mi elección, y yo con verdadero conocimiento, escogeré segundo lugar, y más alcanzando como alcanzo el primero? El amor que consiguió mi engaño viene a ser más nacido de honrosas obligaciones que de poderosos afectos; pero si cuerdamente lo considero, tiene por fundamento un agravio; y aunque en este sujeto conozco honor y cordura, no es cuerdo el que en el pecho de una mujer no teme la fuerza de una venganza que rompe los más fuertes lazos, vence y atropella las más forzosas obligaciones, y no hallo que sea puesto en razón poner yo a tan evidente peligro las más importantes más por satisfacer las que al fin son ajenas. Caminos hay de satisfacción en todas las cosas; hacienda tengo que puede satisfacer mayores agravios si los nacidos de la voluntad lo son, que cuando lo sean es forzoso juzgarlos menos culpables».

Al fin de semejante discurso, volvió a los demás, y con excusa de que iba a negocios forzosos, encargando a todos que se viesen, y dejando concertado dónde, se fue cada uno

por su parte, quedando solo don Pedro, inmóvil como un mármol, arrebatado de la consideración de sus desdichas, ponderando como prudente en las forzosas obligaciones que sin culpa suya le había puesto su contraria fortuna. Representábase la memoria tantos años gastados en sólo reducir al deseado fin un lícito amor, junto con el entendimiento, recato y nobleza de su adorada señora. Y ponderando su desdicha, le ponía en la última desesperación, juzgándose por merecedor de todo lo que le había sucedido, como por indigno de gozar tan alto sujeto; y con nuevo tormento procuraba echar del archivo de su alma, como si fuera posible, tan penosas consideraciones. En esta confusión de pensamientos salió de misa doña Luisa, a quien hizo don Pedro la debida cortesía, hallando en ella la misma correspondencia, que no se atrevió, aunque solo, a tomar más licencia, porque en él pudiera ser sospechosa. Quien viera lo que sucedió en esta ocasión, ¿con qué facilidad alcanzara sus más íntimos pensamientos? Pues así como se vieron, las palabras del alma acudieron a un mismo tiempo a sus ojos, oprimidas de los que por la publicidad deseaban ocultarlas. Ellas con más violencia procuraban mostrar la razón que tenían de no encubrirse en semejante ocasión, y de ser en ella liberales por si acaso no hallaban tan presto otra tan a propósito en que poder emplearse. Sólo el amor permite lágrimas en los hombres, que en todas las demás acciones es notable pusilanimidad, y de los que las usan se puede tener poca confianza; pero los que aman, lloren, que justa cosa es no pierdan tan precioso tesoro como las lágrimas, que no le poseen mayor las voluntades humanas; ya sea por felices sucesos, o por los infelices de sus acaecimientos.

Apartáronse, y con justa razón, temerosos de que la correspondencia de que dos tan conformes almas en tan apretada ocasión no inundasen mares de sentimientos que alterados de sus afectos se imposibilitasen de encubrirlos. Ella llegó a su casa, y disimulando la fuerza de su pasión, que viene a ser la más insufrible, la que obliga a no poder mani-

festarse, acudió como solía a las cosas de su gobierno y regalo de su padre; que parece bien en las nobles que pasen todas por su mano, que no hay calidad que disculpe lo contrario. Era ya la primera hora de las dos en que nuestra débil naturaleza, recibiendo la refección, paga el tributo de su fragilidad. Don Pedro, sin perderla de vista hasta que la encubrieron las paredes venturosas de su alojamiento, estuvo considerando la piedad de sus lágrimas, confirmación más cierta de su desdicha, que tanto era para él de mayor sentimiento cuanto se le representaba más irremediable. Al fin dejó aquel puesto, y aguardando la hora concertada, se fue a donde siendo de Damiana recibido, estuvo esperando la ocasión, que aunque la deseaba había de ser para él de mayor tormento. Llegó, porque al fin no hay cosa en esta vida que no se llegue y se acabe, causa porque son menos de temer las infelicidades, y poco de estimar los buenos sucesos. Sólo se diferencian en que estos parece que como se goza de ellos con deseo de que duren, alargan de modo el paso que se desaparecen como la luz fugitiva con la ausencia del sol; y como aquellas se padecen por castigo de propias culpas con el deseo de que se acaben sus más breves instantes, juzga por siglos el humano juicio.

Doña Luisa, así como su padre salió de casa, dio orden con el recato posible de ver a don Pedro, con la intervención de Damiana, que sólo faltó de su presencia lo que duró la relación del miserable cuento. Llegaron a verse, y en el mismo punto con firmes lágrimas suspendieron sus palabras, pronóstico cierto de tanta desventura. Y él, en efecto, temeroso que lo que durase la deseada como temida visita no le faltase a su adorada prenda tiempo de poder hablarle, le animaba y procuraba consolarla, estando él igualmente menesteroso de ánimo y de consuelo para oír la rigurosa sentencia que esperaba. Al fin ella, después que con no pequeña dificultad pudo reprimir las caudalosas corrientes de sus ojos, ocupada de un mortal desmayo, hicieron suspensión sus sentidos, y al fin de algún pequeño espacio en que se valieron

de las posibles diligencias, volvió con un profundo suspiro arrancado de lo más íntimo del alma, y con mil sollozos, sin poder formar las palabras que deseaba, causa verdadera de la pena mortal que afligía su corazón, le habló de esta manera:

—Don Pedro, señor mío, único consuelo de mis desdichas, delante de vuestros ojos tenéis la que tantas veces llevada de vuestra cortesía más que de mis merecimientos nombrasteis dueño absoluto de vuestra voluntad. Ya sabéis que aunque nunca menos que con el debido respeto que se debe a mis obligaciones, he sido siempre más vuestra que mía; obligada, séame lícito deciros a vos mismo, verdades de vuestra cortesía, de vuestras virtudes, generalmente amables. Si alguna vez me mostré invencible contra ese generoso ánimo, contradiciendo vuestra voluntad, ocasión os ha ofrecido en la presente la fortuna para que de mí toméis satisfacción y venganza. Mas, ¡ay de mí!, conociendo vuestra bien intencionada generosidad, cuán diferentes esperanzas son las mías, que si el rostro es verdadera señal del ánimo, y más propiamente las operaciones, ¿cómo podré esperar de vos sino cortesía? ¿Cómo podrá temer engaño quien tiene conocimiento del amor verdadero con que siempre me amaste, y sabiendo como sé que conocéis que con justa causa fuiste de mí igualmente correspondido? Bien sabéis en los cuidados que nos pusieron las diligencias y pretensiones que contra mi gusto don Francisco hizo, más fundadas en sus riquezas que en sus merecimientos, y el poco lugar que hallaron en mi alma, pues me obligó sin la voluntad de mi padre a tomar la última resolución contrastada de sólo mi desdicha, cuando aguardaba el cumplimiento de nuestro concierto, fin de tantos trabajos, paga de tantos servicios tan dignos de premio. Sólo podré deciros que engañada tanto de la puntualidad como de mi recato, cuando pensé con esa amable compañía haber conducido a glorioso fin mis designios, hallé a mi lado, ¡ay, triste!, al mayor de mis enemigos, que valiéndose de la violencia del engaño con forzosas obligaciones, sujetó a la suya mi oprimida y engañada voluntad.

Y aquí contó todo el referido suceso, prosiguiendo:

—Aunque si mi vida durase siglos, no será posible que él tenga parte en mi alma cuando de la suya cumpla con la más honrosa satisfacción, que aunque no hay otra posible para mí, no podrá haber ninguna bastante a satisfacer mi ofensa.

Y aquí, interrumpida del dolor, dio fin a su plática.

Quedó don Pedro oyendo semejantes razones como los que oprimidos de un repentino suceso pierden el sentido, y después que cobraron libertad, los opresos espíritus dudan lo que oyeron; y sin responder a nada de lo que había oído dio cuenta de su prisión, causa de tanto daño, de que ella no quedó menos suspensa, viendo con cuánto acuerdo había su contraria fortuna prevenido su desdicha. Y así, con la tristeza que pedía tanta desventura, respondió:

—Señora, yo pienso que el tiempo, mis diligencias y vuestros merecimientos tendrán cerca de vos acreditado por verdadero mi amor. Delante tenéis la ocasión de vuestro engaño, no quiera el Cielo que yo haya dado causa de sospecha en la más pequeña acción acerca de vuestras obligaciones, por cuya conservación tened por cierto que no haré estimación de mi propia sangre. Mas si en vos pudiese tanto mi amor que os obligase a la justa correspondencia, pues no es posible por ahora tener otra paga, deseo sólo que me améis como yo os amo. Replicó ella:

—Don Pedro, he querido que vengáis a verme, aunque ya con diferentes obligaciones, que es forzoso que estorben mientras estuvieren de por medio el cumplimiento del mayor de mis deseos. La paga de tanta voluntad como tengo en vos conocida no dio principio a amaros con tiempo limitado, que si como lo es el de mi vida ella fuera eterna, lo fuera mi amor. Sólo quiero aseguraros que durará con la firmeza que en el vuestro conozco lo que ella durare, sin que puedan tan forzosos accidentes hacer que falte un punto de la primera determinación. Mares de lágrimas serán mis ojos lo que dura-

re mi esclavitud, que juzgaré tal la que pasare violentada en ajeno poder sin vuestra compañía. Casada estoy, mirad si puede hallarse desdicha igual, contra mi propia voluntad, cuando os adoro, y sé con certidumbre que soy de vuestros justos deseos correspondida. Pero tan imposibilitada de pagarlos, que puso en ajena mano mi caudal el honor, verdugo cruel de las más conformes voluntades. Sólo os ruego, para que con obras vea yo acreditadas vuestras palabras, si es que es posible que dure amor sin la justa correspondencia, que no me olvidéis, que no ocupe mi lugar extraño dueño, ya que el vuestro ocupó mi desgracia, no el que tenéis en mi alma, que ese será imposible que hasta que ella deje esta penosa cárcel se desocupe.

Aquí de nuevo violentaron sentimientos las palabras, prometiéndome don Pedro que eternamente sería suyo, y que ya no sentía tanto la propia pena como la que ella padecería con hombre tan indigno de sus merecimientos, y que para que viese cuanto lo era, no obstante ser injusto desacreditar al propio enemigo, aunque sin nombrar partes había contado entre aquellos hombres mozos todo el suceso, por cuyas señas él tenía ya hecho pronóstico de su desgracia, y que por el peligro de la honra no había dádole el merecido premio de tan injusta hazaña, que él, por ver si se había engañado, había dado lugar a oír de su misma boca la sentencia. Y que cuando cierto de ella había quedado con vida era prueba bien bastante de que todos sus encarecimientos lo eran, pero que creyese que la había procurado guardar sólo para emplearla en su servicio, que le tocaba su agravio. Porque aunque por su parte podía sentirse el que dejaba imaginarse, y con mucha dificultad podía referirse donde había causa tan superior como la suya, prevenía y privaba de remedio la que era tan inferior como la propia.

Estuvo doña Luisa tan atenta a estas razones como si fuera de mármol, y viéndolas acreditadas de algunas infalibles, que sólo podían haber sido manifestadas del dueño de

su agravio, encendido de nuevo el fuego de la ira con la descortés estimación de la publicidad, porque el pasado enojo parece que en parte le había mitigado la disculpa, dijo:

—¿Posible es que por tantos caminos sea yo tan desgraciada? Grandes son las fuerzas de mis culpas, pues bajaron del piadoso Cielo tan riguroso castigo; cesen mis honrosas obligaciones, que no pierden un punto de sus merecimientos por tomar la debida satisfacción. Don Pedro, vos sois el primer empleo de mi voluntad, que esto basta para aseguraros que es imposible que nuevos accidentes puedan perturbar la primera posesión del alma, caballero con obligaciones nacisteis, y cierta de que alcanzáis las que son como de vuestro valor, no dejara de llevar al debido cumplimiento la menor de las que os toquen. No ignoro que sabréis que es forzoso en los que son nobles que corran por su cuenta las obligaciones de las mujeres principales, que imposibilitadas de satisfacer sus agravios, los ponen en sus manos. Yo sola agraviada y afligida, llego a vuestros pies a que cobréis mi honor tan injustamente perdido. Disimulé el tiempo que con la capa del amoroso accidente vi cubierta la temeridad de su atrevimiento, contentándome con el posible remedio; pero ya carece de él, pues conozco que lo que ocasionó su engaño fue sólo mi agravio y deseo de satisfacer alguna injuria, y no lo que significaron la fuerza de sus fingimientos. Suplícoos, por el amor que decís que me tenéis, y yo creo que en tan fuerte ocasión no quede yo desamparada con certidumbre, que si fuera menester para vuestro gusto mi sangre, tuviera por género de ingratitud ocultar una sola gota, que toda no se derramara en vuestro servicio. Vuestra soy, y no indigna de vuestros merecimientos, pues la ofensa ha de depender de propia voluntad que al limpio ánimo, entero e inculpable le deja la humana malicia de que no hay quien sea poderoso librarse, porque todos los humanos que en el discurso de su vida hacen lo que deben, no están sujetos a padecer los inconstantes efectos de la ciega deidad que tal vez castiga al que más conoci-

damente es más digno por su virtud de premio. No quiero advertiros, pues sé que no lo ignoráis, la parte que os cabe de tomar la debida satisfacción. Conozca yo en esta ocasión que soy amada, para que sea imposible que en ninguna os olvide, asegurándoos como os aseguro, que si sucediese al contrario de lo que fío de mi justicia, vuestra vida y la mía en un mismo punto tendrán el no merecido fin, que espero en el Cielo que obligado de su piedad lo dispondrá al contrario de lo que mis culpas merecen.

Y abrazándose ya de sus pies, y ya de su cuello, acreditaba con sus hechizos su bien compuesto razonamiento, que yerran mucho los que piensan que hay otros que tengan fuerza de oprimir la voluntad sino estos.

Él, loco de lo que oía, considerando cuán poderoso es el afecto de la venganza en las mujeres, particularmente en las nobles, cuando su honor padece algún detrimento, y viendo cuán a su propósito y conforme a su deseo era lo que se proponía, respondió:

—Prenda adorada de mi entendimiento, prueba bastante de su buena elección, ahora, de que doy gracias a mi suerte, he conocido con certidumbre la que tiene vuestros favores, y no os espante si he dudado de ellos, que es propio de los desdichados que les ofrezca su fortuna superiores venturas para que con mayor rigor les atormente el perderlas, que les dio gloria el adquirirlas. Si fuera un hombre muy vil, bastaran a alentarme tantas mercedes vuestras, y cuando no alcanzara lo que me toca, ¿qué mayor suerte que haber conocido vuestro gusto? Y así, señora, yo no quiero admitir otras obligaciones más de aquellas en que me pone el saber que gustáis que os sirva. Cumpliré de modo con ellas que sólo sea bastante satisfacción mi muerte o vuestra venganza, que para que veáis lo que os estimo, no osara yo volver por mi reputación sin vuestra licencia, última prueba en los que son nobles y la tienen dada, de modo que en ellos semejante respeto no arguya cobardía. No osara yo deciros mi parecer hasta que he

visto cuán injustamente indignada habéis tomado resolución de decirme el vuestro.

Y sin aguardar más réplica, temiendo no revocase su determinación, dejó su presencia. Ella quedó tan obstinada en su propósito, que cada momento de suspensión era en su imaginación siglos, pareciéndole que ya importaba poco su honor como se siguiese su venganza, propia determinación de mujer ofendida.

Púsose a una ventana, y al mismo tiempo pasó don Francisco y con muestras risueñas, ya como dueño propio, quiso hacer la cortesía, a quien ella, sin atender a lo que dirían los que viesen semejante acción (y viven siempre colgados de las ajenas sin que en llegando a su tribunal alcance ninguna sentencia en favor), con la furia que el enojado cierzo impele el opreso pino que en los anchurosos alcázares de Neptuno se opone a su violencia, con la misma, sin corresponder con la debida cortesía, cerró las ventanas, y se quitó de ellas renovando de nuevo el odio ya concebido de su agravio, teniendo sólo pena particular de haber cometido a ajena mano la venganza.

Él, viendo a sus ojos tan extraña novedad, pareciéndole el modo diverso del que para obligar se usa con aquellos que se pretende, donde los que merecen se postran a los pies de los más indignos que alcanzaron mano en poderlos favorecer, quedó admirado, confirmando de nuevo el poco gusto que tenía de cumplir con sus obligaciones; agradeciendo por particular favor de su buena suerte el no entendido desdén, coligiendo de nuevo lo poco que a su voluntad le debía y lo menos que de ella podía fiarse, y que se puede tener por cuerdo el que oye a su enemigo, y el que de él hace confianza cuán injustamente puede quejarse de su engaño. Ya sólo trazaba pesaroso y arrepentido la salida del laberinto en que se había metido, como les sucede a los que sin consideración, llevados de la propia pasión, se arrojan a lo que sin ella no se atreverían; y así en desamparándolos el ciego afecto que los

guió es forzoso que hallen dificultosa la salida. Dejó el puesto atormentado de varias imaginaciones, buscando para divertir- las algunos amigos, que no lo son todos aquellos a quien el vulgo da este título, como son los que se saludan y se juntan a discurrir, y lo más ordinario en lo que no debían, ya porque no les toca, o porque no lo alcanzan, y a título de donaire suelen decirle al más amigo media docena de pesadumbres disfrazadas, de modo que no obliguen, porque tienen hecha experiencia de sí con su daño de la mala salida que dan sus obligaciones. Éstos llaman otros conocidos, y cierto son digno de excusarse, que el verdadero amigo en toda ocasión ha de honrar a su amigo evitando de sus oídos todo lo que pudiere enojarle, sino es que le sea forzoso a su honra responder por él si estuviere ausente y lo pidiere la ocasión, que no haciéndolo, aunque se ofrezca venirle a decir «esto dijeron de vos», no es más que decirle: «la pesadumbre que no se atrevió vuestro enemigo deciros vengo yo a que la oigáis». Pues yendo, como digo, deseoso de divertirse, encontró a don Pedro, que con mucho cuidado le buscaba. Saludóle con mucha cortesía, que no hay agravio que la niegue al más conocido enemigo —antes es un acto que en todas ocasiones justifica más la causa de los sucesos— y después de algunos cumplimientos con maliciosa disimulación le dijo don Francisco cuán disgustado andaba, a quien don Pedro replicó:

—Si queréis que divirtamos vuestras melancolías como las que yo padezco, el campo pienso que nos será muy a propósito, porque su soledad ocasionará a que varias pláticas nos entretengan, que a quien no tiene mucho gusto le cansa la confusa variedad de la muchedumbre.

Al punto a don Francisco se le representó en la imaginación el desdén de doña Luisa, y reconociendo el intento con que le llevaba, le dijo:

—No ignoro que el desear como deseáis semejante lugar sea con diferente intención de la que los dos hemos propuesto. Pero sea lo que fuere, si aquí no puede saberse, sé

con la seguridad que puedo ir de quien sois, de que no saldréis un punto del cumplimiento de vuestras obligaciones; y así donde son las prevenciones tan excusadas, será forzoso obedeceros, advirtiéndoos que llevo para serviros, si se ofreciere emplearlo en vuestra defensa, mi capa y espada. Sólo os suplico divirtamos la tarde, porque con las tinieblas tengamos menos estorbo para que yo pueda con más puntualidad obedeceros.

Él le dijo que en todo se hiciese lo que mandaba, y agradeciéndole la cortesía de su confianza digna de su nobleza, le aseguró que para el mismo efecto que le había significado no llevaba otra prevención. Anduviéronse divirtiendo hasta que faltó el día, hablando de cosas bien diferentes de las que pensaban tratar, y después llegaron al campo, y escogiendo la parte que juzgaron más imposibilitada de testigos, dijo don Pedro:

—Para lo que os he sacado a este lugar os daré la debida satisfacción, porque no es justo no hacer de vuestra persona el caudal y estimación que se debe a tan honrado caballero, y que tan bien sabe cumplir con lo que le toca. Porque una vez ocupado este puesto no hay otra satisfacción que lo sea sino la de las armas; y así sino es a las cosas que son forzosas es tan poca cordura venir a él, cuanto menos opinión salir sin la prueba que digo.

Y aquí prosiguió contando todo el suceso que se ha referido, diciendo:

—Por esto veréis que ha sido forzoso, y no llevado de causa que pudiera excusarse.

Estuvo don Francisco muy atento a sus razones, y luego dijo:

—Aunque este no es lugar de que palabras satisfagan, hay ocasiones que las piden, y por las vuestras he colegido que son forzosas las mías. Suponiendo que ante todas cosas que en este lugar, ya sea o no justa la ocasión, las obras son

inexcusables, y así digo que yo no entendí jamás vuestro empleo. Pero cuando lo supiera, ni vos me habéis dado cuenta de él, ni hay entre los dos lazos de estrecha amistad para que no me fuese lícito hacer en cualquiera ocasión las diligencias que me pareciesen a propósito para el cumplimiento de mis deseos. En lo demás del suceso ello dice por sí mismo sin que yo lo acredite cuán acaso fue. Totalmente yo ignoraba vuestras pretensiones, no porque no consiguiera el conseguido efecto cuando alcanzara lo contrario. Yo estaba, como era justo, viendo tanta igualdad, acompañada con tantos merecimientos, muy llano a la satisfacción del engaño, no digo mío, que no me valí de ellos jamás, sino del que en aquel punto facilitó la no solicitada ocasión. Mas visto que la paga de estas obligaciones no ha sido cordura cobrarla por este ni por otro ningún camino, porque si no os toca por deudo, ya os declararéis bien contra lo que yo pensaba por amante; y lo otro porque yo no acostumbro a cumplir nada, aunque sea justo, que no sea con mi voluntad. Y así habréis imposibilitado lo que no tenía dificultad ninguna.

—En cuanto a lo que decís —dijo don Pedro— que donde hay la igualdad que sabéis, se hayan atrevido honrosos pensamientos, que otros más acreditaran su dueño siendo ellos por fundamentales fuera de propósito. De lo que estoy quejoso es de que usarais conmigo lo que yo no usara con el mayor de mis enemigos.

Aquí replicó entonces don Francisco, sacando la espada, diciendo:

—No es cosa justa que lo que han de acreditar las manos se remita a las razones.

Y valiéndose don Pedro de la suya, al cabo de diversos lances y venidas con que cada uno procuraba con la muerte de su contrario acreditar la prueba de su intención, se halló don Pedro con una herida de muy poca consideración en un brazo, y don Francisco pasado el cuerpo de una mortal,

de que cayó en el suelo, y al punto el contrario, como lo deben hacer los que son nobles, se retiró de su ofensa, y el herido le dijo cómo lo estaba muy peligrosamente, prosiguiendo:

—Y pues por vos hubiera podido suceder, os ruego me pongáis en parte donde se remedie lo más importante, que en cuanto a vuestro peligro, caballeros somos, y como tales hemos procedido; y así eso correrá por mi cuenta, pues por la del Cielo ha corrido la ejecución de mi castigo.

Entonces le levantó don Pedro del suelo, y con las debidas gracias, animándole, le procuró guiar hacia el lugar para el efecto que decía; y viendo que era imposible que él hiciese el viaje por la gravedad de la herida, y que las tinieblas de la noche no daban lugar, hecho un nuevo Eneas, no de su padre, sino de su enemigo, que es más piadosa acción, se le puso en los hombros, y al punto que llegaba con él a los mismos umbrales de su dama, temeroso de la gente, por ser la calle tan frecuente, le dejó en ellos, y fue a ponerse a salvo retirándose en el Monasterio de la Santísima Trinidad.

Acudió mucha gente, y hallándole desmayado, confusamente trataban de remediarle. A este tiempo se recogía el viejo padre de doña Luisa, que admirado del confuso tropel que le impedía la entrada, llegó a ver como los demás la causa, y reconociendo a don Francisco lleno de sangre y privado del sentido, llamó, y con ayuda de sus criados le llevó a su cuarto, donde con grandísima presteza ordenó que en su misma cama le desnudasen, enviando a llamar cirujanos que le curasen, y junto con ellos la más importante medicina. Envió también por su hija, que había pasado de visita en casa de una señora vecina, y dándole breve y confusa relación del suceso, cuando ella vio a su enemigo tan rendido a la crueldad de su desdicha, conmovida a piedad —propia acción de pechos nobles—, ya la pesaba del rigor con que había ocasionado su daño. Y con más amplia

relación informada del suceso, y de cómo había venido al lugar donde estaba, de nuevo culpaba su contraria suerte, aunque en medio de tantas desventuras la consolaba la consideración de ver que en don Pedro prometía feliz suceso el desdichado que tenía presente, quedando sumamente consolada cuando supo que estaba a salvo, y la herida no era de consideración. Sentía verse forzosa enfermera del que aborrecía, como imposibilitada de acudir al regalo del que por su cuenta se había metido en tan incómodos inconvenientes.

Al fin, después que curaron a don Francisco, y que de allí a poco tiempo, con los regalos que en parte restauraron la falta de la perdida sangre, volvió en sí, y reconoció donde se hallaba. De nuevo se le representó su castigo junto con su arrepentimiento, hallándose y viéndose sin saber cómo, tratar tan piadosamente de quien tan poco le debía, que al ingrato no hay para él más penoso tormento que el ver pagada su ingratitud con el no merecido beneficio. Tratóse de la prevención de su alma, porque decían los que le curaban cuán menesteroso se hallaba de la espiritual medicina, para cuya disposición vino un doctísimo hijo de aquel que en la cárcel de la humana fragilidad mereció el nombre de Serafín, por cuyos consejos después que él le hubo dado cuenta de lo que debía, se llamó a otro hermano suyo que con otros deudos había acudido, en cuya presencia, y del padre de doña Luisa, se trató lo que se debía hacer, cosa que no tuvo poca dificultad para acreditarla con el noble viejo, que puede tanto el tener adquirido buen crédito. Mas acudiendo a lo que importaba, se sacó una licencia del Ordinario, porque lo pedía así la violencia de la ocasión, y se casó públicamente con la asistencia de todos sus deudos y amigos, junto con todos los parientes de su esposa, que quiso él que se hallasen presentes. Después que se hizo la forma del Sacramento, pidió a doña Luisa y a su padre con muchas veras perdón de su atrevimiento; y agradeciendo mucho al Cielo que no hubiese diferido su castigo, se conformó con grandes veras

con la divina voluntad, con que no hubo ninguno de los presentes que admirados de la novedad no la extrañasen, y que asimismo con abundantes arroyos de lágrimas no celebrasen las infaustas bodas ocasionadas de tan desdichado suceso, cargando toda la culpa de él, como es ordinario, a aquellos a quien se hallaba menos afectos. Doña Luisa, pesarosa de su mal pensada resolución, por escusar las forzosas como impertinentes visitas de pésames y parabienes que la esperaban, acompañada de su cuñado, por cuyo consejo, como sucesor de su hermano se guiaba todo, se metió en el Monasterio de las Vallecas, después que se despidió con grandes sentimientos de su esposo, que agradeció infinito tan honrosa resolución, y prometiendo el mayor agradecimiento, y si Dios le daba lugar mostrar el nuevo modo que tenía trazado, rogó a su hermano que para que él quedase con el consuelo que deseaba le trajese allí a don Pedro. Prometiéndolo así, y después que dejó a su cuñada donde estaba determinado, trajo consigo el cumplimiento de su promesa, que obligado de su palabra, previniendo lo que había menester para todo lo que sucediese, quiso tenerle grato. Entró donde don Francisco estaba, que sin dejarle hablar le dijo:

—Amigo mío, a quien todo lo que Dios fuere servido de concederme de vida tendré en tal lugar, lo que al presente os pido es que me perdonéis, pues sé yo, y sabéis muy bien, que di la causa del estado en que me veo. Y otra cosa he de rogar a mi hermano, que me la ha de prometer con juramento si quiere saberla de mí, y es que si yo viviere quede con satisfacción de que me ama, y de que he cumplido con mis obligaciones; y si Dios ordenare de mí otra cosa, parta muy consolado.

Él, deseando agradarle, concedió con grandes encarecimientos lo que le pedía, diciéndole que le declarase su voluntad, que sólo eso esperaba obedecerle; y así lo juró para satisfacción suya. Dijo él entonces:

—Lo que quiero es que en toda ocasión seáis muy buen amigo de don Pedro, porque yo le di la causa de esta desdicha; y cuando no se la hubiera dado, procedió siempre con tanta cortesía conmigo, cuanta de vos pudiera esperar, y anduvo en todo como caballero, que lo que trocó la suerte fue el ser primero sus armas que las mías, cosa que pudiera suceder tan al contrario; y así os ruego que si Dios dispusiere de mí, al mismo punto tenga el perdón vuestro, que cuando entre dos caballeros no hay mal trato de por medio, es cosa indigna que por la justicia ni otro camino se sigan sus diferencias con odios ni enemistades excusadas, que no es justo que duren más de lo que durare el tiempo señalado para tomar con las armas la debida satisfacción.

Él lo prometió así, en cuyo cumplimiento le abrazó como amigo, y él muy consolado, a los dos agradeciéndole sumamente acto tan noble, y volviendo a don Pedro le dijo:

—Amigo, en lo que me diere Dios de vida, procuraré dar muestras verdaderas que no estoy quejoso de vos, sino agradecido de vuestro buen proceder.

Y despedido de él con infinito dolor, después de los debidos agradecimientos estimara, aunque hubiera intervenido la pérdida de su gusto, no haber sido causa de tanto daño. Pidió don Francisco que lo dejaran reposar, y otro día hizo su testamento, en que mandó a don Pedro una generosa manda, y a su esposa hizo heredera de sus bienes libres, cortesía que su hermano perdonara, y de allí a dos días dio el alma con muestras conocidas de que habían sido verdaderas las diligencias tan corteses como cristianas que había hecho.

Fue general el sentimiento que causó en todos el modo de su muerte; y así se le honró con el más suntuoso entierro que jamás se hizo a caballero particular, y el hermano en cumplimiento de su palabra, hizo luego el prometido perdón, que junto con la piedad del suceso y con el común

aplauso concedió el suyo S.M., digna hazaña de su grandiosa clemencia, con que mostró que como piadoso padre ama a sus súbditos.

Pasó algún tiempo con que todas las cosas, como es ordinario, se vieron diferentes. Moderáronse las tristezas de la viuda; sosegáronse los inexcusables juicios del vulgo, ocupado de otras novedades que duran en la Corte lo que se carece de nuevos sucesos. Después, como digo, que estuvo todo sosegado, de común acuerdo los deudos, hizo don Pedro diligencia con el padre de doña Luisa, pidiéndosela por esposa, cosa que al fin de muchos agradecimientos él remitió a la voluntad de la reclusa señora, a quien después que se le hubo dado larga cuenta de lo tratado, habiendo hecho las públicas demostraciones que pedía semejante atrevimiento, aunque en lo interior culpaba el poco cuidado del amante. Después de pasados algunos días, dio lugar a dejarse rogar y persuadir, poniéndole el padre su mocedad y obediencia por estorbo de sus deseos, junto con la falta de sucesión de su casa, aplicando para esto el respeto que se le debía. Entonces ella, haciendo grandes melindres, y protestando con apariencia la fuerza que padecía en sacarla de la religión, donde tenía determinado de pasar lo restante de la vida, vino a resolverse en que no era suya, y que así, como su padre y señor, a quien debía obedecer, dispusiese de ella a su voluntad, que la suya era obedecerle, porque eso le parecía el más acepto sacrificio.

Hiciéronse las debidas diligencias, y después que todo tuvo el cumplimiento que debía, con mucho secreto, convidando sólo al hermano del difunto, se salieron a un lugar donde se celebraron las bodas, y quedaron todos muy contentos. Los novios del deseado fin de sus intentos; y el heredero viéndose de un aborrecible escudero de su hermano (que todos los segundos lo son debajo del pretexto de la mayoría, y mirado como se debe no vienen a ser sino oprimidos de su necesidad, que puede tanto en los que la pade-

cen, que los sujeta a lo que más aborrecen) dueño de su mayorazgo con su violenta muerte, por la variedad de tan no pensados sucesos, cosa que en él templó mucho el sentimiento, efecto ordinario y natural en todos los que heredan. Volvióse a Madrid, y ellos se quedaron por algunos días en aquella aldea, y hallándose don Pedro con la deseada posesión, con el honesto color de su remedio apartó de sí a Damiana, que aquellos que de galanes llegan a maridos aborrecen, y con razón, todos los medianeros. Y después que se sintió doña Luisa en términos de no dejar su casa sin heredero, se volvieron a gozar de su agradable patria, donde su viejo padre a pocos días pagó la deuda contraída de la miserable y forzada herencia humana; y ellos vivieron lo restante de su vida con la alegre conformidad que puede más fácilmente imaginarse que decirse.

## JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN

*Juan Pérez de Montalbán nació en Madrid en 1602. Fueron sus padres Alonso Pérez, de origen judío, librero del Rey y amigo y editor de Lope de Vega, y Felipa de la Cruz. Cursó estudios de Humanidades y Filosofía en la Universidad de Alcalá. En 1625 obtiene el grado de Doctor en Teología y se ordena sacerdote.*

*En 1619 publica su primera comedia Morir y disimular, en la que se percibe la influencia lopesca. Al año siguiente se presenta al certamen poético convocado en Madrid con motivo de la beatificación de san Isidro, y aunque merece un elogio de Lope, no consigue ninguno de los tres premios (soneto, romance y glosa) a los que concurre. En las justas poéticas celebradas en 1622 tiene mejor fortuna.*

*En 1624 publica El Orfeo en lengua castellana, poema en 234 octavas reales y cuatro cantos. Dos meses antes había visto la luz otra obra del mismo título firmada por Jáuregui. La de Pérez de Montalbán fue elogiada por Tirso de Molina y López de Zárate, entre otros, pero se empezó a dudar de que su autor fuese realmente Montalbán. Nicolás Antonio, Fernández Navarrete y Barrera, entre otros, han negado su autoría.*

*En el Madrid de aquellos años, en el que ya existían las intrigas y las camarillas literarias, Lope apadrinó la obra de nuestro autor y en su aprobación del poema afirma que ha visto «con atención particular, el Orfeo que ha compuesto en lengua castellana el licenciado Juan Pérez de Montalbán... El verso es dulce, grave, sonoro y adornado con admirables conceptos y locuciones».*

*El mismo año en que aparece el Orfeo ve la luz Sucesos y prodigios de amor, ocho novelas ejemplares que alcanzan una espléndida recepción, con varias ediciones en los siglos xvii y xviii. Fue, además, traducida al francés y al italiano ya en el siglo xvii.*

*En 1627 publica la Vida y purgatorio de San Patricio, que gozó igualmente de una gran difusión y fue vertida a otras lenguas.*

*En 1629 participa en otra justa poética y gana el primer premio. En 1632 aparece Para todos, una obra miscelánea integrada por novelas, dramas, autos, ejemplos morales y otras cuestiones muy diversas que comprenden desde la astrología hasta la estructura del ejército. El libro está dividido en siete partes correspondientes a los siete días de la semana y dedicadas a personajes diferentes. Para todos termina con dos listas: una compuesta de unos trescientos distinguidos hijos de Madrid, y otra de unos cincuenta dramaturgos castellanos, con una breve referencia crítica de cada uno. Estos datos son de gran interés para la historia de la literatura y para la de Madrid, aunque las cualidades intrínsecas de la obra sean muy desiguales. Se imprimieron, no obstante, numerosas ediciones, lo cual no obstó para que recibiera una acerba crítica de Quevedo. La enemistad con Quevedo había sido originada por una edición subrepticia de El Buscón realizada por el padre de Montalbán, Alonso Pérez, falsificando la de Zaragoza, de 1626. Quevedo dedica La Perinola (1633) a Pérez de Montalbán, «graduado no se sabe dónde; en lo que, ni se sabe, ni él lo sabe» y se refiere a su origen converso.*

*En la polémica tomaron parte los amigos de uno y otro. A favor de Pérez de Montalbán terció fray Niseno con una anónima Censura del libro que compuso Juan Pérez de Montalbán intitulado «Para todos» y respuesta a «La Perinola», que contra él escribió con este título don Francisco de Quevedo. El Doctor Vera, seudónimo, según parece, de Pedro de la Ripa, contestó desde Salamanca llamando «fecundísimo ignorante» a Pérez de Montalbán. Continuaron las réplicas y contrarréplicas, hasta que en el año 1635 ve la luz en Valencia, con el seudónimo de El Licenciado Arnaldo Franco-Furt, la verdadera réplica a La Perinola, con el título de El Tribunal de la Justa Venganza, erigida contra los escritos de don Francisco de Quevedo, Maestro de Errores, doctor en des-vergüenzas, Licenciado en Bufonerías, Bachiller en Suciedades, Cathedrático de Vizios y Proto-diablo entre los hombres.*

*Quevedo continuó publicando escritos contra Montalbán, entre ellos la Carta consolatoria, con motivo de haberle silbado una comedia.*

*Con su nombramiento como notario de la Inquisición entra a formar parte de la institución que le había censurado el relato seleccionado para esta antología, La mayor confusión.*

*Rindió un agradecido tributo a Lope de Vega en su Fama póstuma a la vida y muerte del doctor Fray Lope Félix de Vega Carpio y elogios panegíricos a la inmortalidad de su nombre (1636).*

*Pérez de Montalbán, que pasó prácticamente toda su vida en la Corte, murió en Madrid en 1638.*

*Cuando aparece Para todos, afirma haber compuesto 36 comedias y 12 autos sacramentales. Hasta su muerte escribió unas veinte comedias más y se sabe que en sus últimos años había compuesto la novela picaresca La prodigiosa vida de Malhagas el embustero, y un Arte de bien morir.*

*Su biógrafo Bacon ha dividido la producción dramática de Pérez de Montalbán en comedias heroicas, de capa y espada, de santos y devotas.*

*A pesar de que no hay acuerdo entre los estudiosos sobre la valía de la obra de Pérez de Montalbán, sus comedias lograron los aplausos de sus contemporáneos, y algunas como No hay vida como la honra y La más constante mujer fueron representadas simultáneamente en dos teatros de Madrid.*

*Aunque este género es el más cultivado por nuestro autor, escribió también, como se ha indicado, poemas y relatos, además de adaptaciones como la de La gitanilla de Cervantes y Los hijos de Fortuna, Teágenes y Cariclea, de Heliodoro.*

*El relato incluido en esta antología, La mayor confusión, como todos los que integran Sucesos y prodigios de amor, es una obra de juventud. Estos relatos fueron publicados cuando contaba 22 años y constituyen el tributo de nuestro autor al relato breve o novela cortesana tan en boga durante aquellos años.*

*La mayor confusión fue dedicada «A Lope Félix de Vega Carpio, Procurador Fiscal de la Cámara Apostólica y su Notario descrito en el Archivo romano». En su larga dedicatoria, Pérez de Montalbán le dice a Lope, entre otras cosas, las siguientes: «Esta novela de La mayor confusión, cuyo caso tiene mucha parte de verdad, restituyo a V.M. como cosa suya, porque si lo poco que he alcanzado en mis pocos años lo debo a su doctrina, a cuyos pechos me he criado siempre, volver al mar lo que salió de su abundancia más se debe llamar restitución que ofrenda».*

*La acción de la novelita transcurre en Madrid, denominada por Pérez de Montalbán «mar de grandezas» y cuyos «templos, edificios y antigüedades» fascinan al autor.*

*En esta narración asistimos al amor de Casandra por su hijo don Félix y al que se profesan éste y su hermana Diana; aquí presenciamos este doble caso de incesto, el segundo de los cuales es bendecido nada menos que por los padres de la Compañía de Jesús.*

*Los antecedentes de esta novela han sido reseñados por Dixon, Evangelina Rodríguez Cuadros, Caroline Bourland y María Grazia Profeti, y parece que un relato de Giovanni Brevio, editado por Francesco Sansovino, constituye la fuente que pudo inspirar al autor madrileño.*

*El desenlace que dio Pérez de Montalbán a su novela no fue del gusto de los censores del Santo Oficio. Al final del relato el jesuita consultado por don Félix, que recaba a su vez información de insignes catedráticos de las universidades de Salamanca y Alcalá, dictamina que la pareja integrada por don Félix y Diana, que, además de hermanos, eran padre e hija, podía seguir unida en matrimonio.*

*Los inquisidores, indignados no sólo porque se estimase válido un matrimonio que consideraban nulo de pleno derecho, sino además porque se diesen por «lícitos los accesos carnales», propusieron modificar o expurgar estas partes del relato.*

*En pleno siglo xx don Agustín González de Amezúa considera monstruosa esta obra de Montalbán, y piensa que se trata «sin respeto a la figura más sagrada y entrañable en la vida, que es la madre».*

*Se olvida de que el propósito que seguramente anima a nuestro autor, como lo pone ya de manifiesto el título del relato, La mayor confusión, es desarrollar un juego conceptista con indudables elementos teatrales, sustentado sobre la dialéctica del ser y el parecer.*

*Ese juego constituye, tanto desde el punto de vista formal como temático, la fuerza estructurante de la obra. Al autor no le interesa plantear las circunstancias éticas o religiosas del incesto, sino una serie de realidades que esconden otras realidades, en consonancia con la estética barroca.*

*Nuestra edición está basada en el texto de la princeps de Madrid, de Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas ejemplares, por el Licenciado Juan Pérez de Montalbán, por Juan González, a costa de Alonso Pérez, 1624.*

*Se han tenido en cuenta las ediciones de Agustín González de Amezáa de Sucesos y prodigios de amor, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1949, vol. XXIII, así como la de Evangelina Rodríguez Cuadros, Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo xvii, Madrid, Clásicos Castalia, 1987, y la de Luigi Giuliani, Sucesos y prodigios de amor, Barcelona, Montesinos, «Biblioteca de Clásicos y Raros», 1992.*

*En el texto que se incorpora en esta antología se han modernizado la ortografía y la acentuación. Se han deshecho las contracciones del tipo desta, del, deste en de esta, de él, de éste, etc. Vía lo escribimos como veía, y siempre que el verbo haber se emplea con el significado actual de hacer, se ha sustituido por este último. Se respetan, sin embargo, los abundantes casos de laísmos del texto original.*

SVCESSOS

Y PRODIGIOS DE

A M O R R. 30983

EN OCHO NOVELAS  
Exemplares.

POR EL LICENCIADO IVAN  
*Perez de Montalman, natural  
de Madrid.*

Dirigidas à diuersas personas.



Gloriam præce-  
dit humilitas.

*Prou. 15.*

CON PRIVILEGIO,  
EN MADRID, *Por Iuan Gonçalez.*

Año M.DC. XXIII.

Acoſta de Alonſo Perez Mercader de libros.

## LA MAYOR CONFUSIÓN

En la ilustre villa de Madrid, corte de Felipe IV, único dueño de dos mundos, cuya grandeza, templos, edificios y antigüedades describiera como hijo suyo, si el maestro Gil González de Ávila, coronista de Su Majestad, no hubiera cerrado la puerta tan de todo punto a esta materia, que sólo su ingenio, estudio y cuidado lo pudiera haber conseguido con tanto acierto, a quien tiene Madrid no poco obligación; en este mar de grandezas hubo una doncella llamada Casandra, que por muerte de sus padres se crió debajo del amparo de un deudo suyo con más libertad que pedía su nobleza; porque como ninguno tenía potestad bastante para sujetarla, se atrevía a muchas cosas, que, si bien en la niñez se libran de ser culpas, son por lo menos escalones para llegar a otras liviandades.

Era Casandra moderadamente hermosa, pero acompañaba su belleza con la travesura, así en los ojos como en las acciones, que daba ocasión a que todos reparasen en su desenfado (que con este nombre disfrazaba el mundo la deshonestidad de algunas mujeres). Escuchaba con gusto cuanto la decían, respondiendo más de lo que permitían sus años. Cantaba con admiración y tenía otras muchas gracias; que el deseo de

parecer bien y de verse querida la obligaba a preciarse de todo con perfección.

Con estas partes y diez mil ducados de dote dio lugar a que muchos aspirasen a su casamiento: unos, cautivos de su hermosura, y otros pretendientes de su riqueza. A todos miraba y a todos entretenía, más por el ansia de que la amasen que por estar prendada de alguno; y entre todos, quien solamente mereció la verdad de su pecho fue Gerardo, primo suyo y que se había criado con ella, de buena presencia, de mejor cara y de razonable juicio.

Llevaba pesadamente Gerardo la condición de su prima, viendo que a todas horas le daba muchas pesadumbres, que pudiera excusarle; porque, aunque le amaba, no quería por un amor perder la gloria de tantos, pareciéndole que mientras una mujer le tiene a un hombre, no le ofende en dejarse querer de los demás. Pero quitóle este pensamiento Gerardo, diciendo que pues él se contentaba con ver sus ojos, había ella de hacer lo mismo o se despidiese de verle en su vida.

No pensó Casandra que pudiera su primo cumplir amante lo que había prometido celoso; y engañóse, porque, anteponiendo la obligación de su honor a la fuerza de su deseo, pasó quince días sin verla ni pasar por donde estuviese. Sintió Casandra este despego, porque aunque se holgaba de que los demás la sollicitasen, como aquel gusto consistía más en su vanidad que en su cuidado, ningún amor pudo con ella tanto que borrara la memoria de ausente primo.

Y reparando con más cordura, en su peligrosa condición, conoció que Gerardo se quejaba justamente; y así, se determinó a seguir su gusto, aunque sólo dudaba haber de ser ella quien le llamase (que las mujeres, aun cuando agravian, quieren que las desenojen). Mas viendo que para quien se ve culpada es el atajo echarse a los pies de la piedad, tomó la pluma y escribió un papel, diciendo:

«Por cierto, señor primo, que V.M. está más riguroso con mi voluntad que imaginé, pues tiene ánimo para no verme en tantos días. Yo, a lo menos, bien puedo decir que le quiero más, pues ya me falta aliento para llevar adelante esta ausencia. V.M. se deje ver, que yo salgo a cualquier partido para que se satisfaga, que nada estimo como su voluntad; a quien guarde el cielo mil años y le traiga esta tarde a mis ojos, si acaso no hay otros que lo estorben, que de un hombre en Madrid y enojado cualquiera cosa puede creerse».

Con infinito gusto leyó Gerardo el papel, y luego fue a ver a su hermosa prima y a darla satisfacción de sus honrados celos. Ella le recibió con los brazos, quedando confirmadas las paces de su amor. Y acordándose Gerardo que le había favorecido tanto aquella tarde que por divertirse a mirarle, faltando el cuidado de la almohadilla, esmaltó la holanda con su hermosa sangre, se recogió a su aposento y escribió enamorado estos versos, que a la siguiente noche cantó a su puerta:

Prima, si cuando miráis  
tan cierta mi muerte veis  
más cruel me parecéis  
cuando más piadosa estáis.  
Y aunque por mí despreciáis  
esa fuente de rubí,  
no es favor, que os presumí  
tan tirana con los dos,  
que os atreveréis a vos  
por verme morir a mí.  
Mas si enfermaste, bien mío,  
de achaque de vuestro amor,  
justo pareció el rigor,  
honesto fue el desvarío.  
De él vuestra salud confío,  
que si el calor necio anduvo,  
la sangría cuerda estuvo  
como en su efecto se ve;

que sin duda en Mayo fue,  
pues tantos claveles hubo.  
Diste licencia al carmín,  
que se esparció tan hermoso,  
que pudo el suelo dichoso  
pretender para jardín.  
Previno el amor, en fin,  
un descuido liberal  
(dulce injuria del cristal)  
y el hierro a un ángel aleve  
bordó márgenes de nieve  
con arroyos de coral.  
Mas yo, prima, cuando os vi  
con más rosas que solía,  
tuve la herida por mía,  
pues sus efectos sentí;  
que como la causa fui,  
me alcanzó tanto dolor,  
que os perdonara el rigor  
(si así se puede decir);  
porque darme que sentir  
no parece que fue amor.

Entendieron los deudos de Gerardo su amor, y todos convinieron en que se despachase a Roma por orden del señor nuncio, para que Su Santidad concediese la dispensación.

Súpose entre los amantes de Casandra (que eran muchos) este suceso; unos perdieron de todo punto las esperanzas; otros lloraron su corta fortuna, y otros apelaron a su nuevo estado. Pero quien lo sintió con más veras fue don Bernardo de Zúñiga, caballero natural de Córdoba, tan gran soldado, que por su espada había sido capitán de caballeros en Flandes. Estaba tan rendido a la belleza de Casandra y a sus hechizos que le faltó poco para perder el juicio y la vida. Era el de más méritos entre los que sólo tenían el nombre de amantes, y por esta razón el más favorecido de sus ojos; que

como ella no se desdeñaba de escuchar, de responder y aun de recibir, don Bernardo tenía creído que sería suya, y con esta esperanza había crecido su amor, de suerte que cuando quiso no pudo resistirle. Y así, esperándola un día de fiesta al salir de misa, se llegó a ella turbado y descolorido, y delante de las personas que la acompañaban la preguntó si le conocía.

—Sí —respondió Casandra—, y sé la merced que me habéis hecho, y lo mucho que os he debido; pero ya no estoy en tiempo que pueda pagaros esas obligaciones.

—Pues si me conocéis —dijo don Bernardo— y sabéis mi amor, ¿de qué ha servido, amando a Gerardo, favorecerme para dejarme burlado y desvanecido? Esos términos, Casandra, no son de mujeres tan principales como vos, que sólo se usan entre las de tan bajos pensamientos que hacen oficio lo que es gusto.

—Basta —replicó Casandra—, que de atrevido os vais a descortés, sin tener más ocasión que la que os da vuestra soberbia; porque lo que entre los dos ha pasado sólo ha sido un entretenimiento honesto, fundado no en voluntad que os tuviese, sino en agradecer la que os debía, pues por escucharos dos o tres noches en una reja, no hice escritura de quereiros. Y así tenéis poca razón en andar demasiado conmigo, aunque yo os lo perdonaré con que de hoy más sepáis que Gerardo es mi primo y ha de ser mi esposo, no porque os aventaja en méritos, sino porque lo he querido desde que nací. Y hacedme merced de aquí adelante de hablar en mi honor con más modestia, porque os puede estar mal otra cosa.

—Sí haré, por cierto —respondió don Bernardo—, porque hablar en desprecio de las mujeres es de hombres humildes, y yo tengo alguna parte en la casa de Monterrey; mas lo que no podrá consentir mi amor será que Gerardo ni otro en el mundo os goce mientras tuviere esta espada y no se aplacaren mis celos.

Quedó Casandra con pesadumbre, porque de otras ocasiones conocía la temeridad de don Bernardo y la cólera de su primo. El cual, sabiendo de una criada todo lo que había pasado, sintió, como era justo, los celos de su honra y el atrevimiento de don Bernardo. En llegando la noche, con un broquel y su espada le fue a buscar, y no le hallando ni en la suya ni en una casa de juego donde solía acudir, se puso en la calle de Casandra, pareciéndole que, pues blasonaba de tal amante, era fuerza acudir a su centro. Sucedióle a Gerardo como lo imaginó, aunque no como lo deseaba (que los desengaños en quien ama se buscan, pero no se apetecen). Y apenas le conoció, cuando sin averiguar la verdad, ni esperar satisfacción (que lo uno y lo otro suele parecer cobardía), sacó la espada y se fue para él.

Aguardóle don Bernardo sosegado y valiente, por ser el más diestro que en aquel tiempo se conocía, como en este lo es el insigne don Luis Pacheco de Narváez, gloria y honor del mundo, y a quien debe nuestra nación su crédito en esta parte, pues ha reducido a ciencia lo que hasta ahora ha sido acertar por accidente. Pero como la destreza obra dificultosamente sin luz, por ser el principal medio para su ejecución, no podía don Bernardo ni hacer lo que sabía, ni cumplir con el deseo de su venganza. Y cansado de que durase tanto la vida entre dos celosos, hallándole el broquel un poco alto, le metió una estocada tan fuerte, que luego Gerardo se imaginó sin vida; y cayendo a sus pies, le pidió con afecto cristiano le dejase confesar y arrepentirse de sus culpas.

Acudió infinita gente al ruido; sacaron luces de las ventanas; llegó la justicia a tiempo que ya don Bernardo se había favorecido de una iglesia, aunque le aprovechó poco, pues a pesar suyo le sacaron de ella (que en tales casos suele ser más segura la casa de un embajador que la de un monasterio). Llevaron a Gerardo a la de su prima que, bañada en lágrimas, hizo tantos extremos que dio más lastimas ella viva

que Gerardo muerto. Remató su sentimiento con un desmayo tan riguroso, que en dos días no pudo volver en sí.

Murió Gerardo, perdonando primero a su enemigo, y rogando a sus padres y deudos no le hiciesen ofensa. Mas poco le correspondieron en esta parte, porque luego procedieron contra él con tanta fuerza que, a no tener en su favor la iglesia y el amparo de muchos príncipes que por su valor y sangre estimaban su persona, le sucediera una desdicha. De esta manera estuvo en la cárcel más de quince meses; la iglesia le pedía y los jueces tenían voluntad de darle, si la parte que era poderosa se ablandara y estuviera menos rebelde en el perdón. Y así, interviniendo la autoridad de muchas personas graves, procuraron, para asegurar el honor de Casandra, fuese don Bernardo su esposo, con que cesarían disgustos y pleitos.

Consultaron este pensamiento con ella y respondió a los principios áspera y desabrida, quitando a todos la esperanza de que por aquel camino tuviesen fin los negocios de don Bernardo. Pero como la firmeza de Casandra era tan poca segura y su condición tan varia, a pocos días oyó con más piedad las desdichas de don Bernardo, porque no tenía ánimo para estar mucho tiempo sin consolarse. Y así, lastimada de él se resolvió a ser suya. Con lo cual salió libre (si puede llamarse con este nombre a quien se había desposado en la cárcel). Alabaron todos la noble piedad de Casandra, y celebraron con fiestas y regocijos el nuevo empleo.

Era don Bernardo imaginativo, y, como conocía a Casandra, empezó a temerla, procurando quitar todas las ocasiones en que pudiese tropezar, si bien no la podía ir a la mano en las muchas galas y demasiado cuidado de su hermosura; pero pasaba por ello, porque no todas veces le es lícito a un marido dar a entender a su esposa que vive desconfiado de su virtud (que hay mujer que hace verdad lo que se sospecha, sólo porque no la culpen inocente). Dióles el cielo un hermoso hijo, creciendo el amor de los padres con él, y

gozándose en esta conformidad algunos años, hasta que la muerte (forzoso fin de todos los gustos) quitó la vida a don Bernardo, o por mejor decir, le mataron los celos que padecía y las sospechas que callaba. Sintió Casandra esta pérdida con extremo, por ser grande el amor que ya le había cobrado, y solamente la sirvió de consuelo su hijo don Félix, que acompañaba su soledad, y la divertía de sus tristezas. Era don Félix discreto, galán y tan hermoso, que pudiera envidiarle la cara cualquier dama; tenía linda conversación y era por extremo agradable. Plugiera a Dios no lo fuera tanto, pues dio ocasión (aunque sin culpa suya) al más extraño delito que ha conocido el mundo.

Pretendían en este tiempo muchas personas principales el casamiento de Casandra, por no haber estado nunca tan hermosa. Los años no pasaban de treinta y cuatro, y como había tenido pocos trabajos; parecían menos; pero ella se determinó a no casarse, sin poder ninguno entender la causa. Muchos pensaban que era virtud; pero otros, menos piadosos, creían otra cosa. Porque sus muchas galas (que también las consiente aquel estado) ofendían su recogimiento. Mas lo cierto era que Casandra tenía un amor secreto, tan injusto, que ella misma estaba con vergüenza de hablar de él; porque viendo en su propio hijo el entendimiento, el talle y la gallardía, se dejó vencer de un pensamiento tan liviano, que le vino a mirar con ánimo de gozarle deshonestamente. Estaba ya tan ciega, que no le daba lugar este deseo a que pensase en otras cosas, ni quisiese divertirse a otros gustos. Y sin poder reducir a razón su apetito, se resolvió a llegar a los brazos con don Félix, cosa que aun imaginada ofende los oídos. Bien echaba de ver que intentaba un imposible, pero todo lo facilitaba su amor; que como la voluntad nace sin ojos, ni mira los inconvenientes ni se recela de los peligros.

Tenía Casandra una criada de quien fiaba todo su pecho, cuyo nombre era Lisena; la cual rogó a su señora, viéndola

tan desabrida, le diese parte de sus congojas, que sin duda eran muchas, pues la obligaban a semejantes extremos.

—¡Ay amiga! —respondió Casandra—, plugiera a Dios fueran mis tristezas o capaces de remedio o menos indignas de referirse; mas quiere mi fortuna que las padezca y calle, para que me consuma mi propio silencio. Pero mal hago en no contarte lo que me tiene sin gusto, sin salud y sin vida, sabiendo de tu amor que tomará por su cuenta mi desgracia y me aliviará la pesadumbre, pues quien escucha piadosamente consuela el alma, ya que no remedia la pena. Bien sé que le ha de costar a mi vergüenza algunos colores; pero no hablo con ningún extraño: mujer eres como yo y que desees mi bien. Y supuesta esta verdad, oye la mayor desdicha que puede haber sucedido a una mujer de mis prendas. Nace mi desasosiego y poco gusto, ¡oh amiga Lisena!, de amar a un hombre que con ser tan bueno como yo y estar cierta de que me quiere bien, es imposible pueda gozarme. Dirásme, ¿qué es la causa de hallar dificultad en lo que parece que no la tiene, y más habiendo igualdad y correspondencia de parte de entrambos? Pues para sacarte de esta duda, y también para que prevengas tu ingenio en mi remedio, óyeme un rato, aunque después te espantes de mi liviandad. Yo amo a mi propio hijo; yo adoro a don Félix, y esto de manera, que ha de costarme la vida el ver que no puede ejecutar mi deseo. Yo he procurado estorbarme esta resolución; pero ni el ver que voy contra las leyes de la Naturaleza; ni el considerar que es un intento temerario, y, sobre todo, saber que se ha de enojar el cielo tan gravemente, ha sido bastante para olvidar este pensamiento: tanto es lo que se ha apoderado de mi albedrío. Mira tú si tengo ocasión para llorar y desear mi muerte, hallándome en estado que me falta poco para perder la opinión y la vida.

Admirada escuchó Lisena el indigno amor de Casandra, y después de haberla persuadido, a que le borrarse de su memoria la dijo:

—Plugiera a Dios, señora mía, que el amor que me tiene a mí don Félix pudiera remediar el tuyo, que yo te traspasara algunas finezas; porque ha dado en perseguirme de manera que muchas veces, por tener miedo a sus demasías, no me atrevo a estar sola delante de sus ojos. Y con tener los merecimientos que ves, te aseguro que nunca me he determinado a mirarle con más voluntad que la que le debo por hijo tuyo y dueño mío. Y también lo que me ha detenido los pasos es el no estar tan libre de una pasión que me consienta otros desvelos. Yo quiero bien, y soy pagada; dos cosas que me tienen con rienda los ojos. Hete dicho esto, porque no presumas que por verme querida, haya tenido atrevimiento para ofender tu casa.

Con atención, y aun con envidia, la oyó Casandra, y del veneno que la pudieran dar los celos, mirando gozar lo que ella no merecía, sacó medicina que curase los accidentes de su pasión. Y en un punto le ofreció su entendimiento una traza tan ingeniosa para lograr su lascivo deseo, que no pudiera el padre de Ícaro, que fue instrumento de la deshonra de Pasifae, imaginarla más a su propósito. Y llamando en secreto a Lisena, la dijo en breves palabras que sólo en ella estribaba el fin de su deseo, porque con su ayuda sería cierto que le cumpliría. Confusa quedó Lisena con la nueva esperanza de su señora, y lo que la respondió fue decir que de su parte estaba dispuesta a intentar por su gusto cualquiera osadía, aunque aventurase la vida y la honra. Entonces Casandra prosiguió diciendo:

—Supuesto, Lisena, como tú dices, que no tienes amor a don Félix, te has de mostrar de aquí adelante tan reconocida a su amor y tan pagada de su talle, que venga a creer le tienes alguna voluntad y prosiga en el deseo de gozarte. Y la noche que te pareciere le has de dar licencia para que te hable en tu aposento. Y esa misma noche estaré yo en él y gozaré con este engaño lo que ha tantos días que me tiene como sabes, pues, hallándome sin luz, será imposible que me conozca.

No le desagradó a Lisena la traza, y luego empezó a ejecutarla, así por agradar a quien había menester, como porque Casandra la consintiese algunas liviandades que tenía. Y a pocos lances concertó don Félix que en medio del silencio de la noche entrase sin que nadie le sintiese en su aposento, pero con prevención de que hablase poco, porque no le escuchase alguna criada que la descompusiese con su madre.

Prometióla don Félix ser mudo, porque él no había de ir a hablar con ella, sino a llegar a sus brazos, en los cuales se comunica el alma sin haber menester a la lengua. Vino la noche, y avisó Lisena a Casandra, la cual aguardó por galán al mismo que había traído en sus entrañas. Llegó el engañado don Félix, y ajeno de semejante maldad, pensando que estaba en los brazos de una criada, gozó la belleza de su indigna madre, de la cual se despidió arrepentido, como todos. Y Casandra quedó tan corrida y avergonzada consigo misma que quisiera haber perdido la vida antes que poner por obra tan ruin pensamiento. Tanto es el dolor que traen los gustos después de conseguidos, y más cuando proceden de causa que no puede tener disculpa; que un delito feo no ha menester más castigo que cometerse, pues a todas horas está abrasando el alma y dando en los ojos con la culpa.

Ya Casandra pasaba por estos rigores, porque la Naturaleza misma parece que se quejaba de su violencia; y como a las espaldas de la posesión viene siempre el arrepentimiento, no sabía qué hacerse para huir de sí misma, que ya era su mayor enemigo. Y no paró en esto su desdicha, sucediéndola aún peor de lo que imaginó; porque en su falta de salud y en las otras faltas conoció que no le salía tan barato su desatino que pudiese estar secreto muchos días. Sintióse preñada, y antes que pasase adelante, quiso valerse de remedios crueles para arrojar sin tiempo aquel desdichado fruto; pero no le aprovecharon medicinas ni diligencias contra la fuerza de su destino. Y así, considerando cuán a peligro estaba su opinión y que el tiempo había de descubrir su

liviandad, aunque no el autor de ella, hizo que dentro de un mes se partiese don Félix a Flandes con una ventaja<sup>20</sup> y una letra de dos mil escudos, no sin gusto suyo porque deseaba ver mundo y salir de España, por saber que nunca la patria trata a sus hijos como madre. Y luego, para no verse murmurada del vulgo, de sus parientes y de sus amantes, fingiendo una promesa a Guadalupe, se fue a una pequeña aldea donde tenía Lisena a sus padres, y allí estuvo secretamente hasta que dio a luz una hermosa niña, a quien llamó Diana. Y dejando orden para que la criasen, se volvió a su casa, viviendo después con tanta cordura que cobró el honor que tenía perdido en opinión de muchos que, por sus locas galas, sospechaban mal de su virtud.

Creció Diana, y trújola consigo, dando a entender a todos que una noche la habían hallado las criadas a su puerta, y que para divertir la ausencia de don Félix la quería tener en lugar de hija.

Ya don Félix en este tiempo era muy gran soldado, bienquisto y amado de todos, así por su valor como por sus muchas gracias; era cortés y liberal, y, sobre todo, tan virtuoso, que siendo soldado ni juraba ni jugaba. Pero como nunca falta un azar que desbarate el sosiego y gusto de un hombre, sucedió que estando cierta noche hablando con una señora flamenca, pasó por la calle un caballero que había sido dueño de aquella casa mucho tiempo; y aunque ya no lo era (porque la tal dama, viéndose aborrecer, había pretendido divertirse), con todo eso, no quería consentir que alguno la solicitase, o por hacerla pesar o porque a él le pesaba; que los celos suelen despertar la voluntad más dormida. La noche era algo oscura, y por esta ocasión ni el caballero ni los dos músicos que traía consigo vieron a don Félix, que abrasado de cólera hubiera sacado la espada, aunque estaba solo, si no se lo impidiera la dama, poniéndole por delante su opinión. Acercáronse los músicos, y en concertando los instrumentos, a propósito de lo que entonces pasaba por su dueño, cantaron así:

---

<sup>20</sup> *Ventaja*: sobresueldo.

Ya llegó, señora, el día  
en que de mi amor te cansas,  
pues sosiegas y descansas  
sin matarte por ser mía.  
Y aunque es forzoso que sienta  
que del alma me sacaste,  
siquiera, porque me amaste,  
me huelgo que estés contenta.  
Alégrate y no estés triste,  
que yo podré consolarme,  
con que no puedes quitarme  
el amor que me tuviste;  
que haberme querido bien  
no me lo puedes negar,  
pues yo te vi suspirar  
y te vi llorar también.  
Y aunque de ti me despidas,  
yo, Flora, tengo entendido  
que es más lo que me has querido  
que lo que ahora me olvidas.  
Y a tratar verdad aquí,  
aunque más cruel te miras,  
yo sé, Flora, que suspiras  
y que te acuerdas de mí.  
Hanme dicho que a otro quieres,  
y no es mucho, te prometo,  
que eres mujer, en efecto,  
y aprendes de las mujeres.  
Gócesle por muchos años,  
que también era locura  
sujetar esa hermosura  
a mis desdenes y engaños.  
Pero no pienses que estás  
por eso en tu amor vengada,  
que admitir a otro picada  
es para abrasarte más.

Y si acaso el nuevo empleo  
te quiere, Flora, disgusto,  
escoge un hombre a tu gusto  
y diferencia el deseo.  
Que aunque el honor no es decente,  
con tantos puedes hablar  
que al fin vengas a topar  
alguno que te contente.  
Mas no lo llevará bien  
mi amor, porque en caso tal,  
después que le trates mal,  
pienso que te mira bien.  
Picarme, Flora, has querido,  
y no pienso que has errado,  
pues quien no te quiso amado  
te enamora aborrecido.  
Mas aunque muera por ti,  
no te lo daré a entender,  
porque no me quiero ver  
como te viste por mí.

En cantando, se llegó el caballero a la reja, para ver si le habían escuchado; mas viendo que la ocupaba otro, sufriendo mal la conformidad de entrambos, le dijo a don Félix se tuviese por avisado de que daba pesadumbre en solicitar el cuidado de aquellas rejas, y así, se excusase de darla, porque podía costarle mucho disgusto hacer otra cosa.

—No pienso yo —replicó don Félix— que habrá ninguno que me le dé conociéndome. Esta calle es del Rey, que Dios guarde, y esta dama no tan vuestra que pase por lo que decís; pues es cierto que si os amara no estuviera conmigo. Yo no he de prometer lo que después ha de ser imposible que cumpla; y supuesta esta determinación, elegid el medio más conveniente a vuestro amor como yo no pierda.

—El medio será —respondió— echaros de la calle a cuchilladas y quitaros después la vida, para que cesen tantos enfados.

—Paréceme que no lo habéis recabado conmigo —replicó el valiente español—, porque la he sabido defender en otras ocasiones de más peligro.

Y sacando la espada, a los primeros golpes, esmaltó el arrogante flamenco con su sangre las piedras. Y viendo que la gente que traía acudía a su defensa, le fue forzoso a don Félix retirarse a la casa de un caballero amigo suyo, donde estuvo algunos días, hasta que sabiendo que su enemigo era de los más principales de aquel Estado, y que por esa causa, aunque sanara de la herida, había de estar con el mismo riesgo, se partió a Nápoles; y después de admirar sus grandezas, determinó dar la vuelta a España, a gozar su patrimonio y descansar de los trabajos de la guerra.

Llegó a Madrid, donde le recibieron sus deudos y su madre con infinitos regocijos y fiestas. Tendría Diana entonces hasta catorce años, y estaba tan bella, que con ser Madrid el lugar donde menos lucen las hermosuras por haber tantas, Diana entre todas tenía opinión. Preguntó don Félix quién era; respondióle Casandra que no la conocía más padres que al cielo y a su piedad, y que por llevar con más blandura el rigor de su soledad, la había criado desde sus tiernos años.

Miróla con atención don Félix, y como para amarla no era menester sino dejarse mirar, no pudo resistir el fuego de sus divinos ojos. Y así en cualquiera ocasión procuraba darla a entender su amoroso cuidado. Era discreta Diana, y entendióle (que un amor grande con facilidad se conoce) y no la pesó, porque no tenía don Félix entendimiento ni talle para que ninguna se desagradara de su empleo; aunque viendo la desigualdad que juzgaba haber de por medio, se fue a la mano y riñó a sus ojos algunas travesuras, que el recato llama descuidos, por no empeñarse en un amor que no había de parar en fin honesto. Pero como en los primeros años está el alma tan dispuesta a cualquier voluntad, la de Diana confesó dentro de

su mismo pecho que amaba a don Félix. El cual, sufriendo los desdenes de su hermosura, nacidos de su honestidad, no de su desprecio, se resolvió a porfiar hasta vencerla.

Salía de noche y paseábase por su misma casa, como si fuera ajena, por no excusarse de las finezas de galán. Y avisando una noche a ciertos amigos músicos para obligar a la discreta Diana, cantaron entre todos de esta suerte:

Aunque me mate Diana,  
no estorbéis, selvas, mi muerte,  
que pues yo la solicito  
sin duda que no me ofende.  
¡Qué os diré de sus cabellos,  
que con rizos diferentes  
atrevidamente hechizan,  
lisonjeramente prenden!  
Basta decir que son suyos,  
y que Diana los tiene  
para guarnecer con oro  
jurisdicciones de nieve.  
De sus ojos sé deciros  
que quien los mira, los teme;  
¡ay de mí, que los he visto,  
y he visto en ellos mi muerte!  
Sólo consigo compiten,  
que el sol no puede ni quiere,  
como sabe lo que valen,  
intentar desvanecerse;  
antes humilde los mira  
y por amigos los tiene,  
por si acaso ha menester  
alguna luz que le presten.  
Las mejillas son de rosa,  
que sobre el marfil parece  
que quiso el cielo casar

azucenas y claveles.  
La boca, de nieve y grana,  
en un aposento breve,  
caja de mejores perlas  
que Neptuno en conchas tiene.  
Las manos son de cristal  
tan hermoso y transparente,  
que en belleza y en blancura  
no deben nada a la nieve.  
Lo demás que no se toca  
ni a los ojos se consiente,  
sin duda que es más perfecto,  
pues imaginado enciende.  
En fin, me ha muerto Diana;  
pero tan gustosamente,  
que suelo de amores loco  
agradecerla mi muerte.  
Mirad si tengo mal gusto  
y si puede libremente  
perderse un hombre de bien,  
si esto puede ser perderse.  
Y así, decidla, si acaso  
a visitaros viniere,  
que se acuerde de mi amor  
y de mis penas se acuerde.

Ingrata era Diana a todas estas finezas, porque podía con ella más su recato que su amor. Y así le dijo una mañana que no se cansase en conquistar su pecho, porque sería más fácil reducir a número las arenas del dorado Tajo y hallar piedad en las entrañas de una peña. Bien pudiera desmentirla su propio corazón; pero muchas veces huye una mujer de lo propio que adora, porque lo que más ama suele ser su mayor enemigo. Alcanzó Casandra a saber esta voluntad, y turbóle el alma el intento de su hijo, por el peligro que había en que Diana, como muchacha, se dejase vencer de sus palabras. Y así, lla-

mándola aparte, culpó el atrevimiento de mirar a don Félix, sabiendo que no podía intentar sino su deshonra, porque no había de casarse con una mujer que no conocía padres; y advirtiese que ella estaba resuelta a casarla tan bien que nadie pensase sino que era hija propia; pero sería con la condición de no salir un punto de su obediencia; porque si tenía otro pensamiento, desde luego podía dejar su casa y disponer de su libertad a su gusto. Respondióla con lágrimas la hermosa Diana que ya sabía que no merecía a su señor don Félix, por no conocer a quien la había dado el ser; pero que tampoco tenía razón en decírselo con tanto desprecio, pues en fin era cosa en que no tenía culpa, y que mirase que se quejaba injustamente de su honestidad, porque de la misma manera que no había estado en su mano tener tan sospechoso nacimiento, así no era culpada en que su señor don Félix la amase, si acaso era tenerla amor decirle algunas veces cuatro razones mejor sentidas que escuchadas. Mas si alguna criada con información falsa, con envidia o con celos, la decía otra cosa, entendiase que la engañaba; porque en ella no había más ocasión que tener aquella desgraciada hermosura. Y que para más satisfacción de su verdad, tratase desde luego de darla estado, como no fuese casándola, porque no se sentía con ánimo de sufrir un marido. Y pues (como ella decía) tenía tanto deseo de remediarla, monasterios había en la Corte, donde podía acabar su vida, para librarse de escuchar una afrenta a cualquiera que la conociese.

Con muchos abrazos la respondió Casandra, agradeciendo su santa determinación; porque aunque era verdad que la amaba como madre y había de sentir su ausencia, menos inconveniente era vivir sin ella que estar a peligro de que don Félix, mozo, atrevido y enamorado, pasase adelante en su locura, y después de un yerro tan grande se siguiese otro mucho mayor, pues aunque Diana se resistiese, la porfía, el amor y los ruegos lo sujetan todo. Y con este ánimo concertó secretamente en un convento su dote, donde la llevó, y en breves horas trocó su casa por una celda y sus galas por un

hábito de San Francisco. El sentimiento de Diana fue grande, viéndose en estado tan diferente de sus intentos y esperanzas; porque siempre las había tenido de ser esposa de don Félix; tantas eran las muestras de amor que miraba en él. Mas considerando que fuera mayor tormento vivir en brazos de un hombre que no fuese don Félix, empezó a divertir la memoria de los pasados pensamientos, conformándose con su fortuna y entregando la libertad a mejor Esposo.

Súpolo don Félix, y sintiólo de suerte que fue mucho no hacer un desatino con su madre; porque le dijeron que ella sola era quien más había estorbado su gusto. Y así, muchas noches le aconteció ir al monasterio y, como loco, dar voces pidiendo su esposa, sin consentir que aun sus mayores amigos le consolasen en tal pérdida. Disculpa tenía don Félix, que en llegando a ser verdadero el amor ni puede alegrarse ni divertirse. Amaba lo que perdía; milagro era que no muriese y livianidad fuera que se consolase, si bien solamente podía sosegarle el desengaño de su ignorancia, pues quería para mujer propia a quien era su hermana y su hija. ¿Pero quién podía avisarle de lo que Casandra, el cielo y una criada sabían?

Ya se iba acercando la profesión de Diana, y don Félix perdía el juicio de ver cuán poco se le daba de vivir sin él. Porque Casandra (para quitarle la esperanza) decía que Diana no sólo le olvidaba, sino que estaba arrepentida de haberle escuchado; mas lo cierto era que sabiendo que casarse con don Félix era imposible, había el entendimiento a perseverar en la religión. No creía don Félix a su madre, porque otras personas le decían lo contrario. Y así, quisiera saber de su misma boca si el estado que tenía era por elección suya, o si acaso las persuasiones de su madre la habían obligado a seguir aquel camino; porque muchas veces la había oído encarecer a ella misma su contraria voluntad en aquella materia. Y así, una tarde que Casandra la enviaba cierto regalo, tuvo ocasión de poner un papel en parte que era fuerza llegase a sus manos y estaba seguro de que nadie le viera. Y esto

con intención de que por lo menos entendiese Diana que su queja era justa, pues sin más causa que tenerla amor, le había dejado.

Halló el papel Diana, y pensando que era de su señora, le abrió; pero apenas leyó la firma, cuando le hizo pedazos (que no es cordura refrescar la memoria con lo que después ha de ser pesadumbre). Estuvo suspensa un gran rato, imaginando lo que podía escribirla un hombre que la había querido, y que esperaba perderla tan presto. Y si va a decir verdad, la pesó de haberle rompido. Y juntando turbada los divididos pedazos, dio a cada uno su lugar y luego leyó así:

«De tus palabras siempre creí que no me querías; pero de tus ojos nunca me pude persuadir a que no me adorabas. Y en esta parte pienso que son los testigos más abonados; pero mintieron, hermosa Diana, que en fin son de mujer aunque son tuyos. Perdóname si te hablo atrevido; y pues tengo razón, ni te disculpes ni me castigues; y advierte que no es mi intento impedir el estado que tienes; que gracias a Dios sé que es el más seguro, aunque no es el más fácil. Lo que te quiero preguntar es si mi madre, con algún género de violencia, te ha persuadido a que sigas sin gusto tuyo; porque, si es así, hágote saber que te ha de costar el obedecerla vivir desesperada y perder con la vida el alma; porque un estado a disgusto no suele tener otros fines. Tiempo tienes, Diana, para volver por tu libertad; y para que veas si mi amor es fingido, porque te amo y porque tengo por cierto que vives ahora contra tu voluntad, digo que desde aquí prometo ser tu esposo; que para mí no he menester más calidad que tu virtud y tu cara, que si me tienes amor, con esto te he dicho harto. Tu esposo don Félix».

Admiróle a Diana la resolución de don Félix, y como el fuego de su amor, aunque estaba suspendido, no estaba muerto, volvió a dar nuevo aliento a las calientes cenizas. En fin, salió decretado de entendimiento que era locura vivir descontenta toda la vida, por hacer el gusto de Casandra; y

pocos días antes de la profesión la rogó no se cansase en fiestas ni en prevenciones, porque ella no se hallaba con ánimo de perseverar en aquel estado; fuera de que tenía marido que lo estorbase. Y en este tiempo vino don Félix, que ya estaba avisado, y confirmó que Diana era su esposa.

Sacáronla luego del monasterio con lágrimas de todas, y aun con envidia de alguna que se holgara de acompañarla. Quedó Casandra muerta, y llamándola en secreto con determinación de decirle quién era, la rogó no la diese tanto pesar, que se casase con don Félix; porque el día que lo hiciera, sería el último que la había de ver; y que si quería casarse con otro, prometía favorecerla con tantas veras que se espantase el mundo de su liberalidad.

—Por cierto, señora —replicó Diana—, que no acabo de entender la causa que te obliga a sentir tan mal de estas cosas, porque si como tú dices me tienes tanto amor, parece-me que amar a una persona no es quitarla el bien que la promete el cielo, procurando escurecer su fortuna. Y si piensas que obligas a tu hijo estorbando su amor, porque me sangre no le iguala, es engaño conocido; porque quitarle el gusto más merece el nombre de tiranía. Mi calidad no puedo decir que es más ni menos, porque ignoro los padres que tuve; pero como suele un hombre hacer hermoso el objeto que ama con la imaginación, aunque no le sea, así don Félix puede presumir que soy noble, pues no le cuesta más que encomendarlo a su pensamiento; que harta nobleza me sobra, pues tuve suerte para agradarle. Y si esto es verdad, ¿de qué sirve ser tan cruel con tu sangre y conmigo; y que siendo tú quien más había de alentarme, seas solamente quien me desanime?

Responderla quiso Casandra con el desengaño; pero la vergüenza y el temor la pusieron un nudo en la garganta; que esto de llegar a quitarse una mujer el honor a sí misma es dificultoso en su naturaleza. Mucho erraba Casandra en callar aquella verdad, que a todas horas la estaba dando voces con

el pecho, mas la extrañeza del delito la disculpa; y así, viendo resuelta a Diana de gozar por esposo al que era hermano y padre suyo, buscaba medios que estorbasen el amor de entrambos. Y acordándose de una señora a quien don Félix antes de amar a Diana había querido, y que se murmuraba que la debía su honra, se fue a su casa y la dijo que ella se había informado de que su hijo la tenía obligaciones, que no podían satisfacerse menos que con ser su esposo, y que no era justo que se casase con una criada suya, cuyo nacimiento podía deslucir su sangre, teniendo tan antiguas deudas.

Con la justa admiración la escuchó Fulgencia (que así se llamaba esta dama), y después de encarecer el favor que la hacía, y dejar salir algunos suspiros, que la ingratitud de don Félix tenía depositados en su pecho, la dijo:

—Debe de hacer ocho meses que, saliendo una mañana de mayo con dos amigos y una criada a curar el achaque de una opilación, aunque más con deseo de ser vista que con ánimo de tomar el acero, me vio don Félix y llegando a comprar unos ramilletes en Provincia, donde todas las mañanas de este mes hay un jardín portátil, según él dijo le pareció bien; pero engañáronme sus ojos y sus palabras, pues las obras me lo han dicho tan a mi costa, y con despejo de soldado, si bien con la cortesía que se debe tener con las mujeres, se llegó a mí (o por más hermosa o por más desdichada) con los engaños y lisonjas que en semejantes ocasiones dicen todos. No pude culparle de atrevido, porque cuando las mujeres van dando ocasión, no es mucho que pierdan el respeto a su decoro. Siguióme toda la mañana, galán y cortesano, encareciendo con mentiras y amores (que a mi opinión todo es uno) el que me tenía, hasta que me dejó en mi calle. Apenas al siguiente día el amante de Dafne esparcía sus rayos, cuando vi a don Félix que estaba en la puerta de mi casa aguardándome. Salí con más cuidado, así en el vestido como en la cara, pareciéndome que ya tenía quien me mirase con alguna atención. Llevaba un faldellín de damasco verde

con pretinillas de lo mismo, sombrero de color con plumas, pies pequeños con zapatos de ámbar; y sobre todo, muy poco juicio. Porfió don Félix, y en efecto, lo que resultó fue que, enternecida a sus ruegos, confiada en sus palabras, y lo que más es, perdida por su talle, le hice dueño de mi honor: tan poderoso es el amor de una mujer, el engaño de un hombre y la ocasión de entramos. Prometió ser mi esposo, si bien no es bastante disculpa para mi yerro, que no la tienen una mujer que se fía de quien con la fuerza del deseo promete lo que suele negar arrepentido. Bien lo tengo experimentado, pues apenas me gozó cuando hallé el desengaño de esta verdad; porque luego empezó a descuidarse tanto conmigo, que se pasaba muchos días sin que le viese. Lo que entonces sentí y lo que lloré no lo digo, porque ni sé ni puedo. Supe que la causa de olvidarme era por amar con extremo a una criada suya, que sin duda debe ser esa misma. Vime burlada y aborrecida, dos agravios para una mujer de bien, los mayores que puede usar la traición de los hombres. Procuré hablarle por haber la ocasión que le obligaba a semejante ingratitud; mas no lo pudieron alcanzar mis ruegos ni mis lágrimas: que los hombres en viéndose culpados, por no satisfacer no escuchan; y así, me obligó a decir mis quejas a un papel y mi liviandad a una amiga, para que le riñese sus sinrazones. Pero la respuesta fue de suerte que aun ahora la temo. ¡Ay, señora mía, si una mujer cuando aventura su opinión se acordara del pago que han dado a otras, qué cierto sería que hubiera menos burladas en el mundo! Lo que me respondió fue que cuando dijo que me tenía amor, estaba empleado en Diana; y que por desplicarse de sus desdenes, y parecerle que yo recibía con gusto su voluntad, había proseguido en desvanecerme; y así, procurase olvidar los pensamientos (si tenía algunos) de ser suya, porque era imposible, y de pretenderlo sólo podía seguirse tenerle menos obligado y hacer más pública mi deshonor. Bien me podéis creer que, cuando pasé los ojos por estas razones, quisiera tenerle delante para hacerle pedazos y satisfacer con su sangre mi justa venganza. Mas

viendo que si ponía en manos de la justicia la mucha que tenía, era quedar con eterna infamia, porque él había de salir con victoria de todo, por tener hacienda que le solicitase las sentencias, me determiné a callar mi agravio. Esto es, señora, lo que me de-be don Félix; mirad vos si tengo causa bastante para ser suya y para quejarme mientras viviere de su trato y de mi desdicha.

Grande fue el contento que recibió Casandra con la historia de Fulgencia por haber hallado ocasión tan fuerte para dividir a Diana y a don Félix. Y así, después de consolar a la triste y afligida dama, habló a sus padres y les contó la traición de su hijo, disculpando en todo a Fulgencia; y prometiéndoles que había de ser su esposo, aunque le pesase, porque quien podía hacer dudoso el pleito era ella, gastando dos mil escudos para librar a su hijo; pero que estaba de tan diferente parecer, que si fuera necesario juraría contra don Félix. De manera que por cualquier camino estaría el pleito seguro, pues lo más que él podía hacer, si la aborrecía, era casarse y dejar luego a España, y eso importaba poco, pues en cuanto a su honra ya lo cobraba con ser su marido; en lo demás ella tenía seis mil ducados cada año con que podía haber moderadamente para todos. Sintieron los padres de Fulgencia su liviandad, mas viendo lo que Casandra les prometía, disimularon cuerdamente; y sin dilatarlo más, hicieron información con todo secreto.

Ya Diana esperaba por puntos a don Félix, que más enamorado cada día de sus hermosos ojos iba abreviando su desposorio, y el padre de Fulgencia, pensando que con buenas palabras pudiera reducirle a lo que después había de hacer forzado, se llegó a hablarle, y le refirió todo lo que pasaba; mas respondióle don Félix tan colérico y libre, que le obligó a sacar un nombramiento para prenderle y hacer que moderase en la cárcel los bríos que había cobrado en la soldadesca. No faltó quien avisase a don Félix del riesgo que tenía si le prendiesen, porque su madre era quien más le perseguía; y

recelándose de alguna violencia, se llegó a Diana y diciéndola que por quererla tanto era forzoso estar algunos días sin verla, se despidió de sus ojos y de sus brazos.

Confusa quedó Diana escuchando novedad tan grande, mas cuando vio que la justicia hacía diligencia para buscarle, no podía entender lo que encerraba aquella enigma. Y aunque la dijeron la causa, no quiso creerla, porque del amor de don Félix le parecía imposible que hubiese mirado otros ojos; pero cuando advirtió que se ponía el pleito, que don Félix faltaba y que Fulgencia decía que era su marido, porque las obligaciones que la tenían eran de tal peso que no podían pasar sin paga, creyólo de suerte que con sus propias manos quiso poner fin a su vida.

—¡Ay ingrato! —decía bañándose en su mismo aljófar—, ¿este es el amor con que me esperabas? Muy bien has pagado mi voluntad, pues sabe Dios que no te lo he merecido; pero sin duda es venganza del cielo, que quien dejó de ser esposa suya por estimarte, bien merece cualquier castigo. Nunca pensé, traidor, que en los hombres principales había bajezas; pero engañéme, porque en fin son hombres; y si bien esto hacen con nosotras, ¿cómo nos infaman murmurando de nuestras costumbres y de nuestra naturaleza? Una cosa solamente me ha de servir de consuelo, y es que ninguno ha de engañarme segunda vez, porque si don Félix, cuando está más fino y cuando hace tantos géneros de locuras, tiene aquesto encubierto, ¿qué puede esperarse de los demás? Paréceme que si él estuviera aquí, me respondiera que no por gozar un hombre de otros brazos, deja de amar al dueño principal. Pero dijérale yo que mentía, que quien ama de veras no ha de tener ánimo para mirar otros ojos, aunque sea de burlas, porque la voluntad, cuando es verdadera, no puede pasar por semejantes traiciones. Confieso que he tenido mucha culpa en haberte creído; pero, ¿por qué no te había de creer mil veces, viéndote intentar por tu loco amor no finezas, sino desatinos? ¡Ah traidor don Félix, así como te di

lugar en el alma consintiera en otros deseos buena quedara mi honestidad, pues ya eras ajeno!, ¿quién duda que en cualquier parte te alabarás de haber engañado y vencido el recato de dos mujeres principales? Pues engañóte tu presunción, que aunque te quiero más que Fulgencia, no por eso me olvido de mi honor, que amar a un hombre y servirle hasta perder la vida, es cosa justa, y más si se llama esposo o lo solicita; pero aventurar la honra antes que lo sea, por cumplir sus locos antojos, no hay voluntad que lo mande ni lo aconseje.

Así se quejaba la hermosa Diana, pidiendo al cielo que antes que le viese en poder de Fulgencia a ella o a él los quitase la vida.

Pasáronse muchos días sin tener nuevas de don Félix; el pleito estaba tan bien solicitado, que sólo le aguardaban para concluirse. Casandra vivía confusa y Fulgencia con esperanza de cobrar el honor perdido; mas a todas sacó de duda una carta que desde Sanlúcar escribió don Félix a su madre, que decía:

«Pues en V.M. no he tenido madre que me ampare, sino enemigo que me persiga, tenga por cierto que no me verán sus ojos en España. Mañana me embarco con intento de llegar a Lima, que aun en el otro mundo no sé si estaré libre de llegar seguro de sus crueldades. La razón que me obliga es solamente huir de quien aborrezco, porque me parece menos peligroso el mar que un casamiento a disgusto. Y si acaso V.M. se hubiere cansado de ser tirana conmigo, dígame a Diana que siempre me debe una misma voluntad; y si vale el ruego de un ausente, la suplico no disponga de la suya, porque aún no he perdido las esperanzas de gozarla. De Sanlúcar, etc.».

Mucho dio que dudar y que sentir esta carta, y más a Fulgencia, que, viéndose sin gusto y sin honra, murmurada de sus deudos y martirizada de sus padres, que a todas horas la acusaban de fácil y liviana, se resolvió a huir de todos en el sagrado de un convento, donde estuvo el primer año tan contenta y favorecida del cielo, que casi tuvo a ventura su yerro, por haber sido causa de hallar estado tan libre de las desdi-

chas que suelen sobrar en el siglo. Y en efecto, olvidada de don Félix, hizo su profesión y dio gracias al cielo de que la había alumbrado el alma, cuando estaba más ajena de remedio y de gusto.

Bien diferente lo pasaba Diana, porque sin poder borrar de la memoria a don Félix, y hacer año y medio que no le veía, le lloraba como si se acabase de ausentar. Y lo que más la ofendía era ver a su señora que la perseguía, porque eligiese estado, cosa que era imposible viviendo don Félix y estando ya sin el estorbo de Fulgencia. Ofreciósele en este tiempo a Casandra hacer una ausencia de Madrid por quince días, y mirando a Diana con tan poco gusto, no se atrevió a decirla que la acompañase, por saber lo que había de responder; sólo la mando que en tanto que estaba ausente pensase lo que había de hacer de su vida, porque ya estaba cansada de los importunos ruegos de sus amantes, y si a la vuelta no la hallaba determinada, podía hacer cuenta que no la conocía.

Fuese con esto y quedó Diana afligida de ver que era forzoso ser ingrata a lo mucho que debía a su señora. Y estando una tarde llorando su fortuna y la ausencia de don Félix, llegó a ella un hombre diciendo que le traía un recado de cierta amiga suya, y asegurándose primero de que era Diana, la dijo que en un lugar de las Indias estuvo con un caballero, el cual, sabiendo que venía a España, le había rogado le diese en secreto aquel pliego. Turbada entonces Diana, leyó el sobrescrito, y conociendo que la letra era de su ausente dueño, le respondió antes de abrirle:

—Bien pienso que me habréis visto en los ojos el alma, y así me puedo excusar de encarecer el gusto que he recibido; mas porque no quisiera que la gente de mi casa sospechara algo, no me detengo con vos y porque el deseo de saber lo que me escribe don Félix no me consiente más cortesía.

—Harto tengo que deciros acerca de su ausencia —replicó el criado—, y así mirad en qué ocasión puedo hablaros con menos testigos.

—De día será imposible —dijo Diana—, porque tengo muchos fiscales, que no llevan bien cualquiera cosa de don Félix en tocando a esta voluntad; pero si no os cansáis de hacerme merced, venid esta noche y por esta reja baja podremos hablar más seguros y os pagaré el porte de la carta.

Despidiéronse con este concierto, y Diana, loca con la nueva alegría, se retiró a su cuarto, y más lo estuvo cuando leyó la carta, porque toda venía llena de humildades y lástimas, encareciendo la triste vida que pasaba sin su hermosura; pero que tenía confianza de que antes de muchos días había de verse en sus brazos, y que el mensajero le daría cuenta de su determinación.

En tanto que Diana solemnizaba su dicha, se llegó la noche y la hora en que había de saber los varios sucesos de don Félix. Bajó a la reja y vio junto a ella un hombre solo, que en sintiendo ruido y conociendo que era Diana, la dijo que por lo menos no podía acusarle de perezoso, porque hacía más de dos horas que la esperaba.

—Yo os prometo —respondió ella— que tampoco ha sido descuido mío, sino advertencia de aguardar a que toda la gente de mi casa se recoja para poder hablar con menos miedo.

—Sin él no estaré yo —replicó algo turbado el hombre—, porque los galanes que conquistan estas paredes son tantos, que si os confieso verdad, más temor he tenido en el tiempo que he paseado esta calle que en algunos años que me ha visto Milán a los ojos de los enemigos. Y así os quisiera suplicar (si vuestro amor lo consiente) se dilate para otro día esta conversación, pues estoy, como digo, con algún recelo por estar solo y no con bastantes armas para defenderme.

—No sé yo —respondió Diana— la ocasión que pueden haber dado mis ojos a nadie para que mire atrevidamente estas rejas; porque os puedo asegurar que después que se ausentó don Félix aún no he tenido ánimo de preguntar a un

espejo por mi hermosura, que en faltándole a una mujer el gusto ni se acuerda de la cara ni otros accidentes. Las pesadumbres, los celos y las ansias con que me dejó fueron de manera que, si no es hoy, no puedo decir que he tenido una hora de gusto. Esto os he dicho; porque si alguno se desvanece, no imaginéis que soy parte en su locura, porque las mujeres principales, cuando se empeñan en amar a un hombre, no es para divertirse a otros desvelos. Pero volviendo a vuestro temor, digo que ni quiero que vos estéis con ese disgusto, ni yo he de poder pasar esta noche sin hablar en don Félix. Y así me parece, que en viendo que no pasa gente, llegaréis a esa primera puerta, abriendo con esta llave, y yo os estaré aguardando; para que con más seguridad podáis, hasta que llegue el día, hacerme el favor que decís.

Hízolo así, y recibióle Diana con grandes muestras de alegría; y apenas estuvo dentro, cuando vio que el hombre que traía consigo era don Félix. El cual, abrazándose della, estuvo un gran rato sin poder hablar. Volvió a mirarle Diana, y quedó tan suspensa, que casi le abrazaba con miedo, pensando que era alguna ilusión de su fantasía, que suele con las especies que conserva de las cosas vistas proponer a los ojos una forma semejante a lo que desea; y don Félix, por no tenerla turbada, dijo:

—Después que supe, Diana, la resolución de Fulgencia por aquella pasada travesura, no quise esperar los rigores de la justicia, y más sabiendo lo mucho que favorecen las leyes el honor de cualquiera mujer. Y estando en la casa de un amigo con ánimo de ausentarme, le pareció a él y a mí que era mejor medio quedarme en Madrid, hasta ver el fin que tenían estas cosas, determinándome primero a no salir de una sala en todo este tiempo. Y para que desconfiada de ser mía dispusiese Fulgencia de su voluntad, escribí aquella carta fingiendo que estaba en Sanlúcar. Supe después que Fulgencia era religiosa y que había profesado; con que, seguro de mis temores, me prometí la cierta posesión de tu divina hermosu-

ra, y cuando estaba ya dispuesto para venir públicamente a mi casa, me dijeron que se ausentaba mi madre por algunos días, y porque no pudiese impedir (como otras veces) nuestros amores, aguardé a que se fuese. Luego te envié la carta que ayer recibiste, y después ha sucedido lo que has visto. Esta es, hermosa Diana, la breve relación de mi historia, que no puedo llamar ausencia, pues siempre he tenido el mismo lugar en tu memoria. Yo te adoro por tu virtud y firmeza, y estoy dispuesto a cumplir la palabra que con tanta razón te debo; pues por lo menos ahora ni Casandra lo puede estorbar ni hay otra Fulgencia que lo impida.

Por bien empleado dio la hermosa Diana cuantos trabajos había padecido, viendo que paraban en tanto gusto, y dijo a don Félix, que ya estaba satisfecha de su voluntad, y que así, procurase, antes que viniese su señora, trazarlo de modo que no pudiera deshacerlo su diligencia; pero advirtiese que primero había de ser su esposo, para no aventurarse con peligro de su honestidad, porque en siendo de otra suerte [no] la había de perdonar. Y como don Félix la amaba para propia, estimó por favor aquella honesta resistencia, y la rogó que le esperase y vería con cuánta facilidad la aseguraba.

Fue luego en casa de su amigo, y con él y un criado y el cura de la misma parroquia volvió donde estaba Diana, y en desposándolos se despidieron, quedando Diana tan contenta de lo que había sucedido como vergonzosa de lo que esperaba (que aun en las cosas que se desean tiene su lugar el recato).

Vino la descuidada Casandra, y hallando tan inpensadamente a don Félix, que ya se llamaba esposo de Diana, y coligiendo lo que podría haber pasado entre dos que se amaban y no tenían quien los estorbase, se quedó difunta. Y por no hacerse sospechosa con sus hijos, acreditó la prudente elección de entrambos; pero cuando se vio sola, considerando que ella tenía la culpa de aquel suceso, se deshacía en un perpetuo llanto, y se volvía loca, viendo que con la licencia de recién casados estaban juntos a todas horas.

Dos años vivió Casandra con eternas lágrimas y profunda tristeza, hasta que la muerte la atajó este sentimiento; porque una enfermedad, aunque de poca consideración, bastó a quitarle la vida; que no ha menester mucha causa quien vive muriendo. Lloró don Félix la muerte de su madre, y más lo que por su ocasión le quedó que padecer; pues fue la mayor desgracia que le pudo suceder a un hombre que tenía tanto amor, tanto gusto y tantas obligaciones; porque, cuando ya Casandra estaba peleando con la muerte, o mal aconsejada de la persona con quien comunicó este caso o pensando que acertaba, le llamó y dio un papel, diciendo:

—Hijo, si acaso este nombre basta a enternecerte, te ruego que hasta que yo haya pasado de esta triste vida, y tenga mi cuerpo aquel breve sepulcro que ha de aposentar a tantos, no le leas, y después le mires con atención y adviertas que solamente lo que en él te digo me ha puesto en el estado que ves.

Y echándole mil veces su bendición, se volvió a un crucifijo, y haciendo los ojos y el corazón lo que ya no podía la lengua, se despidió el alma de los humanos lazos, con admiración y lástimas de los presentes. Hízolo así don Félix, y después de haber cumplido con las exequias y honras últimas, se recogió a su aposento, y abriendo el papel vio que con mal formadas letras decía:

«Don Félix: yo te doy licencia, que cuando leyeres estos renglones me tengas por la mujer más desdichada y más infame que ha nacido en el mundo. Y porque creas mejor esta verdad (que no estoy en tiempo para no decirla), has de saber que yo nací con tan mala inclinación, que cuando miraba me parecía bien; y en efecto, fui tan loca, liviana y descompuesta, que vencida de un lascivo pensamiento puse los ojos en tu persona; y sabiendo que como mozo mirabas bien entonces a una criada mía, que llamaban Lisena, tracé con ella que yo te aguardase en su lugar, para que me gozases con aquel engaño; pero fue tan desgraciadamente, que luego me sentí preñada, cosa que me obligó a enviarte a España y

que yo me ausentase de Madrid en tanto que salía a luz Diana, que es la que tienes en posesión de tu esposa, siendo tu hija por haberla engendrado y tu hermana por ser hija mía; y esta fue la causa porque en tantas ocasiones estorbé tu amor; pero, en fin, pudo más mi desdicha que mi deseo. Esto te he dicho, porque des orden de buscar el remedio que más importe a la seguridad de tu alma y no quieras vivir como bárbaro, ofendiendo al cielo y a la Naturaleza».

Puso fin al papel don Félix con mil suspiros, y llevándole al fuego, porque solamente su pecho entendiese aquella desdicha, se arrojó en la cama haciendo tales extremos que todos le tenían justa lástima; y pensando que era dolor de la muerte de su madre le consolaban; pero como suele un hombre sin juicio ni saber lo que hace ni atender a lo que le dicen, así don Félix ni oía ni hablaba, ni aun sabía lo que le había sucedido. Llegábase a él la afligida Diana, y dejando caer cantidad de aljófara sobre las mejillas, que por estar faltas del rosado color parecían perlas en azucena o en rosa blanca, le rogaba que, pues sabía que no podía ella de tener más vida que lo que durase la suya, no se la quitase tan rigurosamente. Volvía a mirarla el afligido caballero, porque la voz le lastimaba el alma y su dueño tenían gran imperio en su voluntad; mas presumiendo que podría enojarse su sangre, si la miraba con ojos de esposo y con caricias de enamorado, huía de ella como si no la amara; y se iba al campo a dar voces y quejas contra la crueldad de su madre, pues pudiera callar su deshonra y dejarle vivir con aquel engaño, que mientras le ignoraba no tenía obligación de prevenirle ni remediarle. Andaba todo el día como embelesado, ofendido de tristes imaginaciones, sin hallar camino por donde pudiese vivir con sosiego, porque contarle la causa a su esposa era escandalizarla, y no acaso para fiarle del secreto de una mujer. Vivir con ella y gozarla como solía era ocasionar al cielo que, aunque lo consentía, lo miraba. Ausentarse de sus ojos no era posible porque la adoraba. Deshacer el sacramento tampoco era justo porque el cielo les había dado hijos. Pues estar en su compa-

ña sin corresponder a gustos de amante y a deudas de marido era hacerse sospechoso en su amor con ella y aun dar ocasión a su deshonor, que más de una mujer por ver descuidado a su esposo ha intentado algún desatino. En fin, el triste don Félix en todo hallaba inconvenientes y dificultades, viviendo con la mayor confusión que ha padecido hombre en el mundo; y lo que más le afligía era mirar a Diana tan llorosa y muerta que le atravesaba el corazón cada vez que la veía. Y así se resolvió a fiar esta dificultad a un religioso de la Compañía de Jesús, y de los más graves y doctos que había en ella, que todos lo son, el cual le consoló y prometió solicitar su quietud con todas veras. Y luego lo comunicó con algunos de su casa y con muchos de los Catedráticos de la insigne Universidad de Salamanca y Alcalá, y de todos salió determinado que viviese con su esposa como antes, pues él ni ella habían tenido culpa en el delito. Habló con esto a don Félix, y cuando él vio firmado de tantos ingenios que podría seguramente gozar de la hermosa Diana se echó a sus pies agradeciéndole con lágrimas el favor que le había hecho, pues le sacaba de tan gran confusión. Volvió don Félix a su casa tan diferente que Diana atribuyó a piedad del cielo la nueva mudanza, y así vivieron contentos y conformes amándose por muchas causas, pues no era la menor tener tan unida la sangre que sus hijos vinieron a ser hermanos y primos: hermanos por ser hijos de Diana y don Félix, y primos por ser hijos de dos hermanos.

## ANDRÉS DE PRADO

*Apenas se disponen de datos sobre la vida de Andrés de Prado, natural de Sigüenza (Guadalajara), y residente algún tiempo en Zaragoza, según se desprende del marco de algunos de sus relatos.*

*Esta ausencia de noticias biográficas de Andrés de Prado ha sido constatada por los que se han acercado a su obra como Cayetano Rosell, Evangelina Rodríguez Cuadros y Begoña Ripoll.*

*La profesora Rodríguez Cuadros intuye en él una función aneja a lo eclesiástico, aunque confiesa que todo lo que ha podido averiguar se desprende de citas circunstanciales extraídas de la monumental obra de fray Toribio de Mingüella, Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos, Madrid, 1913<sup>21</sup>.*

*Su condición eclesiástica no parece muy compatible, sin embargo, con algunos de los temas e incluso de los recursos y artificios de sus obras.*

*Tampoco existe constancia de que escribiese otros relatos aparte de los incluidos en la colección Meriendas del ingenio y*

---

<sup>21</sup> RODRÍGUEZ CUADROS, E., Introducción a *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII*, Madrid, Castalia, 1988, p. 43.

entretenimientos del gusto, *publicada en Zaragoza en el año 1663, donde se nos dice que De Prado era natural de Sigüenza.*

*La colección estaba integrada por estas seis novelitas: El cochero honroso, La vengada a su pesar, El señalado, La peregrina, La más esquivia hermosura y Ardid de la pobreza y astucias de Vireno.*

*Las seis se reimprimieron en el tomo IV de la Colección de novelas escogidas, compuestas por los mejores ingenios españoles, Zaragoza, Imprenta de González, 1788, juntamente con La desobediencia de los hijos castigada, de Matías de los Reyes, y Los Cómicos amantes, de Barbadillo.*

*De esta colección ha sido extraído El cochero honroso, modernizando la ortografía, la acentuación y representando gráficamente los diálogos con guiones.*

*En el relato, Madrid es presentado como «caos de naciones, yema y centro de toda España, catre y lucida silla de los ínclitos reyes españoles». El agudo ingenio del autor advierte muy pronto «que como es la Corte fuente en donde acuden todos, están agotadas sus corrientes».*

*A ella, llega, sin embargo, el protagonista de El cochero honroso, el ilustre don Rodrigo, que, siguiendo las leyes del decoro, y acorde con la profesión que empieza a desempeñar, cambia su nombre por el de Bernabé. A ella acude también el indiano don Alejandro, que admite en su servicio a nuestro protagonista. Don Alejandro «pone los ojos» en Matilde, una dama viuda, natural de Sevilla, que era celebrada en toda la Corte con el nombre de la Fénix Andaluza.*

*Pronto se arreglan las bodas entre don Alejandro y doña Matilde, y, entre los muchos títulos que a ellas asisten, destaca «uno de los más ricos y galanes de toda la Corte», llamado D. Enrique. Éste, que en tiempos pasados había sido «apasionado de la sin par belleza de Matilde», volvió a sentir encendida una llama que creía apagada.*

*Planteado este enredo, Andrés de Prado sabe ir escalonando cada una de las delicadas situaciones y preparar un habilidoso desenlace.*

*La Corte es un juego de realidades y de apariencias, de máscaras y disfraces, y nuestro protagonista, «el cochero honroso», interviene primero como personaje secundario de esta comedia, para lo cual habrá de cambiar su traje de forastero en cortesano, y de cortesano en sirviente. Con el desarrollo de la acción, el cochero Bernabé, que siempre ha ido mostrando tras su disfraz la nobleza de su sangre, recupera su verdadero nombre y se convierte en uno de los personajes principales.*

*Antes de llegar al desenlace, al cochero y a los demás responsables de la intriga, los vemos transitar por la Puerta del Sol, recorrer el Paseo de Recoletos y el Prado, atravesar el puente de Segovia y llegar hasta la Casa de Campo. Este último lugar es descrito en uno de los momentos de la narración como un paraíso, como «un deleitoso pensil, un ameno sitio, a quien el cristalino Manzanares fertiliza con sus menguadas y salutíferas corrientes».*

*La novelita, que inserta alguna sentencia senequista e incluye varias poesías con las que los enamorados cantan las bellezas de sus amantes, presenta, como otras de este género, un evidente parentesco con la comedia áurea.*

## EL COCHERO HONROSO

Granada, ciudad famosa, célebre por la mucha Nobleza que la ilustra, antigua y excelsa Corte de los Reyes Moros Almanzor y otros, suntuosa en edificios, circunvalada de fuertes y torreados muros, magnífica Alhambra y elevado Alcázar, enriquecida con el famoso cuanto eminente monte que ha merecido el nombre de Santo por antonomasia, digno hipóbole a su soberano culto, habitada de ricos caballeros, como de bellas y discretas hermosuras, fue patria de uno dotado de las partes de naturaleza, y bastantemente próspero en bienes de fortuna.

Quedó de pocos años sin padres y único heredero de un cuantioso mayorazgo, que en breve consumió en festejos, juegos y lucimiento desordenado de su persona; salió famoso jinete de ambas sillas, y así por esta ocasión fue grande el gasto de caballos y de lacayos que tuvo don Rodrigo (que así se llamaba nuestro caballero) no dejando cosa alguna de su mayorazgo, siendo el más querido y estimado de los de su edad y de las damas de su patria. Pero viéndose sin caudal, le fue forzoso pedirlo a los amigos y acudir a los garitos donde había jugado, a ver si le daban los que le habían ganado su hacienda, viviendo por esta ocasión el hombre más melancólico del mundo. Viéndose con tanta miseria le

pareció dejar su patria y pasarse a la Corte, imaginando que en ella, sirviendo a un señor, tendría alguna mejora en su fortuna. Animóle a esto tener en servicio de S.M. un deudo de su padre en el oficio de secretario, hombre ya mayor y de los de más estima. Con este intento hizo su viaje sin dar parte a sus amigos, y siguiendo sus jornadas llegó a aquel caos de naciones, yema y centro de toda España, catre y lucida silla de los ínclitos Reyes Españoles. Y habiendo descansado dos días, y mudado el traje de forastero en el de cortesano, fue a visitar a su deudo; pero diciéndole quien era, mostró gran disimulo, diciendo no conocerle, ni acordarse de que pudiera serlo. ¡Qué propio es de los que se ven en la cumbre del monte desconocer a los que están en la falda! Quien mira de muy alto le parecen los gigantes enanos, así le sucedió a este, que como estaba don Rodrigo en lo ínfimo, y su deudo en lo supremo de la felicidad lo desconoció. Viéndose, pues, sin ningún asilo, trató de buscar quien le quisiera admitir en su servicio, mas no lo consiguió tan apriesa como su necesidad pedía, que como es la Corte fuente en donde acuden todos, están agotadas sus corrientes; por lo cual hubo de llegar a vender hasta la ropa de su limpieza, ocupándose en oficios indecentes a su calidad y persona.

A este tiempo vino a la Corte un caballero indiano, rico y próspero, el cual puso los ojos en una dama viuda, natural de la ciudad de Sevilla, y de las de más perfección, que en aquel archivo de bellezas se llevaba el lauro por su mucha hermosura y singular discreción, habiendo por esto adquirido el renombre de la Fénix Andaluza, con el cual era igualmente celebrada de toda la Corte.

A esta vio don Alejandro, que así se llamaba el indiano, quedando tan cautivo de su vista, que pudiera decir lo que el excelente don Francisco de Quevedo, hablando de unos ojos, con el dicho del famoso Alejandro en sus conquistas: vine, vi y vencí, donde dice:

Si os viera como yo os vi  
ojos César, que atrevido  
dijo, vine, vi y vencí,  
pudiera decir así:  
Vine, cegué y fui vencido.

Tales eran los de la sevillana deidad, que así que los vio el indiano se confesó gustoso esclavo de sus lucientes rayos, ofreciéndoles el alma en obsequio, y desde este punto la galanteó tan declaradamente, que con ser la Corte tan dilatada, no se hablaba de otra novedad sino del lucimiento con que este caballero se portaba. Puso grande ostentación de casa, recibiendo gentiles hombres, pajes y lacayos, con lo demás necesario para un hombre que quería subir por su hacienda, ya que no había podido por su calidad, pareciéndole esta la mayor (verdad la más válida en estos tiempos). Ya queda dicho en la miseria que a esta sazón se hallaba don Rodrigo, y en cuán bajo estado se veía por su hábito, que era el de un hombre rústico. Parecióle acomodarse por esta causa con este caballero, y sabiendo que le faltaba cochero, solicitó ocupar este oficio, movido de su necesidad. Consiguiólo fácilmente, comenzando a mejorar de fortuna (si puede ser en quien se había visto en la prosperidad referida), mudóse el nombre, llamándose Bernabé, para más encubrirse, comenzando a servir a don Alejandro con mucho cuidado.

Hizo este caballero vistosas libreas de los colores de su dama, tocándole una a Bernabé con todos sus adherentes, teniendo con esto nuestro héroe con que andar limpio, mostrando entre su disfraz la calidad de su sangre oculta, que el oro, aunque cubierto de la materia terrestre, siempre por algún lado descubre sus quilates, así en este caballero, que aunque oculta su nobleza con el que le motivó su miseria, siempre mostró un diseño de su naturaleza ilustre, pues jamás le vieron acompañado con los de su oficio, ni ocupado en sus acostumbrados divertimientos.

No cesaba don Alejandro en su galanteo, siendo bien admitido de Matilde (que así se llamaba la sevillana) cuyos intentos se dirigían a alcanzarle por su esposo, pareciéndole muy fácil por ser muy rica; esmalte que como tal campeaba sobre las partes de naturaleza que pródiga las había depositado en este sujeto con las ventajas que se han dicho. Sucedió, pues, que para darla claras muestras de su amor, trató de explicarle en una música, para cuyo efecto buscó los más diestros músicos de la Corte, y en el silencio de la noche, estando ya todo prevenido, cantaron así:

Al arma toca Cupido  
con dos flechas de azabache,  
ojos que en Matilde brillan  
para rendir voluntades.  
A dulce guerra convoca  
toda libertad amante,  
todo rendido es valiente,  
todo rebelde cobarde.  
El corazón desalado  
se presenta en el combate,  
porque vive Salamandra  
en medio de sus volcanes.  
Toda la llama agasaja  
el albedrío constante,  
y cual ciega mariposa  
de los riesgos hace alarde.  
Si el deseo competencias  
teme, previene el alcance,  
y denodado se arroja  
sin temer dificultades.  
Con el favor alentada  
enarbola el estandarte  
la voluntad adalid  
con la confianza amable.  
Pero los contrarios celos

se rehacen arrogantes,  
destruyendo todo el campo  
con aparentes Roldanes.  
Ilusiones son sus tiros,  
sombras son sus capitanes,  
y como tal desvanecen  
a la luz de una fe grande.

Con sonoros ecos a la melodía de cuatro voces dio fin esta letra, y a sus acentos se oyeron muestras de haberla escuchado Matilde con un risueño susurro, que conocido de don Alejandro previno a uno de los músicos para que solo cantase otra, que había hecho al haberla visto a su espejo, que es la siguiente:

De la luna de un espejo  
que su perfección dibuja  
se retiraba Matilde  
por no quedarse a la luna.  
Las ondas de su cabello,  
que su bello rostro inundan,  
al ver que las retrataba  
pródigas lo disimulan.  
De su frente la azucena,  
viendo que el cristal la usurpa,  
con ceño volvió la hoja,  
y sus agravios apunta.  
A los arcos de sus cejas  
el vendado Dios tributa  
lo severo de su arpón  
y los triunfos de su lucha.  
Viendo sus rasgados ojos  
pudo decir su hermosura,  
el estar acuchillados  
de valiente los gradúa.  
Cuanto en su rostro compiten

las rosas que Mayo apura,  
con un color, que es vergüenza,  
toda su osadía ocultan.  
A su nariz por perfecta  
la lengua se ofrece muda:  
pues toda alabanza es corta,  
no siendo poca ni mucha.  
Si quiero pintar sus labios  
todo el cristal lo rehúsa;  
porque en un punto de nácar  
ha de parar mi locura.  
Por esta beldad me muero,  
mas su blanca mano anuncia  
que en el hoyo de su barba  
tendré feliz sepultura.  
¡Oh, quiera amor que suceda!  
Que si merezco tal tumba,  
el día que yo muriere  
será el de mis aleluyas.

Atenta oyó Matilde esta letra desde un balcón que su casa tenía, juntamente con Florinda, criada de las más validas con su dueño, y estimada de esta dama con muchas ventajas a las de su servicio, con quien había comunicado sus intentos, y ella calificado por acertados, a quien dijo:

—¿Qué te parece, amiga, de estas finezas? ¿Son dignas de premio? Dime tu sentir, que pues no ignoras mis intentos, sabrás aconsejarme en lo que debo hacer.

A que acudió Florinda diciendo:

—¡Y cómo que son! Sé deciros, señora mía, que si a mí me correspondiera así Bernabé, el cochero de don Alejandro, vuestro amante, ya me hubiera declarado.

—Pues cómo —dijo Matilde—, ¿cochero tiene Alejandro que pueda arrastrar la voluntad de una doncella como vos?

—Y como qué —respondió la criada— y del más garifo<sup>22</sup> talle que mis ojos han visto, pues ha ocasionado el estar sin libertad.

—Bueno por mi vida —replicó la dama—; yo si queréis le hablaré para que cumpla con lo que tanto deseáis.

—Señora —respondió Florinda—, mi intento no es más de ser su esposa, que siendo otro, yo misma me hubiera sacado los ojos, que fueron los que me pusieron en el cautiverio que me veo.

—Pues con ese pretexto yo os ofrezco ser la medianera; esto supuesto, pues os parece que Alejandro es digno de mis favores, le quiero honrar por vuestro consejo, dándole entrada en mi casa, pues se la he dado en el alma.

Con esto viendo que ya los músicos se iban, se retiraron a reposar hasta el día siguiente. Lo mismo hizo don Alejandro, ufano de ver cuán bien se había logrado la música, por merecer la oyerla la causa de sus desvelos.

Llegó más tarde el día de lo que deseaban los dos enamorados sujetos; cuando nuestro caballero, dejando el lecho, salió a divertir la vista a un ameno jardín que tenía su posada, convidándole a este recreo risueñas fuentes, curiosos cuadros y parlerasavecillas, que con sonoras voces daban la bienvenida al rubicundo padre de la luz radiante Febo y rutilante Apolo.

En este delicioso sitio estaba cuando fue avisado que le buscaba Florinda, criada de Matilde, hízola entrar, y recibéndola cortés la dijo:

—¿Qué novedad es esta? Tan temprano viene la dicha a mi casa, sin duda soy favorecido.

—Sí, lo sois —respondió la doncella—, gracias a mi diligencia que ha solicitado vuestros favores de mi dueño.

---

<sup>22</sup> *Garifo*: vistoso.

—Yo lo estimo —replicó Alexandro— y en señal de que es así tomad esta cadena.

Esto dijo quitándose una que le cruzaba el pecho, de acendrado oro con finos esmaltes, que la doncella recibió encareciendo su largueza, y dándole un papel se despidió diciendo:

—Haced lo que mi señora os manda por ese, que ya sabéis tenéis en mí una esclava, y adiós, que me espera mi dueño.

Quedó fuera de sí de alegría, y besando el papel rompió la nema<sup>23</sup>, y vio que decía:

«A favoreceros me han movido vuestras finezas y las persuasiones de Florinda, tan vuestra aficionada, que dudo halléis quien haga mejor vuestras partes. Ya sabéis mi recato, conque no ignoraréis cómo se debe corresponder a las damas de mis prendas, cuando se empeñan con hombres como vos. Esta tarde os espero, donde creo hallar la debida recompensa a este favor. El Cielo os guarde. Matilde».

Muchas veces leyó estos renglones Alejandro, dudando de la verdad que publicaban (que es propio del entendimiento desconfiar en medio de las mayores muestras de su felicidad). Pero animóle a no poner duda la experiencia que esperaba hacer de esta verdad, y llamando a Celio, su caballerizo, le mandó tuviera prevenido uno de sus caballos para la hora que le señaló. Obedecióle puntual, y túvole un morcillo<sup>24</sup> andaluz, tan hijo de la noche, que apostaba a deslucir al día. En este, después de haber pasado la siesta, salió Alejandro acompañado de seis lacayos, dio un paseo por la calle de su dama, la cual, al ruido de las corbetas del guineo bruto, salió a su balcón a tiempo que Alejandro emparejaba con sus celosías, y levantando con su cándida mano una, tuvo tiempo nuestro caballero de hacerle una puntual cortesía, a que

---

<sup>23</sup> *Nema*: cierre de una carta.

<sup>24</sup> *Morcillo*: caballo de color negro con viso rojizo.

correspondió Matilde (encendido el jazmín de su rostro). Pasó airoso la calle, y habiendo dejado su caballo, volvió cariñoso a cumplir los mandatos de su dueño; recibéndole Matilde en una espaciosa y adornada pieza de ricos paños flamencos, donde tenía esta dama su estrado de tela negra y plata, claros indicios de su viudez, acompañada de Florinda que divertía el tiempo en un vistoso bordado. Era al parecer corte de una preciosa cota, cuyo guardafaldas brillaba en el torneado cuerpo de su señora; cuyos colores matizaba la artificial primavera, que con nevadas manos Florinda componía de varias sedas y brillantes hilos de tivar. Pasaron cortesés los primeros cumplimientos, exagerando Alejandro su dicha y Matilde su felicidad. Trataron de su amor, al paso que iba creciendo con el trato (regalos con que se alimenta el rapaz), quedando entre los dos ajustada esta amorosa conquista, con firmes palabras que se dieron, dirigidas al fin de unirse con el indisoluble lazo, logrando Alejandro en los favores de su dueño los empeños de su fe, los cariños de su amor, y los anhelos de su voluntad. A que viéndose con el premio dichoso hizo esta redondilla glosándola, rica con el galardón, y próspera por el autor, que no siempre el poeta es pobre:

*A un más allá del deseo  
ha pasado mi ventura;  
mi dicha más no procura,  
barto dichoso me veo.*

Matilde, favorecido  
de tu rara perfección,  
alegre mi corazón  
se ve; porque ha sido asido.  
Desvanézcase el olvido  
cuando tal gloria grangeo,  
que ha de ser vano trofeo  
de mi fe si más porfía,  
pues está la dicha mía

*a un más allá del deseo.*  
En esta cumbre crecida  
tenga duración mi fe,  
aunque de contento dé  
por la subida su vida.  
No tema fatal caída,  
pues el favor le asegura  
escala la más segura  
que me subió a tanta alteza  
cuando a alcanzar tu belleza  
*ha pasado mi ventura.*  
De este prodigio discreto  
soy el cautivo dichoso,  
confesándome amoroso  
a tal sujeto sujeto.  
Y pues de su amor perfeto  
me asegura su hermosura  
el favor que amor me jura,  
logrando la perfección,  
que da vida al corazón  
*mi dicha más no procura.*  
En esta feliz empresa  
la flecha que amor ofrece  
sólo su beldad merece,  
porque traviesa, atraviesa.  
Y haciendo del alma presa  
en este feliz empleo,  
en quien gustoso recreo  
la gloria del poseer.  
Pues la llegué a merecer  
*harto dichoso me veo.*

Estos versos dio después Alejandro a Matilde, que los celebró gustosa, viendo explicadas muy a su gusto las finezas de su amante.

Pasaron la tarde con dulces coloquios y algunas gracias de Florinda, la cual pidió a su señora diera noticia a este caballero de la afición que tenía a Bernabé. Hízolo esta dama, dando cuenta a su dueño del amor que Florinda tenía a su criado. Alentóla Alejandro, ofreciéndola hacer su casamiento, y darle mil ducados para su dote; agradeciéndole Florinda la liberalidad, y dióle las gracias Matilde de la largueza y generosidad con que premiaba a sus criados, despidiéndose Alejandro gustoso con los favores de su adorada prenda, dejando contenta a la dama con la esperanza que le dio, que de ahí a ocho días se harían sus bodas, dilatando este tiempo para prevenir lo necesario.

Con próspero viento caminaban los bien nacidos intentos de los dos firmes enamorados, siendo al contrario en Bernabé en el estado que poseía y por el bajo oficio en que se hallaba. Pero en medio de esta infelicidad, acaeció que le sobrevino al pariente de su padre (que como hemos dicho era uno de los que, ocupados con el oficio de Secretario, asistían en la Corte) una peligrosa enfermedad, de la cual habiéndole desahuciado los físicos, dispuso sus cosas, dejando su oficio (por tenerlo con este privilegio) al hijo mayor que se hallara de su primo don Jaime (que fue el que el Cielo le dio por verdadero padre a nuestro don Rodrigo, disfrazado en Bernabé y cochero del indiano) junto con mil ducados de renta, repartiendo la demás hacienda en obras pías y otras limosnas, heroicas acciones de un pecho cristiano, que no merecen menos título los que dan al pobre y amparan al necesitado, pasando de esta vida a coronarse en la eterna.

Hiciéronse las exequias, hallándose en ellas lo más lustroso de la Corte, en quien concurrieron Bernabé y su amo, el uno por cumplimiento, mas el otro por lo que al difunto debía. No quiso manifestarse don Rodrigo, pareciéndole había de poner duda en su verdad, y aunque los albaceas que el difunto dejó escribieron a Granada, no hallaron quien les diera más noticia sino de que por allá se decía que sin duda

había don Rodrigo pasádose a las Indias, imaginando los noveleros que hombre tan pródigo sólo con ellas podía vivir. Viendo pues los albaceas que no se daba otra, determinaron esperar hasta ver si la tenían de adonde pudiera estar don Rodrigo, dejando al tiempo que se les descubriera, pues todo con él sale a la luz de la verdad.

Previno don Alejandro sus bodas, que las efectuó con mucho regocijo, cortejado de sus amigos y muchos títulos que convidó para lucir su consorcio, entre los cuales se halló uno de los más ricos y galanes de toda la Corte, que en tiempos pasados había sido gran apasionado de la sin par belleza de Matilde; el cual, viéndola este día tan ricamente compuesta y tan costosamente aderezada, volvió aquella casi difunta llama (alentada con la vista de la peregrina belleza de Matilde) a vivir con tantas alas de salamandra amorosa, que desde este punto la que era pavesa fue luz, y la ciega mariposa fue caudal águila, que rayo a rayo con remontado vuelo pretendió beber los que esparcía el sol de la belleza sevillana, o bello sol andaluz. Disimuló sus ardores don Enrique, que así se llamaba el nuevo competidor de Alejandro, para mejor ocasión, aunque con los ojos le dio noticias bastantes a la causa de sus penas, disimulando entenderle Matilde, mas no se ofendió de ver renacer esta afición amorosa, que a ninguna le pesa.

Pasó la fiesta, que todo tiene fin, volviéndose los convidados a sus casas, quedando más enamorado Alejandro con la posesión de su deseo, siendo tan contrario en el de su esposa, que así que le vio cumplido, quedó como ahíta la voluntad, pareciéndole ya no tan galán su esposo como antes que lo fuera, que propio es del apetito humano desear lo que no se tiene, y despreciar lo que se posee; pone faltas en lo que costó desvelos, y halla sobras en el que se desvela para costarle faltas. Estos pareceres fueron tantos como sus antojos, que como tales le pintaban más gala, más gusto y más gentileza en don Enrique que en su dueño, a quien ya aborrecía

huyendo de sus halagos y despreciando sus finezas, que eran tantas como sus desdenes. Que no halla la pluma otro hipérbolo que ajuste para decir que al paso que la amaba, lo aborrecía, y que al paso que la obligaba, la irritaba, viéndose cumplida la sentencia de Séneca donde dice: «haz deudores, tendrás enemigos». Esta era la mudanza que había hecho el nuevo estado en la mujer de Alejandro, que este título merece la que cierra los ojos para ofender su recato ultrajando lo firme de su pundonor.

No se descuidaba en este tiempo de solicitar sus favores don Enrique, pues en todas las fiestas en que Matilde se hallaba, asistía, anhelando ser favorecido de esta mudable; y ella con el mismo desahogo lo procuraba tan declaradamente que lo advirtió Florinda, no dejándolo de sentir por lo que veía que su señora debía a su esposo. Pero disimulaba cuerda los defectos que en su dueño notaba, imaginando que tantas finezas como Alejandro la hacía serían el freno para impedir que no se despegase aquella inconstante belleza, que en el mar de la Corte, desvanecida nave, corría tormenta combatida de los vientos de su lozana juventud. Quiso, pues, este atrevido caballero darle a entender sus ansias; por lo cual estando un día en la Encarnación Real (en que se celebraba un velo) la hizo señas con un papel, que advirtiéndolo Matilde, le dio muestras que deseaba llegara a su mano. Y con esto, al tiempo que salían de la Iglesia, se llegó disimulado y, dejando caer el papel a los pies de Matilde (viendo que estaban las que la acompañaban divertidas) le tuvo de alzarle sin ser atendida, que vuelta a su casa vio que decía:

«Si es que os han dejado, señora mía, algún vacío las caricias (que me han dicho os hace vuestro dueño) en el alma, para que obligada, ya que no pagada de mi mucho amor, os humanéis a favorecer mi cuidado, que al paso que os juzga ajena, más os idolatra propia, renaciendo (cual vuestro apellido) de aquellas difuntas cenizas en vuestra memoria, que en la mía jamás se vieron apagadas, como

pudisteis notar; pues sólo al aire de vuestra vista volvió a renacer esta llama amorosa a los rayos de vuestra belleza, de quien espero el favor de merecer ser admitido por esclavo, de la que esperaré me saque del cautiverio que tolero gustoso por el dueño que ganó, a quien suplico perdone mi arrojó, porque no culpe su hermosura, por haber sido causa de estos defectos amorosos, si se puede dar este nombre a los que son aciertos de la voluntad que rendiros tributa. Don Enrique».

Gustosa sobre agradecida, y agradecida sobre enamorada quedó Matilde con este papel, viendo en él afianzada la voluntad de su nuevo amante; y como estaba ya encendida aquella llama, fue fácil de persuadir a esta dama respondiera. Hízolo en este:

«Dejar sin premio a quien lo merece, más es grosería que recato, pues este no se ultraja con la correspondencia del digno sujeto, y aquella siempre ha pasado por la calumnia de ser notada. Dos consideraciones que ha puesto amor a la vista tan en vuestro favor que me han obligado a responder a vuestros sentimientos dándoos el alivio que me es posible, con la esperanza de que, atropellando las dificultades, os favoreceré, si bien ignoro el modo si vuestro celebrado ingenio no le previene. Matilde».

Por los mismos pasos que el sobredicho, llegó este papel a las manos de don Enrique, que loco con tal favor y alentado con la esperanza, lo besó muchas veces, dándose a sí mismo las gracias de haber salido tan prósperamente con su intento. Y para mostrar su regocijo, dispuso, como dando a entender a su familia que galanteaba a una dama vecina de Matilde, se previniera una música; y habiendo avisado a esta dama, con achaque de volverla un guante que al pasar junto a sí cuidadosa dejó caer, habiendo puesto en él este aviso, fingiendo que quería tomar el fresco, salió ya cerca de la medianoche, y conociendo que su amante estaba en la calle, oyó que cantaron esta letra:

El laberinto de amor  
pisaba con tiento Eliso,  
pretendiendo estar hallado  
en donde se ve perdido.  
Cuando la bella Fenisa,  
Ariadna de este siglo,  
para que salga a sus brazos,  
compasiva le da el hilo.  
Que fíe su amor le advierte,  
cariñosa de su asilo,  
que si es corderillo manso  
ha de subir a valido.  
Con tal favor alentado  
menosprecia los peligros,  
que todo riesgo es muy poco  
cuando es mucho el beneficio.  
Al aire de esta esperanza  
están sus sentidos cinco  
tan blandamente elevados,  
que no parecen sentidos.  
Medido todo el deseo,  
sólo pende de su arbitrio;  
y es mucho siendo tan grande  
pueda llegar a medido.  
En la mar de amar pretende  
de la Corte este prodigio,  
que por verse su pescado,  
galán de la red ha sido.  
Cautivo se ve gustoso  
de dos negros tan divinos,  
que por serlo cada cual,  
con buena estrella ha nacido.  
De estas estrellas guiado,  
la sigue favorecido;  
que todo favor es vela,  
si le alientan los cariños.

Permita amor que estas ansias  
tengan el premio debido,  
que el que pretende obligar  
ser también pagado quiso.

Dio fin esta letra, y haciendo seña Matilde de haber llegado su esposo, cesó la música, retirándose don Enrique con su compañía a su casa. Llegó Alejandro al balcón, y habiendo hallado en él a Matilde, la dijo:

—¿No es hora, señora, de que deis algún descanso a vuestra belleza?

—Sí —respondió Matilde—, que ya parece convida a sueño el apacible viento que corre.

—Vamos en buen hora —respondió Alejandro.

Y con esto se retiraron a su lecho.

Con las esperanzas que Alejandro había dado a Florinda de su acomodo con Bernabé, y con la oferta de los mil ducados, después que su señora se había casado no se hablaba de este casamiento, pareciéndole a la doncella era por haber estado ocupados con los saraos y festines que se habían hecho. Pero viendo que ya eran pasados más de diez meses, un día que se halló a solas con su señor le hizo a la memoria su oferta. Y viendo Alejandro la razón que su criada tenía, la aseguró que pondrían con brevedad en ejecución su deseo. Y despidiendo a Florinda llamó a Bernabé; pero proponiéndole el gusto que tendría verle acomodado, grande fue la turbación que mostró Bernabé, viendo que su amo le encarecía que deseaba verle casado, imaginando que siempre sería con alguna criada de su casa; pues por las muestras que había visto en Florinda, sin duda sería ella la que eligió don Alejandro para su esposa. Y así turbado, le respondió que le penaba de hallarse en estado de no poder corresponder a aquel beneficio con la obediencia, por cierta causa que no podía descubrir, estimando con muchos encarecimientos el

deseo que mostraba de mejorarle. Pero que algún tiempo podía ser supiese esta verdad no culpando su inobediencia.

Díjole don Alejandro cómo perdía mil ducados que había mandado a Florinda, que era la que había elegido para su acomodo; y que si por dudar de quien era la que le daba por compañía le hizo turbar, ahora que tenía la certidumbre del sujeto, se declarase, alentado con la peregrina hermosura y aventajada dote que le ofrecía. Con la misma turbación le respondió que no nacía el haberse asustado por no ignorar el sujeto ni las mercedes que le hacía, sino de otra superior causa que no permitía saberse hasta su tiempo, y que podría ser que entonces sería fuerza haber de valerse de su amparo. En estas últimas palabras concibió Alejandro que sin duda Bernabé debía de ser casado, y que por alguna desgracia estaba en la Corte, o que era más de lo que su oficio publicaba. Con esta sospecha lo despidió de su presencia, respondiendo a Florinda que Bernabé era casado, y que mudase de parecer.

Decir lo que Florinda sintió ver a Bernabé imposibilitado para cumplir su intento no se puede encarecer, pues en más de un mes no la vieron risueña sus dueños, claro indicio de su mucha voluntad y fuerza de su verdadero amor.

No cesaba don Enrique de solicitar los favores de Matilde, y como solamente pendía de su traza el logro desordenado de su apetito, aconsejó a Matilde tuviera de su parte la voluntad de Bernabé. Hízolo la astuta dama con tantos agasajos, que cautivaron de tal suerte la voluntad del oculto caballero, que todo su anhelo se dirigía sólo a solicitarla todo divertimento, siendo él quien le daba noticia de todos los que en la Corte se celebraban, a que asistía Matilde de las primeras, siendo de muchos celebrada su hermosura con muchas aclamaciones. Estas abalanzaron de tal suerte a la desvanecida dama, que se atrevió a cumplir su apetito. Sucedió pues que diciendo a Alejandro que iba a cumplir con una visita de una principal señora, que en sus bodas la había asistido, salió en

su coche una tarde más temprano que acostumbraba, mandando a sus gentiles hombres y pajes la esperasen a la Puerta del Sol. Ordenó a Bernabé guiase hacia los Recoletos; hízolo, y a tiempo de llegar al Prado, vio que se levantaba un caballero que, cubriendo el rostro con el ala de la capa, alzando el estribo apresuradamente, se puso dentro, y cerrando las cortinas no oyó que su ama hiciese novedad del huésped. Mas queriendo llegar al referido Convento, advirtió que le dijo Matilde que no lo hiciera, sino que se apeara y aguardara desviado. Obedeciéndola Bernabé sentándose entre dos álamos que a un manso arroyuelo servían de frondoso dosel, admirado de ver esta desenvoltura en su señora, y determinado a favorecer a todo trance a su ama por haberse fiado de su persona, si bien no dejaba de culpar su arrojo.

Combatido de estos pensamientos estaba cuando vio que Alejandro llegaba a emparejar con el coche; y levantándose apresuradamente, se puso en su presencia. Y preguntándole Alejandro dónde quedaba su señora Matilde, respondió sin turbarse que a la Puerta del Sol, en casa de la dama que le había dicho.

—¿Pues cómo —replicó Alejandro— estáis vos aquí?

A que respondió Bernabé:

—Señor, después de haber dejado a mi señora en su visita, me mandó retirar el coche y volver por su merced dadas las diez. Hice lo que me mandaba, y al tiempo de querer volverme a casa, encontré con dos personas que me pidieron que los sacara hasta aquí, y viendo que no hacía falta, lo he hecho, habiéndome satisfecho mi trabajo; los cuales están hablando algún negocio de importancia. Y esta ha sido la ocasión de hallarme Vmd. aquí.

—Pues yo —dijo Alejandro— he de ver quién está en él.

—Eso no —replicó Bernabé—, que a Vmd. no le importa.

Quiso, al parecer, Alejandro ir a poner en ejecución su intento, lo cual visto por nuestro héroe, le asió del brazo y le dijo:

—Los que están en el coche se han fiado de mí, y si Vmd. ha de ver quiénes son, primero ha de quitarme la vida.

Esto dijo desenvainando la espada, y prosiguió:

—Que no se ha de decir que habiéndose fiado de mí, no siendo en descrédito de Vmd., no he sabido cumplir con lo que se debe a aquellos de quien se hace confianza; que por cochero de Vmd. sé cumplir con las obligaciones que a mí propio me debo.

Viendo Alejandro la resolución de Bernabé, y que le aseguraba no le era en su perjuicio el estar aquellas dos personas en su coche, pues por su defensa exponía su vida, imaginando era aquel caso digno de todo secreto, le dijo:

—Bueno está, yo me huelgo tener en mi servicio quien sepa cumplir tan bien con sus obligaciones; quedad con Dios y no hagáis falta a vuestra ama.

Pasando Alejandro a los Recoletos, subió Bernabé en la silla guiando hacia la Casa del Campo, magnífica recreación de los Reyes. Y habiéndose apeado, echóle los brazos don Enrique admirado de ver qué bien había cumplido con su obligación, ofreciéndole toda su hacienda en premio de su audacia, y Matilde todo lo que valiera. Pero Bernabé, corrigiéndoles su arrojo, habiendo quedándose don Enrique en este delicioso sitio, volvió a correr las cortinas, siguió apresurado a la Puerta del Sol; y habiendo Matilde vuelto a descubrir el coche, hizo señas a sus criados, llegando a la casa de doña Mencía (que así se llamaba la dama a quien había ido a visitar), diciendo a Bernabé volviera a la hora que le había dicho, conociendo por esto cuán atento estuvo a lo que entre los dos había pasado.

No quiso dejar don Enrique sin premio tan celebrado hecho, por lo cual de allí adelante tuvo en mucho más la persona de Bernabé, ofreciéndole muchas veces su casa, e instándole dejara la de don Alejandro, diciendo que le tendría como igual suyo, estimando Bernabé con justos parabienes esta oferta y agasajo.

Ya habían pasado más de dos años que era muerto el tío de nuestro disfrazado caballero, lo cual, visto por los albaceas que el difunto dejó estaba su oficio vaco, instaron a S.M. lo proveyera. Mandó, pues, se consultara en su Consejo quién les parecía digno de este cargo. Llegó a noticia de Bernabé este suceso por Matilde, que lo supo por su amante, por ser uno de los Consejeros, y viendo Bernabé era fuerza descubrirse, quiso ampararse de don Enrique, y con este intento habiendo recogido sus papeles, que eran el testamento de su padre y su ejecutoria, que cuando vino a la Corte hizo esta prevención —advertencia que los bien nacidos deben tener por lo que les puede acaecer en tierra extraña—, se fue en casa de don Enrique; y diciéndole que lo había menester a solas, hizo este caballero despejar la pieza a sus criados, descubriéndole Bernabé quién era, poniéndole en las manos sus papeles para su crédito. Admirado quedó don Enrique cuando vio la calidad que le publicaba. Ya acabó de creerla, por haber visto el despejo que tuvo en el lance pasado, que hombre que hubiera nacido con menos naturaleza, nunca hubiera tenido valor para quedar tan airoso en aquel tan apretado lance, por lo cual le dijo:

—No pongo duda en la verdad que estos papeles manifiestan, y así es mi parecer mudéis traje, pues para el gasto que se pudiere ofrecer tenéis en mí con mi hacienda lo que gustaréis, y desde hoy más os habéis de quedar en mi casa hasta que salgáis con vuestra pretensión. Pues para que quede más encubierto vuestro designio, os habéis de despedir de vuestro amo diciendo os volvéis a vuestra patria, dando a entender a Alejandro habéis ajustado vuestras cosas, con que pensará estabais acá por alguna desgracia. Y valiéndoos de lo que yo puedo, desmintiendo vuestra ocupación con el traje, y llamándoos del propio nombre vuestro, que según aquí veo es el de don Rodrigo Cantaredo, os presentaréis en el Consejo, que viendo sois el nombrado en la disposición de vuestro tío, que esté en la gloria, correrá lisa vuestra pretensión, y alcanzaréis lo que deseáis.

Bien le pareció a Bernabé el consejo de don Enrique. Despidióse gustoso agradeciéndole la oferta que le hacía, y volviendo a su casa, dio cuenta a su señor cómo era fuerza volver a su tierra. Mucho sintió Alejandro se ausentara, y después de haberle hecho grandes partidos porque se quedase en su servicio, viendo no ser posible conseguir su deseo, hubo de condescender con su voluntad.

Igualmente lamentaron su ausencia Matilde con Florinda, la una por lo que le debía, y la otra por la antigua voluntad que aún vivía en su corazón; dándole algunas alhajas de precio su señora en gratificación de lo que por ella había hecho.

Con estos dones, frutos de que la Corte abunda, hizo su aparente partida una mañana de las que el galán cuanto florido Mayo alienta, diciendo a sus dueños se partía en unos carros de la Mancha, por lo cual entendieron debía ser de aquella tierra el disfrazado don Rodrigo. Y habiendo pasado la Puente Segoviana, se encaminó a la sin par recreación de los Reyes, la Casa del Campo, en quien admiró cifrado un Paraíso en su ameno sitio; a quien el cristalino Manzanares fertiliza con sus menguadas y salutíferas corrientes. En este deleitoso pensil estuvo hasta que la fuente de las luces reclinó su flamante madeja en las bien mullidas espumas del océano. De donde salió volviéndose a la Corte, yendo en casa de don Enrique, que cuidadoso lo esperaba. Fue bien aposentado este caballero, y habiendo dado al perezoso Morfeo las rendidas parias, llegado el día se vistió una linda gala que don Enrique le tenía prevenida, manifestándose ya caballero quien el día antes había pasado plaza de cochero del indiano Alejandro. Honróle don Enrique con su carroza, y en ella fueron juntos hasta Palacio, en cuyos patios fue conocido de algunos caballeros de su patria, que admirados de verle, celebraron esta felicidad con debidos júbilos. Luego se divulgó esta novedad por la Corte, llegando a los oídos de los albaaceas, que gustosos con tal nueva, fueron cada uno a convidarle con su casa y hacienda, siendo correspondidos con debidos

agradecimientos, no admitiendo sus ofertas, pareciéndole ponía en duda en la estimación que hacía de don Enrique si las aceptaba.

Llegó la hora del Consejo, en el cual propuso el valedor de nuestro héroe cómo había parecido el verdadero heredero de don Manuel, que este era el nombre del difunto, por lo cual no podía el Consejo dar el oficio a otra persona. Gustosos decretaron los prudentes Consejeros que se cumpliera con la voluntad del testador, mandando que hechas las debidas pruebas se le diera la posesión a don Rodrigo, y juntamente se le entregara la otra herencia.

Este fue el decreto que dio el prudente Consejo al memorial que los albaceas habían dado a S.M.; saliendo muy regocijado don Enrique, dando la enhorabuena a su huésped de su buen despacho, volviendo los dos juntos a su casa, donde fueron recibidos de doña Serafina Camargo, hija única de don Enrique, en quien competían la hermosura y discreción con muchas ventajas. Vio a esta dama don Rodrigo, quedando tan pagado de su singular belleza, que sintió un regocijo en lo interior del alma, tan dulcemente apacible, que pudo calificarlo por verdadero amor. Pasaron agradables pláticas los dos amigos, quedando muy contenta esta dama de la discreción de nuestro caballero.

Hiciéronse las pruebas necesarias para que don Rodrigo se viera en el estado que deseaba, saliendo con prosperidad sus intentos. Puso ostentosa casa, alhajándola con curiosos cuadros y ricos paños escogidos por el gusto de don Enrique, recibiendo los criados que le parecieron a su amigo.

No se descuidaba don Rodrigo en solicitar los favores de doña Serafina, dándole a entender su amor por unos papeles, que aunque al principio rehusó admitir, fueron tantos sus ruegos, que vencieron el recato de esta hermosa señora, y la obligaron (conociendo los méritos y calidad de su nuevo amante) a favorecerle con lícitos favores, dirigidos todos al honesto fin del dulce himeneo que esperaba, viéndolo tan

agasajado de su padre. Parecióle a don Rodrigo dar a su nueva afición algunas muestras de su voluntad, y después de haber prevenido a esta dama para que oyera una música que tenía dispuesta, una noche en que Cintia daba pródiga sus cándidos resplandores, habiendo hecho la seña que entre los dos quedó dispuesta, saliendo la hermosa Serafina a unas verdes celosías de su aposento, que a la principal calle miraban, oyó la letra siguiente:

En una fuente de perlas,  
que la sirve de retrato,  
estaba la hermosa Silvia  
su hermosura dibujando.  
Los rayos de su cabello  
en el cristal se miraron,  
a quien porque a pelo vino  
quiso alabar rayo a rayo.  
Envidiosa está la nieve,  
y que lo esté no me espanto,  
pues por su envidia pretende  
que Silvia le dé una mano.  
La púrpura de su boca  
solicita ver más claro,  
que por sólo hacerla Tiro  
ha nacido murmurando.  
El alba en perlas convierte  
sus dientes con risa, cuando  
el ámbar puede a su aliento  
pagar por ser alentado.  
A sus ojos la corriente  
hace un cristalino plato;  
y porque sus tipos logren  
les ofrece el manjar blanco.  
En sus mejillas las rosas  
todo su refugio hallaron,  
pues su rostro les ofrece  
para descansar sus campos.

Viendo su espaciosa frente  
la azucena está temblando,  
y aunque de temor se hiela,  
por Dios que se está despacio.  
Esto miraba Riselo,  
hallado en su dicha ufano,  
mas luego se vio perdido  
al tiempo que estuvo hallado.  
Y viéndose cautivar  
de este en la tierra milagro,  
adorando tal prisión,  
así dijo suspirando.  
Pues de liberal te precias  
fuente, sin duda seráslo,  
si me das su original  
siendo de Silvia traslado.

Con mucho regocijo y singular alegría oyó la bella Serafina esta letra, que se hizo al haberla visto don Rodrigo lavar en una hermosa y cristalina fuente, cuyo cristal la lisonjeaba, viendo en ella su imagen contento por gozarla. Advirtiendo, pues, que ya el día desvanecía las oscuras sombras con sus brillantes luces, se retiraron a sus posadas los músicos y juntamente nuestro caballero.

Tenía don Enrique un antiguo criado de sus padres, el cual estuvo muy atento a la música, y conoció claramente a don Rodrigo. Entendiendo que sin duda aquella Silvia era su señora, y que con certeza era galanteada de este caballero, determinóse dar noticia a su señor, para que pusiera el remedio que este negocio pedía. Llegó el día, y con él puso su intento en ejecución Leandro (que así se llamaba el curioso criado), haciendo noticioso a don Enrique de lo que la noche pasada había oído. A que le respondió que estimaba su cuidado, pero que no tenía de qué tenerlo, porque sin duda alguna don Rodrigo pretendía a Serafina para merecerla por esposa,

de que él no recibía poco gusto por conocer sus méritos. Despidió a Leandro, advirtiéndole que de las damas como su hija no se podía pensar que tenían otro intento sino el dicho.

—Eso creo yo muy bien —respondió Leandro—, Vmd. me perdone, y dándome licencia me retiraré a mi cuarto.

No bien estuvo en él cuando entró don Rodrigo, siendo recibido de don Enrique con muchas muestras de voluntad. Viéndose, pues, tan agasajado, le declaró su pensamiento, que confirmó este caballero con los brazos. Ajustáronse los intereses, dando don Enrique en dote a Serafina veinte mil ducados, los cuales mandó en plata, encareciendo don Rodrigo su largueza con debidos aplausos.

Celebróse la boda estando ya todo prevenido, en la cual se halló Matilde, y viendo al novio quedó admirada con el retrato de Bernabé. Pero no pudo creer que lo fuera, pues don Enrique le daba a su hija. Quien más suspensa quedó con la imagen del que había querido fue Florinda; pero a todas sacó de esta duda don Enrique, diciendo ser don Rodrigo un caballero de Granada y de los de mayor nobleza, quedando satisfechas las damas, creyendo que otros milagros mayores hace la naturaleza, por lo cual atribuyeron este a uno de sus prodigios. Por los mismos lances pasó Alejandro, reconociendo al que había tenido por cochero en posesión de persona ilustre. Y lo que más fuerza le hacía a creer era el mismo fue el lance del Prado, pero disimulaba por verlo tan cortejado de don Enrique, y casado con su única heredera, de quien tuvo felices frutos que les ilustraron en las lenguas inmortales de la fama.

Siglo XVIII

## ANTONIO VALLADARES DE SOTOMAYOR

*Nace en Madrid en 1740 y en esta ciudad desarrolla su actividad literaria y periodística. En 1787 funda el Semanario erudito, que comprende varias obras inéditas, críticas, morales, instructivas, políticas, históricas, satíricas y jocosas, de nuestros mejores autores antiguos y modernos. El Semanario se publicó desde 1787 hasta 1791, y aparecieron 34 volúmenes. Valladares se propone fundamentalmente divulgar los escritos de los autores españoles, con una especial atención a los del Siglo de Oro. El papel preeminente que en el campo cultural jugó España durante los siglos XVI y XVII se perdería luego, según Valladares, por la intromisión de los poderes religiosos. En el Semanario se incluyeron varios escritos contra los jesuitas, entre ellos los referentes a la enemiga de los miembros de la Compañía contra el arzobispo de Méjico, don Juan de Palafox, y la carta de Carlos III al Papa sobre la beatificación del arzobispo. En el Semanario aparecieron abundantes documentos y manuscritos inéditos sobre problemas políticos y coloniales, así como escritos sobre literatura, política y economía. La publicación acogió también textos de eruditos e investigadores contemporáneos, como Burriel y Sarmiento, y comentarios de políticos y escritores, como Rafael Melchor de*

*Macanaz, Antonio de Capmany y de Montpalau, el marqués de Ensenada, Gregorio Mayans y Siscar, etc.*

*El Semanario fue continuado en 1816 con el Nuevo semanario erudito.*

*Hay que destacar igualmente su Almacén de frutos literarios (1804), iniciado con los Apuntes sobre el bien y el mal de España, y sus obras de carácter histórico como Vida interior de Felipe II (1788), Fragmentos históricos de la vida de José Patiño (1796), y el interesante documento de la época Tertulias de invierno en Chinchón (1815).*

*Valladares de Sotomayor fue traductor, adaptador y autor original de varias comedias.*

*En la imprenta de Franganillo, de Madrid, publicó en 1799 una Colección de seguidillas o cantares de los más instructivos y selectos, enriquecidas con notas y refranes en cada uno, para hacer más fácil su inteligencia y la lección más fértil y agradable. Estas seguidillas se ilustran con anécdotas, apólogos y sentencias morales, políticas y jocosas. Todo recogido y dispuesto, según el propio autor, «para acreditar que ninguna nación tiene un ramo de literatura tan exquisito y lacónico, tan abundante de conceptos sublimes, de elegantes máximas, y de morales sentencias en la poesía, como el que componen nuestras seguidillas».*

*En el campo de la narrativa publica una colección de novelas en nueve tomos con el título de La Leandra (1797-1807). Del «tomo primero» de esta colección hemos extraído el relato que se incluye en esta antología, aparecido «en la oficina de D. Antonio Ulloa», en Madrid, en el año 1797.*

## LA LEANDRA

*Madrid: Jueves 28 de enero de 1796*

### ANICETA A LEANDRA

Mi estimadísima amiga. Ya te di noticia de cuanto me pasó en el camino desde ese pueblo a Manzanares, en donde pasamos un día por el mal tiempo y tuve lugar de escribirte. Todo se reducía a pintarte, pero no con los vivos colores que debiera mi desconsuelo, mis lágrimas y amarguras por verme separada de ti, y de tu preciosa hija y mi amada Leandrita. Así continué hasta esta Corte, y así creo que acabaré mis días; porque ni las ternezas de mi madre, de mi querido Faustino, de mi hermano y de mi tío el Marqués (los conoces bien, y sabes el dulce trato que me dan), pudieron en todo el camino consolarme, ni las reflexiones de los ilustres y amables señores de esta casa convencerme. ¿Y por quién tanto padecer? Por ti, cruel amiga, por ti, que después de haber tomado un absoluto imperio en mi voluntad; después que hiciste esclavo del tuyo mi albedrío, te propusiste martirizar continuamente mi corazón, abandonándome para siempre, y negándome la luz pura de tu virtud para seguirla, y poder con el tiempo imitarla.

¡Ay Dios! ¡Qué mal empleados fueron mis ruegos amorosos, y mis instancias tiernas para reducirte a que me acompañases en este camino, y alentases aquí con tus avisos y presencia mi timidez, y encogimiento en el indisoluble lazo que acabo de hacer con mi amable Faustino! Absolutamente me lo negaste: y ni aun te merecí una razón, que me hubiera convencido de que te era imposible hacerlo. ¿Y esto fue otra cosa, que desconocer las leyes de la amistad, y caracterizarte de una ingrata? Sí, lo eres; te falta mucho amor para igualar al que te tengo. Más vehemente y tierno es el que me profesa tu hermosa Leandrita. Acuérdate del modo inocente, pero noble y generoso con que procuró más de una vez persuadirte a lo que yo deseaba. «Querida mamá, te decía, vamos a dar una prueba nada equívoca de nuestra amistad, acompañando a la Señorita Aniceta, no sólo hasta verla unida a su querido Señor Faustino, amado igualmente de nosotras, sino hasta que disponga el cielo otra cosa.»

La misma naturaleza con todo su candor te hablaba por la boca de tu niña: ¡pero sorda a sus gritos, y desentendida al empeño de mi madre, de Faustino, y de mi tío; me viste partir, y te quedaste! ¡Cruel amiga!... De esta manera te trataré siempre. Con esta expresión parece, que me desahogo de los sentimientos que tengo de ti, y que halla descanso la pena que tu ausencia me produce. Pero ¡ah, mi dulce amiga! ¡Qué desahogo tan pasajero, qué descanso tan infeliz para quien te ama como yo! Sí, querida mía; la muerte sola podrá borrar de mi memoria tu imagen. Oye las voces de mi corazón, y las hallarás más eficaces y expresivas, que las que estampa la pluma. No puedo moverla más, si antes no contengo mi llanto... Pero bien... me alegro... Esta casualidad es misteriosa, pues justifica tu crueldad y mi terneza. Se han escapado como fugitivas cuatro lágrimas, y han caído en este papel. Aquel rayo de Sol, que por mi mirador entra, las secará prontamente; pero no escribiré sobre las manchas que dejen, para que veas unos testigos, que acreditando mi fineza, acusen tu ingratitud. Vuelvo al instante.

Se han secado, Leandra; pero aquí tienes las señales de los sitios que ocuparon, y ya sabes la causa porque se vertieron. Sonrójete siquiera este momento, mientras continúa mi quebranto... Pero, ¡ay Dios!... Mi madre y mi Faustino vienen. No quiero que me vean afligida; conocen la causa, y como no pueden remediarla, les es más sensible. Sereno mis ojos y alegro mi semblante... Ya llegan... Salgo corriendo a recibirlos.

Vuelvo a tomar la pluma: nada de mi sentimiento advertieron, y después de algunos momentos, viéndome inclinada a escribir me dejaron. En mi anterior te dije, mi amada amiga, que no me contestases hasta que te diese noticia individual de mi arribo a esta Corte, del modo con que me recibiesen, de la conducta con que me tratasen, del carácter de los padres y hermanas de mi Faustino, y sobre todo, de la solemnidad y festejos con que se celebrase mi desposorio; y esto es lo que voy a cumplirte, deseando en todos los objetos que comprende esta carta, complacerte.

A la Villa de Valdemoro, que dista cuatro leguas de esta Corte, me salieron a recibir los padres, hermanas, parientes y amigos de mi esposo, formando entre todos un número tan crecido, como brillante. ¡Qué abrazos tan afectuosos y verdaderamente paternales me dieron los primeros! Mis dos cuñadas a competencia me obsequiaron, y los demás a porfía me sirvieron. Estaba dispuesta la comida en este pueblo. Fue ostentosa, delicada y abundante. A corto rato, se formó una hilera considerable y vistosa de coches, los que se fueron ocupando en esta forma. La madre de mi Faustino y yo tomamos la testera del primero, haciéndome aquélla por fuerza ir a la derecha. Éste y su padre fueron al vidrio. En el segundo entraron mi madre, mis dos cuñadas y mi tío el Marqués. Mi hermano iba a caballo. El tercero, cuarto y quinto condujeron a los demás de tan suntuoso acompañamiento.

La conversación en mi coche se redujo a dar yo noticia a mis padres políticos de los acontecimientos del camino; que aunque de poca consideración, los celebraron mucho por

obsequiar a su nueva hija. En aquel pequeño espacio de tiempo, y a pocos días de estar en su compañía, reconocí la mayor parte del fondo de suficiencia y verdadero carácter de los padres y hermanas de mi Faustino, y la experiencia me ha enseñado, que en nada me engañé. Voy a darte una idea ligera de cada uno, y luego te pintaré las diversiones que he disfrutado, y las felicidades que respiro.

La madre es una Señora tan juiciosa, como divertida. Sin embargo de que su edad es de cincuenta años, mantiene en su rostro un color precioso sobre una tez delicada. Es gruesa; pero se maneja con tanto aire, como majestad. Su talento es vivo y penetrante, y su conversación deliciosa, y sembrada siempre de nuevas gracias: con lo cual las da todas las que requiere un discurso elocuente y bien ordenado. Sobre todo, la naturaleza dio tantos primores a sus ojos, que en su tiempo avasallarían las voluntades. El padre habla poco; pero con mucho acierto. Tiene gravedad en el modo de producirse; pero es natural, aunque parece afectada. Su beneficencia para todos le hacen admirable y su humor alegre y divertido es el más propio para la Sociedad.

Mi cuñada Jacobita es un retrato de su madre. Muy viva, alegre y complaciente; pero al mismo tiempo muy honesta y gran profesora de la virtud. Su entendimiento, cultivado hasta aquí cuidadosamente, manifiesta preciosas luces; pero le falta hacerse. Ya se ve, dieciséis años no pueden presentar otra cosa que buenas esperanzas que dará exquisitos frutos. Creo que se funden bien cuantas se tengan de esta amable criatura. Narcisa su hermana, que cuenta veintidós, es más presumida que hermosa, y más vana que discreta. Prefiere la adulación a la doctrina. Las gracias que le negó la naturaleza apatece que las celebren en ella más que en aquéllas a quienes las concedió generosa. Es envidiosa, sin acertar a disimularlo, y un poco atrevidilla sin llegar a conocerlo. Habla bien; pero siendo mucho lo que habla, lo que le produciría aplausos hablando menos, le ofrece vituperios por hablar tanto. Cuando una

lengua no deja lugar a las de los que la oyen para ser escuchadas, por más elegante que sea, en vez de elogios, recibe desprecios. Donde Narcisa esté, por muchos sujetos que haya, todos han de ser mudos; porque aunque quieran no parecerlo, ella no les permite justificarlo. No obstante, a vueltas de estos defectos, tiene muchas gracias, como son un cuerpo muy garboso, unos ojos hechiceros, canta con primor, baila y toca con destreza, y últimamente tiene un alma tan generosa, que se desprenderá con gusto de cuanto tenga por socorrer a la humanidad. Esto solo en mi concepto oscurece y borra las faltillas que se la notan. Nacen de un cierto aire de vanidad, que por ahora la domina; pero que perderá con el tiempo, y que a nadie ofende con él. Este es el verdadero carácter de los que componen la casa de mi Faustino.

A ella fuimos a parar desde Valdemoro. ¡Qué casa, mi querida amiga, qué casa tan brillante! Por todas partes respiraba la opulencia y la riqueza: o por mejor decir, parecía que el lujo derramaba sus artificiosos encantos para sorprender a quien los mira y arruinar al que los usa. Estaba prevenido un magnífico refresco, que se sirvió con el mayor aparato. A su conclusión, dio principio una Orquesta compuesta de muchos y varios instrumentos, con una sinfonía tan dulce, que fue embeleso de los oídos. Cantó Narcisa un Aria con primor, y le dieron muchos aplausos. La siguieron otras señoritas, unas con más, y otras con menos gracias; pero ninguna quedó con deseo de elogios, porque todas los tuvieron excesivos. Después se empezó el baile, y Faustino y yo le principiamos con un Paspie y un Minuet, que dio motivo a que me aplaudiesen en extremo. Tuvo fin con una Contradanza abierta: se impuso silencio, y se presentaron, como lo tenían dispuesto, mis suegros, mi cuñada Jacobita preciosamente adornada con un rico vestido de luces, y un Caballero llamado Don Carlos, íntimo amigo de mi Faustino, y muy estimado de toda esta casa, con otro igual, y representaron un paso de la Tragedia intitulada la *Zayra*. Esta hizo Jacobita; pero dudo que la misma manifestase sus sentimientos con más espíritu,

firmeza y expresión. Sabes, querida amiga, que en la declamación tengo algún voto, y que tú, que puedes ser modelo aun de las que profesan la representación con más mérito, me has celebrado y corregido muchas veces, pues te protesto, que me dejó asombrada, porque además de la majestad con que hacía brillar su persona, la fineza de su acción, la ternura de su gesto, su aire, ya grave, ya tierno, ya expresivo, y ya fuerte; la dulzura de su voz, la nobleza de sus movimientos, la fuerza que daba a los sentimientos, arreglando aquélla, y el tono a las varias situaciones de éstos; y últimamente, el decir de sus ojos, y el saber templar la ternura y el furor a los preceptos de la naturaleza, dio motivo a los espectadores para tenerla por inimitable, celebrándola con repetidos y justos aplausos. Don Carlos desempeñó bien su papel; pero confesó, y con razón, que sólo pudiera igualar a Jacobita un *Callostanes*, famoso trágico, que reside en esta Corte sin ejercitar su profesión, o por efecto de la ignorancia, o por disposición de la malicia; que parece lo más cierto, según afirmaron todos.

Mi tío el Marqués me insinuó que recitase cuatro versos. Me negué con respeto; pero el noble concurso me instó con tanta eficacia, que me obligó a complacerle. Dije la relación del maestro de Alejandro en aquellos términos en que la aprendí de ti. Creo que con esto sólo tengo dicho que se admiró el auditorio, y que luego que se desprendió de su inesperado como agradable embelesamiento, manifestó su gozo en los vivas y aclamaciones que me tributó; las que duraron todo el tiempo que allí permanecí.

Luego que concluyó esta diversión, ocupamos las mesas, y se sirvió una cena abundante y delicada. Aquí fue donde se hizo con todo esmero el panegírico de mi cómica habilidad; aquí se suscitaron varias heroínas del teatro, haciéndome superior a todas, de modo que casi me avergonzaron las alabanzas que me ofrecieron, con lo que terminó el festejo, y me condujeron a mi dormitorio con mi madre.

La celebración de mi desposorio estaba determinada para el Domingo inmediato al día de mi arribo, que fue miércoles, porque todo lo necesario para su solemnidad se había prevenido con mucha anticipación, por lo cual se dio el jueves el aviso general de ceremonia a todos los parientes, amigos y conocimientos de ambas casas; y desde el viernes fui visitada y regalada con frecuencia, con afecto y generosidad. Las vistas merecieron ser admiradas de cuantos emplearon en ellas la suya, y las dádivas de mis suegros y cuñadas, asombrosas. Mi madre, mi hermano y yo las igualamos en la retribución, por disposición de mi tío. Éste fue el padrino, y como autor de esta unión, gastó cuanto su economía recomendable ahorró en los dieciséis años que está en esta Corte. Es solo, como sabes, y yo su única heredera, conqué me ha dado voluntariamente en vida una parte de lo que puedo esperar si le sobrevivo.

Con efecto, el Domingo quedamos unidos Faustino y yo. ¡Ah, mi dulce Leandra! ¡Qué día tan feliz para mí! Él dio principio a mis dichas, y creo que jamás tendré motivo para otra cosa, que para bendecirle. En el mes que trataste a mi esposo, conociste que era muy amable; pues cree, querida mía, cree que aún no manifestó todo el fondo de su terneza, de su juicio y de su virtud. Si estuvieras a mi lado, pudiera lisonjearme de que tenía completas todas mis satisfacciones. En esta casa tuvo absoluto imperio el júbilo tres días consecutivos. Nada le quedó que hacer a la prodigalidad para ver satisfechos los desórdenes que inspira (así llamo yo a los gastos tan exorbitantes como superfluos), ni a la avaricia para entristecerse viendo a su contrario extremo conducirse tan vanamente, y sin poder ella recoger para guardar lo que aquél arrojaba para lucir.

Concluidos estos festejos, principiaron los que me ofrecieron al ir pagando las visitas, que fueron con tanto o más exceso que los que disfrutaron en la casa de mis suegros. Dime, querida amiga, ¿no te parece que me fundo en asegu-

rar que esta práctica la produjo la vanidad y la adoptó la imprudencia? Se hace caso de honor el competir y excederse unos a otros en lo que es más propio para perderle. ¡Cuántos gastarán en estos actos, lo que les hace falta para el desempeño de sus obligaciones! ¡Y cuántos habrán padecido, por no querer entenderlo así, todas las injurias que producen la necesidad y la miseria! ¿Y crees tú que los que adquieren por estos excesos reprobables el epíteto de generosos le merecen, ni lo son? No por cierto. Aquel mortífero aire de la vanidad que respiran es el que los anima únicamente para ello. Quieren que el aura popular se emplee en sus elogios, pero no que la humanidad se aliente por sus manos. Están tan sordos a sus clamores como prontos a sus vicios.

Puedo asegurarte que cuando notaba unos gastos tan extraordinarios, como superfluos, decía para mí: «¿Cuánto más benéfico para la humanidad y meritorio para con Dios sería que lo que aquí se disipa vanamente se emplease en dar estado a doncellas honestas e infelices, socorro a familias nobles necesitadas, amparo a viudas pobres, pero virtuosas, y alivio a viejos míseros y respetables? Corazones providentes y piadosos, cuya única complacencia consiste en hacer obras de esta naturaleza, vosotros sois los verdaderamente generosos y felices sobre la faz de la tierra. Vosotros, los que sabéis administrar con recta conducta los bienes que puso en vuestras manos la providencia; y vosotros los que hallaréis en ella distinto premio que el que deben esperar aquellas almas bajas, que cuanto distribuyen lleva por objeto la vanagloria, la miserable ostentación y tal vez otra especie de maldad más torpe y abominable. Infame seducción, por más que te ocultes con el velo de la generosidad, presto serás de la virtud conocida, y su tremendo rostro te hará huir avergozanda...». Pero, ¡ay Dios, querida amiga! ¡Qué arrebatamiento tan vehemente me ha enardecido, y de la relación que te hacía indeliberadamente separado!... Pero si no lo tienes por oportuno, disimúlalo por verdadero. Prosigo mi narración... Mas no puede ser. Ha parado un coche a mi puerta... ¿Quién será?... Lo veré por mi

mirador... Son mis suegros, querida amiga. Me pongo circunspecta, y al mismo tiempo complaciente, para recibirlos... Ya suben... Descanse la pluma mientras trabajan las lenguas.

Al paso que está cifrado mi gusto, amada Leandra, en tratar sola contigo, según me lo permite la mucha distancia que nos tiene separadas, me lo impiden estas pesadas visitas de Corte, que para nada dejan lugar. Ya se ve, lo tiene dispuesto así la moda, y faltará primero el Sol, que falten a su observancia estas señoras. Estoy bien enterada de que son muchas las que no tienen aquí la crianza e instrucción que nos dan en los pueblos pequeños, y aun en las ciudades populosas. En la Corte, amiga mía, por lo regular apenas tiene una niña seis años la enseñan a bailar, cantar y tocar: a presentarse con aire en las tertulias y a saber tratar con los hombres con despejo. Por lo mismo salen diestrísimas en esto; pero ignoran la doctrina cristiana. A nosotras nos imponen en ella primero que en otra cosa; seguidamente nos hacen aprender, por más riquezas que tengamos que heredar, los primores de la aguja y las haciendas de la casa. Luego nos van instruyendo en los principales deberes de una mujer ilustre, que ha de tener una casa con muchos criados que dirigir e hijos que educar. Y después de todo esto, aprendemos aquellas inocentes habilidades que adornan la persona y no son contrarias a la virtud; pero aquí todo se hace al contrario.

Oí antes de anoche a una niña de doce años, y donde había un crecido auditorio, hablar de cortejos, de modas, y de las ceremonias que deben guardarse en una visita, con tanto desembarazo y libertad, que quedé confundida; mayormente viendo que la mayor parte de los oyentes la aplaudía y que su misma madre la celebraba altamente. Un hermano de ésta, hombre prudente y grave, fue el único a quien pareció mal (supongo que conocerás que a mí no me parecería bien) aquel modo tan libre y nada decoroso. Por lo mismo la reprendió con enfado, diciéndola: «Más valiera que supieras la doctrina cristiana y lo necesario para el gobierno de una casa

que lo que acabas de expresar». La niña, como que se sonrojó un poquito; pero después que la madre respondió a su hermano con furor que aquéllas eran vejezes, que su hija tenía bienes para que su casa la dirigiesen sus criados y que en todas partes había de manifestar que era un insensato, dijo ella así: «No se enfade usted, señora, que mi tío ya tiene acreditado que es del tiempo de Mari-Castañas y de cuando se estilaba que las señoritas hiciesen las balonas para sus novios, y compusiesen la comida a sus padres, rezando con ellos a la mesa por las Ánimas benditas». Y encarándose a él: «Es necesario, señor tío, le dijo, distinguir de épocas, de modas y de modos. A los treinta años de su edad, sólo sabía mi madre, según me ha dicho, el Padre Nuestro y el Ave María; pero ahora que tiene ya los cincuenta cumplidos, sabe quién es Dios y quién es la Virgen, lo mismo que un papagayo. Vea usted si tengo yo tiempo suficiente para aprender tanto o más que su merced».

Particularmente las señoras y algunos caballeros jóvenes aplaudieron mucho el despejo de la niña, tal vez por lisonjear culpablemente a sus padres; pero los sensatos y prudentes manifestaron en su silencio y semblante la justa reprobación de tan perniciosa enseñanza; los más austeros, quiero decir, aquellos cristianazos machuchos, que instruyen a sus hijos por sí mismos en todos los principios de la Religión, sin fiar este punto tan interesante de maestros, ni de ayos, aseguraron con sañudo rostro, que la niña merecía unos fuertes azotes, y la madre, después de una severa reprensión, ayunar a pan y agua hasta que se impusiese en las obligaciones que ordena el cristianismo. Por lo que hace a mí, te aseguro con pureza, que quedé horrorizada. Creo te sucederá lo mismo cuando leas este pasaje y le cotejes con la preciosa instrucción que das a tu amable Leandrita.

Diez días pasamos después de mi casamiento en la casa de mis suegros. Ya estaba vestida y adornada perfectamente la que debíamos ocupar Faustino, mi madre y yo, con la fami-

lia recibida, porque mi hermano fue empeño de mi suegro que quedase en su compañía, y lo aceptó con júbilo, porque Jacobita le tiene medio embelesado, y creo que pare en boda. Por esto, a los once días vinimos a nuestra casa, y se siguió el cumplir con la etiqueta indispensable de dar aviso a todos los conocimientos de nuestra mudanza; con la particular advertencia de que recibiríamos con un gran baile, para cuyo efecto se señalaba el día. Esto se determinó así, contra mi voluntad, por mi suegra, a instancia de sus hijas. Últimamente, se tuvo con solemne aparato, pero me propuse no tener ni asistir a otro jamás y poner en práctica un plan que he formado para el gobierno de mi casa, y te explicaré después, si merece la aprobación de mi Faustino, como de su bondad lo espero.

Dije *te explicaré después* porque falta mucho a esta carta para concluirse. Durará algunos días el ejercicio de mi pluma en ella, sin embargo de que sabes que escribo con mucha velocidad; pero ¡con cuánto gusto lo haré! Como cuando te escribo me parece que te veo, que te hablo y toco, disfruto cuantas delicias puedo apetecer y se me pasan las horas sin sentir. El caso que voy a expresarte le contemplo con mérito para divertirme, y quiero por todos términos obligarte a que me cumplas la palabra, que varias veces me diste, de hacer una puntual relación de los sucesos de tu vida con la sencillez y claridad que te son naturales.

Acuérdate que al darte el último adiós te recordé el cumplimiento de esta promesa y me ofreciste con juramento, que apenas estuviese en mi casa, lo pondrías en ejecución escribiendo tu historia y remitiéndomela. Ya esto se ha verificado. ¿Serás tan cruel que quieras aún negarte a cumplirlo? No, no lo creo de tu amistad y palabra ofrecida con tanta solemnidad. Satisface en pocos días la pretensión de nueve años que gocé de tu amable compañía, y por más que te insté, no lo conseguí. Ratifico mis protestas y juramentos de no manifestarla ni aun a mi Faustino, sin consentimiento tuyo. Según los

antecedentes oscuros que tengo de ella, contemplo que será tu historia prodigiosa. Mi querida y fiel amiga, dame este gusto. Introduce en mi corazón lo más recóndito del tuyo, segura de que la lápida que cubra mi cadáver será igualmente la que lo oculte de la noticia de los mortales. ¿Lo harás, Leandra mía? Sí, lo harás, ¿no es verdad? ¡Ay Dios! ¡Quién pudiera ver abrir tus preciosos labios y escuchar que me decías: «Voy a cumplir mi promesa, tantas veces repetida, a mi Aniceta, a mi más íntima y dulce amiga»!

¿Ves estas expresiones: quiero decir, estas imágenes, que parecen dictadas por la simpleza misma? Pues a mí me encantan y me ponen hecha una loquilla con el gozo que me producen. Voy, pues, a referirte el caso que acabo de saber; y no extrañes la puntualidad con que le escriba, porque además de la mucha atención que puse en oírle, el mismo que le contó entonces, conseguí que me le repitiese, y después que de mi boca le escuchase; con lo cual quedé tan instruida como aquél a quien le pasó. Procuraré exornarle en el estilo; pero no alteraré la verdad del suceso.

D. Carlos de Moncada, aquel caballero, que representó con mi cuñada Jacobita el paso de la *Zayra*, tan íntimo amigo de mi Faustino, como querido de todos, es hermano del Marqués de la Cascada, el cual parece que pasó a Valencia a celebrar su matrimonio con la Vizcondesa del Arenal, hermana del Conde de la F.... y que se habló en esta Corte con mucha variedad sobre cierto acontecimiento ocurrido entre el Marqués y la Vizcondesa antes de casarse, por cuya causa se decía que el matrimonio no tendría efecto, pero al fin se verificó.

Mi tío el Marqués, como pasó con mi Faustino a ese pueblo, para conducirme aquí, y esto fue en el mismo tiempo en que sólo se hablaba en esta Corte del citado caso, no tuvo noticia de él hasta su regreso, pero se lo contaron tan variá y distintamente, que no sabía a quien dar crédito. Para cerciorarse de la verdad, estando antes de anoche en mi gabinete,

con otros caballeros, todos amigos de D. Carlos, entró éste, y le rogó que, si no hallaba reparo en ello, le refiriese aquel suceso, pues de su boca saldría purificado de las contrariedades con que le había entendido; y sin detenerse, ni esperar otra instancia, dijo D. Carlos así. Tengo mucha satisfacción en instruir a V. señor Marqués, y a cuantos me oyen de la verdad del suceso, que fue el siguiente.

## Siglo XIX

## PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

*Pedro Antonio Joaquín Melitón de Alarcón y Ariza nació en Guadix (Granada) el 10 de marzo de 1833, el cuarto de los diez hijos que tendrían doña Joaquina de Ariza y don Pedro de Alarcón.*

*Tras obtener el título de bachiller en Filosofía, estudia Leyes en Granada. La precaria situación económica de la familia le obliga a abandonar la Universidad granadina y a ingresar en el Seminario de Guadix. No terminará ni la carrera Eclesiástica ni la de Leyes.*

*Con 19 años, y junto con Torcuato Tárrago, funda el Eco de Occidente que se publica en Cádiz. A esta ciudad se traslada en 1853, tras abandonar su familia, y decidido a seguir la carrera de escritor. Allí intenta infructuosamente conseguir editor para la continuación de El diablo mundo, de Espronceda. Vuelve a Guadix y más tarde se traslada a Granada. En Madrid se está preparando el movimiento conocido como la «Vicalvarada» contra el gobierno del Conde de San Luis, que acaudillan O'Donnell, Ros de Olano, Dulce y Messina. Alarcón, posiblemente en conexión con los dirigentes revolucionarios, contribuye al triunfo de la insurrección en Granada, distribuyendo armas a los ciudadanos y acaudi-*

*llando el asalto y toma del Ayuntamiento y de la Capitanía General en 1854. Funda La Redención, desde cuyas columnas dirige los más duros ataques contra el clero y el ejército.*

*En Madrid continúa esta carrera de periodista polémico y radical y se une a los escritores que siguen fieles a los principios románticos: José de Espronceda, Gaspar Núñez de Arce, Nicomedes Pastor Díaz, Miguel de los Santos Álvarez y Antonio Ros de Olano. Su fama de periodista combativo le lleva a dirigir El Látigo donde, con el pseudónimo de «El zagal» y «El hijo pródigo», firma artículos contra el estamento eclesiástico y contra la misma reina Isabel II. Los ideales monárquicos eran defendidos por la publicación absolutista El León Español, y en especial por el venezolano José Heriberto García de Quevedo, con el que Alarcón se batió en duelo. Actuaron de testigos el duque de Rivas y Luis González Bravo. A partir de aquí se experimenta un giro en la evolución ideológica de nuestro autor. Viaja a Segovia; rebace su novela El final de la Norma, y la publica como folletín. Se traslada a París y escribe para El Occidente las crónicas de la «Exposición de la Industria».*

*Iniciada en 1859 la guerra de África, se alista en la primera compañía del batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo, y en los primeros días de diciembre llega a Ceuta. En África ejerce de ordenanza del general y novelista Ros de Olano y consolida una estrecha amistad con O'Donnell y quizá con el general Serrano. Día a día recoge sus impresiones de las campañas militares en Marruecos en Diario de un testigo de la guerra en África (1859-1860), que se publican en Madrid, e imprime un nuevo giro a su trayectoria literaria, tanto por los aspectos temáticos como por los recursos expresivos. El Diario... le reporta una gran consideración como escritor y florecientes beneficios económicos. La primera edición, de quinientos mil ejemplares, se agota nada más aparecer, y el autor percibe cuatro millones de reales. Esta holgada situación económica le permite realizar viajes por*

*distintos países como Francia, Suiza e Italia, recogidos en su libro De Madrid a Nápoles (1860-1861). El libro tuvo una recepción similar al anterior.*

*En 1863 mueren su padre y su gran amigo, Nicomedes Pastor Díaz. Alarcón vuelve a la política activa, dentro de la moderada Unión Liberal que lidera O'Donnell. Reanuda también su actividad como periodista político, y ataca al gabinete Miraflores, que lo obliga a retirar su candidatura a diputado por el distrito de Guadix. Funda en Madrid el periódico La Política, en el que continúa su postura de oposición pública al gobierno.*

*Es elegido dos veces diputado a Cortes, derrotando en una de la elecciones a su paisano Narváez, líder de los moderados más conservadores.*

*Muerto O'Donnell, e iniciada la crisis de la monarquía española, Alarcón se inclina hacia el partido del duque de Montpensier—casado con la infanta Luisa Fernanda, hermana de la reina Isabel II, radicado en Sevilla—, que aspiraba a sustituir en el trono de España a su cuñada.*

*En 1865 nuestro autor se casa en Granada con doña Paulina Contreras y Reyes. Al año siguiente firma la protesta de los diputados unionistas y es desterrado a París. Se le conmuta la pena por el confinamiento en Granada. Al estallar la revolución de septiembre de 1868, Alarcón asiste a la batalla de Alcolea. Triunfa la revolución y la reina Isabel II marcha al exilio. Se le ofrece el cargo de ministro plenipotenciario en las Cortes de Suecia y de Noruega, pero Alarcón no acepta el nombramiento y prefiere el puesto de diputado por Guadix. Pensando en la evolución de la situación política hacia la República y perdidas sus esperanzas de ver coronados en España a los duques de Montpensier, defiende la conveniencia de que la Unión Liberal apoye a Alfonso, hijo de Isabel II, para el trono de España. En este sentido, su artículo de 1872, La Unión Liberal debe ser alfonsina, es el primer manifiesto de un revolucionario de septiembre en*

*favor de la candidatura de Alfonso XII para la corona de España.*

*Tras la restauración borbónica, Alarcón es nombrado consejero de Estado y se le otorga la Gran Cruz de Isabel la Católica, por su Diario de un testigo de la guerra de África, y sus servicios durante la campaña. Poco después ingresa en la Real Academia Española, con un discurso titulado, La belleza, bondad y verdad de la producción literaria.*

*El 15 de julio de 1891 muere en Madrid. Su entierro convoca a miles del ciudadanos madrileños, que le acompañan hasta el cementerio de San Justo.*

*Alarcón cultivó todos los géneros literarios, aunque su mayor dedicación fue a la narrativa.*

*Dentro del género teatral, en 1857 estrena su drama en verso El hijo pródigo, que tuvo muy escasa recepción. Otro tanto podría decirse de sus Poesías serias y humorísticas, publicadas en 1870, con un prólogo de Juan Valera.*

*Dentro de las crónicas de viajes, además del Diario de un testigo de la guerra de África y De Madrid a Nápoles, hay que destacar La Alpujarra (1873), en la que vuelve a unir, como en los libros anteriores, la evocación viva de la Historia —en este caso el levantamiento de los moriscos granadinos de La Alpujarra, en el reinado de Felipe II— con la visión impresionista de la realidad del presente. Un procedimiento similar al utilizado por Alarcón sería seguido más tarde por el escritor inglés Robert Louis Stevenson en su Viaje en un burro (1879).*

*«Novela de evasión» y escape califica Montesinos El final de la Norma, publicada en 1855, y en la que están presentes las influencias de los escritores románticos Walter Scott, Víctor Hugo y Alejandro Dumas, entre otros. Dos características de esta novelas, observadas por González López, encontraremos después en otras narraciones alarconianas: una trama diná-*

*mica y enredada y la presentación de las pasiones violentas de los personajes*<sup>25</sup>.

*En El sombrero de tres picos (1874) se combinan los elementos de evocación del pasado y la pintura amable de la realidad, ya observados en los libros de viajes.*

*El escándalo (1875) es la única novela larga de Alarcón que no está situada en el escenario andaluz. Montesinos, señalando las limitaciones de la novela, observa que Alarcón se olvida en esta obra de «que su dominio eran las superficies, los colores, las siluetas ágiles, los gestos ingeniosos, espontáneos; lo único que se dibuja con un trazo, lo que se colorea con una mancha: que su fuerte no pide ser nunca la especulación ni la polémica ideológica»<sup>26</sup>. Julián Marías considera El escándalo la narración menos lograda de Alarcón, mientras que Juan Hurtado y González Palencia la valoran como una de las mejores novelas de las letras modernas.*

*En El Niño de la bola (1880), se nos proporciona una nueva versión de la vieja historia de Los amantes de Teruel en un escenario andaluz y con todo los ingredientes de la novela romántica.*

*La Pródiga (1882) aparecida primero en la Revista Hispanoamericana (1881-1882) —donde también se publica El capitán veneno— manifiesta una vez más el dualismo en que se movía el escritor: el ambiente, los asuntos y los modos expresivos propios del Romanticismo y el intento de presentar el mundo de forma realista.*

*La citada El capitán veneno (1881) no es mucho más extensa que algunos de sus cuentos largos, como El amigo de la muerte. La verdad es que cada vez resulta más difícil la delimitación —según se ha expuesto en el estudio introducto-*

---

<sup>25</sup> GONZÁLEZ LÓPEZ, E., *Historia de la literatura española. Edad Moderna. Siglos XVIII y XIX*, New York, Las Américas Publishing Company, 1965, p. 392.

<sup>26</sup> Citado en GONZÁLEZ LÓPEZ, E., *op. cit.*, p. 396.

rio— entre la novela corta y el relato. Por eso no tendría mucho sentido suscribir la afirmación de Montesinos según la cual Alarcón siempre será más narrador que novelista.

El propio Alarcón, como se ha señalado anteriormente, recogió y ordenó al final de su vida los diversos relatos que había ido publicando —algunos desde su juventud—, clasificándolos en tres colecciones: Cuentos amatorios (1881), Historietas nacionales y Narraciones inverosímiles (1882). El carácter de los relatos no se atiene estrictamente a lo indicado en el título de las colecciones. Las notas comunes a todas, como señala González López, son su fuerte sentido dramático y su amor por los episodios extraordinarios de clara prosapia romántica.

Entre los cuentos amatorios sobresalen La Comendadora y El clavo. Este último, como ya se indicó en la introducción, incorpora muchos de elementos del relato policial o de misterio, y en él se nos cuenta la historia de un juez por cuyo amor una esposa asesina a su marido para verse procesada por su propio amor.

En los relatos incluidos en el volumen de Historietas nacionales domina al principio el tono épico, como El carbonero-alcalde, El afrancesado, El extranjero y ¡Viva el rey! con la guerra de la independencia como tema o como fondo.

En las Narraciones inverosímiles se acentúan los aspectos de misterios, ya presentes en El clavo, el amor por lo sobrenatural, la presencia de la Muerte o del Diablo, o el carácter exótico como Un aire de Spitzberg, que ofrece un cierto parentesco con su primera novela, El final de la Norma. Algunos de estos relatos como Los seis velos podrían figurar igualmente entre las narraciones amatorias, de la misma forma que Moros y cristianos podría haberse integrado en las Historietas nacionales. Uno de los mejores relatos, sin duda, de la colección de Narraciones inverosímiles es La mujer alta, incluido en esta antología, junto con El rey se divierte y Las dos glorias, estos dos últimos pertenecientes a Historietas nacionales.

*Para un creador meditar acerca del alma es, en parte, meditar acerca del arte, aunque la gloria mundana que pueda alcanzar el artista para satisfacer su vanidad no sea comparable con la gloria espiritual de la reconciliación con el mundo. Tal vez por esto Pedro Antonio de Alarcón en Las dos glorias nos hable de un cuadro (que el pintor Rubens encuentra casualmente en una iglesia de Madrid) para hablar de la vida, porque no puede existir lo primero sin lo segundo, y dice: «Ésta es una obra de pura inspiración, un asunto propio, un reflejo del alma, un pedazo de vida...». Una precisa, lúcida y avanzada reflexión sobre la vida dentro del arte como potenciador emocional y sobre el arte dentro del arte (un cuadro dentro de otro cuadro) como factor de profundidad y también, y ante todo, de la obra como expresión de una personalidad, de una singularidad, de una mirada. «¡Ahora es cuando más se parece a su obra!», exclama al final del relato el maestro Rubens de aquél que se quedó atrapado en su propia creación.*

*Para hablar de la crueldad e inhumanidad sin mencionarlas, para criticar el embrutecimiento del alma sin criticarlo, o sea, sin condenar por medio de calificativos, Alarcón expone en forma de documento y describe del modo más pormenorizado y objetivo posible los terribles hechos ocurridos junto a la puerta de Fuencarral en el año 1860 en que estuvieron involucrados el Santo Oficio, el Rey y el pueblo, porque tal vez la manera más eficaz de conmover la sensibilidad sea la exposición desnuda de la insensibilidad y falta de conciencia. Por eso el título del segundo cuento de Alarcón de este volumen es sobrecogedor: El rey se divierte ante el sufrimiento ajeno.*

*Este mismo escritor da el subtítulo de «cuento de miedo» a La mujer alta y más adelante se anticipa que se trata de un suceso sobrenatural o extranatural. Tal relato corre a cargo de Gabriel mientras él y sus amigos disfrutaban del maravilloso paisaje en la cumbre del Guadarrama, no lejos de El Escorial*

*en un día claro y puro. De modo que Gabriel, en esta atmósfera oxigenada y estival, alegre —como si la imaginación humana necesitase siempre algo más de lo que hay— introduzca la lúgubre historia del apuesto y prometedor Telesforo contada por él mismo a su amigo tras el fallecimiento de su novia Joaquina.*

*Madrid de noche, calles tenebrosas y mujeres solas que acechan, amenazantes. El miedo como fantasía estética o acaso el mal como encarnación de nuestros miedos e inseguridades.*

*Estos cuentos han sido seleccionados de las Obras completas, Madrid, Aguilar, 1942. Para Las dos glorias y El rey se divierte se han tenido presentes las Historietas nacionales, editadas en Madrid, Espasa Calpe, 1952. Y para La mujer alta, la edición de Laura de los Ríos, La Comendadora y otros Cuentos, Madrid, Cátedra, 1975.*

## LAS DOS GLORIAS

Un día que el célebre pintor flamenco Pedro Pablo Rubens andaba recorriendo los templos de Madrid acompañado de sus afamados discípulos, penetró en la iglesia de un humilde convento, cuyo nombre no designa la tradición.

Poco o nada encontró que admirar el ilustre artista en aquel pobre y desmantelado templo, y ya se marchaba renegando, como solía, del mal gusto de los frailes de Castilla la Nueva, cuando reparó en cierto cuadro medio oculto en las sombras de la feísima capilla; acercóse a él y lanzó una exclamación de asombro.

Sus discípulos le rodearon al momento, preguntándole:

—¿Qué habéis encontrado, maestro?

—¡Mirad! —dijo Rubens señalando, por toda contestación, al lienzo que tenía delante.

Los jóvenes quedaron tan maravillados como el autor del *Descendimiento*.

Representaba aquel cuadro la *Muerte de un religioso*. Era éste muy joven, y de una belleza que ni la penitencia ni la agonía habían podido eclipsar, y hallábase tendido sobre los ladrillos de su celda, velados ya los ojos por la muerte, con

una mano extendida sobre una calavera, y estrechando con la otra, a su corazón, un crucifijo de madera y cobre.

En el fondo del lienzo se veía pintado otro cuadro, que figuraba estar colgado cerca del lecho del que se suponía haber salido el religioso para morir con más humildad sobre la dura tierra.

Aquel segundo cuadro representaba a una difunta, joven y hermosa, tendida en el ataúd entre fúnebres cirios y negras y suntuosas colgaduras...

Nadie hubiera podido mirar estas dos escenas, contenida la una en la otra, sin comprender que se explicaban y completaban recíprocamente. Un amor desgraciado, una esperanza muerta, un desencanto de la vida, un olvido eterno del mundo: he aquí el poema misterioso que se deducía de los dos ascéticos dramas que encerraba aquel lienzo.

Por lo demás, el color, el dibujo, la composición, todo revelaba un genio de primer orden.

—Maestro, ¿de quién puede ser esta magnífica obra? —preguntaron a Rubens sus discípulos, que ya habían alcanzado el cuadro.

—En este ángulo ha habido un nombre escrito —respondió el maestro—; pero hace muy pocos meses que ha sido borrado. En cuanto a la pintura, no tiene arriba de treinta años, ni menos de veinte.

—Pero el autor...

—El autor, según el mérito del cuadro, pudiera ser Velázquez, Zurbarán, Ribera, o el joven Murillo, de quien tan prendado estoy... Pero Velázquez no siente de este modo. Tampoco es Zurbarán si atiendo al color y a la manera de ver el asunto. Menos aún debe atribuirse a Murillo ni a Ribera: aquél es más tierno, y éste es más sombrío; y, además, ese estilo no pertenece ni a la escuela del uno ni a la del otro. En resumen: yo no conozco al autor de este cuadro, y hasta jura-

ría que no he visto jamás obras suyas. Voy más lejos: creo que el pintor desconocido, y acaso ya muerto, que ha legado al mundo tal maravilla, no perteneció a ninguna escuela, ni ha pintado más cuadro que este, ni hubiera podido pintar otro que se le acercara en mérito... Esta es una obra de pura inspiración, un asunto *propio*, un reflejo del alma, un pedazo de la vida... Pero... ¡Qué idea! ¿Queréis saber quién ha pintado ese cuadro? ¡Pues lo ha pintado ese mismo muerto que veis en él!

—¡Eh! Maestro... ¡Vos os burláis!

—No: yo me entiendo...

—Pero, ¿cómo concebís que un difunto haya podido pintar su agonía?

—¡Concibiendo que un vivo pueda adivinar o representar su muerte! Además, vosotros sabéis que profesar *de veras* en ciertas Órdenes religiosas es morir.

—¡Ah! ¿Creéis vos?...

—Creo que aquella mujer que está de cuerpo presente en el fondo del cuadro era el alma y la vida de este fraile que agoniza contra el suelo; creo que, cuando ella murió, él se creyó también muerto, y murió efectivamente para el mundo; creo, en fin, que esta obra, más que el último instante de su héroe o de su autor (que indudablemente son una misma persona), representa la profesión de un joven desengañado de alegrías terrenales...

—¿De modo que puede vivir todavía?...

—¡Sí, señor, que puede vivir! Y como la cosa tiene fecha, tal vez su espíritu se habrá serenado y hasta regocijado, y el desconocido artista sea ahora un viejo muy gordo y muy alegre... Por todo lo cual, ¡hay que buscarlo! Y, sobre todo, necesitamos averiguar si llegó a pintar más obras... Seguidme.

Y así diciendo, Rubens se dirigió a un fraile que rezaba en otra capilla y le preguntó con su desenfado habitual:

—¿Queréis decirle al padre prior que deseo hablarle de parte del rey?

El fraile, que era hombre de alguna edad, se levantó trabajosamente, y respondió con voz humilde y quebrantada:

—¿Qué me queréis? Yo soy el prior.

—Perdonad, padre mío, que interrumpa vuestras oraciones —replicó Rubens—. ¿Podierais decirme quién es el autor de este cuadro?

—¿De ese cuadro? —exclamó el religioso—. ¿Qué pensaría usted de mí si le contestase que no me acuerdo?

—¿Cómo? ¿Lo sabíais y habéis podido olvidarlo?

—Sí, hijo mío; lo he olvidado completamente.

—Pues, padre... —dijo Rubens en son de burla procaz—, ¡tenéis muy mala memoria!

El prior volvió a arrodillarse sin hacerle caso.

—¡Vengo en nombre del rey! —gritó el soberbio y mimado flamenco.

—¿Qué más queréis, hermano mío? —murmuró el fraile, levantando lentamente la cabeza.

—¡Compraros este cuadro!

—Ese cuadro no se vende.

—Pues bien: decidme dónde encontraré a su autor... Su majestad deseará conocerlo, y yo necesito abrazarlo, felicitarlo..., demostrarle mi admiración y mi cariño...

—Todo eso es también irrealizable... Su autor no está ya en el mundo.

—¡Ha muerto! —exclamó Rubens con desesperación.

—¡El maestro decía bien! —pronunció uno de los jóvenes—. Ese cuadro está pintado por un difunto...

—¡Ha muerto!... —repitió Rubens—. ¡Y nadie lo ha conocido! ¡Y se ha olvidado su nombre! ¡Su nombre, que debió ser inmortal! ¡Su nombre, que hubiera eclipsado el mío! Sí, *el mío*..., padre... —añadió el artista con noble orgullo—. ¡Porque habéis de saber que yo soy Pedro Pablo Rubens!

A este nombre, glorioso en todo el Universo, y que ningún hombre consagrado a Dios desconocía ya, por ir unido a cien cuadros místicos, verdaderas maravillas del arte, el rostro pálido del prior se enrojeció súbitamente, y sus abatidos ojos se clavaron en el semblante del extranjero con tanta veneración como sorpresa.

—¡Ah! ¡Me conocíais! —exclamó Rubens con infantil satisfacción—. ¡Me alegro en el alma! ¡Así seréis menos fraile conmigo! Conque... ¡vamos! ¿Me vendéis el cuadro?

—¡Pedís un imposible! —respondió el prior.

—Pues bien: ¿sabéis de alguna otra obra de esa malogrado genio? ¿No podréis recordar su nombre? ¿Queréis decirme cuándo murió?

—Me habéis comprendido mal... —replicó el fraile—. Os he dicho que el autor de esa pintura no pertenece al mundo; pero esto no significa precisamente que haya muerto...

—¡Oh! ¡Vive! ¡Vive! —exclamaron todos los pintores—. ¡Haced que lo conozcamos!

—¿Para qué? ¡El infeliz ha renunciado a todo lo de la Tierra! ¡Nada tiene que ver con los hombres!... ¡Nada!... Os suplico, por tanto, que lo dejéis morir en paz.

—¡Oh! —dijo Rubens con exaltación—. ¡Eso no puede ser, padre mío! Cuando Dios enciende en un alma el fuego sagrado del genio, no es para que ese alma se consuma en la soledad, sino para que cumpla su misión sublime de iluminar el alma de los demás hombres. ¡Nombradme el monasterio en que se oculta el grande artista y yo iré a buscarlo y lo devolveré al siglo! ¡Oh! ¡Cuánta gloria le espera!

—Pero... ¿y si la rehúsa? —preguntó el prior tímidamente.

—Si la rehúsa acudiré al Papa, con cuya amistad me honro, y el Papa lo convencerá mejor que yo.

—¡El Papa! —exclamó el prior.

—Sí, padre; ¡el Papa! —repitió Rubens.

—¡Ved por lo que no os diría el nombre de ese pintor aunque lo recordase! ¡Ved por lo que no os diré en qué convento se ha refugiado!

—Pues bien, padre, ¡el rey y el Papa os obligarán a decirlo! —respondió Rubens exasperado—. Yo me encargo de que así suceda.

—¡Oh! ¡No lo haréis! —exclamó el fraile—. ¡Haríais muy mal, señor Rubens! Llevaos el cuadro si queréis; pero dejad tranquilo al que descansa. ¡Os hablo en nombre de Dios! ¡Sí! ¡Yo he conocido, yo he amado, yo he consolado, yo he redimido, yo he salvado de entre las olas de las pasiones y las desdichas, náufrago y agonizante, a ese hombre, como vos decís, a ese infortunado y ciego mortal, como yo le llamo; olvidado ayer de Dios y de sí mismo, hoy cercano a la suprema felicidad!... ¡La gloria!... ¿Conocéis alguna mayor que aquélla a que él aspira? ¿Con qué derecho queréis resucitar en su alma los fuegos fatuos de las vanidades de la Tierra, cuando arde en su corazón la pira inextinguible de la caridad? ¿Creéis que ese hombre, antes de dejar el mundo, antes de renunciar a las riquezas, a la fama, al Poder, a la juventud, al amor, a todo lo que desvanece a las criaturas, no habrá sostenido ruda batalla con su corazón? ¿No adivináis los desengaños y amarguras que lo llevarían al conocimiento de la mentira de las cosas humanas? Y, ¿queréis volverlo a la pelea cuando ya ha triunfado?

—Pero, ¿eso es renunciar a la inmortalidad! —gritó Rubens.

—¡Eso es aspirar a ella!

—Y, ¿con qué derecho os interponéis vos entre ese hombre y el mundo? ¡Dejad que le hable, y él decidirá!

—Lo hago con el derecho de un hermano mayor, de un maestro, de un padre; que todo esto soy para él... ¡Lo hago en el nombre de Dios, os vuelvo a decir! Respetadlo..., para bien de vuestra alma.

Y, así diciendo, el religioso cubrió su cabeza con la capucha y se alejó a lo largo del templo.

—Vámonos —dijo Rubens—. Yo sé lo que me toca hacer.

—¡Maestro! —exclamó uno de los discípulos, que durante la anterior conversación había estado mirando alternativamente al lienzo y al religioso—. ¿No creéis, como yo, que ese viejo frailuco se parece muchísimo al joven que se muere en este cuadro?

—¡Calla! ¡Pues es verdad! —exclamaron todos.

—Restad las arrugas y las barbas, y sumad los treinta años que manifiesta la pintura, y resultará que el maestro tenía razón cuando decía que ese religioso muerto era a un mismo tiempo retrato y obra de un religioso vivo. Ahora bien: ¡Dios me confunda si ese religioso vivo no es el padre prior!

Entretanto Rubens, sombrío, avergonzado y enternecido profundamente, veía alejarse al anciano, el cual lo saludó cruzando los brazos sobre el pecho poco antes de desaparecer.

—¡Él era..., sí! —balbuceó el artista—. ¡Oh!... Vámonos... —añadió volviéndose a sus discípulos—. ¡Ese hombre tenía razón! ¡Su gloria vale más que la mía! ¡Dejémoslo morir en paz!

Y dirigiendo una última mirada al lienzo que tanto le había sorprendido, salió del templo y se dirigió a Palacio, donde lo honraban sus majestades teniéndole a la mesa.

\* \* \*

Tres días después volvió Rubens, enteramente solo a aquella humilde capilla, deseoso de contemplar de nuevo la maravillosa pintura, y aun de hablar otra vez con su presunto autor.

Pero el cuadro no estaba ya en su sitio.

En cambio se encontró con que en la nave principal del templo había un ataúd en el suelo, rodeado de toda la comunidad, que salmodiaba el Oficio de difuntos...

Acercóse a mirar el rostro del muerto, y vio que era el padre prior.

—¡Gran pintor fue!... —dijo Rubens, luego que la sorpresa y el dolor hubieron cedido lugar a otros sentimientos—. ¡Ahora es cuando más se parece a su obra!

Madrid, 1858.

EL REY SE DIVIERTE  
(*Extracto de un documento histórico*)

El año 1680 deseó Carlos II de Austria, rey de España, presenciar un *Auto general de fe*. Tenía entonces diecinueve años.

Don Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Oviedo y Plasencia, consejero real y de la Junta de gobierno durante la minoría del príncipe e inquisidor general del reino, aplaudió aquella idea del joven rey, y quedó en avisarle tan luego como se reuniese una buena colección de reos que castigar.

No se hizo esperar esta coyuntura.

Diéronse prisa todos los tribunales, y a fines de abril había ya gran número de causas sentenciadas, y otro no menos cuantioso de herejes, presos en las cárceles de la Inquisición de la corte, de Toledo y de otros puntos de la Monarquía.

Enterado el rey, y perseverando en presenciar el *Auto general*, dispuso que se verificase en Madrid y a su vista, señalando el día 30 de junio como el más a propósito, por ser la Conmemoración de san Pablo.

Desde aquel momento empezaron a llegar a Madrid, a la caída de la tarde, unos grandes coches de luto, escoltados por soldados y clérigos.

El pueblo adivinaba lo que contenían, y se regocijaba anticipadamente con la esperanza del 30 de junio.

Aquellos carruajes transportaban reos desde los tribunales más remotos del reino a la gran hoguera que se preparaba al pie del trono de Carlos.

Entretanto, el duque de Medinaceli, primer ministro, era invitado y se prestaba a llevar la *cruz verde*; disponíase el teatro en la Plaza Mayor; se verificaba una procesión solemne para pregonar la proximidad del *Auto*, y concedíanse indulgencias a los que asistiesen a él...

El teatro, preparado en pocos días por don Fernando Villegas, era soberbio.

Constituíanlo:

Un tablado de 13 pies de alto, 190 de largo y 100 de ancho.

Dos altísimas escalinatas que bajaban a él.

Doseles para las corporaciones.

Jaulas para los reos.

Mesas para los secretarios.

Púlpitos y tribunas para los sacerdotes.

Altares para las ceremonias religiosas.

Reposterías para los inquisidores que fuesen molestados por el hambre.

Y puestos de guardia para vigilar a los sentenciados.

Para intimidar y sujetar al pueblo no se preparó ninguna fuerza armada. Sabíase que el pueblo no se indignaría, sino que se holgaría muy mucho con el *Auto de fe*.

Dispúsose un balcón para el rey en la casa del conde de Barajas, que venía a caer en medio del testero principal del teatro.

El *brasero* se preparó en la puerta de Fuencarral, a la vera del camino y a unos trescientos pasos del muro. Todavía es fácil hallar el sitio.

A las tres de la tarde de la víspera del gran día salió una solemne procesión, que duró hasta las doce de la noche; dióse de cenar a los reos, y reunióse el Santo Tribunal para estar en vigilia hasta la mañana siguiente.

Presentóse a Carlos II un haz de leña. El rey se lo mostró a la reina, y después de haberlo tenido en sus manos largo tiempo, ambos esposos lo dieron al duque de Pastrana, con recomendación de que fuese el primero que se echase en la hoguera.

Entretanto, se hacía en estos términos la notificación a los reos:

«—Hermano. (¡Hermano!) Vuestra causa se ha visto y comunicado con personas muy doctas de grandes letras y ciencias, y vuestros delitos son tan graves y de tan mala calidad, que, para castigo y ejemplo de ellos, se ha fallado y juzgado que mañana habéis de morir; preveníos y apercibíos; y para que lo podáis hacer como conviene, quedan aquí dos religiosos».

Esta intimación se hizo a veintitrés condenados.

A los que no debían sufrir la muerte se les notificó la sentencia en muy semejantes términos.

De este modo amaneció el 30 de junio.

A las tres de la madrugada vistióse a los reos.

A las cinco almorzaron.

En seguida se les formó en procesión.

Eran *ochenta y seis*.

Iban además otros treinta y cuatro en *estatua*, por haber muerto o estar prófugos.

Las estatuas que representaban *muertos* llevaban en sus brazos una caja con los huesos de los seres de quienes eran efigie.

En el pecho de todos se leían sus nombres con grandes letras.

De los ochenta y seis reos vivos, iban veintiuno con *coroza* y *sambenito*.

Eran los condenados a *relajar*, esto es, a morir.

Faltaban dos para el número «veintitrés», que anunciaba el programa; pero esto consistía en que aquella mañana se había conmutado la pena a dos mujeres en pago de ciertas revelaciones que habían hecho a la Inquisición.

De los veintiún reos condenados a la hoguera, doce llevaban *esposas* y *mordaza*.

Entre estos mismos veintiuno había seis mujeres.

La edad de las mujeres era: treinta, veinticuatro, cincuenta y dos, cuarenta y tres, sesenta, veintiún años.

Su crimen, ser *judaizantes*.

Tres de ellas llevaban *mordaza*.

La edad de los hombres era: veintiséis, veinticinco, cincuenta y dos, sesenta y cinco, treinta, treinta y cinco, treinta y cuatro, treinta y tres, treinta y seis, veinticuatro, treinta y ocho, treinta y tres, treinta y ocho, veintisiete, veintiocho años.

Algunos eran médicos, la mayor parte comerciantes, y casi todos portugueses.

Su crimen, ser *judaizantes*.

De estos veintiuno destinados a ser quemados en persona, había unos que sufrirían primero la pena de garrote y otros que arderían vivos.

Además debían ser quemadas treinta y dos estatuas de las treinta y cuatro referidas.

Veintidós de ellas representaban fugitivos.

Las otras diez, *difuntos*.

De estos diez difuntos, siete habían muerto en las cárceles secretas de la Inquisición.

De ellos eran los huesos que llevaban algunas estatuas en las susodichas cajas, para ser también reducidos a cenizas.

Entre las estatuas las había de ambos sexos y de todas edades.

Hasta aquí los condenados a *relajar*.

Los sentenciados a vergüenza pública y azotes por las calles, fueron seis.

Entre ellos contábanse dos mujeres, ambas de treinta y cuatro años.

Los hombres eran: un sastre tullido que pedía limosna; un joven carpintero, un italiano de veintinueve años y un vaquero que se había casado dos veces, por lo cual recibiría doscientos azotes y sería desterrado por diez años, cinco de ellos en galeras, al remo y sin sueldo.

Los condenados a destierro y *cárcel perpetua* eran veinte.

Entre ellos había doce mujeres.

Sus edades: dieciocho, treinta y nueve, cuarenta, treinta y cuatro, treinta, catorce, veinticinco, cincuenta, setenta y seis, diecisiete, veinticinco años.

En pos de los reos iba muy larga comitiva, compuesta de todas las corporaciones, autoridades, comunidades y órdenes de la corte.

Esta procesión paseó por las principales calles de Madrid, entre un gentío inmenso que daba grandes muestras de regocijo.

A las nueve llegó el cortejo a la Plaza Mayor.

El rey esperaba ya en el balcón del conde de Barajas.

Principiaron las ceremonias.

El rey juró al Inquisidor general defender y proteger el Santo Oficio.

El pueblo *juró delatar* a todos los enemigos de la Fe, sin distinción de clase *ni consideración de parentesco*.

Al momento empezó la misa.

Hubo sermón.

A las cuatro se acabaron de leer las causas de los relajados, y en seguida los condujeron al *brasero*.

El rey permaneció en la plaza hasta que se vieron los demás procesos.

Hubo exorcismos, abjuraciones y conjuraciones.

Después se cantó el *Veni Creator*, etc.

Carlos II temblaba alguna vez que otra, al decir del documento que extractamos.

A las nueve y media *de la noche* concluyó la misa.

Su Majestad preguntó a los inquisidores si aún tenía que permanecer allí...

Se le contestó que no, y regresó en el acto a su palacio.

Había estado doce horas en el balcón, sin comer, sin hablar, sin moverse, como un cadáver...

Pero la Inquisición no había terminado todavía.

Empezóse una nueva procesión que duró toda la noche.

Al día siguiente fueron sacados a la vergüenza pública los demás reos, quienes, después de ser azotados, apedreados y silbados por el público, volvieron a su encierro para siempre.

En cuanto a los *relajados*, no quedó de ellos otra cosa que un montón de cenizas junto a la puerta de Fuencarral.

Almería, 1854.

## LA MUJER ALTA

### I

—¡Qué sabemos! Amigos míos..., ¡qué sabemos! —exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado—. Sentémonos, como es de rigor y *está escrito*..., en nuestro programa —continuó Gabriel—, a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Rosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis..., reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales: esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se

entienden) semejantes, *palabras, palabras y palabras*, que diría Hamlet...

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de san Luis... Inclínome a creer el de san Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria...

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario... Por fortuna o desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan *positivista* como el que más, bien que incluya entre los datos *positivos* de la Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materia de sentimiento... Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales o *extranaturales*, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

—El caso fue como sigue... ¡A ver! ¡Echar una gota, que ya se habrá refrescado el *pellejo* dentro de esa bullidora y crista-

lina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

## II

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X..., que murió en 1860...

—Yo no...

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda..., y que murió de ictericia...

—¡Ese mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábasele varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban los mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que... Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente *usufructuario*...

—¡Señor don Gabriel, al orden!

—Sí..., sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso... ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Águeda al fin del verano de 1859... Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan

triste noticia, que me afectó muy especialmente por la íntima amistad que me unía a Telesforo... A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propias de las personas que tienen una aneurisma, me pareció desde luego indicio de mala salud... Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable... Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince a veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo... no recuerdo el número pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido... Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo... Ocúrreme una cosa muy particular y extraña que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia... Siéntate... —prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho—, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida... ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora ni después, ni nunca! De lo

que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto...

—¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye... —repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

### III

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente, cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino... Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no veía más alma viviente por ningún lado... entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espí-

ritu; pensaba en almas de otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergozábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía... Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!... Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años... (desgraciadamente tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de noviembre de 1857!) volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casa de la calle Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces... Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de... (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera... y última

vez. Sabes que nunca he sido jugador; entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demi-monde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al Enano, en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a esto de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban del teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos y mudóse de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un diner... con el *pagaré* correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía, yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza, y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición..., cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa...

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los porme-

nores más ligeros de su figura y de su traje... Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena...

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón... ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré *mujer* fue su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a gigante tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar, aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado... Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca..., ¡no sé de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!... ¡Dijérase que, desde la cuna, había presentado yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para... ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo con aquella misteriosa estantigua<sup>27</sup>, a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra... ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la seguridad!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años de vida y de salud, y de esta manera poco a poco,irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba...; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto me ocurrió una idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía ni enemiga!

—Una de dos... —pensé con la rapidez del rayo—: o mi terror tiene fundamento o es una locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome y no hay salvación para mi en el mundo... Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna.

---

<sup>27</sup> *Estantigua*: coloquialmente, persona muy alta y seca, mal vestida.

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La mujer alta me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco y que no dejó de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera...

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la *mujer alta* si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

«¡Esa bribona —me dije— se habrá metido en el hueco de otra puerta!... Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí...»

En esto vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la

de Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con tal medio no podría escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa... —dijo el sereno.

—¡Eso será! —respondí yo abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte<sup>28</sup> llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de noviembre no habían concluido!

—¿Qué ocurre? —le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado —me respondió visiblemente conmovido—, esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer..

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte... Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente... ¡No me cabía, pues, duda, de que mi padre había fallecido!

---

<sup>28</sup> *Picaporte*: llave.

Sentéme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, y ¡Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la *mujer alta* y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio...

Arrojéme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

#### IV

—Mi amigo Telesforo —continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino— descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico; que el mío, eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores...

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado

entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a *la mujer alta*. ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!

—No te comprendo...

—Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina...

—Cuéntame..., cuéntame...

—Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T..., ¡de quien érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a quien estaban enterrando en Santa Águeda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea, a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto... Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años... ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más goce que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la

odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese...

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometióme como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía oscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima...

Vuélvome en esto..., y ¡allí estaba! ¡Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!...

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojéme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y con la otra, ¡qué asco!, púseme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos sucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer.

Ella había lanzado entretando un aullido ronco y agudo al propio tiempo que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego usted recuerda —grité— haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía! —respondió sardónicamente—. ¡La noche de san Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!...

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—Pero, ¿quién es usted? —le dije sin soltarla—. ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer... —contestó diabólicamente—. ¡Usted me odia y me teme sin motivo!... Y si no, dígame usted, señor caballero: ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

—¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

—¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

—¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

—¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: «¡Este es!».

—Pero, ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

—¡El demonio! —respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra...

¡Locura intentar alcanzarla!... Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La *mujer alta* siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí a mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina...

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! ¡Óyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Águeda! El desgraciado padre se lo había telegrafiado a Falcón para que me lo dijese... ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al

encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmundada vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero, ¿qué digo matar? ¿Es mujer? ¿Es criatura humana? ¿Por qué la he presentado desde que nací? ¿Por qué *me reconoció* al verme? ¿Por qué no se me presenta sino cuando me ha sucedido alguna gran desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es?...

## V

—Os hago gracia, mis queridos amigos —continuó Gabriel—, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano... Vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico* y por otros *delirio emotivo*; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la *mujer alta*, habría que atribuirlo a *coincidencias* casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido...

—¡Admirable suposición! —exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas—. ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra

*locura* que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la Tierra!

—¡Habla! ¡Habla!

—Voy allá, y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

## VI

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes; y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba a mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes...

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán. Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fue la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja, y muy alta, que se reía impíamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba...

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavor, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa...

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo...

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nuevas *coincidencias* o *casualidades*. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero en tal momento sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio...

La *mujer alta* se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía... Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome a un propio tiempo, y contoneándose entre los muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas...

Y digo *para siempre*, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla... Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desheñado...

¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideraréis todavía *naturales*?

... Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias...

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Valdemoro, 25 de agosto de 1881.

## BENITO PÉREZ GALDÓS

*Benito Pérez Galdós nace en 1843 en las Palmas de Gran Canaria donde cursa sus primeros estudios y reside hasta los 19 años. En 1862 llega a Madrid para estudiar la carrera de Derecho. Gobernaba entonces la Unión Liberal (1859-1863), cuyo jefe era el también canario Leopoldo O'Donnell, y la política española parecía gozar de cierto liberalismo, de un talante más europeísta y de un nacionalismo expansivo respecto al exterior.*

*En un ambiente madrileño, de grandes inquietudes políticas y de hondas transformaciones sociales y económicas, el joven Galdós siente mayor interés por los centros vivos y animados de la vida social y cultural (el Ateneo, las tertulias de los cafés...) y por el deambular por las calles y plazas —de las que se convertiría en el más ávido y profundo observador— que por las clases de la Universidad.*

*Su primera actividad profesional es la de periodista: entra, así, a formar parte de la redacción de La Nación (1865), en la que publica 128 artículos sobre materias diversas y la primera versión española del Pickwick, de Dickens. Colabora también en Las Cortes y en El Debate.*

En 1867 y 1868 realiza sendos viajes a París, donde conoce las obras de Balzac, que, con Dickens, sería uno de sus guías en el campo de la novela. Al regreso de su primer viaje a París comienza a escribir *La Fontana de Oro*, y al volver del segundo, en el otoño de 1868, observa que España está experimentando una transformación política y social derivada de la revolución septembrina. En 1870 aparece *La Fontana de oro*, con la que nuestra novelística, como escribiría Menéndez Pelayo, despierta del letargo: «Entre ñoñeces y monstruosidades, dormitaba la novela española por los años 1870, fecha del primer libro del señor Pérez Galdós». Emprende la redacción de los Episodios nacionales, que alterna con otras novelas (*Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*).

El ascenso al poder del partido liberal de Sagasta en 1881 hace renacer en el novelista la esperanza de que pueda desarrollarse una España progresista y liberal dentro del nuevo régimen. Ello le lleva a participar en la actividad política. En 1886 es elegido diputado a Cortes del partido de Sagasta, por el distrito de Guayama, en Puerto Rico, cargo que desempeña durante cuatro años. Pero todavía cuenta Pérez Galdós —por las ideas expresadas en sus novelas simbolistas— con numerosos enemigos, que se confabulan para impedir su ingreso en la Real Academia Española, en 1883 y 1889. Gracias a los esfuerzos de sus amigos, entre los que se encuentran los conservadores montañeses Menéndez Pelayo y Pereda, ingresa en la Academia en 1897. Su discurso «*La sociedad presente como materia novelable*» constituye un verdadero manifiesto sobre el realismo así como una ajustada exposición de sus tesis acerca de la novela. En 1901 se estrena en Madrid el drama *Electra* que le otorga un triunfo más político que literario como observa González López. En 1907 y 1910 es elegido diputado por Madrid en la candidatura republicana. Durante la campaña electoral se estrena en la Corte su drama *Cassandra*, que contribuye con su éxito al de la candidatura republicana en la capital de España. En 1910 entra a formar parte de la Convención Republicano-Socialista, junto a Pablo Iglesias.

*Su actitud e ideología política le acarrearán una fuerte censura del clero y de los censores reaccionarios, por lo que la Real Academia Española veta su candidatura al premio Nobel en 1912.*

*Los últimos años de su vida son tristes: pierde la vista, aumentan sus dificultades económicas y se da cuenta de que el personalismo y la intriga presiden la vida política. Abandona sus actividades públicas, y, totalmente ciego, muere en Madrid en 1920. Su entierro constituyó una auténtica manifestación de pesar de todo el pueblo madrileño, que quiso acompañarle en su último viaje por las calles de la capital.*

*El mismo Galdós dividió su obra en Episodios nacionales, Novelas de la primera época y Novelas españolas contemporáneas. A esta producción hay que añadir sus obras teatrales—algunas de las cuales serían versiones de sus propias novelas— y sus artículos de crítica literaria.*

*Los Episodios nacionales intentan ofrecer una visión novelada de la España del siglo XIX. Están integrados por 46 novelas, distribuidas en cinco series de diez títulos cada una, salvo la última, que sólo consta de seis.*

*En las dos primeras series, compuestas entre 1873 y 1879, se narran la Guerra de la Independencia y los sucesos del reinado de Fernando VII. Aunque el protagonista es colectivo, dos personajes: Gabriel Araceli, en la primera, y Salvador Monsalud, en la segunda, confieren unidad al conjunto. Entre los títulos más significativos conviene citar Trafalgar, Bailén, Zaragoza, Los cien mil hijos de San Luis, etc. La fuente más importante de la primera serie fue un grumete que intervino en la batalla de Trafalgar; y de la segunda, el escritor Mesonero Romanos.*

*Bastantes años más tarde emprendió las series restantes, escritas entre 1898 y 1912. La tercera abarca de la regencia de María Cristina a la boda de Isabel II. El protagonista, Fernando Calpena, está dotado de menos fuerza que los de las*

dos series anteriores. La cuarta serie narra todo el reinado de Isabel II, y la quinta desde la Revolución de 1868 hasta la restauración borbónica en 1875.

*Aunque puede encontrarse abundante material histórico en sus grandes novelas —La Fontana de Oro, Fortunata y Jacinta, Torquemada, Miau, La de Bringas...— los Episodios nacionales vienen siendo considerados materiales imprescindibles para conocer la historia española del siglo XIX.*

*Las novelas de la primera época son las que escribió a la vez que las dos primeras series de los Episodios. Las dos primeras narraciones son también de carácter histórico y se sitúan igualmente en la España del primer cuarto de siglo: La Fontana de Oro (1870) y El audaz (1871). Otras, como Doña Perfecta (1876), Gloria (1877) y La familia de León Roch (1878) son las consideradas novelas de tesis. En ellas expone Pérez Galdós los enfrentamientos ideológicos entre tradicionalismo y liberalismo, entre intransigencia y tolerancia, entre oscurantismo y claridad.*

*La corriente naturalista se anuncia ya en otra novela escrita por estas mismas fechas: Marianela (1878).*

*«Novelas españolas contemporáneas» llamó Galdós a las 24 que publicó a partir de 1881. Por sus páginas desfila todo el Madrid de su tiempo: burgueses adinerados, nobles arruinados, burócratas influyentes o cesantes, gentes humildes y miserables... Ahora más que plantear explícitamente conflictos ideológicos, se propone abundar en las causas de la dolencia nacional, en los vicios principales de los españoles: el engañarse a sí mismos, la hipocresía, un modo de vivir pendiente de las apariencias, de la opinión de los otros, de espaldas a la realidad. Entre las más representativas figuran La desheredada (1881), de la que Clarín escribió una crítica espléndida —considerada uno de los manifiestos del naturalismo en España—, Tormento y La de Bringas (ambas de 1864 y con personajes comunes), Fortunata y Jacinta (1886-1887), Miau (1888), Torquemada en la hoguera (1889), La incógnita (1889) y Realidad (1889).*

*A partir de 1890 se percibe en la novelística de Galdós una inclinación hacia el espiritualismo, en consonancia con lo que sucedía en otros países como Francia y Rusia. Así se refleja en Ángel Guerra (1890), Nazarín (1895) y Misericordia (1897).*

*Entre su producción teatral, Electra (1901) fue el drama de más éxito. La obra se estrenó en unas circunstancias políticas similares a las planteadas en ella, y contribuyó a la caída del gobierno conservador. Algunas de sus obras teatrales son adaptaciones de sus novelas, como Realidad, El abuelo, Doña Perfecta o de Episodios como Gerona o Zaragoza.*

*Pérez Galdós fue también un extraordinario cultivador de relatos, muchos de los cuales se publicaron primero en la prensa periódica antes de su aparición en forma de libro.*

*Como se ha explicado en la introducción, ésta era una práctica muy habitual en la época.*

*Galdós fue un teorizador de la novela y del cuento, como se pone de manifiesto en el discurso de ingreso en la Real Academia Española y en otras varias ocasiones. En su estudio sobre los Proverbios de Ruiz Aguilera, «Observaciones sobre la novela contemporánea en España»<sup>29</sup>, escribe: «De estos cuadros de costumbres, que apenas tienen acción, sino únicamente ligeros bosquejos de una figura, nace paulatinamente el cuento, que es aquel mismo cuadro con un poco de movimiento, formando un organismo dramático, pequeño, pero completo en su brevedad. (...) En España la producción de esas pequeñas obras es inmensa. La prensa literaria se alimenta de eso, y menudean las colecciones de cuentos, de artículos, de cuadros sociales. Hay mucho de vulgar y mediano en estas composiciones; pero el que siga con interés el movimiento literario habrá*

---

<sup>29</sup> «Observaciones sobre la novela contemporánea en España. Proverbios ejemplares y Proverbios cómicos por don Ventura Ruiz Aguilera», en *Revista de España*, 15, 57 (13 de julio, 1870), reeditado por José Pérez Vidal, Madrid, Afrodísio Aguado, 1957, pp. 223-249.

*tenido ocasión de observar lo que hay de bueno entre la muchedumbre de obritas de este género»<sup>30</sup>.*

*Estas cualidades tiene el relato seleccionado en la presente antología, que apareció en La Ilustración de Madrid el 30 de noviembre y el 15 de diciembre de 1871. En 1900 se reeditó ya en forma de librito.*

*En La novela en el tranvía tenemos la ocasión de asistir a un recorrido por Madrid, desde el barrio de Salamanca hasta el de Pozas, que estaba situado en una zona de Argüelles, ocupada en la actualidad por grandes centros comerciales. A lo largo de este viaje el tranvía pasa por sitios tan emblemáticos como la Plaza de la Cibeles, dejando a la derecha el parque de Buenavista; luego el vehículo sube por la calle de Alcalá, atraviesa la Puerta del Sol y entra triunfante en la calle Mayor; pasa por delante del Palacio Real y un poco más tarde llega al barrio de Pozas.*

*A lo largo y al final de este viaje se desarrolla la acción del relato, en cuya elaboración Galdós utiliza diversos niveles narrativos. El conocimiento de la intriga nos llega primero a través de una conversación entre el narrador y un personaje que se sube en el tranvía, don Dionisio Cascajares de la Vallina. Éste cuenta la historia de la Condesa y del mayordomo Mudarra. La historia se interrumpe cuando don Dionisio se apea en la Plaza de la Cibeles, pero nuestro personaje narrador puede continuarla, gracias a la lectura de un periódico en el que lleva envueltos unos libros. El folletín está roto y no puede seguir más la intriga; pero, sorprendentemente, al coche sube uno de los personajes del folletín, el mayordomo Mudarra, y la acción continúa. El protagonista narrador y el personaje de ficción cruzan las miradas durante un buen rato, hasta que el segundo se levanta, manda parar el coche, baja, y se pierde entre el gentío de la calle.*

---

<sup>30</sup> Citado por PÉREZ VIDAL, J., en *op. cit.*, p. 238.

*El movimiento pausado y monótono del vehículo provoca el sueño del personaje, que cierra los ojos y contempla escenas de carácter fantástico. El letargo deja paso a un sueño profundo en que aparecen el Conde, la Condesa y el joven amante Rafael. Cuando despierta, encuentra frente a sí al mismo Rafael, al joven de la escena soñada.*

*La intriga sigue su evolución, y todavía tendremos ocasión de presenciar el viaje de regreso de nuestro protagonista, y seguir el movimiento del tranvía que cruza de nuevo la calle de Buen Suceso, la Puerta del Sol, Alcalá y Serrano.*

*El lector podrá comprobar con qué habilidad mueve Galdós estos diversos hilos narrativos, mezclando la ficción y la metaficción, recurriendo al motivo del sueño y del viaje, que es un símbolo de la vida humana: «Y en tanto sigue corriendo el vehículo, remedo de la vida humana; siempre recibiendo y soltando, uniforme, incansable, majestuoso, insensible a lo que pasa en su interior; sin que le conmuevan ni poco ni mucho las mal sofocadas pasioncillas de que es mudo teatro: siempre corriendo, corriendo sobre las dos interminables paralelas de hierro, largas y resbaladizas como los siglos».*

*Para esta edición de La novela en el tranvía se ha seguido el texto que aparece en Cuentistas españoles del siglo XIX, nota preliminar de F[ederico] S[áinz] de Robles, Madrid, Aguilar, 1954, pp. 251-306. Se ha tenido igualmente en cuenta la moderna edición de Alan E. Smith, Benito Pérez Galdós, Cuentos fantásticos, Madrid, Cátedra, 1996.*

*Como en otros casos, hemos modernizado las cuestiones ortográficas y en algún caso se ha modificado la puntuación.*

## LA NOVELA EN EL TRANVÍA

### I

El coche partía de la extremidad del barrio de Salamanca, para atravesar todo Madrid en dirección al de Pozas. Impulsado por el egoísta deseo de tomar asiento antes que las demás personas movidas de iguales intenciones, eché mano a la barra que sustenta la escalera de la imperial, puse el pie en la plataforma y subí; pero en el mismo instante ¡oh previsión! tropecé con otro viajero que por el opuesto lado entraba. Le miro y reconozco a mi amigo el Sr. D. Dionisio Cascajares de la Vallina, persona tan inofensiva como discreta, que tuvo en aquella crítica ocasión la bondad de saludarme con un sincero y entusiasta apretón de manos.

Nuestro inesperado choque no había tenido consecuencias de consideración, si se exceptúa la abolladura parcial de cierto sombrero de paja puesto en la extremidad de una cabeza de mujer inglesa, que tras de mi amigo intentaba subir, y que sufrió, sin duda por falta de agilidad, el rechazo de su bastón.

Nos sentamos sin dar al percance exagerada importancia, y empezamos a charlar. El señor don Dionisio Cascajares es un médico afamado, aunque no por la profundidad de sus

conocimientos patológicos, y un hombre de bien, pues jamás se dijo de él que fuera inclinado a tomar lo ajeno, ni a matar a sus semejantes por otros medios que por los de su peligrosa y científica profesión. Bien puede asegurarse que la amenidad de su trato y el complaciente sistema de no dar a los enfermos otro tratamiento que el que ellos quieren, son causa de la confianza que inspira a multitud de familias de todas jerarquías, mayormente cuando también es fama que en su bondad sin límites presta servicios ajenos a la ciencia, aunque siempre de índole rigurosamente honesta.

Nadie sabe como él sucesos interesantes que no pertenecen al dominio público, ni ninguno tiene en más estupendo grado la manía de preguntar, si bien este vicio de exagerada inquisitividad se compensa en él por la prontitud con que dice cuanto sabe, sin que los demás se tomen el trabajo de preguntárselo. Júzguese por esto si la compañía de tan hermoso ejemplar de la ligereza humana será solicitada por los curiosos y por los lenguaraces.

Este hombre, amigo mío, como lo es de todo el mundo, era el que sentado iba junto a mí cuando el coche, resbalando suavemente por su calzada de hierro, bajaba la calle de Serrano, deteniéndose alguna vez para llenar los pocos asientos que quedaban ya vacíos. Íbamos tan estrechos que me molestaba grandemente el paquete de libros que conmigo llevaba, y ya le ponía sobre esta rodilla, ya sobre la otra, ya por fin me resolví a sentarme sobre él, temiendo molestar a la señora inglesa, a quien cupo en suerte colocarse a mi sinistramano.

—¿Y usted a dónde va? —me preguntó Cascajares mirándome por encima de sus espejuelos azules, lo que hacía el efecto de ser examinado por cuatro ojos.

Contestéle evasivamente, y él, deseando sin duda no perder aquel rato sin hacer alguna útil investigación, insistió en sus preguntas diciendo:

—Y Fulanito, ¿qué hace? Y Fulanita, ¿dónde está? con otras indagatorias del mismo jaez, que tampoco tuvieron respuesta cumplida.

Por último, viendo cuán inútiles eran sus tentativas para pegar la hebra, echó por camino más adecuado a su expansivo temperamento y empezó a desembuchar.

—¡Pobre condesa! —dijo expresando con un movimiento de cabeza y un visaje, su desinteresada compasión—. Si hubiera seguido mis consejos no se vería en situación tan crítica.

—¡Ah! es claro —contesté maquinalmente, ofreciendo también el tributo de mi compasión a la señora condesa.

—¡Figúrese usted —prosiguió—, que se ha dejado dominar por aquel hombre! Y aquel hombre llegará a ser el dueño de la casa. ¡Pobrecilla! Cree que con llorar y lamentarse se remedia todo, y no. Urge tomar una determinación. Porque ese hombre es un infame, le creo capaz de los mayores crímenes.

—¡Ah! ¡Sí, es atroz! —dije yo, participando irreflexivamente de su indignación.

—Es como todos los hombres de malos instintos y de baja condición que si se elevan un poco, luego no hay quien los sufra. Bien claro indica su rostro que de allí no puede salir cosa buena.

—Ya lo creo, eso salta a la vista.

—Le explicaré a usted en breves palabras. La Condesa es una mujer excelente, angelical, tan discreta como hermosa, y digna por todos conceptos de mejor suerte. Pero está casada con un hombre que no comprende el tesoro que posee, y pasa la vida entregado al juego y a toda clase de entretenimientos ilícitos. Ella entretanto se aburre y llora. ¿Es extraño que trate de sofocar su pena divirtiéndose honestamente aquí y allí, donde quiera que suena un piano? Es más, yo mismo

se lo aconsejo y le digo: «Señora, procure usted distraerse, que la vida se acaba. Al fin el señor Conde se ha de arrepentir de sus locuras y se acabarán las penas». Me parece que estoy en lo cierto.

—¡Ah! sin duda —contesté con oficiosidad, continuando en mis adentros tan indiferente como al principio a las desventuras de la Condesa.

—Pero no es eso lo peor —añadió Cascajares golpeando el suelo con su bastón—, sino que ahora el señor Conde ha dado en la flor de estar celoso... sí, de cierto joven que se ha tomado a pechos la empresa de distraer a la Condesa.

—El marido tendrá la culpa de que lo consiga.

—Todo eso sería insignificante, porque la Condesa es la misma virtud; todo eso sería insignificante, digo, si no existiera un hombre abominable que sospecho ha de causar un desastre en aquella casa.

—¿De veras? ¿Y quién es ese hombre? —pregunté con una chispa de curiosidad.

—Un antiguo mayordomo muy querido del Conde, y que se ha propuesto martirizar a la infeliz cuanto sensible señora. Parece que se ha apoderado de cierto secreto que la compromete, y con esta arma pretende... qué sé yo... ¡Es una infamia!

—Sí que lo es, y ello merece un ejemplar castigo —dije yo, descargando también el peso de mis iras sobre aquel hombre.

—Pero ella es inocente; ella es un ángel... Pero, ¡calle! estamos en la Cibeles. Sí: ya veo a la derecha el parque de Buenavista. Mande usted parar, mozo; que no soy de los que hacen la gracia de saltar cuando el coche está en marcha, para descalabrarse contra los adoquines. Adiós, mi amigo, adiós.

Paró el coche y bajó D. Dioniso Cascajares y de la Vallina, después de darme otro apretón de manos y de causar segun-

do desperfecto en el sombrero de la dama inglesa, aún no repuesta del primitivo susto.

## II

Siguió el ómnibus su marcha y ¡cosa singular! yo a mi vez seguí pensando en la incógnita Condesa, en su cruel y suspi-caz consorte, y sobre todo en el hombre siniestro que, según la enérgica expresión del médico, a punto estaba de causar un desastre en la casa. Considera, lector, lo que es el humano pensamiento: cuando Cascajares principió a referirme aquellos sucesos, yo renegaba de su inoportunidad y pesadez, mas poco tardó mi mente en apoderarse de aquel mismo asunto, para darle vueltas de arriba abajo, operación psicológica que no deja de ser estimulada por la regular marcha del coche y el sordo y monótono rumor de sus ruedas, limando el hierro de los carriles.

Pero al fin dejé de pensar en lo que tan poco me interesaba, y recorriendo con la vista el interior del coche, examiné uno por uno a mis compañeros de viaje. ¡Cuán distintas caras y cuán diversas expresiones! Unos parecen no inquietarse ni lo más mínimo de los que van a su lado; otros pasan revista al corrillo con impertinente curiosidad; unos están alegres, otros tristes, aquél bosteza, el de más allá ríe, y a pesar de la brevedad del trayecto, no hay uno que no desee terminarlo pronto. Pues entre los mil fastidios de la existencia, ninguno aventaja al que consiste en estar una docena de personas mirándose las caras sin decirse palabra, y contándose recíprocamente sus arrugas, sus lunares, y este o el otro accidente observado en el rostro o en la ropa.

Es singular este breve conocimiento con personas que no hemos visto y que probablemente no volveremos a ver. Al entrar, ya encontramos a alguien; otros vienen después que estamos allí; unos se marchan, quedándonos nosotros, y por

último también nos vamos. Imitación es esto de la vida humana, en que el nacer y el morir son como las entradas y salidas a que me refiero, pues van renovando sin cesar en generaciones de viajeros el pequeño mundo que allí dentro vive. Entran, salen, nacen, mueren... ¡Cuántos han pasado por aquí antes que nosotros! ¡Cuántos vendrán después!

Y para que la semejanza sea más completa, también hay un mundo chico de pasiones en miniatura dentro de aquel cajón. Muchos van allí que se nos antojan excelentes personas, y nos agrada su aspecto y hasta les vemos salir con disgusto. Otros, por el contrario, nos revientan desde que les echamos la vista encima: les aborrecemos durante diez minutos; examinamos con cierto rencor sus caracteres frenológicos y sentimos verdadero gozo al verles salir. Y en tanto sigue corriendo el vehículo, remedo de la vida humana; siempre recibiendo y soltando, uniforme, incansable, majestuoso, insensible a lo que pasa en su interior; sin que le conmuevan ni poco ni mucho las mal sofocadas pasioncillas de que es mudo teatro: siempre corriendo, corriendo sobre las dos interminables paralelas de hierro, largas y resbaladizas como los siglos.

Pensaba en esto mientras el coche subía por la calle de Alcalá, hasta que me sacó del golfo de tan revueltas cavilaciones el golpe de mi paquete de libros al caer al suelo. Recogílo al instante; mis ojos se fijaron en el pedazo de periódico que servía de envoltorio a los volúmenes, y maquinalmente leyeron medio renglón de lo que allí estaba impreso. De súbito sentí vivamente picada mi curiosidad: había leído algo que me interesaba, y ciertos nombres esparcidos en el pedazo de folletín hirieron a un tiempo la vista y el recuerdo. Busqué el principio y no lo hallé: el papel estaba roto, y únicamente pude leer, con curiosidad primero y después con afán creciente, lo que sigue:

«Sentía la condesa una agitación indescriptible. La presencia de Mudarra, el insolente mayordomo, que olvidando su

bajo origen atrevíase a poner los ojos en persona tan alta, le causaba continua zozobra. El infame la estaba espiando sin cesar, la vigilaba como se vigila un preso. Ya no le detenía ningún respeto, ni era obstáculo a su infame asechanza la sensibilidad y delicadeza de tan excelente señora.

»Mudarra penetró a deshora en la habitación de la Condesa, que pálida y agitada, sintiendo a la vez vergüenza y terror, no tuvo ánimo para despedirle.

«—No se asuste usía, señora Condesa —dijo con forzada y siniestra sonrisa, que aumentó la turbación de la dama—, no vengo a hacer a usía daño alguno.

«—¡Oh, Dios mío! ¡Cuándo acabará este suplicio! —exclamó la dama, dejando caer sus brazos con desaliento—. Salga usted; yo no puedo acceder a sus deseos. ¡Qué infamia! ¡Abusar de este modo de mi debilidad, y de la indiferencia de mi esposo, único autor de tantas desdichas!

«—¿Por qué tan arisca señora Condesa? —añadió el feroz mayordomo—. Si yo no tuviera el secreto de su perdición en mi mano; si yo no pudiera imponer al señor Conde de ciertos particulares... pues... referentes a aquel caballero... Pero, no abusaré, no, de estas terribles armas. Usted me comprenderá al fin, conociendo cuán desinteresado es el grande amor que ha sabido inspirarme.

»Al decir esto, Mudarra dio algunos pasos hacia la Condesa, que se alejó con horror y repugnancia de aquel monstruo.

»Era Mudarra un hombre como de cincuenta años, moreno, rechoncho y patizambo, de cabellos ásperos y en desorden, grande y colmilluda la boca. Sus ojos medio ocultos tras la frondosidad de largas, negras y espesísimas cejas, en aquellos instantes expresaban la más bestial concupiscencia.

«—¡Ah puerco espín! —exclamó con ira al ver el natural despego de la dama—. ¡Qué desdicha no ser un mozalbete almidonado! Tanto remilgo sabiendo que puedo informar al señor Conde... Y me creerá, no lo dude usía: el señor Conde

tiene en mí tal confianza, que lo que yo digo es para él el mismo Evangelio... pues... y como está celoso... si yo le presento el papelito...

»—¡Infamne! —gritó la Condesa con noble arranque de indignación y dignidad—. Yo soy inocente; y mi esposo no será capaz de prestar oídos a tan viles calumnias. Y aunque fuera culpable prefiero mil veces ser despreciada por mi marido y por todo el mundo, a comprar mi tranquilidad a ese precio. Salga usted de aquí al instante.

»—Yo también tengo mal genio, señora Condesa —dijo el mayordomo devorando su rabia—, yo también gasto mal genio, y cuando me amosco... Puesto que usía lo toma por la tremenda, vamos por la tremenda. Ya sé lo que tengo que hacer, y demasiado condescendiente he sido hasta aquí. Por última vez propongo a usía que seamos amigos, y no me ponga en el caso de hacer un disparate... con que señora mía...

»Al decir esto Mudarra contrajo la pergaminosa piel y los rígidos tendones de su rostro haciendo una mueca parecida a una sonrisa, y dio algunos pasos como para sentarse en el sofá junto a la Condesa. Ésta se levantó de un salto gritando:

»—No; ¡salga usted! ¡Infame! Y no tener quien me defienda... ¡Salga usted!

»El mayordomo, entonces, era como una fiera a quien se escapa la presa que ha tenido un momento antes entre sus uñas. Dio un resoplido, hizo un gesto de amenaza y salió despacio con pasos muy quedos. La Condesa, trémula y sin aliento, refugiada en la extremidad del gabinete, sintió las pisadas que alejándose se perdían en la alfombra de la habitación inmediata, y respiró al fin cuando le consideró lejos. Cerró las puertas y quiso dormir; pero el sueño huía de sus ojos, aún aterrados con la imagen del monstruo.

»Capítulo XI.— *El Complot.*— Mudarra, al salir de la habitación de la Condesa, se dirigió a la suya, y dominado por fuer-

te inquietud nerviosa, comenzó a registrar cartas y papeles diciendo entre dientes: “Ya no me aguanto más; me las pagará todas juntas”. Después se sentó, tomó la pluma, y poniendo delante una de aquellas cartas, y examinándola bien, empezó a escribir otra, tratando de remedar la letra. Mudaba la vista con febril ansiedad del modelo a la copia, y por último, después de gran trabajo escribió con caracteres enteramente iguales a los del modelo, la carta siguiente, cuyo sentido era de su propia cosecha: *Había prometido a usted una entrevista y me apresuro...»*.

El folletín estaba roto y no pude leer más.

### III

Sin apartar la vista del paquete, me puse a pensar en la relación que existía entre las noticias sueltas que oí de boca del Sr. Cascajares y la escena leída en aquel papelucho, folletín, sin duda, traducido de alguna desatinada novela de Ponson du Terrail o de Montepin. Será una tontería, dije para mí, pero es lo cierto que ya me inspira interés esa señora Condesa, víctima de la barbarie de un mayordomo imposible, cual no existe sino en la trastornada cabeza de algún novelista nacido para aterrar a las gentes sencillas. ¿Y qué haría el maldito para vengarse? Capaz sería de imaginar cualquiera atrocidad de esas que ponen fin a un capítulo de sensación. ¿Y el Conde qué hará? Y aquel mozalbete de quien hablaron Cascajares en el coche y Mudarra en el folletín, ¿qué hará, quién será? ¿Qué hay entre la Condesa y ese incógnito caballero? Algo daría por saber...

Esto pensaba, cuando alcé los ojos, recorrí con ellos el interior del coche, y ¡horror! vi una persona que me hizo estremecer de espanto. Mientras estaba yo embebido en la interesante lectura del pedazo de folletín, el tranvía se había detenido varias veces para tomar o dejar algún viajero. En una de estas ocasiones había entrado aquel hombre,

cuya súbita presencia me produjo tan grande impresión. Era él, Mudarra, el mayordomo en persona, sentado frente a mí, con sus rodillas tocando mis rodillas. En un segundo le examiné de pies a cabeza y reconocí las facciones cuya descripción había leído. No podía ser otro: hasta los más insignificantes detalles de su vestido indicaban claramente que era él. Reconocí la tez morena y lustrosa, los cabellos indomables, cuyas mechass surgían en opuestas direcciones como las culebras de Medusa, los ojos hundidos bajo la espesura de unas agrestes cejas, las barbas, no menos revueltas e incultas que el pelo, los pies torcidos hacia dentro como los de los loros, y en fin, la misma mirada, el mismo hombre en el aspecto, en el traje, en el respirar, en el toser, hasta en el modo de meterse la mano en el bolsillo para pagar.

De pronto le vi sacar una cartera, y observé que este objeto tenía en la cubierta una gran M dorada, la inicial de su apellido. Abrióla, sacó una carta y miró el sobre con sonrisa de demonio, y hasta me pareció que decía entre dientes: «¡Qué bien imitada está la letra!». En efecto, era una carta pequeña, con el sobre garabateado por mano femenina. Lo miró bien, recreándose en su infame obra, hasta que observó que yo con curiosidad indiscreta y descortés alargaba demasiado el rostro para leer el sobrescrito. Dirigióme una mirada que me hizo el efecto de un golpe, y guardó su cartera.

El coche seguía corriendo, y en el breve tiempo necesario para que yo leyera el trozo de novela, para que pensara un poco en tan extrañas cosas, para que viera al propio Mudarra, novelesco, inverosímil, convertido en ser vivo y compañero mío en aquel viaje, había dejado atrás la calle Alcalá, atravesaba la Puerta del Sol y entraba triunfante en la calle Mayor, abriéndose paso por entre los demás coches, haciendo correr a los carromatos rezagados y perezosos, y ahuyentando a los peatones, que en el tumulto de la calle, y aturdido por la confusión de tantos y tan diversos ruidos,

no ven a la mole que se les viene encima sino cuando ya la tienen a muy poca distancia.

Seguía yo contemplando aquel hombre como se contempla un objeto de cuya existencia real no estamos seguros, y no quité los ojos de su repugnante facha hasta que no le vi levantarse, mandar parar el coche y salir, perdiéndose luego entre el gentío de la calle.

Salieron y entraron varias personas y la decoración viviente del coche mudó por completo.

Cada vez era más viva la curiosidad que me inspiraba aquel suceso, que al principio podía considerar forjado exclusivamente en mi cabeza por la coincidencia de varias sensaciones ocasionadas por la conversación o por la lectura, pero que al fin se me figuraba cosa cierta y de indudable realidad.

Cuando salió el hombre en quien creí ver el terrible mayordomo, quedéme pensando en el incidente de la carta y me lo expliqué a mi manera, no queriendo ser en tan delicada cuestión menos fecundo que el novelista, autor de lo que momentos antes había leído. Mudarra, pensé, deseoso de vengarse de la Condesa ¡oh, infortunada señora! finge su letra y escribe una carta a cierto caballero, con quien hubo esto y lo otro, y lo de más allá. En la carta le da una cita en su propia casa; llega el joven a la hora indicada y poco después el marido, a quien se ha tenido cuidado de avisar, para que coja *in fraganti* a su desleal esposa: ¡oh admirable recurso del ingenio! Esto, que en la vida tiene su pro y su contra, en una novela viene como anillo al dedo. La dama se desmaya, el amante se turba, el marido hace una atrocidad, y detrás de la cortina está el fatídico semblante del mayordomo que se goza en su endiablada venganza.

Lector yo de muchas y de muy malas novelas, di aquel giro a la que insensiblemente iba desarrollándose en mi imaginación por las palabras de mi amigo, la lectura de un trozo de papel y la vista de un desconocido.

Andando, andando seguía el coche y ya por causa del calor que allí dentro se sentía, ya porque el movimiento pausado y monótono del vehículo produce cierto mareo que degenera en sueño, lo cierto es que sentí pesados los párpados, me incliné del costado izquierdo, apoyando el codo en el paquete de libros, y cerré los ojos. En esta situación continué viendo la hilera de caras de ambos sexos que ante mí tenía, barbadas unas, limpias de pelos las otras, aquéllas riendo, éstas muy acartonadas y serias. Después me pareció que obedeciendo a la contracción de un músculo común, todas aquellas caras hacían muecas y guiños, abriendo y cerrando los ojos y las bocas, y mostrándome alternativamente una serie de dientes que variaban desde los más blancos hasta los más amarillos, afilados unos, romos y gastados los otros. Aquellas ocho narices erigidas bajo diez y seis ojos diversos en color y expresión, crecían o menguaban, variando de forma; las bocas se abrían en línea horizontal, produciendo mudas carcajadas, o se estiraban hacia adelante formando hocicos puntiagudos, parecidos al interesante rostro de cierto benemérito animal que tiene sobre sí el anatema de no poder ser nombrado.

Por detrás de aquellas ocho caras, cuyos horriblos visajes he descrito, y al través de las ventanillas del coche, yo veía la calle, las casas y los transeúntes, todo en veloz carrera, como si el tranvía anduviera con rapidez vertiginosa. Yo por lo menos creía que marchaba más aprisa que nuestros ferrocarriles, más que los franceses, más que los ingleses, más que los norte-americanos; corría con toda la velocidad que puede suponer la imaginación, tratándose de la traslación de lo sólido.

A medida que era más intenso aquel estado letargoso, se me figuraba que iban desapareciendo las casas, las calles, Madrid entero. Por un instante creí que el tranvía corría por lo

más profundo de los mares: al través de los vidrios se veían los cuerpos de cetáceos enormes, los miembros pegajosos de una multitud de pólipos de diversos tamaños. Los peces chicos sacudían sus colas resbaladizas contra los cristales, y algunos miraban adentro con sus grandes y dorados ojos. Crustáceos de forma desconocida, grandes moluscos, madreporas, esponjas y una multitud de bivalvos grandes y deformes cual nunca yo los había visto, pasaban sin cesar. El coche iba tirado por no sé qué especie de nadantes monstruos, cuyos remos, luchando con el agua, sonaban como las paletadas de una hélice, tornillaban la masa líquida con su infinito voltear.

Esta visión se iba extinguiendo: después parecióme que el coche corría por los aires, volando en dirección fija y sin que lo agitaran los vientos. Al través de los cristales no se veía nada, más que espacio: las nubes nos envolvían a veces; una lluvia violenta y repentina tamborileaba en la imperial; de pronto salíamos al espacio puro, inundado de sol, para volver de nuevo a penetrar en el vaporoso seno de celajes inmensos, ya rojos, ya amarillos, tan pronto de ópalo como de amatista, que iban quedándose atrás en nuestra marcha. Pasábamos luego por un sitio del espacio en que flotaban masas resplandecientes de un finísimo polvo de oro: más adelante, aquella polvareda que a mí se me antojaba producida por el movimiento de las ruedas triturando la luz, era de plata, después verde como harina de esmeraldas, y por último, roja como harina de rubís. El coche iba arrastrado por algún volátil apocalíptico, más fuerte que el hipogrifo y más atrevido que el dragón; y el rumor de las ruedas y de la fuerza motriz recordaba el zumbido de las grandes aspas de un molino de viento, o más bien el de un abejorro del tamaño de un elefante. Volábamos por el espacio sin fin, sin llegar nunca; entre tanto la tierra quedábase abajo, a muchas leguas de nuestros pies; y en la tierra, España, Madrid, el barrio de Salamanca, Cascajares, la Condesa, el Conde, Mudarra, el incógnito galán, todos ellos.

Pero no tardé en dormirme profundamente; y entonces el coche cesó de andar, cesó de volar, y desapareció para mí la sensación de que iba en el tal coche, no quedando más que el ruido monótono y profundo de las ruedas, que no nos abandona jamás en nuestras pesadillas dentro de un tren o en el camarote de un vapor. Me dormí... ¡Oh infortunada Condesa!, la vi tan clara como estoy viendo en este instante el papel en el que escribo; la vi sentada junto a un velador, la mano en la mejilla, triste y meditabunda como una estatua de la melancolía. A sus pies estaba acurrucado un perrillo, que me pareció tan triste como su interesante ama.

Entonces pude examinar a mis anchas a la mujer que yo consideraba como la desventura en persona. Era de alta estatura, rubia, con grandes y expresivos ojos, nariz fina, y casi, casi grande, de forma muy correcta y perfectamente engendrada por las dos curvas de sus hermosas y arqueadas cejas. Estaba peinada sin afectación, y en esto, como en su traje, se comprendía que no pensaba salir aquella noche. ¡Tremenda, mil veces tremenda noche! Yo observaba con creciente ansiedad la hermosa figura que tanto deseaba conocer, y me pareció que podía leer sus ideas en aquella noble frente donde la costumbre de la reconcentración mental había trazado unas cuantas líneas imperceptibles, que el tiempo convertiría pronto en arrugas.

De repente se abre la puerta dando paso a un hombre. La Condesa dio un grito de sorpresa y se levantó muy agitada.

—¿Qué es esto? —dijo—. Rafael. Usted... ¿Qué atrevimiento? ¿Cómo ha entrado usted aquí?

—Señora —contestó el que había entrado, joven de muy buen porte—. ¿No me esperaba usted? He recibido una carta suya...

—¡Una carta mía! —exclamó más agitada la Condesa—. Yo no he escrito carta ninguna. ¿Y para qué había de escribirla?

—Señora, vea usted —repuso el joven sacando la carta y mostrándosela—; es su letra, su misma letra.

—¡Dios mío! ¡Qué infernal maquinación! —dijo la dama con desesperación—. Yo no he escrito esa carta. Es un lazo que me tienden...

—Señora, cálmese usted... yo siento mucho...

—Sí; lo comprendo todo... Ese hombre infame... Ya sospecho cuál habrá sido su idea. Salga usted al instante... Pero ya es tarde; ya siento la voz de mi marido.

En efecto, una voz atronadora se sintió en la habitación inmediata, y al poco entró el Conde, que fingió sorpresa de ver al galán, y después riendo con cierta afectación, le dijo:

—¡Oh Rafael!, usted por aquí... ¡Cuánto tiempo!... Venía usted a acompañar a Antonia... Con eso nos acompañará a tomar el té.

La Condesa y su esposo cambiaron una mirada siniestra. El joven, en su perplejidad, apenas acertó a devolver al Conde su saludo. Vi que entraron y salieron criados; vi que trajeron un servicio de té y desaparecieron después, dejando solos a los tres personajes. Iba a pasar algo terrible.

Sentáronse: la Condesa parecía difunta, el Conde afectaba una hilaridad aturdida, semejante a la embriaguez, y el joven callaba, contestándole sólo con monosílabos. Sirvió el té, y el Conde alargó a Rafael una de las tazas, no una cualquiera, sino una determinada. La Condesa miró aquella taza con tal expresión de espanto, que pareció echar en ella todo su espíritu. Bebieron en silencio, acompañando la porción con muchas variedades de las sabrosas pastas *Huntley and Palmers*, y otras menudencias propias de tal clase de cena. Después el Conde volvió a reír con la desaforada y ruidosa expansión que le era peculiar aquella noche, y dijo:

—¡Cómo nos aburrimos! Usted, Rafael, no dice una palabra. Antonia, toca algo. Hace tanto tiempo que no te oímos.

Mira... aquella pieza de Gottschalk que se titula *Morte*... La tocabas admirablemente. Vamos, ponte al piano.

La Condesa quiso hablar, érale imposible articular palabra. El Conde la miró de tal modo, que la infeliz cedió ante la terrible expresión de sus ojos, como la paloma fascinada por la boa *constrictor*. Se levantó dirigiéndose al piano, y ya allí, el marido debió decirle algo que la aterró más, acabando de ponerla bajo su infernal dominio. Sonó el piano, heridas a la vez multitud de cuerdas, y corriendo de las graves a las agudas, las manos de la dama despertaron en un segundo los centenares de sonidos que dormían mudos en el fondo de la caja. Al principio era la música una confusa reunión de sonos que aturdió en vez de agradar; pero luego serenóse aquella tempestad, y un canto fúnebre y temeroso como el *Dies irae* surgió de tal desorden. Yo creía escuchar el son triste de un coro de cartujos, acompañado con el bronco mugido de los fagots. Sentíanse después ayes lastimeros como nos figuramos han de ser los que exhalan las ánimas, condenadas en el purgatorio a pedir incesantemente un perdón que ha de llegar muy tarde.

Volvían luego los aspergios prolongados y ruidosos, y las notas se encabritaban unas sobre otras como disputándose cuál ha de llegar primero. Se hacían y deshacían los acordes, como se forma y desbarata la espuma de las olas. La armonía fluctuaba y hervía en una marejada sin fin, alejándose hasta perderse, y volviendo más fuerte en grandes y atropellados remolinos.

Yo continuaba extasiado oyendo la música imponente y majestuosa; no podía ver el semblante de la Condesa, sentada de espaldas a mí; pero me la figuraba en tal estado de aturdimiento y pavor, que llegué a pensar que el piano se tocaba solo.

El joven estaba detrás de ella, el Conde a su derecha, apoyado en el piano. De vez en cuando levantaba ella la vista para mirarle; pero debía encontrar expresión muy horrenda

en los ojos de su consorte, porque tornaba a bajar los suyos y seguía tocando. De repente el piano cesó de sonar y la Condesa dio un grito.

En aquel instante sentí un fortísimo golpe en un hombro, me sacudí violentamente y desperté.

## V

En la agitación de mi sueño había cambiado de postura y me había dejado caer sobre la venerable inglesa que a mi lado iba.

—¡Aaah!, usted... *sleeping*... molestar... *me* —dijo con avinagrado mohín, mientras rechazaba mi paquete de libros que había caído sobre sus rodillas.

—Señora... es verdad... me dormí —contesté turbado al ver que todos los viajeros se reían de aquella escena.

—¡Oooo... yo soy... *going*... *to* decir al *coachman*... usted molestar... mi... usted, caballero... *very shocking* —añadió la inglesa en su jerga ininteligible—: ¡Oooob! usted creer... *my body* es... su cama *for usted... to sleep*. ¡Ooob! *gentleman, you are a stupid ass*.

Al decir esto, la hija de la Gran Bretaña, que era de sí bastante amoratada, estaba lo mismo que un tomate. Creyérase que la sangre agolpada a sus carrillos y a su nariz a brotar iba por sus candentes poros. Me mostraba cuatro dientes puntia-gudos y muy blancos, como si me quisiera roer. Le pedí mil perdones por mi sueño descortés, recogí mi paquete y pasé revista a las nuevas caras que dentro del coche había. Figúrate, ¡oh cachazudo y benévolo lector! cuál sería mi sorpresa cuando vi frente a mí ¿a quién creerás?, al joven de la escena soñada, al mismo D. Rafael en persona. Me restregué los ojos para convencerme de que no dormía, y en efecto, despierto estaba, y tan despierto como ahora.

Era él mismo, y conversaba con otro que a su lado iba. Puse atención y escuché con toda mi alma.

—¿Pero tú no sospechaste nada? —le decía el otro.

—Algo sí; pero callé. Parecía difunta; tal era su terror. Su marido la mandó tocar el piano y ella no se atrevió a resistir. Tocó, como siempre, de una manera admirable, y oyéndola llegué a olvidarme de la peligrosa situación en que nos encontrábamos. A pesar de los esfuerzos que ella hacía para aparecer serena, llegó un momento en que le fue imposible fingir más. Sus brazos se aflojaron, y resbalando de las teclas echó la cabeza atrás y dio un grito. Entonces su marido sacó un puñal, y dando un paso hacia ella exclamó con furia: «Toca o te mato al instante». Al ver esto hirvió mi sangre toda: quise echarme sobre aquel miserable; pero sentí en mi cuerpo una sensación que no puedo pintarte; creí que repentinamente se había encendido una hoguera en mi estómago; fuego corría por mis venas; las sienes me latieron, y caí al suelo sin sentido.

—Y antes, ¿no conociste los síntomas del envenenamiento? —le preguntó el otro.

—Notaba cierta desazón y sospeché vagamente, pero nada más. El veneno estaba bien preparado, porque hizo el efecto tarde y no me mató, aunque me ha dejado una enfermedad para toda la vida.

—Y después que perdiste el sentido, ¿qué pasó?

Rafael iba a contestar y yo le escuchaba como si de sus palabras pendiera un secreto de vida o muerte, cuando el coche paró.

—¡Ah!, ya estamos en los Consejos!: bajemos —dijo Rafael.

¡Qué contrariedad! Se marchaban, y yo no sabía el fin de la historia.

—Caballero, caballero, una palabra —dije al verlos salir.

El joven se detuvo y me miró.

—¿Y la Condesa? ¿Qué fue de esa señora? —pregunté con mucho afán.

Una carcajada general fue la única respuesta. Los dos jóvenes riéndose también, salieron sin contestarme palabra. El único ser vivo que conservó su serenidad de esfinge en tan cómica escena fue la inglesa, que indignada de mis extravagancias, se volvió a los demás viajeros diciendo:

—¡Ooob! *A lunatic fellow.*

## VI

El coche seguía, y a mí me abrasaba la curiosidad por saber qué había sido de la desdichada Condesa. ¿La mató su marido? Yo me hacía cargo de las intenciones de aquel malvado. Ansioso de gozarse en su venganza, como todas las almas crueles, quería que su mujer presenciase, sin dejar de tocar, la agonía de aquel incauto joven llevado allí por una vil celada de Mudarra.

Mas era imposible que la dama continuara haciendo desesperados esfuerzos para mantener su serenidad, sabiendo que Rafael había bebido el veneno. ¡Trágica y espeluznante escena! —pensaba yo, más convencido cada vez de la realidad de aquel suceso—, ¡y luego dirán que estas cosas sólo se ven en las novelas!

Al pasar por delante de Palacio el coche se detuvo, y entró una mujer que traía un perrillo en sus brazos. Al instante reconocí al perro que había visto recostado a los pies de la Condesa; era el mismo, la misma lana blanca y fina, la misma mancha negra en una de sus orejas. La suerte quiso que aquella mujer se sentara a mi lado. No pudiendo yo resistir la curiosidad, le pregunté:

—¿Es de usted ese perro tan bonito?

—¿Pues de quién ha de ser? ¿Le gusta a usted?

Cogí una de las orejas del inteligente animal para hacerle una caricia; pero él, insensible a mis demostraciones de cariño, ladró, dio un salto y puso sus patas sobre las rodillas de la inglesa, que me volvió a enseñar sus dos dientes como queriéndome roer, y exclamó:

—¡Ooooh! usted... *unsupportable*.

—¿Y dónde ha adquirido usted ese perro? —pregunté sin hacer caso de la nueva explosión colérica de la mujer británica—. ¿Se puede saber?

Era de mi señorita.

—¿Y qué fue de su señorita? —dije con la mayor ansiedad.

—¡Ah! ¿Usted la conocía? —repuso la mujer—. Era muy buena, *¿verdã usté?*

—¡Oh! excelente... Pero, ¿podría yo saber en qué paró todo aquello?

—De modo que usted está enterado, usted tiene noticias...

—Sí, señora... He sabido todo lo que ha pasado, hasta aquello del té... pues. Y diga usted, ¿murió la señora?

—¡Ah!, sí señor: está en la gloria.

—¿Y cómo fue eso? ¿La asesinaron, o fue a consecuencia del susto?

—¡Qué asesinato, ni qué susto! —dijo con expresión burlesca—. Usted no está enterado. Fue que aquella noche había comido no sé qué, pues... y le hizo daño... Le dio un desmayo que le duró hasta el amanecer.

Bah —pensé yo— ésta no sabe una palabra del incidente del piano y del veneno, o no quiere darse por entendida.

Después dije en alta voz:

—¿Con que fue de indigestión?

—Sí, señor. Yo le había dicho aquella noche: «señora: no coma usted esos mariscos», pero no me hizo caso.

—Con que mariscos, ¿eh? —dije con incredulidad—. Si sabré yo lo que ha ocurrido.

—¿No lo cree usted?

—Sí... sí —repuse aparentando creerlo—. ¿Y el Conde... su marido, el que sacó el puñal cuando tocaba el piano?

La mujer me miró un instante y después soltó la risa en mis propias barbas.

—¿Se ríe usted...? ¡Bah! ¿Piensa usted que no estoy perfectamente enterado? Ya comprendo, usted no quiere contar los hechos como realmente son. Ya se ve, como habrá causa criminal...

—Es que ha hablado usted de un conde y de una condesa.

—¿No era el ama de ese perro la señora Condesa, a quien el mayordomo Mudarra...

La mujer volvió a soltar la risa con tal estrépito, que me desconcerté diciendo para mí capote: Esta debe de ser cómplice de Mudarra, y naturalmente ocultará todo lo que pueda.

—Usted está loco —añadió la desconocida.

—*Lunatic, lunatic. Me... suffocated... ¡Oooh! ¡My God!*

—Si lo sé todo: vamos, no me lo oculte usted. Dígame de qué murió la señora Condesa.

—¿Qué condesa ni qué ocho cuartos, hombre de Dios! —exclamó la mujer riendo con más fuerza.

—¡Si creerá usted que me engaña a mí con sus risitas! —contesté—. La Condesa ha muerto envenenada o asesinada; no me queda la menor duda.

En esto llegó el coche al Barrio de Pozas y yo al término de mi viaje. Salimos todos: la inglesa me echó una mirada que indicaba su regocijo por verse libre de mí, y cada cual se dirigió a su destino. Yo seguí a la mujer del perro aturdiéndola con preguntas, hasta que se metió en su casa, riendo siem-

pre de mi empeño en averiguar vidas ajenas. Al verme solo en la calle, recordé el objeto de mi viaje y me dirigí a la casa donde debía entregar aquellos libros. Devolvílos a la persona que me los había prestado para leerlos, y me puse a pasear frente al Buen Suceso, esperando a que saliese de nuevo el coche para regresar al otro extremo de Madrid.

No podía apartar de la imaginación a la infortunada Condesa, y cada vez me confirmaba más en mi idea de que la mujer con quien últimamente hablé había querido engañarme, ocultando la verdad de la misteriosa tragedia.

Esperé mucho tiempo, y al fin, anocheciendo ya, el coche se dispuso a partir. Entré, y lo primero que mis ojos vieron fue la señora inglesa sentadita donde antes estaba. Cuando me vio subir y tomar sitio a su lado, la expresión de su rostro no es definible; se puso otra vez como la grana, exclamando:

—¡*Ooob!*... usted... mi quejarme al *coachman*... usted reventar *me for it*.

Tan preocupado estaba yo con mis confusiones, que sin hacerme cargo de lo que la inglesa me decía en su híbrido y trabajoso lenguaje, le contesté:

—Señora, no hay duda de que la Condesa murió envenenada o asesinada. Usted no tiene idea de la ferocidad de aquel hombre.

Seguía el coche, y de trecho en trecho deteníase para recoger pasajeros. Cerca del Palacio Real entraron tres, tomando asiendo enfrente de mí. Uno de ellos era un hombre alto, seco y huesudo, con muy severos ojos y un hablar campanudo que imponía respeto.

No hacía diez minutos que estaban allí, cuando este hombre se volvió a los otros dos y dijo:

—¡Pobrecilla! ¡Cómo clamaba en sus últimos instantes! La bala le entró por encima de la clavícula derecha y después bajó hasta el corazón.

—¿Cómo? —exclamé yo repentinamente—. ¿Con que fue de un tiro? ¿No murió de una puñalada?

Los tres me miraron con sorpresa.

—De un tiro, señor —dijo con cierto desabrimiento el alto, seco y huesoso.

—Y aquella mujer sostenía que había muerto de una indigestión —dije interesándome más cada vez en aquel asunto—. Cuente usted, ¿y cómo fue?

—¿Y a usted qué le importa? —dijo el otro con muy avinagrado gesto.

—Tengo mucho interés por conocer el fin de esa horrosa tragedia. ¿No es verdad que parece cosa de novela?

—¿Qué novela ni qué niño muerto? Usted está loco o quiere burlarse de nosotros.

—Caballerito, cuidado con las bromas —añadió el alto y seco.

—¿Green ustedes que no estoy enterado? Lo sé todo, he presenciado varias escenas de ese horrendo crimen. Pero dicen ustedes que la Condesa murió de un pistoletazo.

—Válgame Dios: nosotros no hemos hablado de Condesa, sino de mi perra, a quien cazando disparamos inadvertidamente un tiro. Si usted quiere bromear, puede buscarme en otro sitio, y ya le contestaré como merece.

—Ya, ya comprendo: ahora hay empeño en ocultar la verdad —manifesté juzgando que aquellos hombres querían desorientarme en mis pesquisas, convirtiendo en perra a la desdichada señora.

Ya preparaba el otro su contestación, sin duda, más enérgica de lo que el caso requería, cuando la inglesa se llevó el dedo a la sien, como para indicarles que yo no regía bien de la cabeza. Calmáronse con esto, y no dijeron una palabra más en todo el viaje, que terminó para ellos en la Puerta del Sol. Sin duda me habían tenido miedo.

Yo continuaba tan dominado por aquella idea, que en vano quería serenar mi espíritu, razonando los verdaderos términos de tan embrollada cuestión. Pero cada vez eran mayores mis confusiones, y la imagen de la pobre señora no se apartaba de mi pensamiento. En todos los semblantes que iban sucediéndose dentro del coche, creía ver algo que contribuyera a explicar el enigma. Sentía yo una sobreexcitación cerebral espantosa, y sin duda el trastorno interior debía pintarse en mi rostro, porque todos me miraban como se mira lo que no se ve todos los días.

## VII

Aún faltaba algún incidente que había de turbar más mi cabeza en aquel viaje fatal. Al pasar por la calle de Alcalá, entró un caballero con su señora: él quedó junto a mí. Era un hombre que parecía afectado de fuerte y reciente impresión, y hasta creí que alguna vez se llevó el pañuelo a los ojos para enjugar las invisibles lágrimas, que sin duda corrían bajo el cristal verde oscuro de sus descomunales antiparras.

Al poco rato de estar allí, dijo en voz baja a la que parecía ser su mujer:

—Pues hay sospechas de envenenamiento: no lo dudes. Me lo acaba de decir D. Mateo. ¡Desdichada mujer!

—¡Qué horror! Ya me lo he figurado también —contestó su consorte—. ¿De tales cafres qué se podía esperar?

—Juro no dejar piedra sobre piedra hasta averiguarlo.

Yo, que era todo oídos, dije también en voz baja:

—Sí señor; hubo envenenamiento. Me consta.

—¿Cómo, usted sabe? ¿Usted también la conocía? —dijo vivamente el de las antiparras verdes, volviéndose hacia mí.

—Sí señor; y no dudo que la muerte ha sido violenta, por más que quieran hacernos creer que fue indigestión.

—Lo mismo afirmo yo. ¡Qué excelente mujer! ¿Pero cómo sabe usted...?

—Lo sé, lo sé —repuse muy satisfecho de que aquel no me tuviera por loco.

—Luego, usted irá a declarar al juzgado; porque ya se está formando la sumaria.

—Me alegro, para que castiguen a esos bribones. Iré a declarar, iré a declarar, sí señor.

A tal extremo había llegado mi obcecación, que concluí por penetrarme de aquel suceso mitad soñado, mitad leído, y lo creí como ahora creo que es pluma esto con que escribo.

—Pues sí, señor; es preciso aclarar este enigma para que se castigue a los autores del crimen. Yo declararé: fue envenenada con una taza de té, lo mismo que el joven.

—Oye, Petronilla —dijo a su esposa el de las antiparras—, con una taza de té.

—Sí, estoy asombrada —contestó la señora—. ¡Cuidado con lo que fueron a inventar esos malditos!

—La Condesa tocaba el piano.

—¿Qué Condesa? —preguntó aquel hombre interrumpiéndome.

—La Condesa, la envenenada.

—Si no se trata de ninguna condesa, hombre de Dios.

—Vamos; usted también es de los empeñados en ocultarlo.

—Bah, bah; si en esto no ha habido ninguna condesa ni duquesa, sino simplemente la lavandera de mi casa, mujer del guarda-agujas del Norte.

—¿Lavandera, eh? —dije en tono de picardía—. ¡Si también me querrá usted hacer tragar que es lavandera!

El caballero y su esposa me miraron con expresión burlona, y después se dijeron en voz baja algunas palabras. Por un

gesto que vi hacer a la señora, comprendí que había adquirido el profundo convencimiento de que yo estaba borracho. Llenéme de resignación ante tal ofensa, y callé, contentándome con despreciar en silencio, cual conviene a las grandes almas, tan irreverente suposición. Cada vez era mayor mi zozobra; la Condesa no se apartaba ni un instante de mi pensamiento, y había llegado a interesarme tanto por su siniestro fin, como si todo ello no fuera elaboración enfermiza de mi propia fantasía, impresionada por sucesivas visiones y diálogos. En fin, para que se comprenda a qué extremo llegó mi locura, voy a referir el último incidente de aquel viaje; voy a decir con qué extravagancia puse término al doloroso pugilato de mi entendimiento empeñado en fuerte lucha con un ejército de sombras.

Entraba el coche por la calle de Serrano, cuando por la ventanilla que frente a mi tenía miré a la calle, débilmente iluminada por la escasa luz de los faros, y vi pasar a un hombre. Di un grito de sorpresa, y exclamé desatinado:

—Ahí va, es él, el feroz Mudarra, el autor principal de tantas infamias.

Mandé parar el coche, y salí, mejor dicho, salté a la puerta tropezando con los pies y las piernas de los viajeros; bajé a la calle y corrí tras aquel hombre, gritando:

—¡A ese, a ese, al asesino!

Júzguese cuál sería el efecto producido por estas voces en el pacífico barrio.

Aquel sujeto, el mismo exactamente que yo había visto en el coche por la tarde, fue detenido. Yo no cesaba de gritar:

—¡Es el que preparó el veneno para la Condesa, el que asesinó a la Condesa!

Hubo un momento de indescriptible confusión. Afirmó él que yo estaba loco; pero quieras que no los dos fuimos conducidos a la prevención. Después perdí por completo la noción de lo que pasaba. No recuerdo lo que hice aquella

noche en el sitio donde me encerraron. El recuerdo más vivo que conservo de tan curioso lance, fue el de haber despertado del profundo letargo en que caí, verdadera borrachera moral, producida, no sé por qué, por uno de los pasajeros fenómenos de enajenación que la ciencia estudia con gran cuidado como precursores de la locura definitiva.

Como es de suponer, el suceso no tuvo consecuencias porque el antipático personaje que bauticé con el nombre de Mudarra, es un honrado comerciante de ultramarinos que jamás había envenenado a condesa alguna. Pero aún por mucho tiempo después persistía yo en mi engaño, y solía exclamar: «Infortunada Condesa; por más que digan, yo siempre sigo en mis trece. Nadie me persuadirá de que no acabaste tus días a manos de tu iracundo esposo...».

Ha sido preciso que transcurran meses para que las sombras vuelvan al ignorado sitio de donde surgieron volviéndome loco, y torne la realidad a dominar en mi cabeza. Me río siempre que recuerdo aquel viaje, y toda la consideración que antes me inspiraba la soñada víctima la dedico ahora, ¿a quién creeréis?, a mi compañera de viaje en aquella angustiosa expedición, a la irascible inglesa, a quien disloqué un pie en el momento de salir atropelladamente del coche para perseguir al supuesto mayordomo.

## LEOPOLDO ALAS, «CLARÍN»

*Leopoldo Alas nació en Zamora en el año 1852, donde residía su familia. Pasó su infancia en las ciudades españolas de Zamora, León y Guadalajara, de las que su padre, de origen asturiano, fue gobernador civil. En 1865 la familia se establece de forma definitiva en Oviedo, ciudad en la que Leopoldo Alas cursa sus estudios de Bachillerato, que concluye en 1869. Inicia las licenciaturas en Derecho Civil y Canónico. Después viaja a Madrid con el fin de doctorarse en Leyes y cursar la carrera de Filosofía y Letras.*

*Como Emilia Pardo Bazán y otros escritores de su generación, «Clarín» llega a Madrid en los momentos de gran ebullición política y cultural que siguen a la revolución Gloriosa de septiembre de 1868. Estudia en la Universidad Central con krausistas distinguidos: Nicolás Salmerón, sucesor de su maestro Sanz del Río en la cátedra de Metafísica; Camus, profesor de Humanidades; Gumersindo de Azcárate y Francisco Giner de los Ríos. En las aulas conoce a Menéndez Pelayo y en las tertulias literarias a Pérez Galdós, Echegaray, Campoamor y Emilia Pardo Bazán. Con sus amigos asturianos Pío Rubín, Tomás Tuero y Armando Palacio Valdés se reúne en una de las tertulias del café Fornos —frecuentada también por toreros y artistas— y luego en la Cervecería Inglesa, tertulia a la que,*

por su acritud e ironía, Ortega y Munilla bautizó como «Bilis Club». Los cuatro amigos asturianos fundan en 1872 el periódico satírico y republicano Rabagás.

Leopoldo Alas, tras el golpe de Estado de Martínez Campos y la restauración borbónica, colabora con asiduidad en el periódico republicano El Solfeo, en cuyas páginas aparece por primera vez en 1875 el pseudónimo «Clarín». Este periódico, con el subtítulo de «Bromazo diario para músicos y danzantes», satirizaba la vida política y cultural de la Corte.

Los vínculos de Alas con el krausismo se reafirman al escribir su tesis doctoral sobre un tema de características tan krausistas como «El Derecho y la moralidad» (1878), dedicada a don Francisco Giner de los Ríos, fundador de la Institución Libre de Enseñanza. De Giner se declara nuestro autor un admirado discípulo.

El krausismo y las ideas institucionistas favorecen el afán de Alas de mantenerse lejos de todo fanatismo, pero su temperamento apasionado y su carácter propenso a la violencia intelectual, a la ironía cáustica y al sarcasmo, no le permiten seguir a sus maestros en sus actitudes de ponderación y mesura. Por la pasión expuesta en la manifestación de sus ideas, se aleja «Clarín» de la serenidad krausista y se acerca, en cambio, a los hombres de la generación del 98.

El mismo año en el que lee su tesis doctoral oposita a la cátedra de Economía Política y Estadística de la Universidad de Salamanca, de la que le priva la decisión arbitraria del Ministro de Fomento, el conde de Toreno, que prefiere al opositor calificado con el número dos. El gobierno liberal de Sagasta repara el desafuero otorgándole la cátedra de esa misma disciplina en Zaragoza cuatro años después. Al año siguiente se traslada a Oviedo, en cuya Universidad explicará desde entonces Derecho Romano. En la Universidad ovetense Leopoldo Alas simultanea su actividad académica con la publicación de artículos de crítica literaria, que aparecen en periódicos de Madrid, como El Globo, La Ilustración y Madrid Cómico. En la

*Corte interviene en los debates organizados por el Ateneo, a finales de 1881 y principios de 1882, sobre el nuevo movimiento cultural recién llegado de Francia, y que supuso la primera reflexión crítica sobre la teoría y la práctica de la literatura por un grupo de críticos y creadores: el Naturalismo. Sobre este tema escribe en la crítica a la Desheredada de Galdós (1881) un texto que viene siendo considerado uno de los manifiestos teóricos más importantes del Naturalismo en España. Sobre el mismo asunto versa el artículo publicado en la revista La Diana con el título «Del Naturalismo» (1882), y el prólogo a La cuestión palpitante (1882) de Emilia Pardo Bazán.*

*Leopoldo Alas comparte, por tanto, la enseñanza con la crítica literaria y la creación. Tras la publicación de La Regenta, sus colaboraciones periódicas siguen siendo frecuentes en El Imparcial, Madrid Cómico, La Ilustración Española y Americana, La España Moderna, La Ilustración Ibérica, Revista de Asturias, El Carbayón, etc.*

*Varios trabajos de crítica literaria aparecidos en las citadas publicaciones fueron reunidos por el propio Leopoldo Alas en volúmenes independientes: Solos de Clarín (1881), La literatura en 1881 (1882) en colaboración con Palacio Valdés, Sermón Perdido (1885), Nueva campaña (1887), Mezclilla (1889), Benito Pérez Galdós (1889), Ensayos y Revistas (1892), Palique (1893), Crítica popular (1896) y Siglo pasado (1901). Estos artículos son considerados por el propio Clarín como críticas higiénicas y de policía, críticas aplicadas a una realidad histórica que se quiere mejorar, que se quiere conducir por buen camino. Sus trabajos alcanzaron una amplia recepción y fueron reeditados varias veces; y el propio Clarín creó una publicación periódica en la que libremente expresaba sus opiniones literarias. Le dio el nombre de Folletos literarios, y aparecieron ocho entregas.*

*Como creador, Alas cultivó todos los géneros literarios. Publicó algunas poesías y estrenó en Madrid una obra de teatro, Teresa (1895), protagonizada por María Guerrero. Su*

*contribución más importante a la historia de la literatura se produce, sin embargo, en el campo de la narrativa. En ella destaca La Regenta, publicada en dos tomos en los años 1884 y 1885, respectivamente. Alas sitúa en Vetusta (Oviedo) a la protagonista, Ana Ozores, «La Regenta», y al resto de los personajes que con ella comparten la acción. En este espacio geográfico asistimos a la destrucción psicológica y moral de la protagonista. La ciudad entera, en sus diversos estamentos y ambientes, es responsable en gran parte de esta bajada a los Infiernos. El proceso psicológico de Ana Ozores y el contexto de la ciudad se interrelacionan estrechamente, determinando la complejidad y la vastedad del universo narrativo.*

*La Regenta fue muy mal recibida por el estamento eclesiástico, que calificó a su autor de «salteador de honras ajenas». Leopoldo Alas contestó públicamente a estos ataques defendiendo la moralidad de la novela.*

*En 1890 aparece Su único hijo. Lo que en La Regenta es análisis, disección y detalle minucioso, es en esta segunda novela concentración, simplificación y esquematismo narrativo. Junto a estas narraciones largas, conservamos también una novela inacabada, Una medianía, que estaba destinada a ser una continuación de Su único hijo, y una serie de novelas cortas y relatos breves. Entre las novelas cortas, destacan las tres publicadas en un mismo volumen en el año 1892: Doña Berta, Superchería y Cuervo. Entre los cuentos, sobresalen Pipá (1886), El Señor y los demás son cuentos (1893), Cuentos morales (1896) y El gallo de Sócrates (1901). Algunos relatos aparecieron en los tomos de artículos críticos, en Solos de Clarín, Sermón perdido, Palique y Siglo pasado. Una recopilación posterior, no preparada por el autor, con algunos cuentos no publicados en ningún volumen, aparece en 1916 como Tomo II de las Obras completas de Clarín, con el subtítulo de Doctor Sutilis.*

*En esta antología se han seleccionado los textos Reflejo, Un viejo verde, León Benavides y Azotacalles de Madrid (La procesión por fuera.- La beata), que sitúan su acción en la capital de España.*

*En el primero de estos relatos se asegura que Madrid significó para el protagonista la juventud, y que, cuando regresa a la corte después de muchos años comprueba que la ciudad —como él mismo— ha experimentado los efectos del paso de los años. Sin embargo, reconoce con Marcos Zapata, poeta y autor dramático y antiguo contertulio de Alas en la capital, «lo poquísimo que la corte varía».*

*Así, el narrador parece ser el reflejo del propio autor y el viaje a Madrid que relata el reflejo de otro realizado en la vida real tras algunos años de ausencia de esta ciudad. De modo que, a través de esta sabia mezcla de vida y literatura, no puede por menos que surgir, frente al tiempo fugaz de los acontecimientos presentes (la llegada a Madrid y la visión actual del narrador), el tiempo reposado de lo que ya se ha conocido, no en vano en una de sus páginas dice el personaje llamado señor X: «Lo presente es del cuerpo, el recuerdo del alma». Y no puede por menos que revelarse el demoledor paso del tiempo, la diferencia entre lo que fue y lo que es y entre los que estaban y ya no están, entre lo que ocurrió y ya no ocurre. Y más aún, la terrible y profundamente literaria pregunta de ¿dónde están?*

*En Un viejo verde encontramos descripciones de Madrid que presentan analogías con algunas de las descripciones de La Regenta: «El sol de fiesta de Madrid penetraba disfrazado de mil colores por las altas vidrieras rojas, azules, verdes, moradas y amarillas; y como polvo de las alas de las mariposas iban los corpúsculos iluminados de aquellos haces alegres y mágicos a jugar con los matices de los graciosos tocados de las damas, sacando lustre azul, de pluma de gallo, al negro casco de la hermosa cabeza desnuda de la morena de un palco, y más abajo, en la sala, dando reflejos de aurora boreal a las flores, a la paja, a los tules de los sombreros graciosos y pintorescos que anunciaban la primavera como las margaritas de un prado».*

*En León Benavides se nos relata la historia de una de las fieras que guardan la entrada del Congreso en la madrileña Carrera de San Jerónimo. Hay historia porque hay vida, y la*

*vida deja señales, cicatrices que nos hacen únicos. Por eso la identidad del León Benavides procede de su existencia y de su lucha por sobrevivir, lo que le hace ser único y sólo en apariencia igual al otro león.*

*Azotacalles de Madrid (La procesión por fuera.- La beata) participa de la condición de relato y de ensayo breve, como sucede con muchos de los cuentos del autor de La Regenta. En él tienen buena presencia calles y plazas de Madrid, como Carretas, Alcalá, Sol, Carrera de San Jerónimo, etc., que sirven de fondo para criticar el dogmatismo y la intransigencia religiosa. Al final de Azotacalles de Madrid, y diez años antes de que se publicara La Regenta, ya culpa Leopoldo Alas de la mala formación religiosa de muchas mujeres a sus confesores espirituales: «¿Quién tiene la culpa de que tantas mujeres (porque son muchas) se conviertan en otros tantos Quijotes con devocionarios? ¡Sus directores espirituales!».*

*Reflejo es el último relato del último libro de este género preparado por el autor con el título de El gallo de Sócrates, Barcelona, Mauici, 1901.*

*Un viejo verde se publicó en Madrid Cómico el 7 de enero de 1893 y fue incluido en El señor y lo demás son cuentos, Madrid, M. Fernández y Lasanta (s.a. 1893).*

*León Benavides apareció incluido en el libro Cuentos morales, Madrid, La España, 1896. Hay una edición moderna en Madrid, Alianza, 1973. Se han tenido en cuenta esta y otras ediciones actuales para fijar algunos aspectos de ortografía y puntuación.*

*Por último, Azotacalles de Madrid apareció publicado en El Solfeo, en su número 53, de 23 de octubre de 1875. Se ha tenido presente su edición moderna en Preludios de «Clarín», una magnífica selección de este tipo de escritos, con introducción y notas a cargo de Jean-François Botrel, Oviedo, Instituto de Estudios Asturianos, 1972.*

## REFLEJO

### *Confidencias*

Voy muy pocas veces a Madrid, entre otras razones, porque le tengo miedo al clima. Después de tantos años de ausencia, he perdido ya en la corte la ciudadanía... climatológica (si vale hablar así, que lo dudo), bien ganada *illo tempore*, en la alegre y descuidada juventud. Además... ¿por qué negarlo? La presencia de Madrid, ahora que me acerco a la vejez, me hace sentir toda la melancolía del célebre *non bis in idem*. No; no se es joven dos veces. Y Madrid era para mí juventud; y ahora me parece otro... que ha variado muy poco, pero que ha envejecido bastante. Marcos Zapata, ausente de Madrid también muchos años, al volver hizo ya la observación de lo poquísimo que la corte varía. Es verdad: *todo está igual...* pero más viejo. Apolo y Fornos pueden ser símbolos de esta impresión que quiero expresar. Están *lo mismo* que *entonces*; pero, ¡qué *abumados!*...

Hay una novela muy hermosa de Guy de Maupassant; en que un personaje, infeliz burgués vulgar que no hace más que sentarse a la misma mesa de un café años y años, deja pasar así la vida, siempre igual. Pero un día se le ocurre

mirarse en uno de aquellos espejos... y es el mismo de siempre, pero ya es un pobre viejo. No pasó nada más... que el tiempo.

Madrid tiene para mí algo de personaje de Maupassant. Desde luego reconozco que en esto habrá mucho de subjetivo.

\* \* \*

Una de las cosas que más me entristecen en Madrid es la falta de los antiguos amigos. Han muerto algunos, pero no muchos; otros están ausentes; pero, los más, en Madrid residen. ¿Por qué no se les ve? Porque ya no son las golondrinas que alborotan en la plaza y que interrumpen a San Francisco; ya no son los peripatéticos que discuten a voces, azotacalles perennes del estrecho recinto en que se encierra el Madrid espiritual *propiamente dicho*. Algunos son personajes políticos, y tienen que darse cierto tono; otros se han refugiado en el hogar, desengañados de la Ágora... Ello es que no los veo por ningún lado.

Y los antiguos maestros, aquellas *lumbreras* en que nuestra juventud creía, porque entonces no se había inventado esta división absurda y grosera de *jóvenes y viejos*; los grandes poetas, los grandes oradores, críticos, moralistas, eruditos, ¿dónde están?

Olvidados del *gobierno del mundo y sus monarquías*; calentando el cuerpo achacoso al calor de buena chimenea; rodeados de cien precauciones higiénicas; haciendo la vida monástica en un despacho, a que la edad nos irá condenando a todos. ¡Infeliz del viejo que no haya aprendido, antes de serlo, a estar solo muy a su gusto!

Sí; casi todos los *maestros* son ya viejos; salen poco... ¡Qué tristeza!

Una de las mayores.

Mas, para mí, un consuelo visitarlos.

Cuando hago examen de conciencia y veo mi pequeñez, mis defectos, una de las cosas menos malas que veo en mí, una de las poquísimas que me inclinan a apreciarme todavía un poco, moralmente, es el arraigo de la veneración sincera que siento y he sentido siempre respecto de los hombres ilustres a quienes debe algo mi espíritu.

Como a mis *lugares sagrados*, solía yo ir, al verme en Madrid, peregrino siempre triste, a casa de Campoamor... que ya no gusta de visitas; de Castelar (que hemos perdido), de Giner, de Valera, de Balart...

\* \* \*

Y de este otro señor, el señor X, que no es nadie y es quien ustedes quieran. Otro maestro. Vivía en un barrio allá muy lejos, casi más cerca de Toledo o de Guadalajara que de la Puerta del Sol.

Quiero hablar de las últimas visitas que le hice.

Fue de noche. No me esperaba. Es soltero; vive con una doncella de su madre, que es hoy una anciana muy sorda y que debe considerar a los discípulos de su amo como enemigos que no quiere en su casa. Antonia, así la llama, es como Zarathustra, según Nietzsche, recelosa respecto de los que piensan entrar en el apostolado de su amo de ella; amo, pero no maestro, porque Antonia no debe tener escuela filosófica ni literaria.

Sabe Antonia, vagamente, que su señor vale mucho, por cosas que ella no puede comprender; sabe que los papeles le han puesto mil veces en los cuernos de la luna; que ha sacado de su cabeza unos libros muy buenos que le han dado algunas pesetas, pocas... y mucha honra y muchos disgustos. Y sabe que todo ello no le ha servido para medrar, para hacerse rico, ni para tener influencia en la política, ni con el obispo, ni en Palacio, ni en parte alguna de esas donde se hacen favores gordos. Visitas, antiguamente, muchas, pero de

gente de poco pelo, que traían libros de regalo —¡libros!—, que es lo mismo que si la trajeran a Antonia polvo y lodo de la calle. ¡Libros! Lo que sobra en la casa, lo que a ella la tiene loca, porque no sabe ya dónde ponerlos. Ya no hay sitio en mesas, armarios y hasta sillas más que para los libros; y ellos atraen los ratones, y crían polvo, telarañas... ¡horror! Y después, la gracia de que el amo no lee casi nunca esos tomos que le regalan, sino otros muchos que él compra muy caros. «Los que hacen los libros que a mí me estorban y que el señor no lee», éstos son para Antonia la mayor parte de los señoritos que se cuelgan del timbre. ¡Deben ser tan poca cosa! Además, cuando el amo se guarda de ellos, y miente, como si no hubiera Dios, para disculparse y no recibirlos, por algo será... No; ni los libros ni los que los traen le dan alegría ni nada bueno al señor... Está triste, sale poco, cada vez menos. Si escribe, ella le ve la cara llena de angustia; si medita, lo mismo. Sólo cuando lee con afán algunos de aquellos libros caros, que él compra, es cuando le nota, a veces, sereno, de veras entretenido, a veces casi sonriente. ¿Qué dirán aquellos señores, que hasta al amo le gusta lo que dicen? Deben de ser gente lista, de buen trato, sí; pero esos... son justamente los que nunca le vienen a ver.

\* \* \*

Mas ¡oh contrasentidos misteriosos del corazón humano que ni siquiera Antonia se explica! La buena ama de llaves nota de algunos años acá, sin querer dar importancia al hecho, que las visitas importunas van escaseando; que cada día se olvidan más aquellos discípulos, antes pegajosos, del pobre maestro; y Antonia, a regañadientes, siente el desaire; ve en él no sabe qué síntoma de vejez, de abandono. También comprende, por muchas señales, que poco a poco el amo se va apartando más de aquella vida de impresiones que le traían los papeles y los amigos y sus salidas frecuentes y a deshora... Y no hay disgustos de aquellos que él se

comía, pero que ella adivinaba. Calma, eso sí; mucha, demasiada; así como de mal agüero.

Y a pesar de esto, Antonia, así como por tesón, por orgullo de *artista* —que tiene ella por su amo—, cuando llega a la puerta algún raro admirador, lo recibe con ceño, disimulando la simpatía y el agradecimiento que le inspira la fidelidad de aquel hombre, a quien, sin embargo, trata con el mismo rigor de que antes usaba espontáneamente.

El ceño y los malos modos de Antonia quieren decir en el fondo: «Ya sabemos que se *nos* olvida. ¿Y qué? Poco *nos* importan las vanidades de la gloria; aquí no necesitamos a nadie... Gracias, de todos modos, por la atención; pero conste que ya no *nos* da frío ni calor nada de cuanto pueda llegar por esa puerta.

\* \* \*

¿Cómo pude yo averiguar todos esos pensamientos de Antonia? Hablando con ella, largo y tendido, una tarde en que fui a ver a X, cuando él, positivamente, no estaba en casa. La criada me recibió mal, como a todos; pero cuando dije mi nombre, cambió de humor de repente. El amo le había anunciado mi visita, y la necesidad de tratarme con amabilidad excepcional, porque yo no *era uno que llevaba libros*, sino un amigo verdadero. En fin, mucho bueno le debió decir de mí el amo a la criada, porque ella me hizo entrar en el despacho, me obligó a esperar al señor media hora, que llenamos con amable, íntima conversación. El cariño de Antonia a su señor le hizo comprender que yo le quería también como ella, y que también me daba pena verle aislarse, huir de la actividad exterior, dejar que el mundo frívolo le olvidara, porque él no lo buscaba con reclamos.

Y así fue que la noche que X me recibió en su casa, ya sabía yo mucho de su *estado de alma* por el *reflejo* de Antonia.

\* \* \*

No me hizo pasar X a su despacho, sino a una modesta habitación cuadrada, sin pintura ni libros, ni *bibelots*, ni más muebles que los necesarios.

El único lujo allí consistía en murallas de telas y paño para no dejar que entrase el frío. *Silencio y calor* parecía ser el ideal a que se aspiraba allí dentro. En una butaca, más echado que sentado, con los pies envueltos en una manta, que casi se quemaba en un brasero de bronce, metido en caja de roble, X leía un tomo de *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo.

—¿Eh, qué atrasado verdad? —me dijo—. ¡Si me viera un *modernista*! ¡Víctor Hugo! —y sonreía, con ironía muda, venenosa—. No —prosiguió—. Ya sé que usted no es de éstos; cuando estuve en su pueblo, y en su casa, ausente usted, vi que en su gabinete de trabajo no tenía usted más que tres *retratos*; el de la torre de la catedral de su ciudad querida, el de su hijo... y el de Víctor Hugo... La moda... la moda, en Arte, muchas veces no es más que una frialdad y una ingratitud. Nuestra gente modernísima, por tendencia materialista en parte, y en parte para disimular su ignorancia, hace alarde de no tener memoria. Y... ya lo sabe usted; un gran filósofo moderno —no modernista— por la memoria nos revela el espíritu. Lo presente es del cuerpo, el recuerdo del alma. Doctrina profunda...

Después, creyendo que todo aquello era hablar de sí mismo, en el fondo, quiso cambiar de asunto y hablar de mis cosas.

—Ya veo, ya veo que usted sigue luchando en veinte periódicos... Hace usted bien... Eso supone cierta fe. En cambio no hace usted libros... También hace usted bien. Yo tampoco hago libros. Son inútiles. No los leen. No los saben leer. Los artículos sí; se leen... pero tampoco se entienden. Ya no los escribo yo tampoco... porque no creo en su eficacia. Y buena falta me hace cobrar unas cuantas pesetas... pero ni por ésas. No escribo. Mire usted; entre enseñar cosas del alma

a gente que no la tiene y empeñar un colchón, prefiero empeñar el colchón. Gasta menos el espíritu... aunque algo lo gasta también... Hasta hace poco, en vez de artículos escribía cartas a los amigos íntimos, capaces de entender; tres o cuatro. Ahora ya, ni eso; porque, por las contestaciones, veía que no les enseñaba nada nuevo; pensaban lo mismo, sentían lo mismo. Me devolvían mis tristezas en otro estilo y con otra clase de erudición... Así es que ahora, ni cartas. Nada... Nada más que leer... y calentarme los pies, no los cascos... ¿Ha leído usted los versos de Taine a sus *gatos*? ¡Pocas veces fue tan filósofo de veras el gran crítico como en esos versos!... Ya sé, ya sé que ciertos gusanos me ponen en la lista de *sus muertos*, y me entierran con Valera, Balart, Campoamor... ¡No es mal panteón!... pero sepan los tales modernistas que yo no soy un muerto de *ellos*, sino *mío*. Me he pagado el entierro. Y no soy un enterrado de actualidad. ¡No; soy un Ramsés II, todo un Sesostris!<sup>31</sup>. Éste es ya mi único orgullo; ser un muerto antiguo, una momia... y mi derecho... el de la muerte también... ¡Que no me anden con los huesos!...

Y al despedirme, incorporándose, me decía:

—Adiós, buen amigo. Dígale usted al mundo que ha visto la momia de Sesostris... en la actitud en que le sorprendió la muerte, hace miles de años... *¡leyendo a Víctor Hugo!*

Cuando salí, en el recibimiento, la sonrisa triste y benévola de Antonia me repitió, a su modo, cuanto su amo acababa de decirme.

En rigor, todo lo que me dijo X no fue más que cuanto yo había adivinado la tarde anterior hablando con su ama de llaves.

Con otro estilo y otra erudición, como X decía, las mismas tristezas.

---

<sup>31</sup> *Sesostris*: conquistador legendario. Con ese nombre designaban los griegos a varios faraones llamados Ramsés.

## UN VIEJO VERDE

Oíd un cuento... ¿Que no le queréis naturalista? ¡Oh, no! será *idealista*, imposible... romántico.

\* \* \*

Monasterio tendió el brazo, brilló la batuta en un rayo de luz verde, y al conjuro, surgieron como convocadas, de una lontananza ideal, las hadas invisibles de la armonía, las notas misteriosas, gnomos del aire, del bronce y de las cuerdas. Era el alma de Beethoven, ruiseñor inmortal, poesía eternamente insepulta, como larva de un héroe muerto y olvidado en el campo de batalla; era el alma de Beethoven lo que vibraba, llenando los ámbitos del Circo y llenando los espíritus de la ideal melodía, edificante y seria de su música única; como un contagio, la poesía sin palabras, el ensueño místico del arte, iba dominando a los que oían, cual si un céfiro musical, volando sobre la sala, subiendo de las butacas a los palcos y a las galerías, fuese, con su dulzura, con su perfume de sonidos, infundiendo en todos el suave adormecimiento de la vaga contemplación extática de la belleza rítmica.

El sol de fiesta de Madrid penetraba disfrazado de mil colores por las altas vidrieras rojas, azules, verdes, moradas y

amarillas; y como polvo de las alas de las mariposas iban los corpúsculos iluminados de aquellos haces alegres y mágicos a jugar con los matices de los graciosos tocados de las damas, sacando lustre azul, de pluma de gallo, al negro casco de la hermosa cabeza desnuda de la morena de un palco, y más abajo, en la sala, dando reflejos de aurora boreal a las flores, a la paja, a los tules de los sombreros graciosos y pintorescos que anunciaban la primavera como las margaritas de un prado.

\* \* \*

Desde un palco del centro oía la música, con más atención de la que suelen prestar las damas en casos tales, Elisa Rojas, especie de Minerva con ojos de esmeralda, frente purísima, solemne, inmaculada, con la cabeza de armoniosas curvas, que, no se sabía por qué, hablaban de inteligencia y de pasión, peinada como por un escultor en ébano. Aquellas ondas de los rizos anchos y fijos recordaban las volutas y las hojas de los chapiteles jónicos y corintios y estaban en dulce armonía con la majestad hierática del busto, de contornos y movimientos canónicos, casi simbólicos, pero sin afectación ni monotonía, con sencillez y hasta con gracia. Elisa Rojas, la de los cien adoradores, estaba enamorada del modo de amar de algunos hombres. Era coqueta como quien es coleccionista. Amaba a los escogidos entre sus amadores con la pasión de un bibliómano por los ejemplares raros y preciosos. Amaba, sobre todo, sin que nadie lo sospechara, la constancia ajena: para ella un adorador antiguo era un *incunable*. A su lado tenía aquella tarde en otro palco, lleno de oscuridad, todo de hombres, su *biblia de Gutenberg*, es decir, el ejemplar más antiguo, el amator cuyos platónicos obsequios se perdían para ella en la noche de los tiempos.

*Aquel señor*, porque ya era un señor como de treinta y ocho a cuarenta años, la quería, sí, la quería, bien segura estaba, desde que Elisa recordaba tener malicia para pensar

en tales cosas; antes de vestirse ella de largo ya la admiraba él de lejos, y tenía presente lo pálido que se había puesto la primera vez que la había visto arrastrando cola, grave y modesta, al lado de su madre. Y ya había llovido desde entonces. Porque Elisa Rojas, sus amigas lo decían, ya no era niña, y si no empezaba a parecer desairada su prolongada soltería, era sólo porque constaba al mundo entero que tenía los pretendientes a patadas, a hermosísimas patadas de un pie cruel y diminuto; pues era cada día más bella y cada día más rica, gracias esto último a la prosperidad de ciertos buenos negocios de la familia.

*Aquel señor* tenía para Elisa, además, el mérito de que no podía pretenderla. No sabía Elisa a punto fijo por qué; con gran discreción y cautela había procurado indagar el estado de aquel misterioso adorador, con quien no había hablado más que dos o tres veces en diez años y nunca más de algunas docenas de palabras, entre la multitud, acerca de cosas insignificantes, del momento. Unos decían que era casado y que su mujer se había vuelto loca y estaba en un manicomio; otros que era soltero, mas que estaba ligado a cierta dama por caso de conciencia y ciertos compromisos legales... ello era que a la de Rojas le constaba que *aquel señor* no podía pretender amores lícitos, los únicos posibles con ella, y le constaba porque él mismo se lo había dicho en el único papel que se había atrevido a enviarle en su vida.

Elisa tenía la costumbre o el vicio, o lo que fuera, de alimentar el fuego de sus apasionados con miradas intensas, largas, profundas, de las que a cada amador de los predilectos le tocaba una cada mes, próximamente. *Aquel señor*, que al principio no había sido de los más favorecidos, llegó a fuerza de constancia y de humildad a merecer el privilegio de una o dos de aquellas miradas en cada ocasión en que se veían. Una noche, oyendo música también, Elisa, entregada a la gratitud amorosa y llena de recuerdos de la contemplación callada, dulce y discreta del hombre que se iba haciendo viejo

adorándola, no pudo resistir la tentación, mitad apasionada, mitad picaresca y maleante, de clavar los ojos en los del triste caballero y ensayar en aquella mirada una diabólica experiencia que parecía cosa de algún fisiólogo de la Academia de ciencias del infierno: consistía la gracia en querer decir con la mirada, sólo con la mirada, todo esto que en aquel momento quiso ella pensar y sentir con toda seriedad: «Toma mi alma; te beso el corazón con los ojos en premio a tu amor verdadero, compañía eterna de mi vanidad, esclavo de mi capricho; fíjate bien, este mirar es besarte, idealmente, como lo merece tu amor, que sé que es purísimo, noble y humilde. No seré tuya más que en este instante y de esta manera; pero ahora toda tuya, entiéndeme por Dios, te lo dicen mis ojos y el acompañamiento de esa música, toda amores». Y *casi* firmaron los ojos: Elisa, *tu* Elisa. Algo debió de comprender *aquel señor*; porque se puso muy pálido y, sin que lo notara nadie más que la de Rojas, se sintió desfallecer y tuvo que apoyar la cabeza en una columna que tenía al lado. En cuanto le volvieron las fuerzas se marchó del teatro en que esto sucedía. Al día siguiente Elisa recibió, bajo un sobre, estas palabras: «¡Mi divino imposible!». Nada más, pero era él, estaba segura. Así supo que tal amante no podía pretenderla, y si esto por una temporada la asustó y la obligó a esquivar las miradas ansiosas de *aquel señor*, poco a poco volvió a la acariciada costumbre y, con más intensidad y frecuencia que nunca, se dejó adorar y pagó con los ojos aquella firmeza del que no esperaba nada. Nada. Llegó la ocasión de ver el personaje *imposible*, pretendientes no mal recibidos al lado de su ídolo, y supo hacer a fuerza de sinceridad y humildad y cordura, compatible con la dignidad más exquisita, que Elisa, en vez de encontrar desairada la situación del que la adoraba de lejos, sin poder decir palabra, sin poder *defenderse*, viese nueva gracia, nuevas pruebas en la resignación necesaria, fatal, del que no podía en rigor llamar rivales a los que aspiraban a lo que él no podía pretender. Lo que no sabía Elisa era que *aquel señor* no veía las cosas tan claras como ella, y

sólo a ratos, por ráfagas, creía no estar en ridículo. Lo que más le iba preocupando cada mes, cada año que pasaba, era naturalmente la edad, que le iba pareciendo impropia para tales contemplaciones. Cada vez se retraía más; llegó tiempo en que la de Rojas comprendió que *aquel señor* ya no la buscaba; y sólo cuando se encontraban por casualidad aprovechaba la feliz coyuntura para admirarla, siempre con discreto disimulo, por no *poder otra cosa*, porque no tenía fuerza para no admirarla. Con esto crecía en Elisa la dulce lástima agradecida y apasionada, y cada encuentro de aquéllos lo empleaba ella en acumular amor, locura de amor, en aquellos pobres ojos que tantos años había sentido acariciándola con adoración muda, seria, absoluta, eterna.

Mas era costumbre también en la de Rojas jugar con fuego, poner en peligro los afectos que más la importaban, poner en caricatura, sin pizca de sinceridad, por alarde de paradoja sentimental, lo que admiraba, lo que quería, lo que respetaba. Así, cuando veía al amador *incunable* animarse un poco, poner gesto de satisfacción, de esperanza loca, disparatada, ella, que no tenía por tan absurdas como él mismo tales ilusiones, se gozaba en torturarle, en *probarle*, como el bronce de un cañón, para lo que le bastaba una singular sonrisa, semiburlesca.

\* \* \*

La tarde de mi cuento era solemne para *aquel señor*; por primera vez en su vida el azar le había puesto en un palco codo con codo, junto a Elisa. Respiraba por primera vez en la atmósfera de su perfume. Elisa estaba con su madre y otras señoras, que habían saludado al entrar a alguno de los caballeros que acompañaban al *otro*. La de Rojas se sentía a su pesar exaltada; la música y la presencia tan cercana de aquel hombre la tenían en tal estado, que necesitaba, o marcharse a llorar a solas *sin saber por qué*, o hablar mucho y destrozar el alma con lo que dijera y atormentarse a sí propia diciendo

cosas que no sentía, despreciando lo digno de amor... en fin, como otras veces. Tenía una vaga conciencia, que la humillaba, de que hablando formalmente no podría decir nada digno de la *Elisa ideal que aquel hombre* tendría en la cabeza. Sabía que era él un artista, un soñador, un hombre de imaginación, de lectura, de reflexión... que ella, *a pesar de todo*, hablaba como *las demás*, punto más punto menos. En cuanto a él... tampoco hablaba apenas. Ella le oiría... y tampoco creía digno de aquellos oídos nada de cuanto pudiera decir en tal ocasión él, que había sabido callar tanto...

Un rayo de sol, atravesando allá arriba, cerca del techo, un cristal verde, vino a caer sobre el grupo que formaban Elisa y su adorador, tan cerca uno de otro por la primera vez en la vida. A un tiempo sintieron y pensaron lo mismo, los dos se fijaron en aquel lazo de luz que los unía tan idealmente, en pura ilusión óptica, como la paz que simboliza el arco iris. El hombre no pensó más que en esto, en la luz; la mujer pensó, además, en seguida, en el color verde. Y se dijo: «Debo de parecer una muerta», y de un salto gracioso salió de la brillante aureola y se sentó en una silla cercana y en la sombra. *Aquel señor* no se movió. Sus amigos se fijaron en el matiz uniforme, fúnebre que aquel rayo de luz echaba sobre él. Seguía Beethoven en el uso de la orquesta y no era discreto hablar mucho ni en voz alta. A las bromas de sus compañeros el enamorado caballero no contestó más que sonriendo. Pero las damas que acompañaban a Elisa notaron también la extraña apariencia que la luz verde daba al caballero aquél.

La de Rojas sintió una tentación invencible, que después reputó criminal, de decir, en voz bastante alta para que su adorador pudiera oírla, *un chiste*, un retruécano, o lo que fuese, que se le había ocurrido, y que para ella y para él tenía más alcance que para los demás.

Miró con franqueza, con la sonrisa diabólica en los labios, al infeliz caballero que se moría por ella... y dijo, como para los de su palco solo, pero segura de ser oída por él:

—Ahí tenéis lo que se llama... *un viejo verde*.

Las amigas celebraron el chiste con risitas y miradas de inteligencia.

El *viejo verde*, que se había oído bautizar, no salió del palco hasta que calló Beethoven. Salió del rayo de luz y entró en la oscuridad para no salir de ella en su vida.

Elisa Rojas no volvió a verle.

\* \* \*

Pasaron años y años; la de Rojas se casó con cualquiera, con la mejor *proporción* de las muchas que se le ofrecieron. Pero antes y después del matrimonio sus ensueños, sus melancolías y aun sus remordimientos fueron en busca del amor más antiguo, del *imposible*. Tardó mucho en olvidarle, nunca le olvidó del todo: al principio sintió su ausencia más que un rey destronado la corona perdida, como un ídolo pudiera sentir la desaparición de su culto. Se vio Elisa como un *dios en el destierro*. En los días de crisis para su alma, cuando se sentía humillada, despreciada, lloraba la ausencia de aquellos ojos siempre fieles, como si fueran los de un amante verdadero, los ojos amados. «*Aquel señor* sí que me quería, *aqué*l sí que me adoraba.»

Una noche de luna, en primavera, Elisa Rojas, con unas amigas inglesas, visitaba el cementerio civil, que también sirve para los protestantes, en cierta ciudad marítima del Mediodía de España. Está aquel jardín, que yo llamaré santo, como le llamaría religioso el derecho romano, en el declive de una loma que muere en el mar. La luz de la luna besaba el mármol de las tumbas, todas pulcras, las más con inscripciones de letra gótica, en inglés o en alemán.

En un modesto pero elegante sarcófago, detrás del cristal de una urna, Elisa leyó, sin más luz que aquella de la noche clara, al rayo de la luna llena, sobre el mármol negro del

nicho, una breve y extraña inscripción, en relieve, con letras de serpentina. Estaba en español y decía: «*Un viejo verde*».

De repente sintió la seguridad absoluta de que *aquel viejo verde* era el suyo. Sintió esta seguridad porque, al mismo tiempo que el de su remordimiento, le estalló en la cabeza el recuerdo de que una de las poquísimas veces que *aquel señor* le había oído hablar, había sido en ocasión en que ella describía aquel *cementerio protestante* que ya había visto otra vez, siendo niña, y que la había impresionado mucho.

«¡Por mí, pensó, se enterró como un pagano! Como lo que era, pues yo fui su diosa.»

Sin que nadie la viera, mientras sus amigas inglesas admiraban los efectos de luna en aquella soledad de los muertos, se quitó un pendiente, y con el brillante que lo adornaba, sobre el cristal de aquella urna, detrás del que se leía «Un viejo verde», escribió a tientas y temblando: «Mis amores».

\* \* \*

Me parece que el cuento no puede ser más romántico, más *imposible*...

## LEÓN BENAVIDES

«Un león por armas tengo,  
Y Benavides se llama.»

(TIRSO DE MOLINA.—*La  
prudencia en la mujer.*)

Apuesto cualquier cosa a que la mayor parte de los lectores no saben la historia ni el nombre del león del Congreso, el primero que se encuentra conforme se baja por la Carrera de San Jerónimo. Pues, llamar, se llama... León, naturalmente. Pero, ¿y el apellido? ¿Cómo se apellida? Se apellida Benavides.

Pero más vale dejarle a él la palabra, y oír su historia tal como él mismo tuvo la amabilidad de contármela, una noche de luna en que yo le contemplaba, encontrándole un no sé qué particular que no tenía su compañero de la izquierda.

«¿Qué tiene este león de interesante, de solemne, de noble y melancólico que no tiene el otro; el cual, sin embargo, a la observación superficial, puede parecerle lo mismo absolutamente que éste?»

Hacia la mitad de la frente estaba el misterio; en las arrugas del *entrecejo*. No se sabía cómo, pero allí había una idea que le faltaba al otro; y sólo por aquella diferencia el uno era

simbólico, grande, artístico, casi casi religioso, y el otro vulgar, de pacotilla; el uno la patria, el otro la patriotería. El uno estaba ungido por la idea sagrada, el otro no. Pero, ¿en qué consistía la diferencia escultórica? ¿Qué pliegue había en la frente del uno que faltaba a la del otro?

Y contemplaba yo el león de más arriba, empeñado, con honda simpatía, en arrancarle su secreto. ¡Cuántas veces en el mundo, pensaba, se ven cosas así: dos seres que parecen iguales, vaciados en el mismo molde, y que se distinguen tanto, que son dos mundos bien distantes! El nombre, la forma, cubren a veces bajo apariencias de semejanza aún de identidad, las cualidades más diferentes, a veces los elementos contrarios.

Y en estas filosofías me sorprendió una voz metálica, que vibraba a los rayos de la luna como a los del sol vibraba la de aquella famosa estatua egipcia.

Temblorosa, dulce, apagada, saliendo de las fauces de hierro, decía la voz:

«Es una cicatriz. La diferencia que buscas entre mi compañero y yo no está más que en eso; en que yo tengo en la frente una cicatriz. La cicatriz te revela un alma, y por eso te intereso. Gracias. Ya que te has fijado en que yo tengo un espíritu y el otro no, oye mi historia y la historia de esta cicatriz.

\* \* \*

»Nací en las montañas de León, hace muchos siglos, en los más altos vericuetos que dividen, con agujas de nieve eterna, la tierra leonesa y la tierra asturiana. Yo era de piedra blanca, dura, tersa. Desde mi picacho veía a lo lejos, hacia el Nordeste, otras montañas, blanquecinas también, y a fuerza de contemplarlas hundidas como yo, *hundidas* hacia arriba, en los esplendores del cielo azul, llegué a enamorarme de ellas, como el objeto más digno de mis altos pensamientos. El sol nos iluminaba; de ellas a mí, de mí a ellas, iban y venían resplandores. Se llamaban Covadonga.

»Un día, el hierro de un noble montañés me hizo saltar de mi asiento, me arrancó de las entrañas de mi madre, la cima, y abajo en la cañada el tosco instrumento de un vasallo me labró de suerte que del fondo de mi naturaleza berroqueña poco a poco se fue destacando en relieve una figura, y desde entonces tuve un alma, fue una idea, un león. Fui un león rampante en un cuartel de un escudo. De aquellos días acá pasé por cien *avatares*, por metempsicosis sin cuento; pero sin perder la unidad de mi idea, mi idea de león.

»Mi idea nació, en rigor, de un equívoco; mi nombre no debiera ser *león*, sino *legión*; porque vengo de *Legio* y no de *Leo*. La ciudad de León, a que debo el ser quien soy, se llama así, como saben todos, por haber sido asiento de cierta legión romana. Pero hay algo superior a la lógica gramatical, y la transformación de *Leio* en *León* quedó justificada por la historia. Los leoneses fueron leones en la guerra de la Reconquista. Desde mi escudo montañés, donde el cierzo puro de la cañada del puerto me fue ennegreciendo con la pátina del tiempo noble, bajé con los Benavides, cuyo orgullo era, cuyas hazañas inspiraba, a los llanos de Castilla, y corrí por Extremadura y Portugal, y hasta puse la garra en tierra de Andalucía. En matrimonios por amor y en matrimonios por razón de Estado, vime enlazado muchas veces, en los cuarteles de los escudos, con águilas y castillos, y cabezas cortadas, y barras y pendones. Unas veces fui de piedra, otras de hierro, de plata y oro a veces también; y ora corrí los campos de batalla, flotando al aire en el bordado relieve de una enseña, ya saltando sobre el pecho de un noble caballero, o de una hermosa castellana en la caza, imagen de la guerra.

»Mas un día quise probar fortuna en la vida real, dejar de ser símbolo y tener sangre... y convertirme en león verdadero, con garras y dientes, por tener el honor de que me venciera Mío Cid, Rodrigo de Vivar, el que ganó a Valencia.

»Pasaron siglos y siglos, y de una en otra transformación llegué a verme hecho hombre, mas sin dejar mi naturaleza leonina.

»Y en mi encarnación humana quise nacer donde había nacido como piedra, y fui leonés de la montaña, y al bautizarme llamáronme León, y mis padres eran de apellido Benavides. Pero Benavides pobres; nobles olvidados que trabajaban el terruño como sus antiguos siervos.

»En mi aldea, como Pizarro en la suya, fui el terror de mis convecinos, pues desde muy tierna edad comencé a obrar como quien era, a hacer de las mías, *leonadas*, cosas de fiera. Valga la verdad... desde chico vertí sangre; pero fue defendiendo mi dignidad o la justicia del débil, y luchando siempre, como el Cid mi vencedor, con quince y más enemigos.

»Me llamaban *Malospelos*, porque los tenía tales, que crecían como selva enmarañada, crespos y abundantes, de tal forma, que en la fortísima cabeza no se me tenían gorra ni sombrero, que me sofocaban como si fueran yugo.

»En las romerías hacía yo mis grandes estragos, mis hazañas mayores... Yo no quería mal a nadie, ni siquiera a los montañeses del otro lado de los puertos, con quien los de mi pueblo andaban en guerra en tales romerías... No aborrecía a nadie... pero el amor, el vino, todo se me convertía a mí en batalla. Los ojos de las zagalas morenas y pensativas de mi montaña leonesa me pedían hazañas, sangre de vencidos... La voluptuosidad para mí tenía como un acompañamiento musical en el esfuerzo heroico, en la temeridad cruenta. Y después, como el diablo lo añasca, siempre se me ponían entre las manos huesos frágiles, músculos fofos... No sabían resistirme... Sabían irritarme y no sabían vencerme. Nadie me tenía por malo, aunque todos me temían; y entre bendiciones y llantos de zagalas, viejos y niños... acabé por salir del pueblo, camino del presidio. Tenía veinte años.

»Por hazañas inauditas, por esfuerzos heroicos; salvando a un pueblo entero a costa de sangre mía —poca y casi negra— vime libre de cadenas y convertido en soldado. En la guerra bien me iba; ¡pero la paz era horrible! Había una cosa que se llamaba la disciplina, que en la guerra era un acicate

que animaba, que confortaba; y en la paz como el hierro ardiente del domador, que horroriza y humilla, y hasta acobarda, y agría y empequeñece el mismo carácter de los leones, que ya se sabe que por sí son nobles.

»¡Lo que me hizo padecer un cabo chiquito, que olía a mala mujer, y se atusaba mucho; muy orgulloso porque sabía de letra! ¡Lo que me hizo padecer por causa de los pícaros botones, que todos los días me estallaban sobre el pecho! A mí el pecho se me ensanchaba como por milagro; respiraba fuerte, como una fragua y... ¡zas!, allá iba un botón; y el cabo allí enfrente, debajo de mi barba, insultándome, sacudiéndome: “¡Torpe! ¡haragán! ¡mal recluta!”. ¿Y la gorra de cuartel? No me cabía en la cabeza. Cada vez que entraba en fuego, la gorra, el ros<sup>32</sup> o lo que fuese, me saltaba del cráneo, porque de repente la melena me crecía, se enmarañaba... ¡qué sé yo! No podía llevar nada sobre las sienes. ¡Y qué disgustos! ¡Qué humillaciones por esto! En la acción yo era el más bravo; pero en el cuartel siempre estaba bajo el rigor de un castigo; pasaba arrestado la vida...

»Por fin, en una campaña terrible, en que morían los nuestros como si fueran moscas, y morían sin compasión, descuartizados..., yo me volví lo que era, una fiera loca. Y no sé lo que hice, pero debió de ser tremendo. En el campo de batalla, a mis solas, rodeado de enemigos, me convertí en lo que fui en tiempos del Cid... pero aquí el Cid era yo; vencí, deshicé, magullé, me bañé en sangre... hasta hiqué los dientes... era león para algo. Después se habló de mi heroísmo, de la victoria que se me debía... pero me vendió la sangre que me brotaba de la boca. ¿Era una herida? No. La sangre no era mía. Parece ser que entre los colmillos me encontraron carne. La cosa estaba clara: caso de canibalismo... ¡qué se diría! No había precedente... pero por analogía... El honor, la disciplina... *la causa de la civilización*... también estaban sangrando.

---

<sup>32</sup> *Ros*: morrión propio de los soldados de caballería que introdujo Ros de Olano.

Se formó el cuadro, dispararon mis compañeros, los mismos a quien yo había salvado la vida. Y caí redondo. No me tocó más que una bala, pero bastó aquélla, me dio en mitad de la frente. Me enterraron como un recluta rebelde, y resucité león de metal, para no volver más a la vida de la carne. Aquella bala me mató para siempre. Ya jamás dejaré esta figura de esfinge irritada, a quien el misterio del destino no da la calma, sino la cólera cristalizada en el silencio. Esta cicatriz tiene tanto de cicatriz como de idea fija».

Calló el león, y con desdén supremo, volvió un poco la cabeza para mirar a su compañero de más abajo, el león sin cicatriz, vulgarmente arrogante, insustancial, cómico, plebeyo.

«Yo», concluyó Benavides, «soy el león de la guerra, el de la historia, el de la cicatriz. Soy noble... pero soy una fiera. Ese otro es el león... parlamentario; el de los simulacros».

## AZOTACALLES DE MADRID

### *La procesión por fuera.—La beata*

Su rostro era como un palimpsesto; las señales del ayuno y la penitencia se habían grabado sobre las huellas de los besos y las caricias...

(HEINE.—*Montañas de Hartz.*)

Sí, señores, lo digo por el jubileo.

No es que yo me oponga a que la religión tenga manifestaciones externas. En esto me separo de muchos correligionarios cuyo deseo es acorrallar todos los cultos dentro de sus respectivas iglesias, mezquitas o pagodas.

No vale el argumento, que debió haber inventado algún concejal, de la colisión de los cultos en las calles, ni el otro más baladí de que se estorbe el paso... No hay tal; los cultos, si son bien criados, se tropezarán en la calle y se harán una cortesía con la manga de la parroquia y el mandil de los masones, pongo por caso, se dejará la derecha al culto que la lleve, y si en efecto son cultos, como se dicen, jamás serán de temer tropelías de ningún género.

Bien sé yo que el bello (?) ideal de un neo-católico es la unidad católica, y por ende la absoluta prohibición de todo otro culto; mas el libre pensador ¿qué digo? el católico liberal cuando sueña una ciudad del Sol como Campanella, debe figurársela del tenor siguiente: por la Carrera de San Jerónimo (estamos en Madrid), viene a desembocar a la Puerta del Sol, el cortejo pomposo y abigarrado de los sectarios de Budha; allí se ve al imperturbable santón (en el buen sentido de la palabra), representado en sus diferentes encarnaciones y agobiando bajo su peso de conservador a los miserables indios o chinos, que sudan la gota gorda. —Pero que suden, están en su derecho: un trancazo por un gustazo, y sarna con gusto no pica, aunque sea mala comparación.— Por la calle de Alcalá descende majestuosamente, y también en volandas, un ídolo hotentote (en el cual quieren ver los mal intencionados un gran parecido con un célebre intransigente); por la calle de Carretas, y colocada en su correspondiente andamio, se ve venir una tortuga descomunal, modernísima diosa, adorada por los empleados en correos, y por último, de la calle de la Montera, desgájase una nube de católicas y católicos; ¡son los hijos de san José Calasanz! Estas cuatro procesiones se encuentran en mitad de la Puerta del Sol; crúzanse sus apiñadas filas... y nada; exhórtanse, es cierto, al pasar recíprocamente, con el fin piadoso de arrancar a sus semejantes de las tinieblas del error, pero no pasa de ahí; a lo más, algún distraído trueca las filas por equivocación y se va con los sectarios de Laô-Tseu en vez de seguir tras las hopalandas de san José; pero eso es todo.

Pues bien; ¿qué espectáculo más edificante?, ¿no es éste el bello ideal, repito, de la humanidad?

Los notables, comprendiéndolo así, han redactado el célebre artículo 11.— «No se permite más culto externo que el de la religión católica.»

Por eso, si se me pregunta a mí, azotacalles de Madrid, cuántas religiones hay, tengo que decir, en conciencia, que sólo una.

En efecto; por esas calles de Dios no hay más religión que la católica. Ahora bien; veamos qué es la religión en la calle —único terreno, como tengo dicho mil veces, de mi jurisdicción.

Pues... nada más desconsolador que la religión por la calle. Figurémonos, y tal vez son verdad, que los españoles que tienen religión son católicos en su inmensa mayoría. Ahora repararemos un jubileo por la calle... la conclusión es horripilante; la inmensa mayoría de los españoles no tiene religión.

Porque si hemos de suponer, y esto se pide, que el jubileo es manifestación autorizada del culto católico, el jubileo, preciso es confesarlo, no reúne las simpatías de la mayor parte de los transeúntes. Nos quitamos todos el sombrero al ver pasar esas procesiones, verdad; pero es porque una dolorosa experiencia nos tiene avisados para siempre de las consecuencias funestísimas que trae cualquier descuido en este particular. Mas si los ciudadanos son indiferentistas en un grado irritante, en cambio la policía no oculta una progresión al misticismo, por compatible con las garantías individuales. Por ejemplo: pisa usted sin querer a un sacristán en funciones, el anfibio le pega a usted un *bachazo*, interviene la autoridad, y usted va a la prevención, para satisfacer de ese modo los sentimientos católicos y piadosos del pueblo de Madrid, cuya religiosidad es proverbial, etc., etc. Dirá usted que también hay su poquito de religión en proteger al indefenso, inocente e inofensivo prójimo, más aún, que esa es la verdadera religión del Estado. Dirá usted todo eso, pero como si usted no lo dijera. Lo que más le conviene es buscar pronto un fiador que sea abonado, de los del jubileo si es posible, el cual responda de su catolicismo de usted, y su alto respeto, nunca desmentido, a todos los sacristanes de la Iglesia latina. No se puede negar, salta a la vista; la policía protege la religión católica, contra toda clase de derechos: y esto se explica; como se les tiene dicho que no hay más religión que la católica, por lo que toca al público, y por consiguiente, que no

hay más religiosos que los católicos, es natural, a los demás se les trata como *perros*, según la frase consignada en muchas religiones positivas para designar a los sectarios de las demás.

\* \* \*

Indicaba antes que los jubileos no son mirados con buenos ojos por la mayor parte de los transeúntes. ¿Quiere esto decir que haya en la mayoría de los ciudadanos aversión hacia el culto católico? Dios me libre de pensar semejante disparate. Lo que repugna en esas manifestaciones es... ¡la beata!

¡Y como allí se ven tantas juntas!

\* \* \*

Yo he conocido beatas en mi pueblo; pero aquéllas no son como las de aquí: la beata de Madrid es la beata refinada.

Esa melancolía que da el tono a la moral cristiana, según la secular interpretación, esa absoluta división entre el mundo y el cielo, entre el placer y la virtud, entre la expansión y el decoro; el desabrido ascetismo, la *piedad sin entrañas*, el orgullo de la virtud mezquino, artificial, todas esas aberraciones que engendra en cerebros y corazones poco ilustrados y fuertes una mala interpretación de doctrinas muy difíciles de practicar rectamente, todo ello junto ha creado la beata del lugar; ésa es un hongo que nace en terreno que los da naturalmente, en un poblachón de Castilla, de campiña pobre y escueta, de escaso vecindario, de ruines pasioncillas entre los habitantes, de vida agonizante en todo, el misticismo pesimista y quietista es una miasma que naturalmente se produce. El anochecer es la hora de las sombras, de las tristezas y de las beatas en un pueblo triste, solitario y feo.

Pero la beata de Madrid, no es ésa. —¿Recuerdan los lectores aquel poemita de Campoamor: *D. Juan* y aquella inglesa que nos describe magistralmente el gran lírico?—

Pues tal es la beata de Madrid; vive en el mundo, del que ha gozado cuando ha podido, y su actual impotencia para el placer la toma su vanidad por virtud, el cansancio se le antoja horror al vicio.

¿No la veis con su escapulario al cuello bajar por esa calle, con la cabeza erguida, como desafiando las burlas de los condenados (que somos el resto de los hombres) y haciendo alarde de cinismo devoto?

En aquella fantasía, que en sus buenos tiempos habrá soñado mil aventuras amorosas, hay ahora un poema a la Chateaubriand; ella, la beata, es la mártir del ridículo (como le dirá Selgas), es la virgen cristiana, es la heroína del Corazón de Jesús... sacrificar hasta el pudor (que jamás puede sacrificarlo una mujer) por la *causa santa* y perora en las cofradías, es secretaria del dinero de san Pedro, cree firmemente que el Papa está preso y hasta habrá soñado en *il gran sepolcro liberar di Cristo*.

Pero es preciso no ensañarse con una pobre mujer; yo prefiero, si es posible en justicia, echar la culpa a algún hombre.

¿Quién tiene la culpa de que tantas mujeres (porque son muchas) se conviertan en otros tantos Quijotes con devocionarios? ¡Sus directores espirituales!

Tal es el grito de la conciencia universal.

## EMILIA PARDO BAZÁN

*Nace en La Coruña el 16 de septiembre de 1851. Hereda el título de condesa de Pardo Bazán en 1890, al ser hija de familia noble: sus padres eran los condes de Pardo Bazán. El ambiente familiar aristocrático, el espíritu abierto de su padre, José Pardo Bazán, y el carácter decidido de su madre, doña Amalia de la Rúa, determinan su formación. Leyó muy joven a Cervantes, Quevedo, Fray Luis de León, Feijoo, Víctor Hugo, Musset, al duque de Rivas, a Zorrilla, Quintana y un largo etcétera. Pero su escritor preferido era Feijoo, admiraba su valentía, su riesgo, la defensa de la mujer y su actitud dialéctica y razonadora. Precisamente con su Estudio crítico de las obras del padre Feijoo (1876) obtiene el premio del certamen literario de Orense, rivalizando con Concepción Arenal, y con su Oda a Feijoo —composición poética filosófica y altisonante— consiguió «La Rosa de Oro» de Oviedo. De 1876 es también su colección de poemas ocasionales Jaime, motivados por el nacimiento del primero de sus hijos y publicados por Francisco Giner de los Ríos con quien le unía gran amistad. En 1877 colabora en La ciencia cristiana con dos monografías Las epopeyas cristianas: Dante y Milton, y Reflexiones científicas contra el darwinismo. La lectura de Alarcón y Valera la estimuló en la composición de su primera novela, Pascual López (1879), todavía al margen de la orientación que tomaría en la década siguiente.*

*Casada desde 1868 con José Quiroga y Pérez de Deza, alternaba su residencia entre Madrid y Galicia, con viajes a Europa, sobre todo a Francia, Inglaterra y Austria. Durante su segundo viaje a Francia (1872) conoce personalmente a uno de sus ídolos literarios, Víctor Hugo. En 1882 regresó de nuevo a París, leyó L'assommoir de Zola y entró en contacto directo con el Naturalismo. En 1886 completó su conocimiento de los naturalistas franceses, frecuentando la tertulia de los Goncourt y conociendo personalmente a su principal mentor novelesco, Zola. Visita a otros escritores consagrados, como Huysmann, y en la Biblioteca Nacional lee a los autores coetáneos. Por esos años, como escribe Varela Jácome, «se familiariza con el pensamiento de Renán, Lemaitre, Revast, Bourget. Descubre, por otro lado, la novelística rusa, en traducciones francesas: Turguenef, Gogol, Tolstoi y Dostoyevski»<sup>33</sup>.*

*La década de 1880 a 1890 es una de las más productivas en el campo de la narrativa de la condesa. Además de publicar ocho de sus novelas más importantes, salen a la luz los libros San Francisco de Asís, Folclore gallego, La leyenda de Pastoriza, Mi romería, De mi tierra, La pedagogía y la literatura del Renacimiento, y Por Francia y por Alemania. En 1887 pronuncia en el Ateneo madrileño un ciclo de conferencias recogidas con el título La revolución y la novela en Rusia y colabora en las principales publicaciones periódicas españolas: La Ilustración Gallega y Asturiana, La Ilustración Ibérica, La España Moderna, La Época, etc.*

*En 1882 aparecen en La Época unos artículos de opinión sobre el Naturalismo, uno de los estilos artísticos que en esos momentos más polémica despertaba en tertulias y cenáculos poéticos; los titularía La Cuestión Palpitante. En 1883 estos artículos se publicarán reunidos, bajo ese mismo título, en uno de los libros más discutidos e interesantes de la década. «Clarín» escribirá para esta obra un prólogo magistral, en que*

---

<sup>33</sup> VARELA JÁCOME, B., «Introducción» a su edición de *La Tribuna*, de PARDO BAZÁN, E., Madrid, Cátedra, 1975, p. 13.

*replica a las acusaciones lanzadas contra este movimiento por Pedro Antonio de Alarcón y otros idealistas: «Mano sucia de la literatura llamaba al Naturalismo un ilustre académico, pocos días hace; y ahora tenemos que una mano blanca y pulquérrima, de esas que no ofenden aunque peguen, por ser de quien son, y que se cubren de guante oloroso de ocho botones, viene a defender con pluma de oro lo que el autor de El sombrero de tres picos tan duramente califica»<sup>34</sup>. Doña Emilia lleva a cabo en La Cuestión Palpitante una de las exposiciones más claras en defensa de la doctrina naturalista, un análisis de la novelística de Zola y una cierta crítica del determinismo.*

*Los principios del movimiento naturalista aparecen ya aplicados en su novela Un viaje de novios (1881) y sobre todo en La tribuna (1882). El cisne de Vilamorta (1885) representa un paréntesis dentro de esta orientación, reanudada con Los pazos de Ulloa (1886-1887), La madre naturaleza (1887), Insolación (1889) y Morriña (1889). Sin embargo, en Una cristiana (1890), La prueba (1890) y La piedra angular (1891) se observa ya una tendencia hacia el simbolismo y el espiritualismo, que caracterizarán gran parte de las producciones de la literatura finisecular. A esta modalidad se adscriben también La quimera (1905), La sirena negra (1908) y Dulce sueño (1911). Una evolución semejante presentan sus relatos cortos, que llegan al medio millar entre los publicados en periódicos y los recogidos en volumen: Cuentos de mi tierra (1888), Cuentos escogidos (1891), Cuentos de Marineda (1892), Cuentos nuevos (1894), Arco Iris (1895), Cuentos de Navidad y Reyes (1898), Cuentos de la patria (1898), Cuentos de amor (1898), Cuentos sacroprofanos (1899), Un destripador de antaño (1900), etc.*

---

<sup>34</sup> ALAS, L. «Clarín», «Prólogo de la segunda edición» de *Cuestión palpitante*, de PARDO BAZÁN, E., ed. José Manuel González Herrán, Barcelona/Santiago de Compostela, Anthropos/Universidad de Santiago de Compostela, 1989, p. 123.

*El hecho de ser mujer le impidió entrar en la Academia, pero consiguió ser nombrada Presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo Madrileño en 1906, y, diez años después, pasó a ocupar la Cátedra de Literatura Neolatina en la Universidad de Madrid.*

*La actividad literaria de la condesa de Pardo Bazán dura casi hasta el momento de su muerte, acaecida el 12 de mayo de 1921.*

*Como ya se ha apuntado en la introducción, la condesa de Pardo Bazán y Clarín son los dos exponentes más significativos del relato corto español del siglo XIX.*

*De doña Emilia se han incluido en esta selección El árbol rosa, Solución y Los ramilletes.*

*En el relato Solución, el Retiro y la concurrida calle de Alcalá son los lugares por donde a diario pasea Frasquita Llerena con su adorado perro Mosquito y donde casualmente tropieza con don Santos Comares de la Puente, desafortunado encuentro que, sin embargo, propicia la afortunada solución de su vida futura.*

*Por el mismo ambiente bullicioso de la calle de Alcalá y del Paseo de Recoletos, donde a ciertas horas los madrileños salen a mirar o a ser mirados, cruza una vistosa joven rubia envuelta en la crueldad de las apariencias sociales y la decepción que desemboca en el trágico destino de Los ramilletes.*

*Como el anterior, también pertenece al conjunto de «Cuentos amorosos» El árbol rosa, cuyo título hace referencia al punto de cita habitual de una pareja en el Retiro, y que finalmente queda en este mundo como la única señal visible de todo lo que podría haber sido, como símbolo de lo bueno o malo que podría haber ocurrido de tomar aquella otra opción, aquel otro camino.*

*Solución apareció en el número 36 de La Ilustración Española y Americana en 1908 y se incluye en el volumen titulado Sud-Exprés.*

*El relato Los ramilletes fue publicado en la revista Blanco y Negro, en su número 909, de 1908.*

*Finalmente El árbol rosa se incluyó en el número extraordinario de Raza Española en 1921 y es el último cuento de la Pardo Bazán: «Raza Española ha tenido triste prerrogativa de que para ella escribiese la condesa de Pardo Bazán su último cuento, “página penetrada en la emoción de trágica inquietud del momento en que vivimos” —según lo definió su autora eximia—, y a la cual la muerte ha venido a prestar un valor inestimable»<sup>35</sup>.*

*Se ha tenido presente en esta selección la edición de Cuentos completos preparada por Juan Paredes Núñez para la Fundación «Pedro Barrie de la Maza, Conde de Fenosa».*

---

<sup>35</sup> Citado en PARDO BAZÁN, E., *Cuentos completos*, edición de Juan Paredes Núñez, La Coruña, Fundación «Pedro Barrie de la Maza, Conde de Fenosa», 1990, t. III, p. 520.

## EL ÁRBOL ROSA

A la pareja, que furtivamente se veía en el Retiro, les servía el árbol de rosa de punto de cita. «Ya sabes, en el árbol...»

Hubiesen podido encontrarse en cualquiera otra parte que no fuese aquel ramillete florido resaltando sobre el fondo verde del arbolado restante con viva nota de color. Sólo que el árbol rosa tenía un encanto de juventud y les parecía a ellos el blasón de aquel cariño nacido en la calle y que cada día los subyugaba con mayor fuerza.

Él, mozo de veinticinco, había venido a Madrid a negocios, según decía, y a los dos días de su llegada, ante un escaparate de joyero, cruzó la primera mirada significativa con Milagros Alcocer, que, después de oída misa en San José, daba su paseíllo de las mañanas, curioseando las tiendas y oyendo a su paso simplezas, como las oye toda muchacha no mal parecida que azota las calles. Él, que la mañana aquella dio en seguir a Milagros a cierta distancia, y al verla detenerse ante el escaparate se detuvo también en la acera, nada le dijo. Mudo y reconcentrado, la miró ardientemente, con una especie de fuerza magnética en los negros ojos pestañudos. Y cuando ella emprendió el camino de su casa, él echó detrás, como si hiciese la cosa más natural del mundo, y hasta emparejó con ella, murmurando:

—No se asuste... Sentiría molestar... ¿por qué no se para un momento, y hablaríamos?

Ella apretó el paso y no hubo más aquel día. Al otro, desde el momento en que Milagros puso pie en la calle, vio a su perseguidor, sonriente, y vestido con más esmero y pulcritud que la víspera. Se acercó sin cortedad, y como si estuviese seguro de su aquiescencia, la acompañó. Milagros sentía un aturrido entorpecimiento de la voluntad; sin embargo, recobró cierta lucidez, y murmuró bajo y con angustia:

—Haga usted el favor de no venir a mi lado. Puede vernos mi padre, mi hermano, una amiga. Sería un conflicto. ¡No lo quiero ni pensar!

—Pues, ¿dónde la espero? ¿Diga? ¿Dónde?

Ella titubeó. Estuvo a pique de contestar: «En ninguna parte». El corazón le saltaba. Al fin se resolvió, y susurró bajo, con ansiedad:

—En el Retiro... a mano izquierda hay un árbol todo color de rosa... todo, todo... Como un ramillete... Allí...

Y echó a andar, casi corriendo, hacia la calle de Alcalá. Él, discretamente, se quedó rezagado; al fin tomó la misma dirección. Cuando llegó al árbol no vio, al pronto, a la mujer. No tardó en aparecerse: se había alzado de un banco, y venía sofocada por la emoción. Se explicaron en minutos, con precipitada alegría. Él la había querido al mismo punto de verla. Ella, por su parte, no sabía lo que le había pasado; pero comprendía ahora que le había pasado dos cuartos de lo mismo. ¡Cosa rarísima! Ella jamás soñó en novio, jamás se le importó nadie... Su padre era empleado; su madre había muerto, y ella disfrutaba de bastante libertad; pero no hacía jamás de esa libertad uso para ningún enredo, y por primera vez tendría que ocultar en su casa algo. Él, apasionadamente, la tranquilizó. ¿Qué hacía de malo, vamos a ver? Seguía los impulsos de su corazón, y eso es la cosa más natural del mundo. Hombres y mujeres han de atraerse mutuamente por ley ine-

ludible, y eso es lo más hermoso de la vida. ¡Buenos estaríamos si no existiese el amor! ¡Cómo sería este parque si le faltase su árbol rosa!

Hablaba con persuasión y energía, y de un modo pintoresco, como quien conoce la vida o pretende dominarla, y estrechaba las manos de Milagros, comunicándole el calor y el deseo de las suyas. La señorita advertía la sensación del que resbala en una pendiente húmeda que conduce a un pozo profundo. La razón, casi extinguida, lanzaba, sin embargo, alguna chispa de luz. ¿Quién era aquel sujeto que así se apoderaba de ella? ¿De dónde procedía, en qué se ocupaba; era, por lo menos, un hombre bueno, honrado? Cuando descubrieron un banco en un solitario rincón, Milagros abrumó a preguntas al acompañante, sin reflexionar cuán fácil era decir una cosa por otra. El tono en que respondía al interrogatorio le pareció, no obstante, sincero. Confesó su pasado; nombre, Raimundo Corts: humilde obrero al principio, después, por su fuerza de voluntad y sus conocimientos, encargado de una fábrica de tejidos en Lérida; ¡mucho trabajo, no poca ganancia! «Sin embargo —advirtió—, si quisiese comprarle a usted —no habían empezado a tutearse— una de esas joyas que miraba ayer en el escaparate no podría. Y hay gente que sin trabajar puede regalar joyas, como esa, o mejores. Injusticias, *no l'sembra?*»

No estaba ella ciertamente, para perderse en disquisiciones sociológicas; y hablaron de su ternura naciente; y convinieron en verse todos los días, sin falta, en el árbol rosa. A sitios más oscuros y menos poéticos hubiese deseado él decidirla a ir; pero Milagros no sabía ella misma que fuese tan capaz de resistir al impulso. «No —repetía—. Eso no. Aquí me parece que no hago nada censurable. En otra parte... no. Eso no me lo pidas.» La chispa que cruzaba por las pupilas del muchacho era expresiva; para quien conociese el lenguaje del alma al través de los ojos, decía a voces: «Tú transigirás, tú no tendrás remedio; me quieres demasiado para negarte mucho tiempo

ya». A la vez, en la mente de ella, había otro cálculo; porque el amor también calcula, como si fuese logrero o comerciante: «¿En qué ha de parar un amor como el mío, sino en boda? Nos uniremos, nos iremos a Lérida, viviremos felices. Pero hay que dar tiempo al tiempo..., y procurar que no se tuerza este carro. Si procediese con ligereza, él mismo dejaría de estimarme». Su honradez de burguesa la amparaba, y el ataque y la defensa continuaban bajo la sombra amiga del rosado árbol, todo él llama dulce, bajo la caricia clara del sol de primavera.

Un día, con extrañeza al pronto —las cosas más usuales nos sorprenden, como si no las esperásemos—, notó Milagros que el árbol rosa se descoloraba un poco. Sus florecillas se desprendían y empezaban a alfombrar el suelo. Tan sencillo suceso la oprimió el corazón, como pudiera hacerlo una gran desgracia. Instintivamente, la suerte de su amor le parecía ligada a la del árbol. Confirmando la supersticiosa aprensión, aquel día mismo Raimundo se presentó mohíno y fosco, como el que tiene que decir algo triste y rehuye la confesión de la verdad. En vez de explicar las causas de su abatimiento, insistió en la acostumbrada porfía. ¿No iban a verse nunca, nunca, en sitio más seguro y libre? ¿No era absurdo que no conociesen más asilo que aquel árbol, como si Madrid no fuese una gran ciudad y no se pudiese en ella vivir a gusto? Se negaba porque no le quería; se negaba porque era una estatua de yeso... Entonces la señorita pareció recobrar valor, decidirse. Se negaba porque siempre entendió que entre ellos se trataba de otra cosa; de algo digno, de algo serio. ¿No lo creía él también? ¿O había querido solamente distraerse, entretener unos días de viaje? Bajaba él la cabeza y fruncía el ceño; su cara se volvía dura, y surcaba su frente juvenil, de lisa piel, una arruga violenta. Al fin rompió en pocas y embarazosas palabras. Sí, sin duda... Ella decía muy bien... sólo que no eran cosas del momento. Eran para muy pensadas, para realizarlas sin precipitación. Él tenía pendientes asuntos de suma importancia, cosas graves, que de la noche a la

mañana no podía abandonar, y que ignoraba él mismo hasta dónde le llevarían. ¿Quién sabe si tendría que emigrar, que pasar al extranjero? Él no era como esos señores que no se mueven de una oficina. Su vida, agitada, podría dar asunto a una novela... Por eso debían disfrutar del momento feliz, debían reunirse donde nadie les pudiese tasar la dicha...

—¿No?

—¡No! Eso nunca... ¡Nunca, Mundo de mi alma!...

Él, cabizbajo, pálido, no replicó. Cogió una diminuta rama del árbol rosa y la guardó en el bolsillo del chaleco. Al despedirse se citaron para el día siguiente. «A la misma hora, ¿eh?»

Por el correo interior recibió aquella noche Milagros una carta sucinta. Mundo tenía que irse; le *avisaban*, por medio de un telegrama, de que urgía su presencia. Ya daría noticias. Y no las dio. La señorita esperó, en balde, otra carta. Lloró bastante, hubo jaquecas y nervios; pero experimentaba la impresión de haber evitado algún terrible peligro. ¿Cuál? No lo podía definir. ¿No la quería aquel hombre? ¿Con qué objeto fingía? ¿Quién era? Con suma habilidad, por medio de una amiga, logró informarse en Lérida, y resultó que allí nadie conocía a tal Raimundo Corts.

Cansada de sentir y de añorar, de hacer calendarios y de esperar bajo el árbol rosa, ya sin flor, donde acaso él volvería a aparecer, fue consolándose, y a veces creía haber soñado su idilio.

Algún tiempo después se casó con un tío suyo, que venía de Cuba «con plata». Al pasearse por el Retiro en primavera, con un niño de la mano, miró hacia el árbol rosa. Estaba todo iluminado, todo trémulo de floración. Una brisa muy suave lo mecía.

## SOLUCIÓN

Más fijo era que el sol: a las tres de la tarde en invierno y a las cinco en verano, pasaba Frasquita Llerena hacia el Retiro, llevando sujeto por fuerte cordón de seda rojo, cuyo extremo se anudaba a la argolla del lindo collarín de badana blanca y relucientes cascabeles argentinos, a su grifón *Mosquito*, pequeño como un juguete. El animalito era una preciosidad: sus sedas gris acero se acortinaban revueltas sobre su hociquín, negro y brillante, y sus ojos, enormes, parecían, tras la persiana sedeña, dos uvas maduras, dulces de comer. Cuando *Mosquito* se cansaba, Frasquita lo cogía en brazos. Si por algo sentía Frasquita no tener coche, era por no poder arrellanar en un cojín de su berlina al grifón.

Solterona y bien avenida con su libertad, Frasquita no se tomaba molestias sino por el bichejo. Ella lo lavaba, lo espulgaba, lo jabonaba, lo perfumaba con colonia legítima de Farina; ella le servía su comida fantástica: crema de huevo, bolitas de arroz; ella le limpiaba la dentadura con oralina y cepillo. De noche, en diciembre, saltaba de la cama descalza, para ver dormir al cuscueto sobre almohadón de pluma, bajo una manta microscópica de raso enguatado. De día, lo sacaba en persona «a tomar aire puro». ¿Confiarlo a la criada? ¡No faltaría sino que lo perdiese o se lo dejase quitar!

Una esplendorosa tarde de abril, domingo, subiendo por la acera atestada de la calle de Alcalá, Frasquita notó una sensación extraña, como si acabase de quedarse sola entre el gentío. Antes de tener tiempo de darse cuenta de lo que le sucedía, se cruzó con un conocido, señor machucho, don Santos Comares de la Puente, alto funcionario en el Ministerio de Hacienda. La saludó, sonrió y, según la costumbre española, la paró un instante informándose de la salud. Cuando el buen señor se perdió entre la densa muchedumbre que aguardaba el «desfile» de la corrida de toros, Frasquita percibió otra vez la soledad; el cordón rojo flotaba, cortado; *Mosquito* había desaparecido.

Tenía Frasquita un carácter reconcentrado y enérgico, frecuente en las mujeres que han llegado a los cuarenta años sin la sombra y el calor de la familia. No gritó, no alborotó: a fuer de solterona, temía a las cuchufletas. Miró a su alrededor; ni andaba por allí el perro, ni nadie que tuviese trazas de haberse-lo llevado. Interrogó a los porteros de las casas; avisó y ofreció propina a los guardias; puso anuncios en los diarios; votó una misa a san Antonio, abogado de las cosas perdidas. *Mosquito* no estaba perdido, sino robado..., y el santo se inhibió; los ladrones no son de su incumbencia.

Al cabo de dos meses, no habiendo parecido el grifón, Frasquita enfermó de ictericia. Para espantar la tristeza la mandaron pasear mucho, entre calles, por sitios alegres y concurridos. Parada delante de un escaparate, en la carrera, de pronto el claro vidrio reflejó una forma tan conocida como adorada: ¡el encantín! Se volvió conteniendo un grito de salvaje alegría..., y lo mismo que cuando había desaparecido el perro, vio ante sí la figura gallarda de don Santos Comares, saludando y preguntando machacona y cordialmente: «¿Qué tal esa salud?...». Sólo que, bajo el puño de la manga izquierda del empleado, entre el brazo y el cuerpo, asomaba la cabecita adorable, los ojos como uvas en sazón y se oía el cómico ladrido, de falsete, de *Mosquito*, jubiloso al reconocer a su antigua ama.

—¡Hijo! ¡Tesoro! ¡Encanto de mi vida! ¡Cielín!

Se abalanzó ella para apoderarse del chucho, pero ya don Santos, a la defensiva, daba dos para atrás y protegía la presa con un «¡Señora!», indignado y escandalizado, que hizo volverse irónicos y risueños a los transeúntes.

—¡Me gusta! Ese perro es el mío, y ahora ya comprendo quién me lo cogió. Fue usted, usted mismo, aquella tarde, en la acera de la calle de Alcalá —declaró fuera de sí Frasquita, pronta a recurrir a vías de hecho.

—¡Señora! —repitió don Santos, retrocediendo otro poco y dispuesto a vender cara su vida—. ¿Me toma usted por ladrón de bichos? Este perrito me pertenece: lo he comprado, y no barato, por mi dinero; lo tengo empadronado, y a nadie consentiré que me dispute su propiedad.

—Bien habrá usted leído en el collar mis iniciales y el nombre del animalito. Verá usted cómo atiende, cómo me mira. «¡Mosquitín!» ¿No me conoces, hechizo mío?

—El perro, señora, cuando lo adquirí, venía desnudo de toda prenda; este collar se lo encargué a Melerio, y le puso *Togo*; soy admirador de los marinos japoneses. *Toguín*, *Toguín*; ya lo ha visto usted: menea la cola.

Frasquita, desesperada, sintió que dos lágrimas iban a saltar de sus lagrimales. La gente empezaba a formar corro; se oían dicharachos. El decoro se sobrepuso a la pasión. Temblona, habló en voz baja, roncamente:

—Bueno, señor Comares, bueno... Lévese usted lo que no es suyo. Cuando le dé a usted vergüenza tal proceder espero que restituirá. Creí que era usted un caballero. Allá usted, si tiene alma para aprovecharse de que me hayan robado indignamente... ¡Así estamos en España, porque se consienten estas picardías!

Y volviendo las espaldas, sin tender la mano a su contrincante, tomó hacia la calle de Sevilla, seguida por cien miradas de curiosidad y chungá malévola...

Su padecimiento se agravó. El médico que la asistía supo la causa moral que destruía aquel cuerpo y torturaba aquel espíritu, y al visitar para recetar aguas minerales al señor Comares, que era de sus clientes, le enteró de lo que pasaba. No era el alto empleado ningún hombre sin corazón. Solicitó ver a Frasquita, llevó consigo a *Mosquito* y lo colocó en el regazo de la solterona.

—Señora, yo estoy disgustado; advierto a usted que disgustadísimo... No me es posible ceder a usted otra vez el perro; pero se lo traeré siempre que tenga cinco minutos disponibles, para que usted lo acaricie y vea que está gordito y sano.

—¿Se burla usted de mí? —saltó, furiosa, ella—. En esa forma, no quiero que mi chuchín se ponga delante de mi vista. ¿Traérmelo y quitármelo? Ni que usted lo piense, señor mío; ¿qué se ha figurado?

—Cálmese usted, Frasquita... Considere usted... Todos somos de carne y hueso, todos tenemos nuestros afectos y nuestra sensibilidad. Desde que perdí a mi chico único, que daba tantas esperanzas, y de resultas a mi pobre mujer, y con una serie de penas que si se las contase a usted se enternecería..., no hay a mi alrededor nadie que me acompañe... Resulta que le he cogido cariño al animalito... Es un gitano... Tráteme usted todo lo mal que guste; no le devuelvo a *Togo*. No, señor; es ya una cuestión personalísima.

Frasquita callaba, ceñuda, meditando. De improviso se alzó de la *chaise-longue*, se apoderó del perro, abrió la ventana y, alzando en el aire al grifón, exclamó, trágicamente:

—Intente usted robármelo otra vez, y va a la calle.

Don Santos se quedó hecho un marmolillo. Veía ya a su *Togo* estrellado sobre la acera, cerrados los enormes ojos, rota la cabezuela contra las losas, flojas las sedas, frías las patas... La mujer había vencido: la furia pasional arrollaba al tranquilo y nostálgico querer...

A la mañana siguiente, Frasquita recibió una atenta es-  
que-  
la de don Santos. El viudo le pedía permiso para frecuentar la  
casa; así vería alguna vez a *Togo* y le llevaría bombones de  
chocolate.

No era posible rehusar. La triunfadora acogió amablemente  
al derrotado. A causa de la oposición de sus genios, conge-  
niaron; se habituaron a verse y a tolerarse sus manías de  
almas rancias y solitarias, sus herrumbres de cuerpos en deca-  
dencia. Al cabo de un año, el perrito fue de ambos con igual  
derecho, y paseó en la berlina de los consortes. Pero el espo-  
so siempre le llamó *Togo*, y *Mosquito*, la esposa.

## LOS RAMILLETES

Un paseo —díjome Servando— a las horas concurridas, por la acera de la calle de Alcalá, que desde hace muchos años está bautizada con el nombre de *mar de las de Gómez*, o por la playa de Recoletos, en que se sienta la gente de a pie a ver cómo desfila el boato de los trenes, es un filón de asuntos regocijados para un sainetero y un trozo de dolor humano para un novelista. Dolor pequeño, envuelto en apariencias cómicas, y por lo mismo más punzante.

La observación y la sensibilidad se afinan cada día; llegamos a tener en carne viva el corazón. ¿A qué sentir males que no podemos ni aliviar? Y, sin embargo, los sentimientos, y sobre nuestra serenidad destiñen manchones de melancolía las miserias ajenas. La melancolía de lo frustrado, de lo inútil, de lo ridículo... ¡Sobre todo, lo ridículo, que tanto hace reír, es infinitamente, profundamente melancólico!

Todo el contenido amargo de las reflexiones que sugiere el gentío aglomerado en esas vías madrileñas me dio por encerrarlo en un solo sujeto: una muchacha rubia vistosa, que indefectiblemente ocupaba, con su mamá y su hermanita pequeña, las sillas más próximas al quiosco de las flores. Desde lejos creyerais que era alguna señorita del gran

mundo. La nivelación en el traje, en las modas, es uno de los absurdos de nuestra civilización, y los recursos y triquiñuelas del falso lujo, el suplicio y el bochorno del hogar modesto. Poco valían aquellas plumas alborotadas del sombrero amplísimo, aquellos encajes del largo redingote, aquellos guantes calados, aquellas medias transparentes; no podían deslumbrar a nadie el hilo de perlas, el brazaletes-reloj, la sombrilla con puño de nácar figurando una cabeza de cotorra; pero así y todo, ¡qué sacrificios no suponían, vistos al lado de la capota ya rojiza de la mamá y el dril cien veces lavado del blusón de la hermana menor!

Rondando por allí, me fijé más despacio en la rubia. Lo mismo su traje que su belleza querían ser vistos de lejos. Las plumas eran ordinarias y tías; el encaje, basto; los guantes, zurcidos con habilidad; las perlas, descaradamente falsas; el brazaletes, de similar; el pelo, teñido baratadamente con agua oxigenada; la tez, clorótica al través de la pintura, y la mano, huesuda y curtida bajo el calado, mano que en el secreto del domicilio tiene que empuñar la escoba y mondar el medio kilo de patatas... En su actitud —estudiadamente artística, tendiendo a la silueta de cubierta de semanario ilustrado— se descubriría, a pesar suyo, el cansancio que engendra todo lo que no es natural, todo lo que se hace únicamente porque nos miran... La sonrisa, violenta como la de las bailarinas cuando jadeantes dan gracias al público, se exageraba al pasar un hombre que fijase en la rubia esa ojeada, curiosa e indiferente a la vez, del desocupado. Un hombre, claro está, vestido con el mismo ropaje de las *personas decentes*, disfraz tantas veces del extremo apuro económico; para la rubia los de chaqueta no existían.

Ojos y labios forzaban su juego; pero ningún transeúnte se detenía, deseoso de entablar conversación. Una mirada de soslayo, tal vez un trillado piropo...

Nada más. Con el instinto de los merodeadores callejeros, que rara vez se equivocan al juzgar la posición social de una

mujer, adivinaban la honradez y la estrechez, las pretensiones y la bambolla... y comprendían que allí se buscaba marido lícita y legalmente, y ni por sueños nada pecaminoso. El espectro de la Vicaría helaba la sangre a los que, encaprichados un momento por la vista del pie, arqueado y breve, cautivo en estuche de cuero gris, se hubiesen sentado de buena gana a gastar un rato de palique con la rubia del sombrero atrevido y el peinado a la Cleo...

Las osadías postalescas del traje..., ¡cómo contrastaban con la realidad, encogida, mezquina, menesterosa del vivir de la rubia! Al contemplarla así, enguantada, calzada de fino, oscilando el plumaje clorón sobre el cuello velado de tul, ¡quién creyera que al volver a casa, depuesto el disfraz, cayese sobre ella todo el peso del menaje, porque no tenía criada, y la madre sufría violentos ataques de un asma que la impedía acercarse al fogón! La rubia hacía de fregona, guisaba..., ¡a bien que allí había que guisar tan poco! Las sopas de ajo, con su olorcillo castizo y doméstico, parecían cantar un anticuado himno a la virtud efectiva de la rubia, una virtud escondida, como se esconden los vicios... Y engullida la humilde pitanza a la luz de la candileja de petróleo, velaba la señorita hasta las dos de la madrugada, volviendo patas arriba sus pingos, transformando el redingote en figaro, el sombrero de campana en chambergo, lavando los guantes, almidonando un tantico el volante fru-frú de las enaguas... Era preciso variar, sorprender con una nueva combinación de elegancia suprema a los transeúntes, por si alguno se fijaba, y el Mesías conyugal —capitán de Infantería o empleado en Hacienda— surgía en el horizonte.

Ocurrió que la fascinación compasiva que me obligaba a observar frecuentemente a la rubia, estudiando el artificio complicado y laborioso de sus galas y el heroico esfuerzo de su sonrisa, la hicieron creer... Fue una cosa cruel de esas que nos abruman con el remordimiento de malas acciones no cometidas y, sin embargo, presentes en la conciencia. Mi

manía de estudiar, de analizar y descomponer la vida que pasa a mi lado, había producido este fruto: una ilusión en la pobre cabeza blonda —blonda artificial—, y para lo venidero la semilla de una decepción acerba. Yo seré siempre en las conversaciones familiares «aquél que te dio el camelo...», «aquel tipo que te creíste que te hacía el amor...». Y la mirada burlona de la hermana pequeña —una chicuela despabilada ya— se le clavará a la mayor, como alfiler de a ochavo, en la cara y en las entrañas... Así es que me sentí culpado, reo de algo malo y duro, de un desalmamiento, y decidí desaparecer —el recurso de los cobardes—. Por una de esas anomalías del sentimiento, tan frecuentes en los imaginativos, no quería, sin embargo, dejarle a la rubia —¡pobrecilla!— un mal recuerdo. A fuerza de discurrir, tuve una idea... desastrosa.

Ya he dicho que las tres sillas ocupadas por la señorita de medio pelo y su familia estaban cercanísimas al quiosco de las flores. Más de una vez, al observar, vi que los ojos de la muchacha se posaban en la embalsamada cosecha traída de Valencia o de Murcia, los mazos de claveles cuyos rabos empapaba y salpicaba de bolas de azófar el agua, los haces de rosas y de narcisos cuyos colores claros reían al sol. Adivinaba yo la amante debilidad de la mujer joven por las flores, el ansia de rodearse de ellas, de prenderlas en su pecho, de disponerlas en un búcaro sobre su tocador... cuando lo tiene. Y el último día en que paseé por Recoletos di una orden a la florista, y la entregué un billete de Banco... Todo el mes recibió la rubia por las mañanas, en su casa, un ramillete fresco: tales eran mis órdenes, y me enteré de que se cumplían puntualmente.

—¿Y no sabes el efecto que le hizo a la cursi un obsequio tan galante? —pregunté a Servando, que al terminar esta larga relación se había quedado pensativo.

—¡El efecto! —Servando saltó—. ¡Sí; lo supe, por desgracia, al cabo de mucho tiempo... y casualmente, como se sabe, por lo general, lo que más puede afectarnos!... La hizo

un efecto... ridículo, como todo lo suyo... No pensaba sino en mí... Se... se preocupó... de un modo tal, que... que enfermó... y... al cabo...

—¡Basta...! —exclamé—. Ya, ya entiendo... ¡No te habrás hecho mala sangre por eso, criatura! Esas chicas insuficientemente alimentadas, sin higiene, torturadas de vanidad, en espera febril de lo que no llega: del esposo, de la posición, son candidatos naturales a la tisis.

Servando movió la cabeza, suspiró, y en toda la tarde se le pudo sacar del cuerpo otra palabra.

## ÍNDICE

|                                    | <u>Págs.</u> |
|------------------------------------|--------------|
| INTRODUCCIÓN .....                 | 7            |
| Siglo xvii                         |              |
| ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO ..... | 27           |
| <i>El Proteo de Madrid</i> .....   | 35           |
| <i>El defensor contra sí</i> ..... | 83           |
| DIEGO DE ÁGREDA Y VARGAS.....      | 115          |
| <i>La ocasión desdichada</i> ..... | 117          |
| JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN.....       | 155          |
| <i>La mayor confusión</i> .....    | 163          |
| ANDRÉS DE PRADO.....               | 197          |
| <i>El cochero honroso</i> .....    | 201          |
| Siglo xviii                        |              |
| VALLADARES DE SOTOMAYOR .....      | 229          |
| <i>La Leandra</i> .....            | 231          |

Siglo XIX

|  |     |
|--|-----|
| PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.....  | 247 |
| <i>Las dos glorias</i> .....   | 255 |
| <i>El rey se divierte</i> .....                                      | 263 |
| <i>La mujer alta</i> .....   | 267 |
| BENITO PÉREZ GALDÓS.....   | 289 |
| <i>La novela en el tranvía</i> .....                                 | 297 |
| LEOPOLDO ALAS «CLARÍN» .....   | 325 |
| <i>Reflejo</i> .....   | 331 |
| <i>Un viejo verde</i> .....  | 339 |
| <i>León Benavides</i> .....  | 347 |
| <i>Azotacalles de Madrid (La procesión por fuera.- La beata)</i> ... | 353 |
| EMILIA PARDO BAZÁN.....  | 359 |
| <i>El árbol rosa</i> .....   | 365 |
| <i>Solución</i> .....  | 371 |
| <i>Los ramilletes</i> .....  | 377 |

Esta selección de *Relatos de Madrid* comprende algunas de las muestras más significativas de la novela cortesana del siglo XVII, como *El defensor contra sí*, de Casillo Solórzano, *La ocasión desdichada*, de Diego de Ágreda y Vargas, *La mayor confusión*, de Pérez de Montalbán, *El cochero honroso*, de Andrés de Prado, etc., y varios relatos de algunos de los escritores señeros del siglo XIX, como Pedro Antonio de Alarcón, Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas "Clarín" y Emilia Pardo Bazán.

El carácter urbano de estas "novelitas" del siglo de Oro y de los cuentos del siglo XIX se ha acentuado en las creaciones del siglo XX y llega a constituir uno de los rasgos más característicos de los relatos de nuestros días. No podía ser de otra forma: la ciudad se ha convertido en el escenario moderno de los más afortunados encuentros y también de los más desgraciados desencuentros. Y esta es la cara y la cruz de la novela y de la vida.

RELATOS DE MADRID (Siglos XVII-XIX)



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA

**Comunidad de Madrid**

ISBN 84-451-1599-5



9 788445 115992